TIEMPO de HISTORIA

AÑO VII
NUM. 79
150 PESETAS

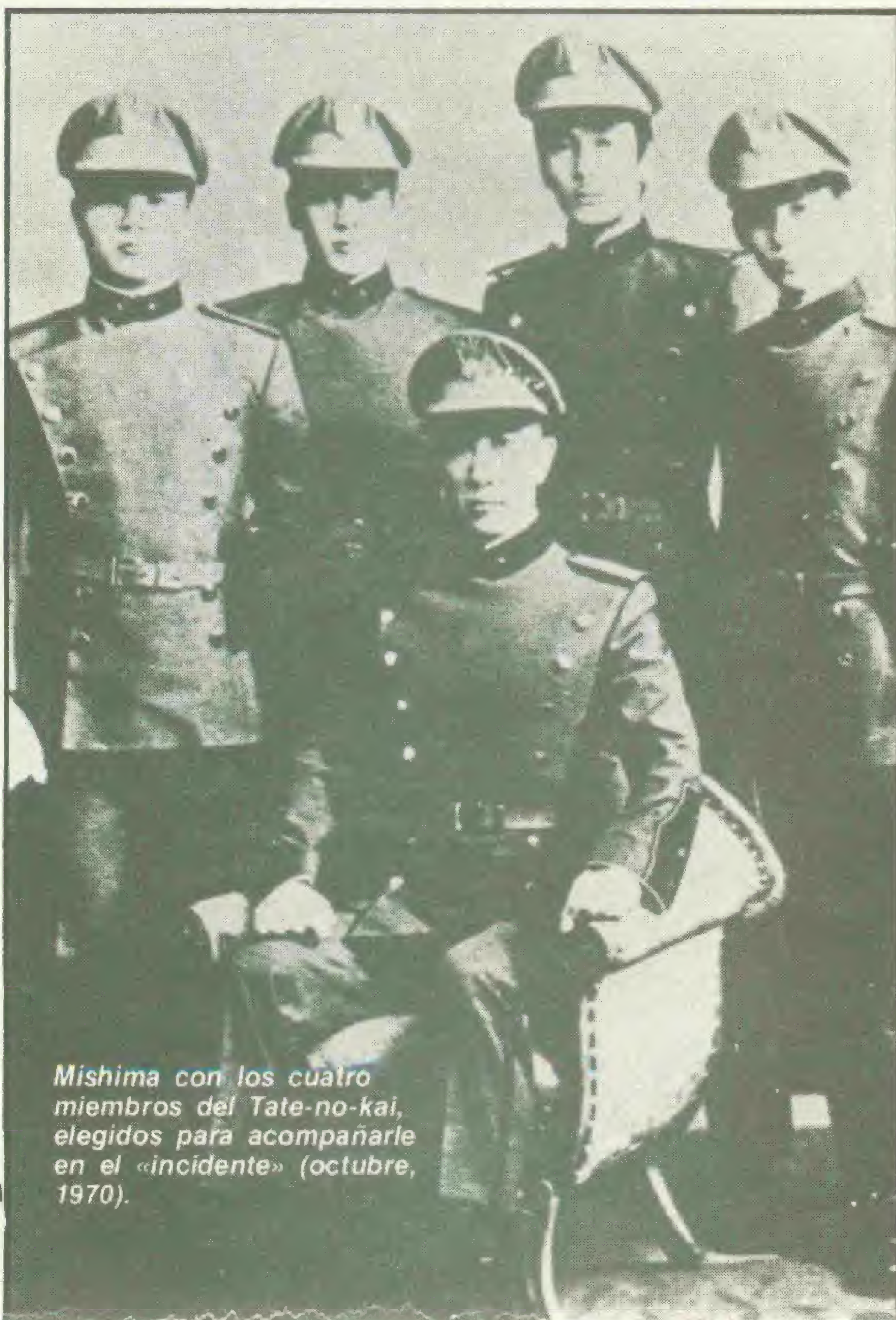
La era de Mitterrand

INDICE
números
51-75

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Miguel Bayón

Mishima, un fascismo japonés



Mishima con los cuatro miembros del Tate-no-kai, elegidos para acompañarle en el «incidente» (octubre, 1970).

SUMARIO



AÑO VII • NUM. 79 • JUNIO 1981 • 150 PESETAS



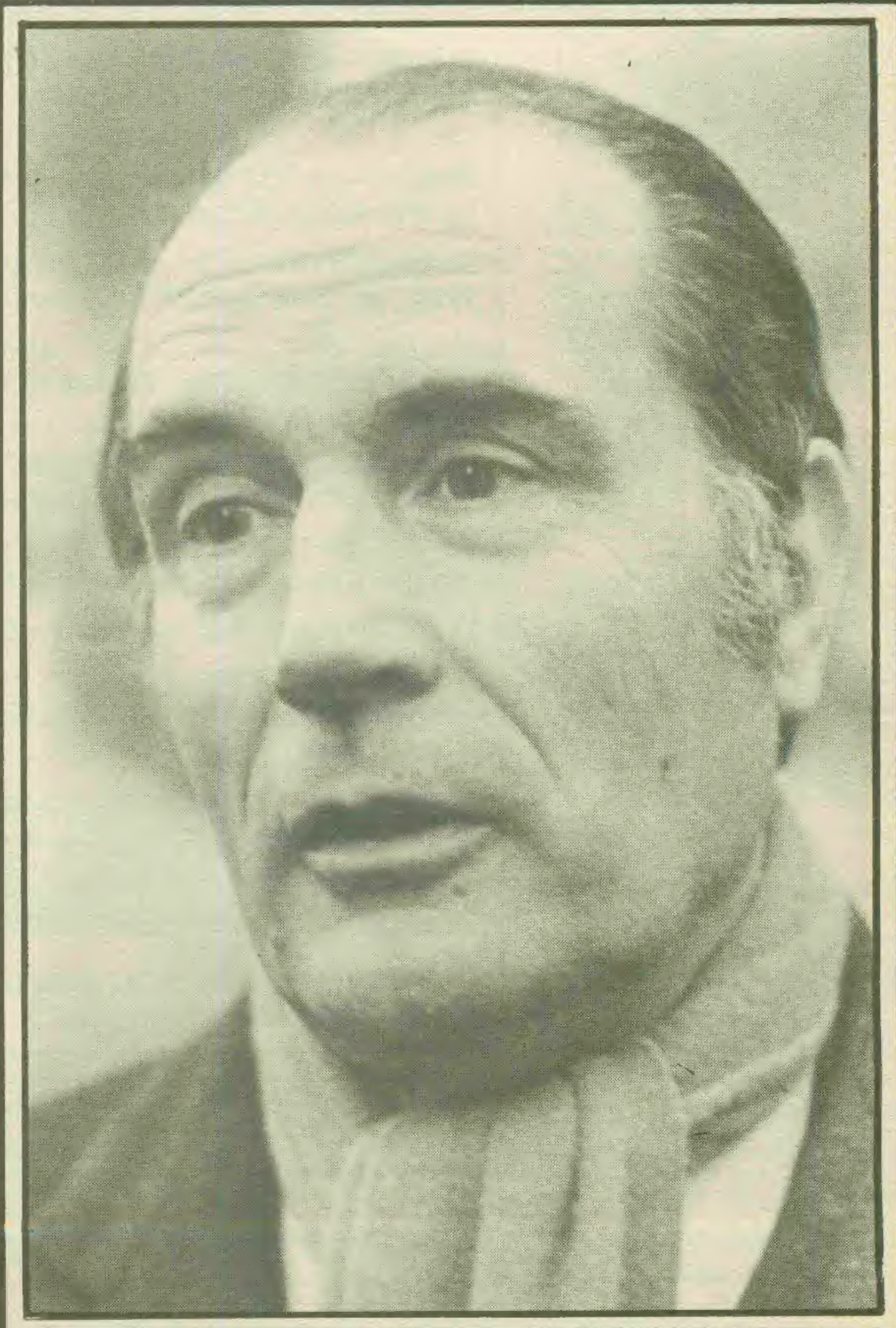
PORTADA: El triunfo del socialista François Mitterrand en las elecciones presidenciales francesa presupone un cambio en las directrices de la V República y, por extensión, en el marco de las relaciones europeas, a las que España no es ajena. (Mitterrand durante la campaña presidencial en la que obtuvo el triunfo).



MEMORIAS DE BREZHNEV: Un capítulo: «La conquista de la Pequeña Tierra», de las Memorias del máximo dirigente soviético, en el que evoca las dramáticas jornadas iniciales de la Gran Guerra Patria, en la que Rusia perdió veintidós millones de habitantes. (En la foto, Leonidas Brezhnev) A. P. N.

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN.** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA.** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchill, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **ADMINISTRACION:** CEMPRO, Fuencarral 96. Teléfono 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA, Joaquín Moreno Lago. Rafael Herrera, 3. 1.º A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-16, y Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1.ª Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal 350 M. 36.133-1974. **ISBN** 0210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 150 Ptas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

La Era de Mitterrand



«La derecha vive de imponerse, la izquierda vive de convencer».
Alain

José María Solé Mariño

EL JOVEN MITTERRAND

El año 1916, en que nace François Mitterrand en la agrícola región de Charente, es el año de las grandes batallas en las trincheras. El hijo del funcionario de ferrocarriles ve así la luz durante una de las mayores pruebas que ha soportado su país. Dos años antes había sido asesinado Jean Jaures, cerebro del socialismo pacifista galo. León Blum le ha sucedido a la cabeza del movimiento (1). Mientras tanto, la guerra se ceba en la población francesa y en sus propiedades. Los primeros años de François Mitterrand coinciden en el mundo con la caída de los sistemas imperiales autocráticos; con las revoluciones proletarias que amenazan a toda Europa; con la crisis general de valores dentro del ámbito cultural en que está incluido su país. Tiene trece años cuando el desastre financiero de 1929 contribuye a sentar las bases para el florecimiento de los regímenes de fuerza sobre el mundo. A los veinte observa el incendio de la guerra civil española.

La Francia exasperada de los años treinta se desliza por la inoperancia hacia el desastre en medio de una voluntaria ignorancia de los problemas que van socavando una falsa seguridad que oculta a su declinante poderío. Junio de 1936 ve el despertar enfervorizado de las clases obreras francesas. Blum, el líder socialista, llega a la presidencia del Consejo y da con ello comienzo la etapa del Frente Popular. La izquierda, unida por primera vez, intenta transformar a Francia. Pero el momento europeo no admite estos experimentos. Mientras las huelgas, las nuevas leyes sociales, la huida de capitales y la retracción del capital frenan la producción francesa, Alemania refuerza su poderío económico y militar. Cuando, en la primavera de 1940, el ejército alemán atraviesa las fronteras de Francia, ésta ni siquiera se defiende apenas y solamente busca una solución rápida a los problemas del momento. El Frente Popular es solamente un recuerdo, denostado por las clases conservadoras ante el temor sentido por éstas durante los pocos meses en que se mantuvo en el poder. Para la izquierda, representa el dolor por la ocasión perdida y quizá nunca vuelta a recuperar (2).

La Francia dividida y ocupada servirá en muchos casos de catalizador de actitudes políticas para el futuro. La tan mitificada **Resistencia** será campo de cultivo de políticos para el régimen que sustituya al de ocupación y colaboración. François Mitterrand será uno de ellos. Es poco conocida su vida privada, y sobre todo sus primeros años. Antes de la guerra se ha licenciado en Derecho y Ciencias Políticas, las dos carreras para la élite francesa con aspiraciones de actuación pública. Por su actividad en la lucha obtiene la **Legión de Honor.** Pero tampoco se sabe exactamente la actuación que hubiera podido tener en este aspecto, ni siquiera después de haber sido cabeza de la oposición al Gobierno durante los últimos lustros. Con la liberación, el joven Mitterrand se integra dentro del sector gobernante. Son los primeros pasos de una dilatada y compleja carrera política.



Mitterrand con sus abuelos Lorrain.

LA CUARTA REPUBLICA

La resistencia ante la ocupación, que había mantenido unidas —más o menos precariamente— a todas las tendencias contrarias a la colaboración, desde los comunistas hasta los conservadores, conoce el final con la paz. Y con ella el término del entendimiento. Sobre este punto, Jean Desfrasne anota: «La

(1) Ver «León Blum, humanista y político». TIEMPO DE HISTORIA, núm. 65. Abril de 1980.
(2) Ver «Junio de 1940. La caída de Francia». TIEMPO DE HISTORIA, Núm. 67. Junio de 1980.



Mitterrand (con el balón), en 1929. En el equipo de fútbol del Colegio St. Paul de Angulema.

resistencia había sido ante todo un estado de ánimo. Con la liberación, las divisiones reaparecen». Con toda lógica.

El partido socialista, la vieja SFIO, ya no se recupera del mal paso dado en Vichy, cuando en julio de 1940 una gran mayoría de sus diputados votan favorablemente a la entrega de poderes al mariscal Petain. Es el PC, creciendo sin cesar y con su trayectoria de principal fuerza de la resistencia como aval, unido a su organización y disciplina, quien ocupa el primer puesto en la izquierda. Será a esta izquierda dividida a la que el Gobierno del general De Gaulle, en la euforia de la liberación, arrebate realizaciones básicas tales como nacionalizaciones y medidas sociales que ocho años antes hubieran parecido preceder a una colectivización total del país. François Mitterrand, nombrado secretario general de Prisioneros y Deportados, inicia su vida política a la sombra admirada del general. Jean Touchard señala que existen de esa época testimonios suficientes para afirmar los vivos deseos del joven político de llegar a ser nombrado ministro del gabinete, empeñado ahora en una política que podría ser calificada como de netamente progresista.

La marcha del general De Gaulle en enero de 1946 marca el fin del predominio de la izquierda como vértice del poder en Francia. La guerra fría ya está trazada en el ambiente. Socialistas y comunistas se distancian aún más, con lo que las posibilidades de las fuerzas conservadoras aumentan vertiginosamente. La radicalización es general, Ni siquiera el propio Blum, el único de los grandes políticos de la preguerra vuelto a la política activa, consigue evitar el viraje hacia la izquierda que experimenta su partido. Pero todavía en ese año de 1946 los socialistas son la fuerza política más activa del país. Socialista es Vincent Auriol, presidente de la República. Y el mismo Gobierno está prácticamente dominado por socialistas. Pero el socialismo francés está ya desgarrado por la disidencia de Guy Mollet, partidario de una radicalización de posturas que, apoyada por los sectores más progresistas, busca de nuevo el socialismo integral, muy lejos del humanismo socialista preconizado por las viejas figuras.

En mayo de 1947, presente ya el entrentamiento Este-Oeste, las grandes huelgas inspiradas por el PC sirven de pretexto inmediato al Gobierno Ramadier para expulsar del gabinete a los ministros comunistas. Es el fin de la unión de la izquierda. Europeísmo y atlantismo, unidos a anticomunismo, serán las constantes en la política socialista durante los primeros años cincuenta.

EL MINISTRO

A mediados de la década, François Mitterrand, que no se ha alejado de los centros del poder, a pesar de haber sido apartado por De Gaulle debido a veleidades izquierdizantes nunca bien aclaradas, jugará un papel político importante bajo la dirección de Pierre Mendes-France. Este conocido político, de prolongado e irreprochable historial, viene a representar en junio de 1954 una nueva oportunidad para Francia de renovar sus estructuras y solucionar los problemas coloniales asiáticos y norteafricanos, que ya comienzan a determinar la política interior de la metrópoli. Mitterrand es ahora ministro del Interior, y partidario de posturas abiertas en Indochina, pero defensor del mantenimiento de la presencia francesa en todo el norte de Africa. Nueve meses más tarde, Mendes-France dimite ante el fracaso de su política. La definitiva rebelión argelina, que ha estallado en el otoño anterior, es el contrapunto colonial a la salida francesa de Indochina, que aparta al país de los subsiguientes problemas del Sudeste asiático tras los desastres morales y militares que jalonan los últimos años de su presencia en el Lejano Oriente.

Durante diez años —entre 1947 y 1957—, François Mitterrand ocupa diferentes carteras en once gabinetes, participando muy ac-



Mitterrand, en 1943, con su padre Joseph Mitterrand.

tivamente y con gran conocimiento del terreno en la profunda trama de intrigas y cabildeos que jalonan la vida política de la Cuarta República. Líder de un pequeño partido —la **Unión Democrática y Socialista de la Resistencia**— que agrupa a personas como Pleven y Soustelle, Mitterrand participa en todos los Gobiernos de tendencia izquierdista durante la corta vida del régimen. Como telón de fondo, la guerra de Argelia y sus posibles soluciones provoca fuertes reacciones en el seno del Gobierno. Mendes-France dimite de su puesto ministerial en el gabinete de Guy Mollet, como protesta contra la dura represión ejercida sobre los insurrectos argelinos. Más hábil y flexible, Mitterrand, sin salir del Gobierno, adopta una cierta actitud crítica con respecto a la política del primer ministro. Mitterrand, contrario al abandono de Argelia, y a pesar de reprobar las tendencias de los colonos europeos y la represión llevada a cabo por el ejército francés, espera todavía poder hallar una salida válida al problema, que ya amenaza a las mismas entrañas de la vida social y política de Francia.

Pero el régimen republicano está ya herido de muerte. La izquierda, debilitada, no es capaz de sostener a la República, para la que sus numerosos enemigos buscan rápidamente un sustituto. Mientras el general De Gaulle, saliendo de su retiro, se ofrece una vez más como salvador de Francia, los socialistas entran en el Gobierno Pfflimlin, el último de la Cuarta República, buscando hasta el último momento una solución aplicable antes que cualquier recurso de fuerza, que se adivina en el horizonte. Argelia va a ser el detonante próximo que acelere la larga descomposición política del régimen, modelo de sistemas políticos inestables por defecto de nacimiento institucional. Pocos días antes de la asunción por el general De Gaulle de los poderes políticos ante la Asamblea, la última manifestación de la izquierda durante el siguiente decenio reúne en las calles de París a más de cien mil personas. Para los socialistas es la despedida del protagonismo político.

En la sesión de investidura del general —el 1 de junio de 1958— François Mitterrand, junto con Deferre, Mendes y Pineau, niegan su voto afirmativo al ascenso —que califican de falto de legalidad— del militar a la suprema magistratura del Estado. Pero la caída de la izquierda es ya un hecho irreversible. Ante la profunda división que sufre, se dibuja sobre el horizonte la dilatada etapa gaullista, encabezada y organizada directamente por el hombre que, una vez más, quiere demostrar su personalidad **providencial** para Francia (3). No solamente los efectivos partidarios del general, sino también extensos sectores de la sociedad francesa, están convencidos de que el país ha sido salvado de nuevo del desastre. Las sucesivas consultas electorales —elecciones legislativas y presidenciales, generales y locales, además de los repetidos referéndums— pondrán de manifiesto durante una década este refrendo de una parte considerable del pueblo francés a la política nacionalista y conservadora desarrollada por el solitario de Colombey.

(3) *Ver «A los diez años de la muerte de Charles De Gaulle». TIEMPO DE HISTORIA, Núm. 71. Octubre de 1980.*



Mitterrand y Pierre Mendes-France.



Mitterrand (en el centro de la fotografía), con Guy Mollet (con gafas) y Gastón Defferre.



Vincent Auriol, presidente de la IV República (de 1947 a 1954).

LA QUINTA REPUBLICA

La primavera del año 1958 había encontrado a Francia al borde del enfrentamiento civil. El país, laboratorio de experimentación política de Europa desde siglo y medio antes, no encontraba su camino de la mano de un régimen débil e ineficaz políticamente. La Francia de la IV República conoce, junto a un alto dinamismo económico, una casi total paralización en el aspecto político. A lo largo de los doce años de su existencia el régimen conoce la formación de veintiún gobiernos. La misma trayectoria política de François Mitterrand podría hacerle servir como prototipo del político de la época. peón de una complicada serie de combinaciones que juega con las mismas personas a través de diferentes formaciones y carteras ministeriales. La persistente inestabilidad, considerada casi como una constante y elemento natural de la vida política, había provocado un descrédito total sobre quienes en ella participaban. Para la población, los políticos de la IV República no eran distintos —y en muchos casos los mismos— de los que antes de la guerra habían facilitado el derrumbamiento del país ante el invasor.

Por todo ello, si en 1940 un alto porcentaje de franceses había saludado el ascenso al poder del anciano mariscal Petain, ahora, en 1958, en circunstancias difíciles pero no tan dramáticas, la vuelta al poder de otro militar prestigioso situaba de nuevo los destinos de Francia en manos de una personalidad autoritaria, que a los ojos de la amplia mayoría conservadora serviría para detener la gangrena que a su vista corroía el cuerpo político del país, amenazándolo con las siempre temidas convulsiones de carácter social. El aspecto económico es tranquilizador e incluso optimista, lo que permite a la burguesa Francia de 1958 disfrutar de un aceptable nivel de vida medio. De Gaulle será la persona elegida para preservarlo y, a lo largo de once años de gobierno personal, las grandes capas de la derecha le renovarán una y otra vez su confianza, hasta el momento en que su desgaste sea tan evidente que se observe la necesidad de un cambio dentro de la misma línea, por supuesto.

Durante estos once años, el general De Gaulle será la cabeza indiscutida de este régimen por él creado. Será el cerebro de este sistema que el profesor Duverger denomina **Monarquía republicana**,y que para su brillantez se beneficia de los logros económicos obtenidos por su denigrada predecesora. Karl Deutsch, con los epígrafes con que en sus obras estudia al régimen creado por De Gaulle, hace una clara aproximación a la realidad del sistema: «Todo el poder para el Ejecutivo. Una legislatura encadenada. Un poder judicial marginado».Podrían añadirse todavía muchas más notas definitorias sobre esta especie de dictadura constitucional. Bajo la fuerte presión de la corriente conservadora, la posición de la izquierda francesa es precaria durante los sucesivos períodos presidenciales del general De Gaulle. Buena demostración es la continuación de la trayectoria política de François Mitterrand. Las

instituciones de la V República sirven como freno a cualquier transformación demasiado pronunciada. Y de hecho —en parte creadas con esa finalidad— constituyen un dique insalvable para las fuerzas de izquierda durante veintitrés años.

CREER EN LA JUSTICIA Y CREER EN LA FELICIDAD

Desde los primeros momentos, el conservadurismo autoritario que se implanta en el país favorece todavía más la ya existente desunión y desorientación de los partidos de izquierda. El mismo partido socialista histórico SFIO conoce la escisión. Todo el país está inclinado a la derecha. Las primeras elecciones legislativas bajo el nuevo régimen dan 206 escaños al partido gaullista UNR; 44 a los socialistas y solamente 10 al extendido PCF. Esta relación numérica sirve para acercarse a la realidad política del momento, teniendo en cuenta además la debilidad del poder legislativo frente a la preponderancia de un Ejecutivo más fuerte que en ningún otro sistema político de democracia occidental. Pero, contrariamente a la situación que había conocido el Frente Popular, con un Senado convertido en refugio de reaccionarios dispuestos a poner trabas a toda medida progresista, la Cámara alta será durante la época gaullista un centro de moderada oposición izquierdista al régimen, siempre dentro de los estrechos límites que permitía la Constitución en vigor.

El referéndum celebrado en 1962 sobre la autodeterminación de Argelia obtiene —es importante anotarlo— un noventa por ciento de los votos de la izquierda en sentido afirmativo. Los teóricos enemigos daban ahora la razón al general. Parecía en efecto como si su nueva presencia en la arena política fuese de verdad imprescindible al lograr solucionar pacíficamente un problema que tres años antes parecía haber colocado al país ante el riesgo cierto de un conflicto civil. En esos primeros años sobre todo, el reforzamiento del gaullismo corresponde a la creciente debilidad de las fuerzas de izquierda. François Mitterrand, desde su posición de influencia dentro de ellas, propugna continuamente la unión como única salida válida a la situación dentro de la legalidad vigente. Pero esto se manifiesta imposible en repetidas ocasiones. Será esta unión, que casi termina presentando caracteres utópicos, la gran obsesión de Mitterrand durante estos dos decenios.

Mientras, el Jefe del Estado *prosigue* uniendo al pueblo a su alrededor y parece muy próximo a encarnar en exclusiva la idea de la Patria, tan querida por los franceses de todo nivel. Los graves defectos de su política quedan ocultos por las realizaciones de gran brillo. La búsqueda por De Gaulle de la expresión directa del apoyo popular con que cuenta servirá a François Mitterrand para hacer su presentación política al más alto nivel nacional. El general consigue la transformación del modo de elección del Presidente de la República, que pasa a ser ahora por directa votación popular, ante las inatendidas protestas de las fuerzas progresistas que ven un paso más en el reforzamiento del poder ejecutivo en detrimento del legislativo, que ve cada vez más reducidas sus ya contadas prerrogativas. La izquierda, ante el retroceso que observa en el favor popular, consigue un cierto acuerdo sobre la persona que se presentará a la elección presidencial. Desechado Gastón Deferre, alcalde de Marsella, por falta de consenso, será François Mitterrand quien pretenda coronar su carrera política compitiendo por el Elíseo en



René Coty (presidente de la IV República, de 1954 a 1959) y Charles de Gaulle (presidente de la V República, de 1959 a 1969).

una pugna que, dada la personalidad y situación de su contrincante, parece perdida de antemano.

Ferviente partidario de la unión de las fuerzas de la izquierda, este enemigo de la Constitución de 1958 logra el respaldo del PCF. Parece aproximarse ahora una era de relajamiento entre la izquierda, siempre desunida y recelosa. Durante la campaña electoral, Mitterrand afirma: «Creer en la justicia y creer en la felicidad, es el mensaje de la izquierda». Con un estilo y unas imágenes de alto nivel, la figura de Mitterrand va ganando adeptos entre el electorado. También en esta ocasión se intenta ofrecer la alternativa de izquierda como la solución a las injusticias y desajustes de la sociedad inmovilista francesa. Y como en junio de 1936, las masas se lanzan apoyar esa posibilidad. Es en esos momentos cuando François Mitterrand publica una de sus obras más conocidas, **El golpe de Estado permanente,** donde describe con toda crudeza la organizacion política impuesta por la V República, a la que viene a calificar con el título que da a su escrito como la institucionalización de una ilegalidad apoyada por un electorado mediatizado por la propaganda del régimen, que tiene en la izquierda a su víctima propiciatoria.

EL CANDIDATO

Después de su trayectoria bajo la anterior República, y tras su prolongada presencia en los escaños de la Cámara, Mitterrand se lanza por fin a la conquista del sillón presidencial a fines del año 1965. En la primera vuelta de las elecciones, el día 5 de diciembre, el general De Gaulle, a pesar de contar con todos los resortes de la propaganda que le proporciona el Estado, obtiene solamente un cuarenta y cuatro por ciento de los votos. Mitterrand logra un treinta y dos por ciento. En la segunda vuelta, con un De Gaulle profundamente dolido por verse obligado a precisar de esta reafirmación del apoyo popular, el general obtiene la victoria con el cincuenta y cinco por ciento de los votos. Pero Mitterrand ha conseguido aglutinar la voluntad de izquierdistas y descontentos hasta alcanzar un cuarenta y cinco por ciento del total de los votos. Antes de las consultas electorales, François Mitterrand había afirmado que «el combate entre gaullistas y antigaullistas no era más que el viejo combate de la derecha contra la izquierda». De hecho, el estudio sociológico de los votantes de uno y otro de los candidatos en esta primera confrontación directa de los dos grandes rivales no da la razón a esta simplificadora declaración. Señala Jean Touchard que en las elecciones de 1965, tres millones de antiguos electores de izquierda habían votado por De Gaulle, mientras que se habían inclinado por Mitterrand al menos dos millones de personas no clasificables políticamente como pertenecientes a la izquierda.



Georges Pompidou (presidente de la V República, de 1969 a 1974) y Valery Giscard d'Estaing (presidente de la V República, de 1974 a 1981).



La «tournée» por las tabernas es una tradición de la Francia electoral. Mitterrand bebe con sus electores.

Todos los estudiosos del complejo fenómeno político que ha sido y es el gaullismo han coincidido en que ha propiciado unas transferencias de votos como nunca se habían observado en la historia constitucional de Francia. François Mitterrand ha conocido a lo largo de los años esta realidad innegable sobre su propia persona.

Después de esta importante victoria —que

no es solamente moral sino con efectivos resultados políticos de cara al futuro— la izquierda comienza a recomponerse y logra una mejora de posiciones en las elecciones legislativas de marzo de 1967. La dramatización de la situación, tan instrumentalizada por el gaullismo en el poder, ya no encuentra el mismo eco que años atrás. Parece que al fin la izquierda ha encontrado el camino que le permitirá acceder al poder para proceder a la transformación de unos ordenamientos que nunca ha admitido. Pero en 1968 llega la **Revolución de Mayo.** París estalla y arde de la mano de obreros y estudiantes, que se unen para enfrentarse a la organización social, al modo de vida, al orden económico, a la paralización política que propicia el viejo general... Para muchos observadores temerosos ha llegado la hora de la revolución social. Francia se sume en el caos y el desconcierto durante días enteros. Por increíble que pueda parecer en un país como ése, todos los soportes sociales parecen haberse hundido bajo la presión, muy localizada en el espacio, de la calle en rebeldía. Incluso una persona tan ponderada en sus juicios como el mismo Mitterrand no dudará en afirmar: «Desde el día tres de mayo, ya no existe el Estado».

Ante esta inesperada explosión, la izquierda —partidos y sindicatos— se mantiene apartada y aun hostil a la fácil y peligrosa aventura de encabezar el movimiento de protesta. Sus últimos éxitos dentro de la legalidad son demasiado frágiles para exponerlos en una situación que cuenta con una evidente carga de utopismo. Pero no faltan las imprudencias ni los riesgos inútiles. Mitterrand se ofrece como candidato a la Presidencia de la República junto a la formación de un Gobierno Mendes-France como única solución legal posible, tal como viene a apuntar Jean Lacouture tratando sobre esta cuestión concreta. La repulsa de los comunistas a esta propuesta se une enseguida al vuelco de la situación. El general De Gaulle domina de nuevo el poder, sabiendo que cuenta con el apoyo del Ejército, que no se ve precisado a intervenir. La hora de la locura colectiva ha pasado. Las grandes manifestaciones de apoyo al régimen son la manifestación externa de todo un electorado amedrentado ante el fantasma de la revolución, que han creído ver tan de cerca. Las elecciones legislativas que tienen lugar en la última semana de junio dan a la formación gaullista la mayoría absoluta (4).

(4) Ver «El Mayo francés». TIEMPO DE HISTORIA, Núm. 42. Mayo de 1978.

El miedo a una transformación violenta de las estructuras básicas del país, y un cierto apego por el régimen ya conocido, entregan al general De Gaulle la mayor proporción de votos que la derecha ha obtenido en Francia a lo largo de toda su historia constitucional y republicana. La izquierda, acusada por el Presidente de ser causante y fomentadora de los desórdenes, sufre el mayor descalabro electoral, todavía más grave por inesperado. La aparentemente pacífica y flexible sociedad francesa se revuelve rápidamente contra cualquier tipo de aventurerismo impuesto por minorías poco controladas y carentes de apoyo social. La retirada definitiva del general meses más tarde no viene a aportar ningún respiro a la destrozada izquierda, que todavía no sabe cómo recuperar el apoyo del desconfiado electorado, que parece volcado muy decididamente hacia soluciones continuistas.

En el seno de la izquierda socialista, la unificación se va consiguiendo gradualmente y sobre todo debido a la personalidad de Mitterrand, que es quien la propicia a partir de una Federación constituida cuatro años antes. Ahora, la unidad ha de lograrse a partir de cero. Mayo ha destruido la **Federación de la Izquierda Democrática y Socialista.**



Jean-Pierre Chevenement, François Mitterrand, Michel Rocard y Georges Marchais. (Caricatura de Wiaz).

BAJO EL GAULLISMO SIN DE GAULLE

Tras la marcha del general, las tensiones entre socialistas y comunistas no cesan un instante. En las elecciones presidenciales, François Mitterrand no está presente. El relativo éxito del candidato comunista, Duclos, viene a corresponder al desastre de los aspirantes socialistas, Michel Rocard y Gastón Deferre. Georges Pompidou significará desde la Presidencia la continuidad en lo



El presidente Valery Giscard d'Estaing (izquierda), saludando al candidato socialista a la Presidencia, François Mitterrand, al finalizar el debate radiotelevisivo que mantuvieron días antes de la segunda ronda de las elecciones a la Presidencia de la República, de la que saldría vencedor (el 10 de mayo) François Mitterrand.

esencial y una cierta apertura limitada, dentro del más clásico conservadurismo.

También en 1969, los socialistas buscan una nueva imagen, con lo que desaparece la histórica SFIO para dar paso a un Partido Socialista dinámico y encarado hacia el futuro. El 16 de junio de 1971, François Mitterrand es elegido secretario general del Partido. A pesar de la mayor potencia real del PCF, la alternativa socialista es contemplada por la derecha como una posibilidad a tener en cuenta, debido a la moderación con que rodea sus actos y declaraciones el PSF. Mitterrand es ya el líder indiscutido de la oposición. A su lado, Michel Rocard, dirigente del pequeño PSU, mantiene posturas más radicales. El PS va alcanzando importantes niveles de aceptación entre los grupos sociales de la burguesía progresista que admiten incluso su programa común de Gobierno, firmado con los comunistas en junio de 1972 como plataforma electoral.

A las elecciones legislativas de 1973, la izquierda se presenta, por vez primera bajo la V República, unida política y electoralmente. Alcanza un mayor número de votos. —casi once millones— que las formaciones de la derecha —con apenas nueve y medio—. Pero la ley electoral está creada precisamente para beneficiar a los conservadores. Y los gaullistas siguen manteniendo la mayoría parlamentaria, presididos por el moribundo Georges Pompidou. Tras la muerte de éste, en abril de 1974, la Unión de la izquierda presenta, una vez más, a François Mitterrand apoyado por Michel Rocard, como candidato a la Presidencia de la República. Valery Giscard d'Estaing obtiene el triunfo por un margen que no alcanza el uno por ciento del número de votos. Nunca la izquierda había estado tan cerca del triunfo. Es la más palpable demostración de las ventajas de la unidad, que ya no parece causar temores irresistibles a un electorado políticamente maduro tras largos años de tutela paternalista.

Durante los primeros años de la presidencia de Giscard, continuador efectivo bajo otras formas de la obra del general De Gaulle, los socialistas, habiendo visto tan cerca el triunfo, procuran desatarse las manos de su ligazón con el PCF que cada vez abandona más los principios del eurocomunismo para entregarse a posturas cerradamente ortodoxas. En las legislativas de 1978, tras una dura campaña en los dos campos enfrentados, la Unión de la izquierda consigue quince millones de votos, pero no alcanza la victoria. Es la ruptura de la alianza: Por vez primera desde 1944, los socialistas consiguen un mayor número de votos que los comunistas. Los franceses de izquierda se decantan ya abiertamente por el moderantismo socialista personificado en el que aparece como eterno perdedor: François Mitterrand.

El septenato del presidente Giscard, que se había iniciado bajo auspicios de reforma y renovación, apoyado en una mayoría conservadora y centrista, va apartándose rápidamente de los gaullistas y de la izquierda al mismo tiempo. El decepcionante período que ha terminado el día 10 de mayo de 1981 es historia reciente. La vida política francesa, al margen de las naturales disputas, se ha visto envuelta en asuntos de todo tipo que recuerda los que jalonaron la última etapa de la tan denostada III República. La misma figura del Presidente, junto con las personas de su entorno, se han visto mezclados muy directamente en una serie de escándalos y situaciones de evidente corrupción que incluso el autoritarismo de su política no ha conseguido mantener ocultos durante los años que dura el excesivamente largo mandato presidencial que contempla la Constitución.

EL CAMBIO

Todos los tratadistas que se han acercado al estudio de las instituciones de la controver-

tida V República se esfuerzan repetidamente sobre el tema del cambio dentro del sistema, lo que denominan **alternance.** La izquierda, desde 1958, aun manteniendo firmemente posiciones de negativa a la aceptación tanto de las instituciones como de las sucesivas medidas económicas y de defensa, con su participación en el juego político, ha contribuido a la consolidación del régimen y en su dinámica interna. Paul-Marie de la Gorce y Bruno Moschetto, en una reciente obra sobre el régimen vigente en Francia, abordan el problema del cambio dentro del sistema partiendo de la premisa básica de la aceptación de esa posibilidad, que por pura lógica tiene que caber dentro de toda mentalidad democrática.

Tras las elecciones municipales de 1977, todos los sondeos dan con regularidad la mayoría a las fuerzas de la izquierda. En Francia, durante los últimos años la estabilidad política ha venido dada por la coincidencia entre la mayoría presidencial y la mayoría parlamentaria. Si en un momento dado, estas dos mayorías no coincidiesen sería de temer una paralización de la vida política del país. Este es el riesgo que se presenta de forma inmediata al vencedor del 10 de mayo. El fascinante experimento político que es la Francia de estos momentos cuenta además con elementos dramáticos de primer orden. La cuestión fundamental es si la entrada de la izquierda en el poder va a confirmar definitivamente la existencia de un régimen siempre contestado por esa misma izquierda, e incluso por las mismas personas desde los comienzos. En caso contrario, cabría preguntarse si el régimen soportaría el dominio de una mayoría que aparece como contraria a todos los principios que sirvieron para su establecimiento.

François Mitterrand, a su tercer intento, ha conseguido la Presidencia de la República, ante el júbilo de unos y el temor y la desconfianza de otros. No solamente Francia va a experimentar profundos cambios, sino que todo el panorama europeo se verá influenciado por este cambio fundamental. Tras esta tercera oportunidad —que sería la última—, Mitterrand introduce de nuevo en los más altos niveles de la vida política francesa la figura del humanista, del hombre de letras, el continuador de la larga tradición francesa del político ilustrado, que va más allá de posiciones ideológicas concretas, y que en este siglo puede agrupar a personalidades tan dispares como Jean Jaurés, León Blum, Georges Pompidou, y aun al mismo Charles de Gaulle, gran escritor.

El hombre que comienza a gobernar a Francia en medio de una sombría crisis económica con todas sus secuelas, ha ofrecido a los electores la imagen de un cambio controlado. Poseedor del denominado **carisma democrático**, François Mitterrand ofrece una imagen personal e íntima muy poco destacada. El paseante solitario de las tierras llanas de las Landas ha vivido la campaña entre los apoyos y las condenas. De la postura desconfiada y reticente del sociólogo conservador Raymond Aron al aplauso deslumbrado del biógrafo político Lacouture, pasando por la apuesta favorable del más importante diario de Francia, **Le Monde.** El gran lector e infatigable escritor, cuidadoso del estilo, ha conocido en estas semanas los elogios de compañeros de letras tan alejados en todos los aspectos como el colombiano García Márquez y el alemán Gunther Grass.

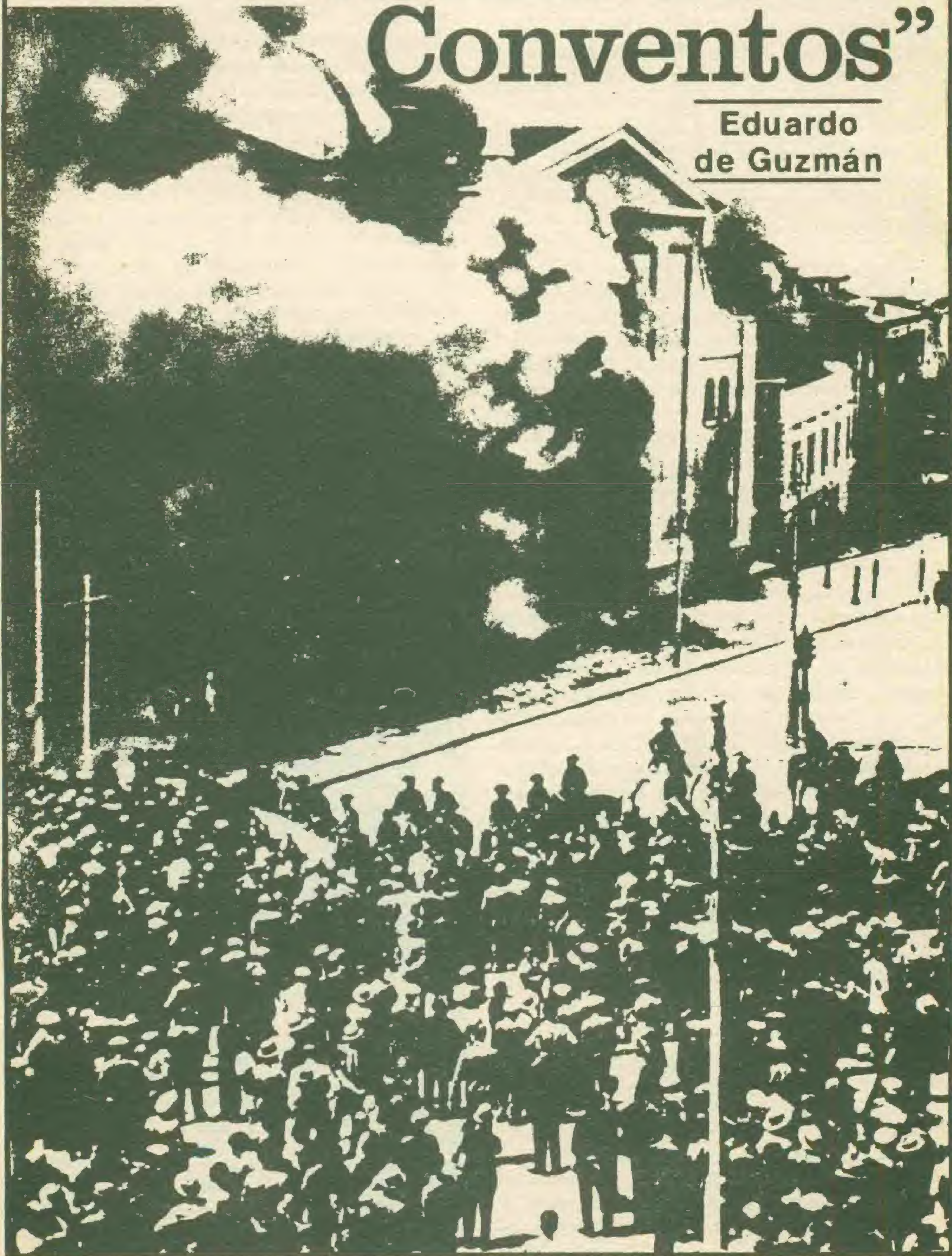
Tras el período giscardiano, una era llena de esperanza parece abrirse ante los franceses, por voluntad de su cuerpo electoral. La figura de François Mitterrand, enigmática y atrayente, se presenta provista de las aptitudes necesarias para proceder a la transformación positiva de un régimen envejecido tras poco más de veinte años de trayectoria.
■ **J. M. S. M.**


François Mitterrand, nuevo Presidente de la V República.

Hace cincuenta años:

La "Quema de los Conventos"

Eduardo de Guzmán



QUIZAS la mayor diferencia entre el actual período de transición y los cinco primeros años de relativa paz de la Segunda República, estriba y consiste en que los gobernantes de hoy no han tenido, por fortuna para todos, los dramáticos enfrentamientos de hace medio siglo con los representantes del más intransigente y fanático de los clericalismos ultramontanos. Aunque en el tiempo transcurrido desde la muerte de Franco no han faltado maniobras y provocaciones de los eternos enemigos de las más elementales normas democráticas dentro del Estado español, en este quinquenio no se ha producido ninguno de los choques que con tan lamentable frecuencia esmaltaron los meses iniciales del régimen instaurado el 14 de abril de 1931.

ESTA realidad agradable cabe atribuirla en parecida proporción a las dos partes que antaño se mantuvieron en un conflicto casi permanente. Si la actitud de la Iglesia española en 1975 es totalmente diferente a la mantenida cuarenta y cuatro años atrás, la opinión liberal, escarmentada por las duras lecciones del pasado, reacciona con mayor serenidad y prudencia ante las intenciones clericales de controlar la política nacional tratando de imprimirle un rumbo poco acorde con los deseos diáfanamente expresados por la mayoría del país en las elecciones de 1977 y 1979. La menor virulencia de unos y otros ha realizado lo que algunos pudieran considerar auténtico milagro de que las cuestiones religiosas no dividan al pueblo español en dos bandos irreconciliables, presto siempre a resolver sus diferencias por sendas de violencia y sangre.

MODERACION FRENTE A FANATISMO

Como nadie ignora, el clericalismo es enfermedad que únicamente padecen los países católicos en que no penetró la Reforma. Si España, concretamente puede librarse en el siglo XVI de los estragos de las guerras de religión, lo consigue tan sólo gracias a una



El Gobierno Provisional de la República, en 1936: De izquierda a derecha, de pie: señores Prieto (Hacienda), Domingo (Instrucción Pública y Bellas Artes), Largo Caballero (Trabajo y Previsión Social), De los Ríos (Justicia), Martínez Barrios (Comunicaciones), y Nicolau d'Olwer (Economía), y sentados: Albornoz (Fomento), Giral (Marina), Azaña (Presidencia), Lerroux (Estado) y Casares Quiroga (Gobernación).



Impresionante aspecto del campanario de la Iglesia de San Luis, envuelto en llamas (Madrid, mayo de 1931).

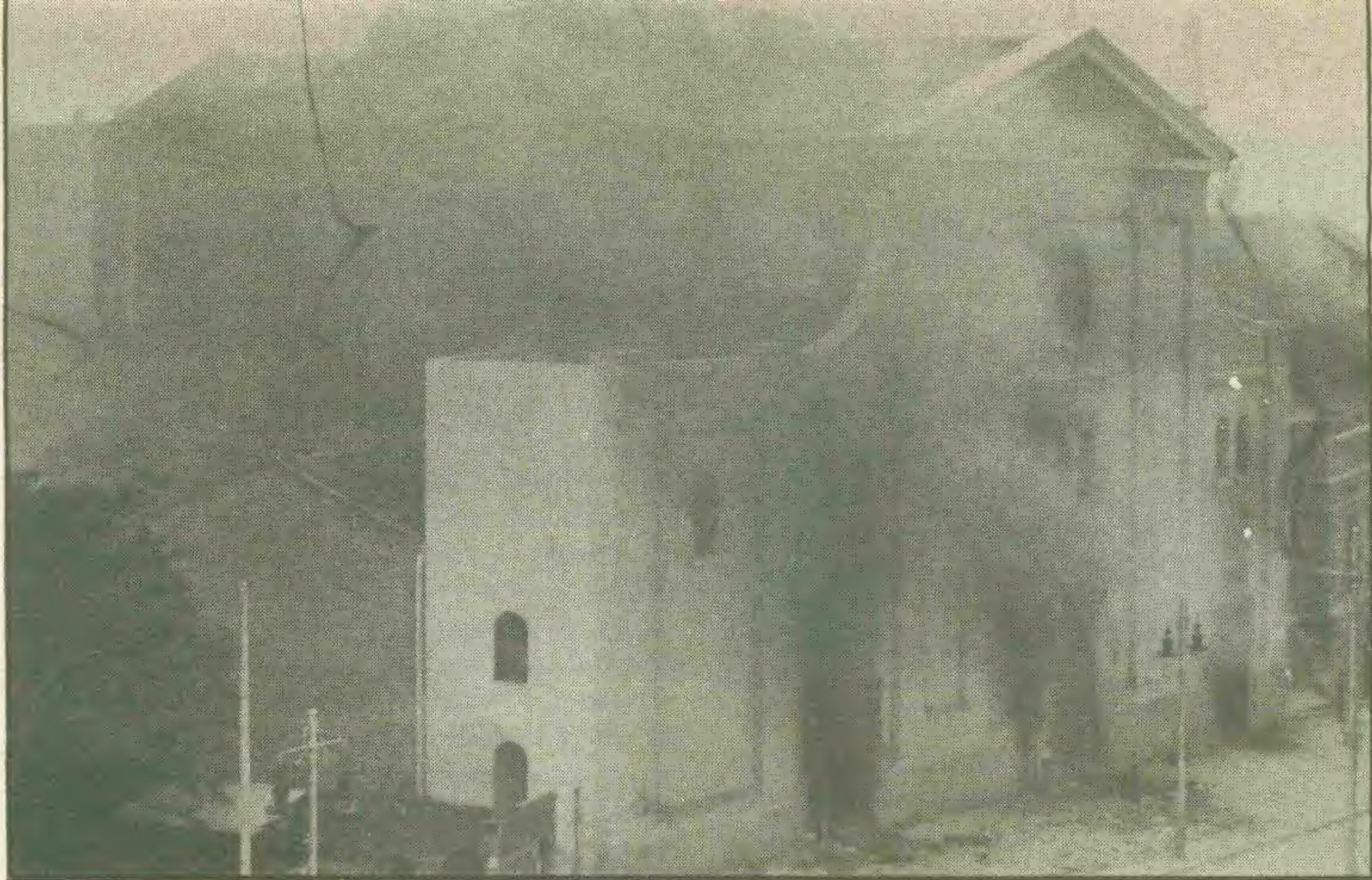
Inquisición que amordazando bocas y torturando conciencias logra imponer una aparente uniformidad en el pensamiento nacional, aunque sin resolver de manera definitiva la cuestión. El problema religioso continúa en pie y las luchas civiles evitadas un día estallan con mayores violencias y daños tres siglos después. Pese a que la reacción ultraderechista es derrotada en las contiendas civiles de nuestro convulso siglo XIX, continúa siendo un grave peligro al comenzar la tercera década del XX. Proclamándose perseguido en cuanto no puede perseguir a los demás, el clericalismo —totalmente contrario al espíritu cristiano de que alardea— sabe tanto en 1841 como en 1848 y 1876 proceder con la suficiente habilidad y astucia para reconquistar con rapidez el terreno perdido y hallarse al poco tiempo en condiciones de emprender una nueva lucha.

Pero si ese claricalismo belicoso que nunca se da por vencido significa una grave amenaza, no es menor la que representa o puede representar su consecuencia inevitable y directa: un anticlericalismo virulento y rabioso, dolencia que también padecen únicamente determinados países católicos. Es algo totalmente inimaginable en Inglaterra, Alemania, el centro de Europa, los países nórdicos o los Estados Unidos; pero que ha provocado sangrientas contiendas civiles en otros lugares, de los que Méjico y España pueden ser elocuentes ejemplos. En nuestro país, en efecto, siendo terribles los prolongados períodos de preponderancia ultra, no lo son menos los estallidos populares de cólera anticlerical que como riada incontenible amenazan llevárselo todo por delante. Desgraciada demostración de los primeros son las guerras carlistas y el afán de dominio de los elementos levíticos; la réplica del anticlericalismo demuestra a su vez su intolerancia y fanatismo con la matanza de los frailes en 1834 y los incendios barceloneses de 1909.

Plenamente conscientes del peligro que tanto el clericalismo como el anticlericalismo representan en nuestro país, los gobernantes republicanos —mucho más preparados y bastante menos ingenuos de lo que posteriormente han pretendido representárnoslos sus enemigos— saben que el problema más arduo con que habrá de tropezar el nuevo régimen es el religioso y que deberán proceder con extremado tacto para que el futuro sea totalmente distinto al pretérito y evitar que el fanatismo de ciertos católicos, espoleando la intransigencia de una parte de la Iglesia, no esterilice como en el pasado todos los intentos democratizadores y, más aún, que la tradicional hostilidad entre los dos bandos no desembocase en una nueva guerra civil. Para lograrlo, los integrantes del futuro Gobierno Provisional, que a raíz del Pacto de San Sebastián empiezan a debatir el programa que aplicarán una vez triunfante la República, adoptan posturas en ex-



El cardenal Pedro Segura, arzobispo de Toledo y Primado de España, en mayo de 1931. Enemigo declarado del nuevo régimen español.



La iglesia de los PP. Jesuitas de la calle de la Flor, presa de las llamas (Madrid, mayo de 1931).

tremo moderadas y prudentes. Miguel Maura, que participa activamente en las discusiones, precisa rotundo y categórico en su libro «Así cayó Alfonso XIII»: «Los republicanos tradicionales e históricos pretendían una separación absoluta de la Iglesia y el Estado, un laicismo integral en la vida pública española y una desamortización rápida de las grandes propiedades eclesiásticas. En cambio, los integrantes de la derecha republicana, convencidos de que dichas medidas representaban una nueva guerra civil, mantenían el criterio de que los católicos, igual que el resto de los españoles, merecían un respeto absoluto en sus creencias y prácticas por parte del Poder Público, desde la escuela hasta el cementerio». «Después de mucho debatir —añade— prevaleció el criterio moderado que representábamos Alcalá Zamora y yo, y, llegada la hora del triunfo, esa fue la tónica de la conducta del Gobierno Provisional».

Sin embargo, estos deseos y proyectos, opuestos por igual al clericalismo dominante y al anticlericalismo violento, que el Gobierno republicano trata de llevar a la práctica en las primeras semanas del nuevo régimen, y que al principio parecen abocados a un éxito pleno, fracasan poco después. Parte fundamental de ese fracaso —que tan lamentables consecuencias tendría para el pueblo español— incumbe a la actitud hostil y beligerante del Primado de España y arzobispo de Toledo, don Pedro Segura, y a la quema de conventos madrileños del 11 de mayo de 1931. En la cuenta personal tanto del primero como de los segundos —sean cuales fueren sus incitadores y ejecutores— habrá que cargar la mayor parte de la responsabilidad de la feroz lucha fratricida que ensangrentará las tierras de España sólo un lustro más tarde.

MANIOBRAS CONTRA LA PAZ

Todo discurre al principio por cauces tranquilos y optimistas. Pese a la clara orientación conservadora de buena parte de la Iglesia española de la época y al sentimiento monárquico de algunas de sus más altas jerarquías, en las jornadas históricas del 14 y el 15 de abril no se produce el menor incidente desagradable. Aunque las masas populares son dueñas absolutas de la situación porque la fuerza pública ha desaparecido prácticamente de las calles, a nadie se le pasa siquiera por la imaginación traducir en hecho su visceral anticlericalismo. No se asalta centro religioso alguno en toda la extensión de la geografía peninsular, ni un solo sacerdote, monja o fraile es objeto de insultos o agresiones en ninguna ciudad, pueblo o aldea de España. En su primera declaración programática el Gobierno Provisional da muestra de reflexiva moderación y prudencia al declarar su firme voluntad de «respetar de manera plena la conciencia individual mediante la libertad de creencias y cultos, sin que el Estado en momento alguno pueda pedir al ciudadano revelación de sus creencias religiosas». Por su parte, los represen-



El jefe del Gobierno español, Manuel Azaña, en compañía del Nuncio de Su Santidad en España, Federico Tedeschini.

tantes de las asociaciones católicas y algunas jerarquías eclesiales, expresan sin reservas su respeto y acatamiento al poder constituido.

«El Debate» es en 1931 portavoz autorizado de una parte fundamental del catolicismo militante en nuestro país, y «El Debate», en su artículo editorial del 15 de abril, da a conocer su postura en los siguientes términos inequívocos: «La República es hoy la forma de gobierno establecida en España; en consecuencia, nuestro deber es acatarla». Un día más tarde, el obispo de Barcelona, en carta circular al clero de la diócesis, tras ordenar a los sacerdotes «no mezclarse en contiendas políticas» y que «guarden con las autoridades seculares todos los respetos debidos y que colaboren con ellas», les indica la conveniencia de hacer rogativas públicas para que el Señor «derrame sobre la Patria y sus gobernantes las gracias tan necesarias en los actuales momentos». Veinticuatro horas después, las asociaciones católicas de Cataluña hacen público un manifiesto de adhesión al poder constituido que termina diciendo: «Sin guerra civil ha nacido la República. Que sin violencias ni luchas fratricidas viva para el bien común y la prosperidad social y se lleve el amor y reconocimiento de todos los pueblos que forman parte de la nación, porque encuentren el respeto y la defensa de sus derechos, el sostén de los cuales es el primer deber de justicia del nuevo régimen. ¡Dios guarde la República!». Ratificando todo esto, un telegrama de Roma que «El Debate» publica en lugar destacado en su número del 16 de abril, dice textualmente: «En los círculos autorizados del Vaticano se mira la situación de España sin graves aprensiones. Tanto porque la Santa Sede es indiferente a las formas de gobierno y está dispuesta a tratar con todos los poderes constituidos que representen la mayoría verdadera y respondan a criterios de equidad y justicia, como porque en el caso de España, los promotores del actual régimen republicano han hecho declaraciones de respeto hacia la Iglesia».

El representante papal en España, obispo de Lepanto, príncipe de la Iglesia y cardenal Tedeschini, visita en repetidas ocasiones de manera oficial al ministro de Justicia don Fernando de los Ríos, con el que sostiene diálogos amistosos y cordiales. Como la totalidad de los gobiernos extranjeros, el Vaticano acata y reconoce sin el menor inconveniente al régimen recién instaurado en Madrid. Existen desde luego algunos problemas pendientes, pero tanto el ministro español como el eclesiástico italiano, ponen sus mejores deseos en resolverlos sin choques ni enfrentamientos. Pese a todas las impaciencias de los partidos y organizaciones izquierdistas, don Fernando de los Ríos no quiere precipitar los acontecimientos y cuando antes de concluir el mes de abril circula el rumor de que está próxima la separación de la Iglesia y el Estado, se apresura a puntualizar, hablando con los periodistas:

—No es cierta la noticia. Es una cuestión que únicamente puede resolver el Parlamento. Serán, pues, las Cortes Constituyentes, en las que estarán representadas todas las opiniones y todas las fuerzas nacionales, las que decidan. El Gobierno sólo podrá preparar una ponencia que llevará ante las Cortes, pero serán éstas las que decidan.

Frente a esta actitud prudente y moderada del Gobierno y a la ostensible política del nuncio de resolver diplomáticamente los problemas pendientes, está la postura de franca provocación de algunos periódicos —que pretenden disimular sus tendencias política con un manto religioso— y especialmente la de dos prelados que dejándose llevar por su radical intransigencia inician la ofensiva contra el régimen que acaba de establecerse en España. Uno de esos prelados es el doctor Múgica, obispo de Vitoria; el otro —y principal— el arzobispo de Toledo y Primado de España, don Pedro Segura. Al mismo tiempo se inicia en determinados círculos clericales el ataque a fondo contra monseñor Tedeschini, nuncio de Su Santidad en España, conforme explica con todo detalle persona tan poco sospechosa de simpatías anticlericales como don Pedro Sainz Rodríguez en su libro, publicado en 1978, «Testimonio y recuerdos».

Desde que siendo obispo de Coria acompaña a don Alfonso en su famoso viaje a Las Hurdes, don Pedro Segura es monárquico convencido y fervoroso, que siente por el soberano admiración sin límites. Hombre de carácter entero, intransigente y tenaz en defender sus opiniones, pero carente en absoluto de ductilidad y diplomacia, considera a la República un mal para España y no hace nada por disimular su pensamiento. Apenas ha transcurrido una semana de la proclamación del nuevo régimen cuando hablando en la catedral de Toledo se expresa en términos inequívocos. Algunos malignamente le atribuyen una frase demoledora: «Debería caer la maldición sobre España si la República se consolidase». Cuando un periódico izquierdista reproduce la frase con el escándalo consiguiente, círculos próximos al cardenal niegan en redondo su autenticidad. No obstante, el ministro de Justicia llama la atención al nuncio, rogándole que informe a Roma e insinuando que los gobernantes republicanos verían con agrado una rápida sustitución del primado.

Antes de que llegue la contestación del Vaticano, el día uno de mayo de 1931, don Pedro Segura publica en el «Boletín Eclesiástico de la Archidiócesis de Toledo» una extensa pastoral de abierta intención política y de claro ataque a la República. Tras afirmar que durante algún tiempo ha permanecido callado, sufriendo en silencio insinuaciones y aun groseras calumnias, considera llegado el momento de hablar. Afirma que la historia de España no comienza en 1931 y que los católicos no deben olvidar que durante muchos siglos la Iglesia y la Monarquía convivieron juntos y que de su acción coordinada nacieron beneficios inmensos que España debe recordar con letras de oro. Dedica a renglón seguido un fervoroso elogio al monarca derrocado que consagró la patria al Sagrado Corazón de Jesús y puso su cetro a los pies de Nuestra Señora de Guadalupe. Asegura más tarde que vivimos momentos de extrema gravedad y que los fieles deben permanecer vigilantes y alerta porque «cuando los enemigos del reino de Cristo avanzan resueltamente, ningún católico puede permanecer inactivo, retirado en su hogar o dedicado solamente a sus negocios». Concluye asegurando que «si permanecemos quietos y ociosos» ni «aun tendríamos derecho a lamentarnos cuando la triste realidad nos demuestre que habiendo tenido la victoria en nuestras manos ni supimos luchar con denuedo ni sucumbir con gloria».

Ampliamente difundida y comentada la pastoral suscita un gran revuelo político. Pocos



Un convento en llamas, durante los incendios de mayo de 1931.

días después de su publicación, el ministro de Justicia anuncia que el Gobierno no está dispuesto a consentir agresiones contra la república que constituyen una verdadera declaración de Guerrera, y que ha entrado al nuncio una enérgica nota de protesta para que la transmita al Vaticano. Así está planteada la situación cuando el domingo, 10 de mayo, la inauguración de un centro monárquico en la calle de Alcalá y especialmente los mueras a la República lanzados por los asistentes al mismo y la agresión contra un grupo de taxistas estacionados en las inmediaciones, determinan una serie de incidentes que culminan en una manifestación que horas después se dirige hacia la casa de «ABC» en la calle de Serrano. Se produce un tiroteo cuando los manifestantes pretenden penetrar en el edificio y no se sabe si por disparos de la fuerza pública que custodia los talleres o por tiros que proceden del interior de la casa resultan dos muertos y varios manifestantes heridos.

OCHO INCENDIOS ESPECTACULARES Y SORPRENDENTES

Los graves sucesos de la calle de Serrano provocan enorme impresión en Madrid. Por la noche del domingo ya se forman grandes manifestaciones de protesta que recorren las calles céntricas y que van a reunirse en la Puerta del Sol ante el edificio de Gobernación donde está reunido el Gobierno. Los manifestantes se muestran indignados por lo que consideran una grave provocación contra la República y piden a los gobernantes que procedan con mano dura al castigo de los culpables. Cuando un miembro del Gobierno, asomado al balcón de Gobernación promete que se hará justicia rápida y ejemplar los manifestantes se disuelven, si bien durante muchas horas continúan las reuniones no sólo en los centros de los partidos políticos y en el Ateneo, sino también en los innumerables cafés de la Puerta del Sol y de la calle de Alcalá.

Las manifestaciones, muchas de las cuales llevan a su frente la bandera tricolor y los retratos de Galán y García Hernández, tienen un carácter exclusivamente republicano y de defensa del nuevo régimen. Se ataca a los monárquicos y se pide a gritos que los responsables de la Dictadura y de la «Dictablanda» y especialmente quienes dirigieron la represión de las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos —los nombres más repetidos son los de Berenguer y Mola— que siguen en libertad sean cuanto antes encarcelados y juzgados. Aparentemente todo termina en la misma noche del domingo, luego de la promesa gubernamental de satisfacer las peticiones populares y se anuncia y presagia que el lunes será una jornada normal de trabajo.

El lunes, 11 de mayo, en efecto, abren normalmente los comercios, circulan todos los medios de transporte y a las diez de la mañana están trabajando con absoluta normalidad el 90 por 100 de los obreros y empleados madrileños. Como protesta contra lo sucedido la víspera y la lenidad del Gobierno en la persecución de los más peligrosos elementos monárquicos, la Confederación Nacional de Trabajo declara la huelga general. Pero la CNT es una organización sindical minoritaria en Madrid, donde una mayoría de trabajadores están afiliados a la Unión General de Trabajadores que hace circular órdenes urgentes para que nadie secunde la huelga decretada por la organización rival.

Sin embargo, la huelga va intensificándose en el transcurso de la mañana. Si a las diez parece totalmente fracasada, a las doce empieza a revestir cierta importancia. Grupos de trabajadores procedentes de los barrios extremos invaden las calles céntricas, formando manifestaciones que piden el cierre de los comercios. Sea por miedo a una ruptura de lunas, caso de negarse al cierre, o porque simpaticen con los huelguistas van cerrando la mayoría de los comercios, aunque no po-



Caricatura de Azaña por Del Arco.



Lugar donde reposaban los restos de las monjas fallecidas en el Convento de las monjas bernardas de Madrid, que sería destruido durante los incendios de mayo de 1931.

cos vuelven a abrir sus cierres apenas alejados los manifestantes. En cualquier caso, las manifestaciones siguen teniendo un carácter exclusivamente político sin mezclar para nada las cuestiones religiosas.

Inesperadamente, a última hora de la mañana, cuando pasa por delante una nutrida manifestación, empieza a arder el convento de jesuitas de la calle de la Flor. ¿Cómo y por quién se inicia el incendio? Son muy distintas las versiones que ese día y en días sucesivos circulan por Madrid, sin que pueda asegurarse de una manera indudable cuál de ellas sea la verdadera. La primera información que personalmente escucho en el lugar del suceso media hora después de elevarse las llamas me la da un compañero de redacción, Félix Paredes, que seguía a la manifestación que recorría la Gran Vía y no acaba de explicarse ni comprender lo sucedido. Según su testimonio, al cruzar ante el convento, algunos de los manifestantes lanzaron gritos contra la Compañía de Jesús y tres o cuatro arrojaron piedras contra las ventanas. Varios grupos se acercaron a las puertas y trataron de abrirlas.

—No sé lo que pasó luego —afirma Paredes—. Antes de que pudieran abrir las puertas, el enorme edificio comenzó a arder por seis o siete lugares diferentes a la vez. Y lo más sorprendente del caso es que cuando los primeros manifestantes forzaron una de las entradas se llevaron la sorpresa de que dentro no hubiese absolutamente nadie.

Con ligeras variantes y unos minutos o unas horas de retraso, lo sucedido en la calle de la Flor se repite en el convento de capuchinos de la Plaza de España, en el de Areneros en la calle Alberto Aguilera, en el Maravillas en Cuatro Caminos y otros varios situados en diferentes zonas de Madrid. Lo sorprendente del caso no es sólo que en los incendios no se produzca ninguna víctima, sino que en el transcurso de la dramática jornada no resulte muerto, herido, ni lesionado un solo cura, fraile, monja, sacristán, portero o guardián de los lugares siniestrados, acaso porque absolutamente nadie se opone a la acción de los incendiarios, fueran éstos los que fueran. Así se da el caso de que de los más de doscientos conventos, iglesias, capillas o lugares sagrados existentes en Madrid, sólo ocho sean pasto de las llamas. En algún lugar concreto —los «Luises» de la calle de Cedaceros— basta y sobra con que un grupo de jóvenes católicos haga frente a una manifestación para que los potenciales incendiarios abandonen el intento de invadir el lugar.

Es lógico y obligado preguntarse quién prepara, organiza y lleva a efecto la espectacular destrucción de un puñado de edificios madrileños. No es fácil la respuesta ni siquiera cuando el medio siglo transcurrido desde entonces nos ofrece una amplia perspectiva histórica. ¿Cabe atribuir a simple casualidad o al rabioso anticlericalismo de determinados sectores izquierdistas que la huelga general declarada por la CNT por motivos exclusivamente políticos degenera a las pocas horas en los incendios conventuales? ¿Son tales excesos consecuencia lógica del anticlericalismo latente en una parte del pueblo español, excitado y provocado por la actitud y las palabras del arzobispo de Toledo? ¿Se trata de una maniobra habilidosa de elementos reaccionarios que buscan con los incendios el descrédito del régimen recién instaurado? ¿Cómo es posible que en los lu-



Fernando de los Ríos, ministro de Justicia de la República, visto por Bagaria.

gares incendiados no haya una sola persona dispuesta a defenderlos cuando la realidad demuestra este mismo día que presuntos incendiarios desisten de sus aparentes propósitos destructores tan pronto como alguien les hace cara? ¿No es lógico pensar, lo mismo que ante cualquier otro hecho violento o delictivo, que entre los beneficiados por él tienen que estar los culpables y que éstos no son ni pueden ser en forma alguna liberales o republicanos?

No es fácil dar una respuesta exacta, probada e irrefutable a todas y cada una de las respuestas precedentes. Escribiendo treinta años después de producidos los hechos, Miguel Maura, que en ese momento es ministro de la Gobernación, habla de un complot monárquico-comunista, muy difícil de admitir y creer, y asegura que los incendios fueron preparados por grupos de activistas revolucionarios en el Ateneo de Madrid. Afirma haberlo sabido con unas horas de retraso merced a una confidencia del capitán Arturo Menéndez, que posteriormente es nombrado Director de Seguridad, combate en Madrid la intentona de Sanjurjo, tiene que dimitir a consecuencia de los sucesos de Casas Viejas y es fusilado en Zaragoza al comienzo de la guerra civil. Es posible que sea verdad lo que dice; sin embargo, conviene tener muy presente que Maura al escribir trata de justificar su actuación personal en la famosa fecha y desvirtuar las responsabilidades que las derechas le atribuyen por su completa inhibición en la jornada; sin olvidar, naturalmente que cuando publica «Así cayó Alfonso XIII», Menéndez lleva veinticinco años muerto y enterrado.

Hay muchos puntos oscuros en cuanto sucede en Madrid el 11 de mayo de 1931. Lo único positivamente cierto es que quienes prenden fuego a ocho conventos sin tropezar con el menor obstáculo o resistencia hacen tan magnífico favor a la propaganda reaccionaria y clerical de nuestro país como daño al buen nombre y prestigio de la propia República.

CON MEDIO AÑO DE RETRASO

Otro hecho igualmente cierto es que después de los sucesos del 11 de mayo, la Santa Sede mantiene las mismas relaciones diplomáticas con el Gobierno Provisional de la República y que monseñor Tedeschini —contra quien los ultras españoles realizan en las sombras una intensiva campaña de solapados ataques— continúa conferenciando con las autoridades gubernativas y de manera esencial con el ministro de Justicia. Pocos días después de la quema de conventos, don Pedro Segura solicita pasaporte para salir de España y el Gobierno se lo concede en el acto. Supone que el cardenal ha sido llamado a Roma, atendiendo el Vaticano la petición formulada para que sea reemplazado en la silla primada. Sin embargo, el arzobispo de Toledo celebra en Roma una extensa entrevista con el Papa, de cuya cordialidad se hacen eco algunas publicaciones derechistas españolas. Al cabo de una semana, Segura está de vuelta y, contra lo que había esperado el ministro de Justicia, confirmado en su cargo. No permanece mucho tiempo en nuestro país, porque a la semana siguiente torna a marcharse, instalándose ahora en un pueblo francés próximo a la frontera y cerca del lugar en que se encuentra el obispo de Vitoria, monseñor Múgica. Un secretario del cardenal cruza casi a diario la frontera de Irún, estableciendo un estrecho contacto entre ambos prelados y los que continúan en el interior de España. Sus viajes parecen sospechosos al ministro de la Gobernación, que ordena a la policía que vigile sus pasos discretamente. Un día detienen al viajero secretario y le encuentran encima una serie de documentos comprometedores. Según Maura, los documentos incautados tenían una enorme importancia. «Había —escribe— un extenso informe de un conocido letrado, uno de los jefes de Acción Católica, en el que se mantenía la tesis de que los bienes de las iglesias y conventos podían ser enajenados y su producto exportado al extranjero, por tratarse de bienes exentos de toda fiscalización por parte del Estado, con arreglo al Concordato, aún vigente, con la Santa Sede».

Don Manuel Azaña confirma en sus memorias la existencia y la importancia de los documentos encontrados al secretario de Segu-

ra. «Son principalmente —escribe— un dictamen del señor Martín Lázaro, de la extrema derecha católica, sobre la manera de poner a salvo los bienes eclesiásticos. Aconseja la venta de las fincas y que el producto o los valores que ya poseen se inviertan en fondos extranjeros o se coloquen a nombre de un titular; que los cupones y las rentas no los cobre nunca la misma persona, etc. Y, además, una carta, al parecer circular, del arzobispo de Toledo, Segura, diciendo que, con autorización del Papa, aconsejan que se hagan aquellas operaciones para cobrar los bienes de la Iglesia. La epístola es larga».

A mediados de junio, don Pedro Segura atraviesa de nuevo la frontera española y durante unos días la policía nada sabe de la dirección que toma ni los propósitos que le animan. Comprobada su presencia en Guadalajara, el ministro de la Gobernación, que sigue siendo el católico Maura, cree tener razones sobradas para pedirle con todo respeto, pero con toda energía, que traspase de nuevo la frontera francesa, cosa que hace el 15 de junio. La expulsión del cardenal encrespa los ánimos del clericalismo español que arrecia su campaña contra la República, pese a lo cual el Vaticano que al parecer no comparte la agresividad de Segura contra el régimen imperante en España, no rompe sus relaciones con Madrid. Lejos de ello, siguiendo instrucciones de Roma, el nuncio celebra frecuentes y cordiales entrevistas no sólo con los ministros católicos —Alcalá Zamora y Maura— sino con quienes no lo son. De esta actitud de Tedeschini habla Azaña con cierta amplitud en sus memorias y con fecha 3 de octubre (cuando están a punto de comenzar en el Congreso los debates sobre los artículos constitucionales referentes a la cuestión religiosa), escribe: «Me dicen que el nuncio está muy disgustado porque los obispos españoles no le secundan en sus propósitos de llegar a una política de conciliación con la República. Vidal y Barraquer, y algún otro, son los únicos que piensan como el nuncio».

La demostración de que el Vaticano no aprueba la agresiva intolerancia de Segura está en que en los primeros días de octubre el nuncio puede comunicar oficialmente al Gobierno republicano, que Su Santidad el Papa ha decidido aceptar la «dimisión» presentada por don Pedro Segura como Primado de España. Por desgracia, la decisión llega con varios meses de retraso. La conducta del arzobispo en el medio año transcurrido desde la proclamación de la República ha excitado los ánimos de clericales y anticlericales haciendo punto menos que inevitable el choque al que arrastrarán a veinticuatro millones de españoles.


Los bomberos madrileños trabajando en la demolición del Convento de las monjas bernardas (mayo de 1931).

COLOFON

Afortunadamente para todos, los cinco años ya transcurridos del período de transición no guardan en este aspecto y sentido ninguna semejanza con el primer lustro de vida de la Segunda República. Ni el clericalismo ultramontano ha combatido la democracia española, ni el viejo anticlericalismo ha aparecido por parte alguna. Tanto la conducta de monseñor Dadaglio, nuncio en España durante los últimos tiempos, como la del cardenal Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal, les han granjeado la consideración y el aprecio de la inmensa mayoría del pueblo español. De desear es que sus sucesores, el nuncio Innocenti y el arzobispo Díaz Merchan, cumplan sus respectivas misiones con la misma prudencia y acierto que sus predecesores. Por desgracia, las primeras declaraciones del nuevo nuncio a su llegada a nuestro país y la intensa campaña clerical desencadenada contra la moderada ley de divorcio, hacen temer que no sea así. De todo corazón deseamos estar equivocados porque nada podría resultar más pernicioso para la todavía frágil democracia española que un retroceso a los viejos tiempos de lucha entre un clericalismo prehistórico y un rabioso anticlericalismo pasado de moda y olvidado en todo el mundo civilizado. ■ **E. de G.**

Historia de un hombre

Manuel Izquierdo

Declinaba el día 12 de noviembre de 1939. En una de las vertientes occidentales de la Sierra de Urda salían de entre las jaras dos hombres que, con aire de tomar un aliento, se miraban y oteaban horizonte, crestas y valles.

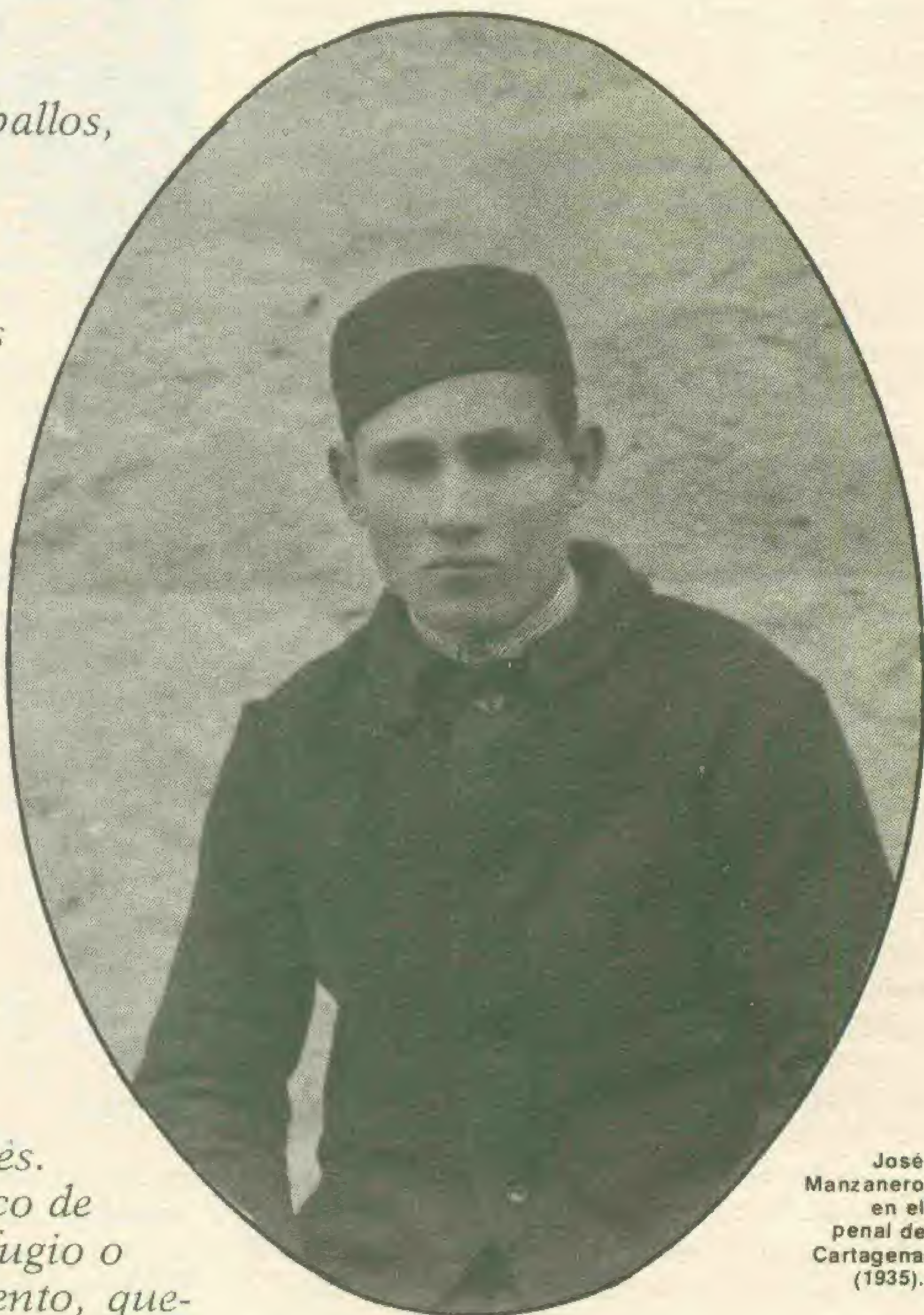
Después de escuchar atentamente, uno de ellos habló a su compañero:

—Ya no se oye a los caballos, Julián.

Pasado un momento de reflexión, añadió:

—Necesitamos alejarnos todavía.

Ninguno de los dos hombres se había sentado. Sólo habían quedado recostados brevemente contra una carrasca. Reordenado el atuendo respectivo, quien había hablado extendió el brazo y con el índice señaló hacia la masa negruzca que se levantaba al oeste y al noroeste. Sus cimas se confundían con las nubes. Era el Sistema Orográfico de Toledo, única salida, refugio o etapa que, por el momento, quedaba a ambos.



José Manzanero en el penal de Cartagena (1935).

Una breve palabra bastó para que aquellos montes barbudos tragaran de nuevo a los dos hombres. Matas y hierbas caían o eran apartadas. Como en desquite de aquella afrenta y ayudada por la humedad ambiente, la vegetación borraba pronto los signos de haber sido hollada.

que perdió la guerra

ENTONCES FUE HACIA EL MAR

Para José, el acompañante de Julián, aquel empuje a través de muros y cortinas silvestres significaba un viraje de 180º. También en marzo anterior había comenzado la marcha en el mismo sentido. La sublevación fascista de Cartagena y la rebelión del coronel Casado le sorprendió en su pueblo, Villa de Don Fadrique. Allí le habían llevado un mes antes, gravemente enfermo, desde Castuera, en la provincia de Badajoz, donde desempeñaba funciones dirigentes en el diario «Extremadura roja».

Lo que ocurría en la Capital, sitiada hacía tantos meses, no podía dejar de repercutir en aquel pueblo. Ciertamente, ni en la parte de la provincia de Toledo en manos de las fuerzas republicanas ni en el mismo Villa de Don Fadrique hubo movilizaciones contra la Junta que acababa de constituir el coronel. Los insurrectos tomaron la iniciativa inmediatamente en la Mancha, en Extremadura. Comenzaron a llenar las cárceles y a improvisar éstas para recluir a comunistas y sospechosos de lealtad al Gobierno de la República. Primitivo Carpintero (1) había hecho llegar a Villa un mensaje desde la cárcel de Navahermosa donde a él, junto con otros paisanos y militares, habían encerrado desde el mismo día 6 de marzo.

Si Villa de Don Fadrique era en 1939 la retaguardia profunda, su fama como bastión republicano y comunista no había decrecido a lo largo de los años treinta. Al contrario. Su aportación al esfuerzo de guerra había sido más que notable. De sus 4.000 habitantes había enviado a los frentes 400 personas. De ellas ya murieron 20 en los combates hasta primeros de febrero de 1937. Un balance posterior a la contienda 1936-1939 daría el no regreso al pueblo de 200 de sus vecinos. La población que quedó

(1) Ver TIEMPO DE HISTORIA, Núm. 56, julio 1979.



Alicante. Paseo de las Palmeras.

en Villa había contribuido también de forma destacada en los suministros de cereales al Madrid cercado, había remitido a los frentes y de manera regular, cada semana, dos camiones con productos alimenticios. Todo se había efectuado bajo la administración del alcalde en aquellos meses, Dionisio Torres, fusilado después bajo el franquismo.

Los de Casado cayeron sobre el lugar en buscas y registros. José tuvo que ocultarse. En algunas salidas comprobó amargamente que cualquier punto de apoyo había desaparecido. Por ello pidió a su propio padre que le llevara, en unión de un compañero suyo, en dirección a los Montes de Toledo. Recuerdos y leyendas aprendidas de niño le empujaban en ese sentido.

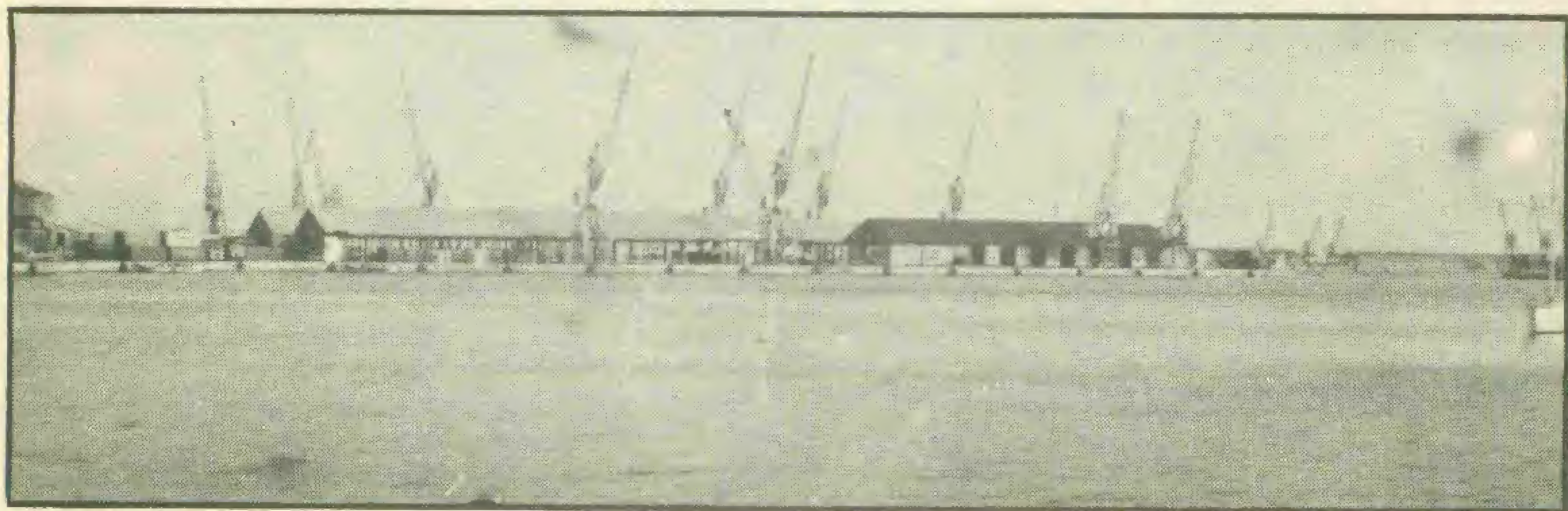
Salieron los tres hombres con el carro de mulas, vestidos exactamente como los campesinos de la comarca. Por el camino, José se sintió agravado en su enfermedad. Consideró imposible el proyecto y entonces marcharon hasta Alcázar de San Juan. Allí tomaron los dos un tren después de despedirse del padre.

Desde aquel momento, para José como para cuantos se unían en la marcha a la costa, había un solo objetivo: embarcar, salir de España. A partir del 5 de marzo a las doce de la noche martilleaban radios y periódicos que se produciría una «paz honrosa», que «saldría todo el que quisiera», que «habría barcos para todos». Casado y sus colaboradores daban la garantía de que «O todos nos salvamos o todos nos hundimos».
En el puerto de Alicante estaba completo el abanico político de la zona republicana. A empezar por los más furibundos golpistas para concluir en quienes se habían opuesto hasta el último momento y por todos los medios a que triunfara la postrera rebelión en Madrid. Ya nadie discutía allí ni hablaba de Negrín o de Casado. Los barcos, los barcos, el mar, salir... Era el único pensamiento, el unánime fin. Zarpar. El rumbo era igual. Africa, Europa, donde fuera. Lograr un respiro. No caer en manos fascistas. Aproximadamente el mismo pensamiento del medio millón de españoles que se refugiaron en Francia en febrero; el mismo sentir de los 25.000 que habían logrado marchar por Levante hacia Africa del Norte. Pero el último barco, el «Stambrook», había hecho rumbo a Orán desde Alicante el 31 de marzo con 4.800 refugiados. Casado y unos pocos de sus adláteres abandonaron España para Inglaterra, por el puerto de Gandía, a bordo del «Galatea».

No hubo hora del día o de la noche en que miles y miles de personas, confinadas tras las verjas que las separaban de la Ciudad, no echaran una mirada hacia el mar. Hasta que a lo largo del puerto desfiló la italiana División «Littorio». Hasta que por la bocana entró el «Vulcano». José miró todavía hacia el mar cuando, perdido entre la riada de prisioneros, marchaba por el Paseo de las Palmeras en dirección al Campo de los Almendros; miró hacia el mar cuando desde este lugar le trasladaban a la Plaza de Toros. No había perdido la esperanza de que aún podía haber una salida marítima, si la ocasión se presentaba, cuando con tantos otros era conducido al Castillo de Santa Bárbara. Aunque prisionero, el mar quedaba a sus pies, a unos centenares de metros.

CASTILLO DE SANTA BARBARA

Todavía miraron al mar los mil hombres que llevaron al Castillo. Viejos y jóvenes; ex combatientes, algunos de los cuales conservaban restos de sus uniformes; vestidos los más de paisano, fueran civiles o no, en una abigarrada mezcla de trajes recién sa-



Alicante. El puerto, los muelles.



Vista parcial del Castillo de Santa Bárbara.

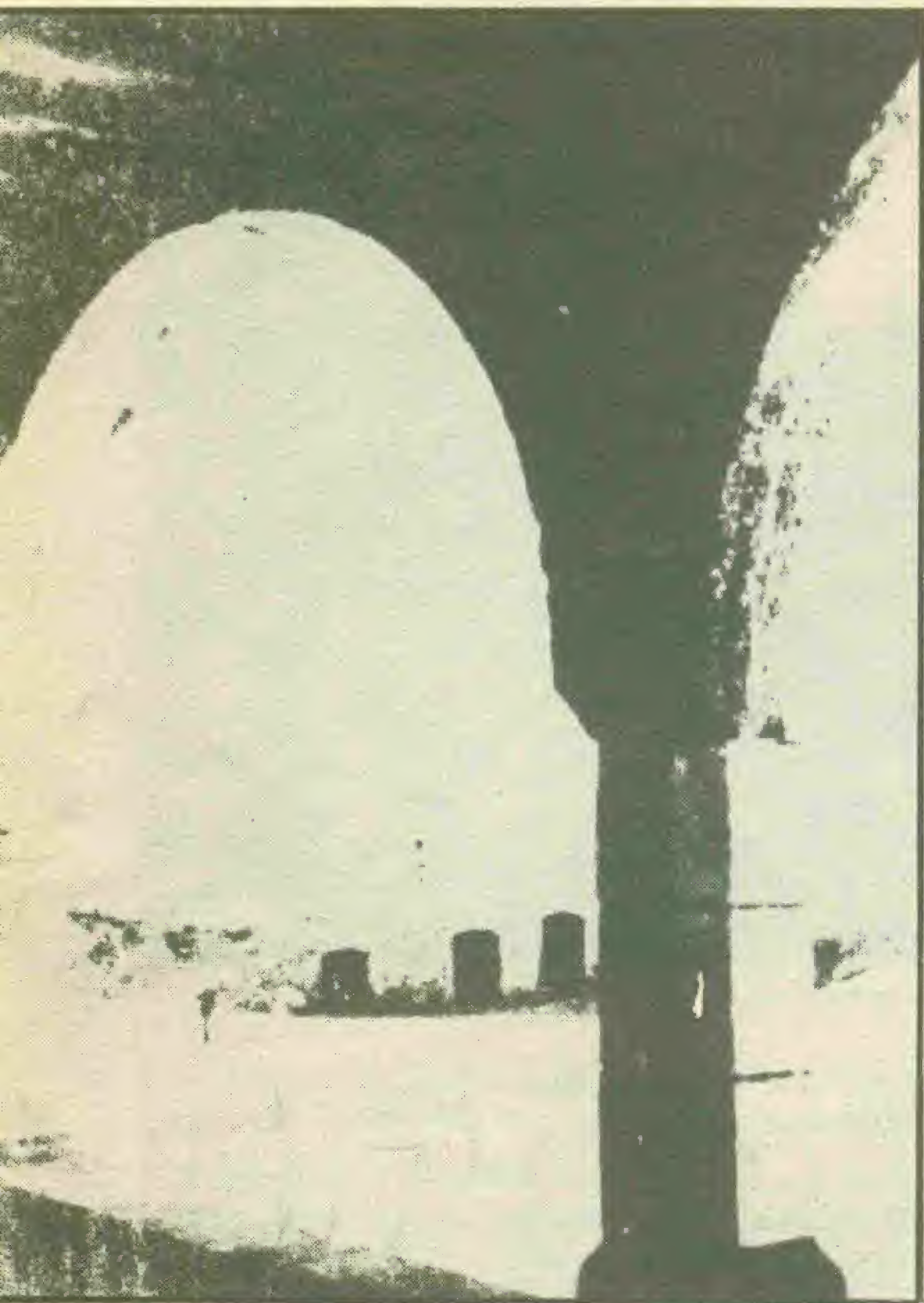
cados de los armarios y de panas campesinas. Allí había jefes y oficiales, comisarios políticos, funcionarios de las administraciones central y locales, obreros, empleados, intelectuales desde catedráticos hasta ingenieros y médicos, soldados rasos, pastores, en fin, gentes dedicadas en su vida anterior y reciente a las más diversas actividades. Hay que repetirlo. Ya era difícil distinguir estas diferencias sociales. Cada uno había ido preparándose en los días precedentes a pasar «como uno más».

A los mil detenidos en la fortaleza del Monte Benacantil les tenía sin cuidado en aquel momento lo que en la Antigüedad hubieran hecho allí Amílcar, el emperador romano de Occidente Mayorico o el vándalo Genserico, los vestigios que de su paso y dominio dejaron en piedras y recintos los griegos, los romanos y los árabes. Que en tantos avatares históricos el Castillo hubiera sido destruido y reedificado una y otra vez por castellanos y aragoneses no tenía en tales días el menor incentivo para ellos. Las vicisitudes bélicas del antiguo fuerte habían terminado en 1873 al sufrir el bombardeo de unas fragatas insurrectas. Desde 1893 el Castillo estaba desartillado y en 1929 el Estado había transmitido su propiedad a la ciudad de Alicante. Los más remotos recuerdos de aquellos prisioneros sobre el lugar iban a los últimos días de marzo en que, desde el puerto, veían la bandera blanca izada en la «Torreta», dejada tras su paso por el caballo de Troya.

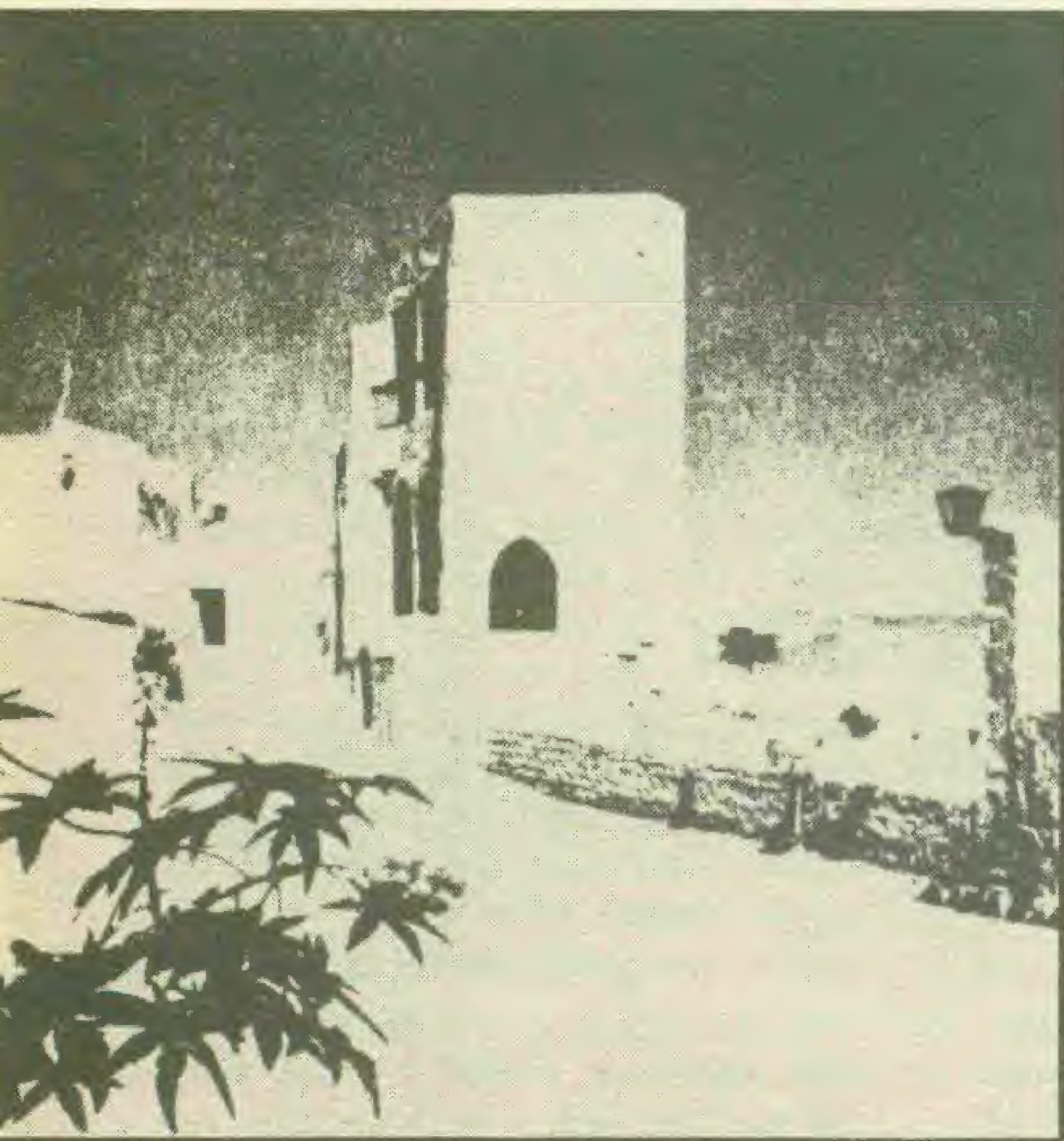
Tres días sin recibir comida constituyeron la especie de cuarentena a que se sometió a aquel millar de hombres. Hierbas salvajes y dañinas, crudas unas veces, cocidas en otras ocasiones en botes viejos recogidos en los vertederos del Castillo, fue su alimento en ese tiempo. Luego empezaron a darles algunas lentejas mal cocidas y peor condimentadas, sin grasa ni carne, que alternaban con una latita de sardinas para dos y por día. Sufrían atrozmente de la sed. Por las noches dormían sobre el suelo pelado en las naves interiores.

Al suceder de los días, la situación de «prisioneros», proclamada en el último parte de Franco el 1.º de abril, comenzaba a transformarse. En la parte alta del Castillo, en una especie de punto de observación, parecido a un molino de viento, había instalado su puesto de mando un oficial falangista. Sobre una mesa colocada en el centro amarraban al detenido que seleccionaban. Así se producían los interrogatorios mientras un grupo de energúmenos realizaba los apaleamientos. Entre tanto, desde el exterior, tres fusiles apuntaban hacia la víctima.

Los inquisidores hicieron presa, al fin, en aquella masa anónima, social, militar y civilmente. El primer descubierto en su verdadera identidad fue el diputado por Cana-



Castillo de Santa Bárbara: El baluarte de la «Mina» y los calabozos.



Castillo de Santa Bárbara: «La Torreta».

rias y miembro del Comité Central del Partido Comunista, Sosa Acevedo. Le dejaron desconocido, como un monstruo. Quedó a continuación varios días sin comer ni beber, sin poderse levantar del suelo, donde le abandonaron sus torturadores. Estos no ocultaron, más bien se jactaron, de haberle inflingido este trato por ser precisamente diputado y comunista. A Sosa sucedió en el tormento el llamado Sierra, jefe de los guardias municipales de Quintanar de la Orden (Toledo).

Las palizas se conjugaban con las charlas de uno de los fundadores del fascismo español. El entonces alférez provisional Ernesto Giménez Caballero iba del Castillo a la Plaza de Toros, del Campo de los Almendros a la Prisión Provincial, «inspeccionaba» cines y colegios donde se había recluido a muchísimas mujeres y niños procedentes del puerto y daba algún salto que otro hasta el Campo de Albatera. Eufórico al llegar en los furgones de las tropas italomussolinianas del general Gambara, parloteaba sobre «los luceros» y sobre «la unidad de destino de los hombres y de las tierras de España». Los miles y miles de «prisioneros» —reducidos a esta condición por él, por sus amigos y protectores— se encogían de hombros ante tales prédicas. Ellos, hombres y mujeres, habían sellado su unidad en una enorme y desigual lucha de treinta y dos meses por encima de sus diferencias políticas, sindicales, ideológicas, de filosofía... Ellos todos, ahora —después del nefasto mes de la Junta casadista— volvían a encontrarse unidos en el cautiverio, ante las incertidumbres futuras, ante la posible muerte para muchos. Nadie sacaba a primer plano en castillos, campos y prisiones, sus diferencias de origen como catalanes, andaluces, vascos, gallegos, extremeños, castellanos, valencianos, madrileños.

A los malos tratos físicos y a las cotorrerías del veterano jonsista se añadieron ya los rumores procedentes del exterior. El jefe de División Etelvino Vega, designado en los últimos días del Gobierno Negrín para el cargo de Comandante militar de Alicante, había sido fusilado. Su detención —por los casadistas— se remontaba al momento en que, precisamente, llegó a tomar posesión del destino.

La búsqueda identificadora no era nueva para los prisioneros del Castillo de Santa Bárbara. Ya en la Plaza de Toros habían visto desfilar ante ellos grupos camisazulados que les asaetaban con la mirada. Ve-



Castillo de Santa Bárbara visto desde la Puerta del Mar.

Alicante: El puerto visto desde el Castillo.

nían de los pueblos y sitios más diversos. Así, llegó al Castillo uno procedente de Villa de Don Fadrique. Y no tardaron en reconocer a José Manzanero Marín.

José fue sometido entonces a las sesiones del «molino de viento». Los falangistas de su pueblo le trasladaron sin tardar a Villa. Al descender del Castillo, a medida que el tren corría kilómetros y kilómetros en dirección a la Mancha, comprendía que la salud ya no estaría —si todavía podía existir— del lado del mar.

BAJAR DE LA SUPERFICIE

Durante el viaje rodeó a José la más rigurosa incomunicación. El ahora ya preso no fue estorbado en sus reflexiones. Repasó su vida. Había nacido hacía veintisiete años en una familia de campesinos y artesanos avecindada en Villa de Don Fadrique (Toledo). A los seis años tuvo que ir a guardar ovejas por cincuenta céntimos y la manutención. Tales hechos denotaban que la situación económica de la familia era endémica, secular, entre los braceros y labradores pobres de la provincia. Sin remontarse demasiado se podía ver un reflejo de ella en las líneas que publicaba, a comienzos de 1915, el periódico «El Eco Toledano»:

«El mayor jornal que saca un labriego es de 1.500 a 1.600 reales al año, o sea cuatro reales y diez céntimos o cuatro reales y treinta y ocho céntimos diarios. Esto los mayorales. Los demás criados cobran en escala descendente. Tienen familia. Algunos tres hijos o hijas. Algunos más. Necesitan, al menos, dos panes diarios. A 40 céntimos estos panes —en Toledo se expenden a 48— hacen 80 céntimos. Media libra de garbanzos, 0,15; hacen 95 céntimos. ¿Qué queda para desayuno y cena? No ha hecho consumo, en su yantar, el labriego, de tocino, carne, azúcar, leche y vino, y le quedan todavía 15 céntimos, quizás más: ¡quizá 30 ó 53 céntimos!».

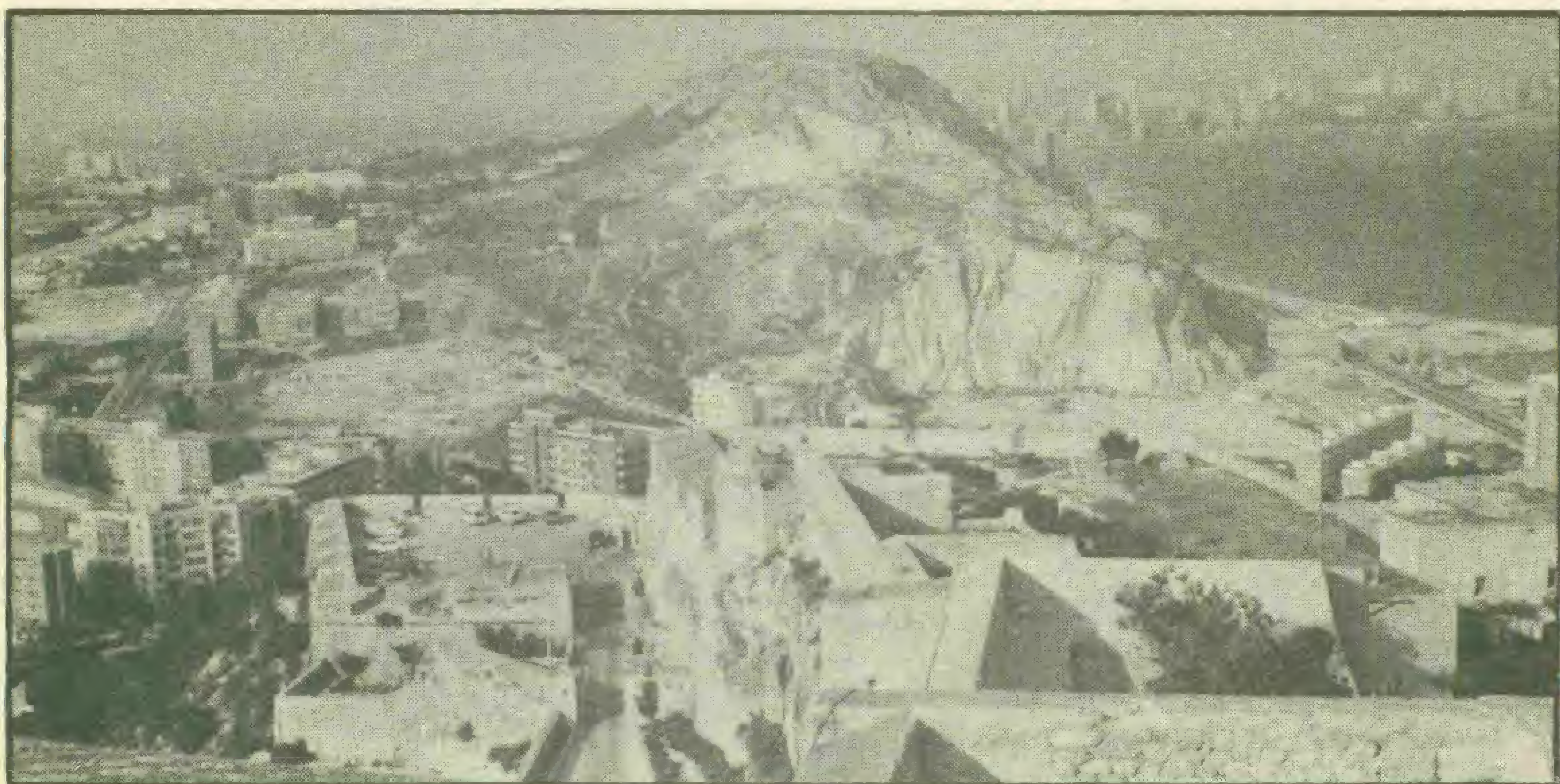
¿Es que había cambiado «todo» entre 1915 y 1932 ó 1933 por ejemplo? Las palabras de un vecino de Villa de Don Fadrique, de derechas y de pura tradición familiar derechista, reproducidas en una conocida revista madrileña, son elocuentes:

«Por los años 30, los comunistas acudían por las noches a sus reuniones sin haber cenado y dejando en la cama a sus hijos con apenas un mendrugo de pan» (2).

Al leer lo anterior es preciso no caer en la trampa de considerar que el hambre lo pasaban entonces en Villa «los comunistas». No se trataba allí de una consecuencia derivada de un compromiso político o de represalias patronales. Más adelante se verá que en los años treinta y en aquel pueblo toledano las palabras «comunista» y «trabajador» eran sinónimas, tanto para el mundo laboral como para los patronos.

José pasó a trabajar como albañil y en el vino a los 14 años. Entonces existía en el pueblo únicamente una Agrupación socialista y una Sociedad de Oficios Varios. Hacia 1928 desfilaron como conferenciantes

(2) «Blanco y Negro», artículo de Alfredo Semprún, diciembre 1979.



Lo que fue el Campo de los Almendros. Sobre él avanzan las nuevas edificaciones. A su izquierda, la carretera hacia Gandía y Valencia.

por la Casa del Pueblo de Villa, Saborit, Anastasio de Gracia y Alvarez del Vayo. El auditorio, de jornaleros y campesinos pobres, quería saber siempre más. El pueblo estaba situado en una provincia que ya en 1907 contaba con 139 afiliados al Partido Socialista repartidos entre las agrupaciones de Toledo, Mora, Tembleque y Turleque. Que diez años más tarde, en las elecciones municipales de noviembre había tenido sus dos primeros concejales obreros en Mora y luego, en los comicios generales de febrero de 1918 había dado 735 votos a la candidatura socialista de Andrés Ovejero. El total de afiliados en la provincia era de 495 en 10 agrupaciones o sociedades obreras en octubre del año citado.

Las horas de viaje no fueron sólo de recuerdo nostálgico o sentimental. En la mente de José volteaban el pasado y el presente. Los meses de libertad que el pueblo español había gozado en la zona republicana estaban agotados. Ahora había que volver forzosamente al reino de los topos. No había opción. Era cuestión de vida o muerte bajar de la superficie.

NUEVA ORIENTACION

La incidencia de los debates y de la escisión misma entre partidarios de la II o III Internacional había llegado a la provincia ya que en la fecha de celebración del I Congreso del Partido Comunista de España (Sección Española de la Internacional Comunista), en 15 de marzo de 1922, figuraba una Agrupación comunista en Toledo (3).

Hacia finales de los años veinte un vecino del pueblo, Isidro Muñoz, se trasladó a Madrid donde trabajaba como carpintero. Era oficio éste que se había distinguido antes de la dictadura primorriverista por sus luchas reivindicativas. Muñoz las conoció por sus colegas de trabajo. Escuchó relatos como, por ejemplo, la ocupación de una fábrica donde, encerrados en la misma sus obreros, mantuvieron un cerco de la fuerza pública. Ya le eran familiares los nombres de los dirigentes sindicales que encabezaron la acción. Entre ellos se contaba el de Vicente Arroyo quien, por sus consecuencias, se vio obligado a exilarse.

Muñoz llevaba los ambientes vividos por él en Madrid en sus viajes al pueblo. Cayeron en terreno abonado. Y terminó por verse



José Manzanero en 1937.

incapaz de responder a tantas cuestiones como le planteaban sus paisanos. En uno de sus desplazamientos logró que le acompañara el propio Arroyo que había regresado del extranjero. Ardientemente recibieron los trabajadores de Villa las ideas nuevas. A Vicente Arroyo sucedieron en sus visitas Areste, un muy culto funcionario de Correos, traductor de Rosa Luxemburgo y, poco más tarde, Vega. Todo ello antes de ser proclamada la República.

Era imborrable para José la noche en que conoció a Etelvino Vega. Hacia las tres de la madrugada fueron a avisarle de que había llegado «uno de Madrid». Salió sin tardar hacia la Casa del Pueblo. Ya antes de alcanzarla encontró a bastantes personas que iban en tal dirección. No hacía mucho que Vega había entrado en la localidad; le habían dirigido al hogar donde tenía preparado el pasar la noche. Pero de casa en casa circuló la noticia y quienes eran despertados empujaban a los demás fuera de las camas. Así que Vega hubo de trasladarse al local social y ante la insistencia de centenares de trabajadores no tuvo más remedio que hablarles sin esperar más. Iba a organizar el Partido Comunista en el pueblo y de la concurrencia misma salió un unánime

(3) Todavía no se había efectuado el cambio de la estructura orgánica socialdemócrata tradicional de «agrupaciones» en «células», como fue hecho después por todos los partidos comunistas, entre ellos el de España.



La Puerta de Bisagra en Toledo.

grito «¡Aquí somos todos!». Vega desató su elocuencia para explicar o tratar de explicar la diferencia entre «vanguardia» y «clase», entre... Inútil. La misma exclamación le cortó: «¡Todos!» Y ni en aquel momento ni en las conversaciones que tuvo hasta su marcha al día siguiente pudo Etelvino Vega recoger otra decisión, aparte de que en Villa de Don Fadrique todos los trabajadores eran del Sindicato y del Partido Comunista al mismo tiempo.

ANVERSO Y REVERSO DE TOLEDO

La provincia campesina, jornalera, trabajadora, estaba decidida a salir de su situación precaria. En Villa de Don Fadrique estalló el conflicto, la huelga de segadores, en julio de 1932. Patronos y fuerza pública hicieron frente a las demandas obreras con gran dureza. Los huelguistas respondieron con no menos decisión. *En la represión subsiguiente* fue detenido y encausado José (4). El entonces joven de 21 años era ya un luchador templado, entregado a la causa trabajadora desde los diecisiete años. Formado políticamente al calor de los consejos de Luis Cicuéndez (5), de Pablo y Primitivo Carpintero, de Tomás Maqueda, de Diego Maroto, se distinguió en la labor directiva de la Juventud comunista local y comarcal.

En unión de dos obreros más, José fue juzgado por la Audiencia de Toledo. Fue su paso más señalado por la capital de la provincia. Conocía ya algunas facetas de su historia. Que en ella habían residido los reyes visigodos hasta que el último, enredado entre el amor de la Cava, las intrigas y despechos de sus nobles y la desafección popular tuvo que hacer frente inútilmente al hundimiento que le depararon los árabes en Guadalete. Ya sabía José entonces cómo a partir de los tiempos en que

(4) También alcanzaron las represalias, entre decenas de vecinos, al juez municipal, Tomás Maqueda, y al médico del pueblo, Cayetano Bolívar. Este, conocido en Málaga como un doctor eminente, se vio acorralado y reducido a la miseria desde que se hizo comunista. Obligado a dejar la ciudad andaluza, Villa le acogió como su médico. En las elecciones de 1933, Málaga le envió al Parlamento. Era el primer diputado comunista elegido como tal. Anteriormente, el abogado José Antonio Balbontín ostentó esta calidad. Pero Balbontín había triunfado con la etiqueta del partido social - revolucionario al que se adhirió al escindirse el partido radical - socialista. De éste había sido fundador en 1929. A la disolución del partido social - revolucionario Balbontín pasó al Partido Comunista.

(5) Primer alcalde comunista de España, fue elegido el 12 de abril de 1931. Al estallar la guerra tomó parte en los combates de la cuenca del Tajo. Cayó al mando de una Compañía y desapareció en el sector de San Martín de Valdeiglesias.

Harto era Castilla pequeño rincón
Cuando Amaya era cabeza
Y Fitero el mojón

había ido avanzando la Corte en el nuevo Estado hacia Burgos y Valladolid para, después de establecerse en Toledo, seguir hasta Sevilla y Granada. Y que el regreso a orillas del Tajo no fue ya más que por breve tiempo. Las horas de esplendor toledano por la época habían tenido lugar bajo los Reyes Católicos, durante la boda de la hija de éstos, Isabel, con el rey de Portugal. Don Juan de Padilla había albergado en su casa para el acontecimiento a los monarcas de Aragón y de Castilla. Garcilaso de la Vega hizo lo propio en la suya respecto al rey portugués.

Los vientos no tardaron en girar. Al caer en Villalar la cabeza del comunero con las de Bravo y Maldonado, su viuda, Doña María Pacheco, tomó el mando de la resistencia toledana frente al conde de Gante, duque de Borgoña, rey de España y emperador de Alemania. Vencida ella igualmente, huyó a Portugal con su hijo por la Puerta del Cambrón. Su casa, otrora residencía real, sería arrasada por orden del emperador y el solar sembrado de sal «para que nunca jamás creciera la hierba en aquel sitio».

Y Garcilaso, el hombre de armas, de batallas y de poemas, también cayó en desgracia. Allá, en la lejanía y como en las «Tristes» de Ovidio bajo el Imperio de los Césares, lamentaba

Con un manso ruido
de agua corriente y clara
cerca del Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara...

al explicar su situación,

Aquí estuve yo puesto
o, por mejor decillo,
preso y forzado y solo en tierra ajena.

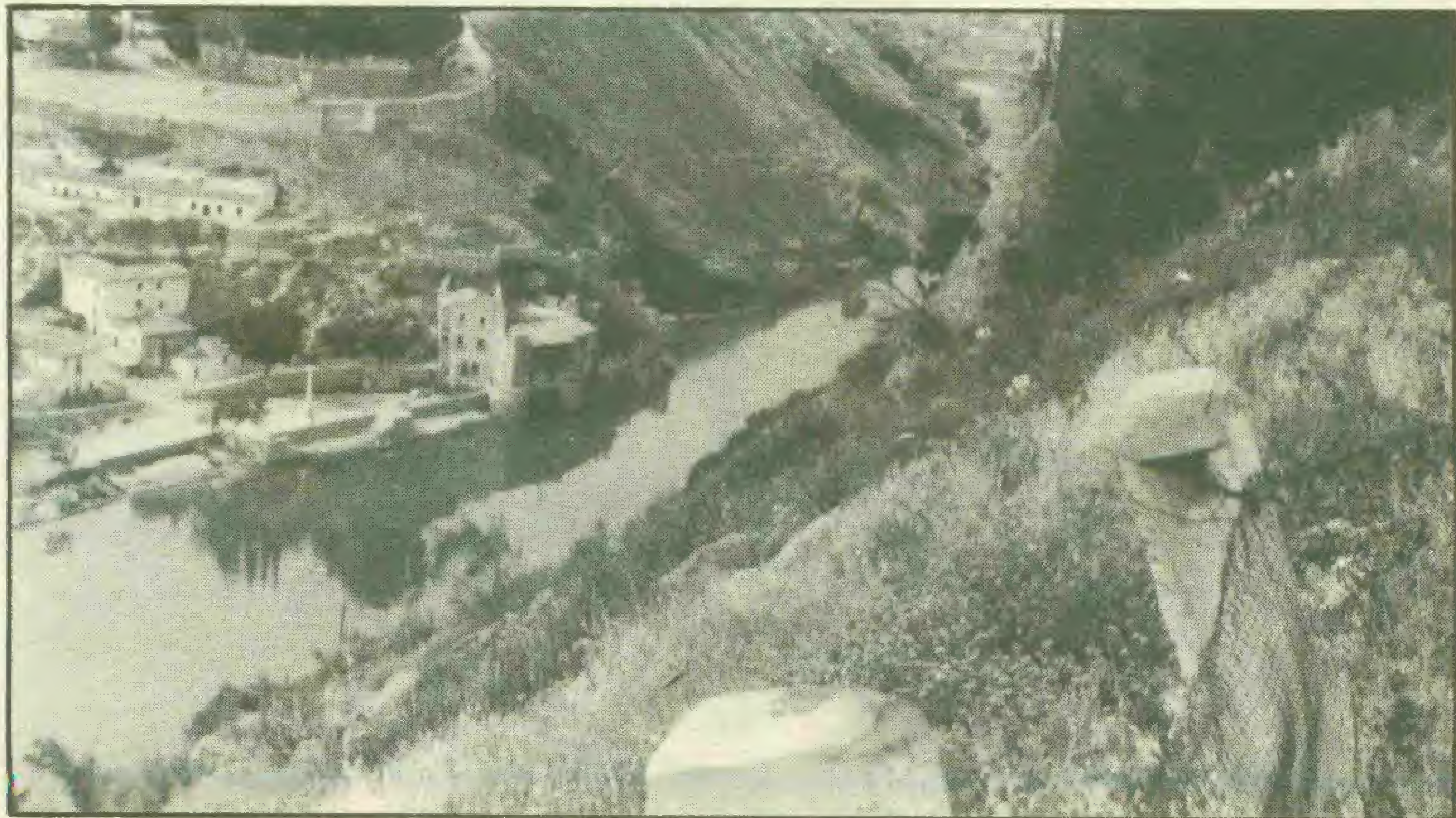
para aventar su inquietud.

Tengo sólo una pena
si muero desterrado
y en tanta desventura.

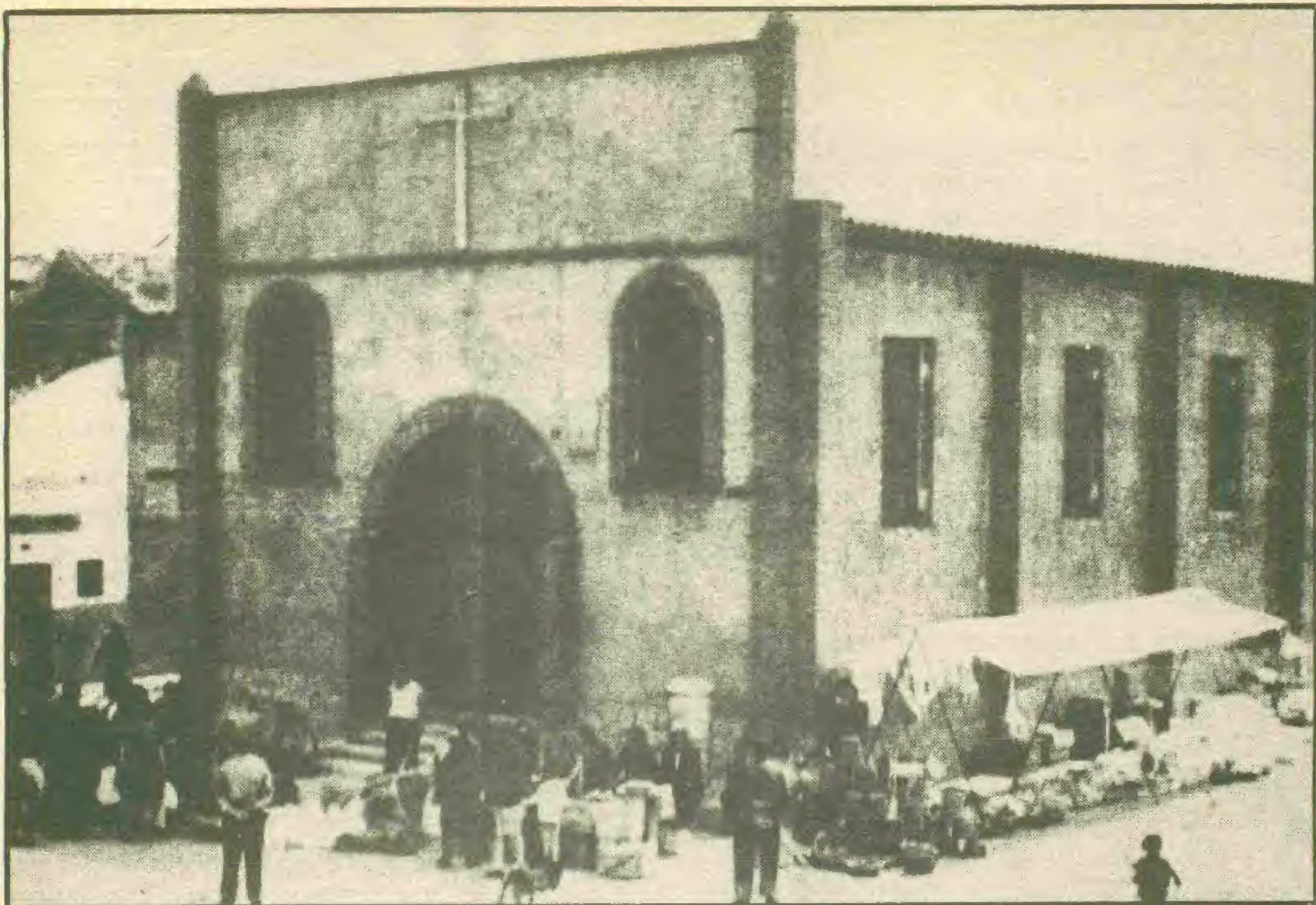
Es decir, que a medida que el Imperio avanzaba, por el Imperio iban hacia Dios los españoles, castellanos en Padilla y Garcilaso, valencianos en Caro y los agermanados en Valencia y Mallorca, aragoneses más tarde, con Lanuza y como remate del mismo impulso catalanes con Casanova. Era la unidad de destino «en lo universal» que los jonsistas ofrecían ya en sus papeles literario-políticos desde 1931.

Los dos compañeros de José fueron defendidos en el proceso por el destacado abogado toledado Virgilio Carretero, uno de los primeros propagadores de las ideas comunistas en la provincia (6). Salieron airosamente. Por él obró en su defensa el abogado radical-socialista Cabello. Fue condenado

(6) *Virgilio Carretero fue gobernador civil de Córdoba al estallar la guerra. Luego ocupó cargos en la Junta de Abastos durante la defensa de Madrid. Prisionero en el campo de Albatera pudo huir y pasar a Francia. Tomó parte en la resistencia contra los ocupantes nazis.*



El Tajo a su paso por Toledo.



Villa de Don Fadrique: Mercado de Santa Ana y Ermita. Esta fue levantada después de la guerra en el barrio más popular.

El Toboso: Pozo en que veló sus armas don Quijote.

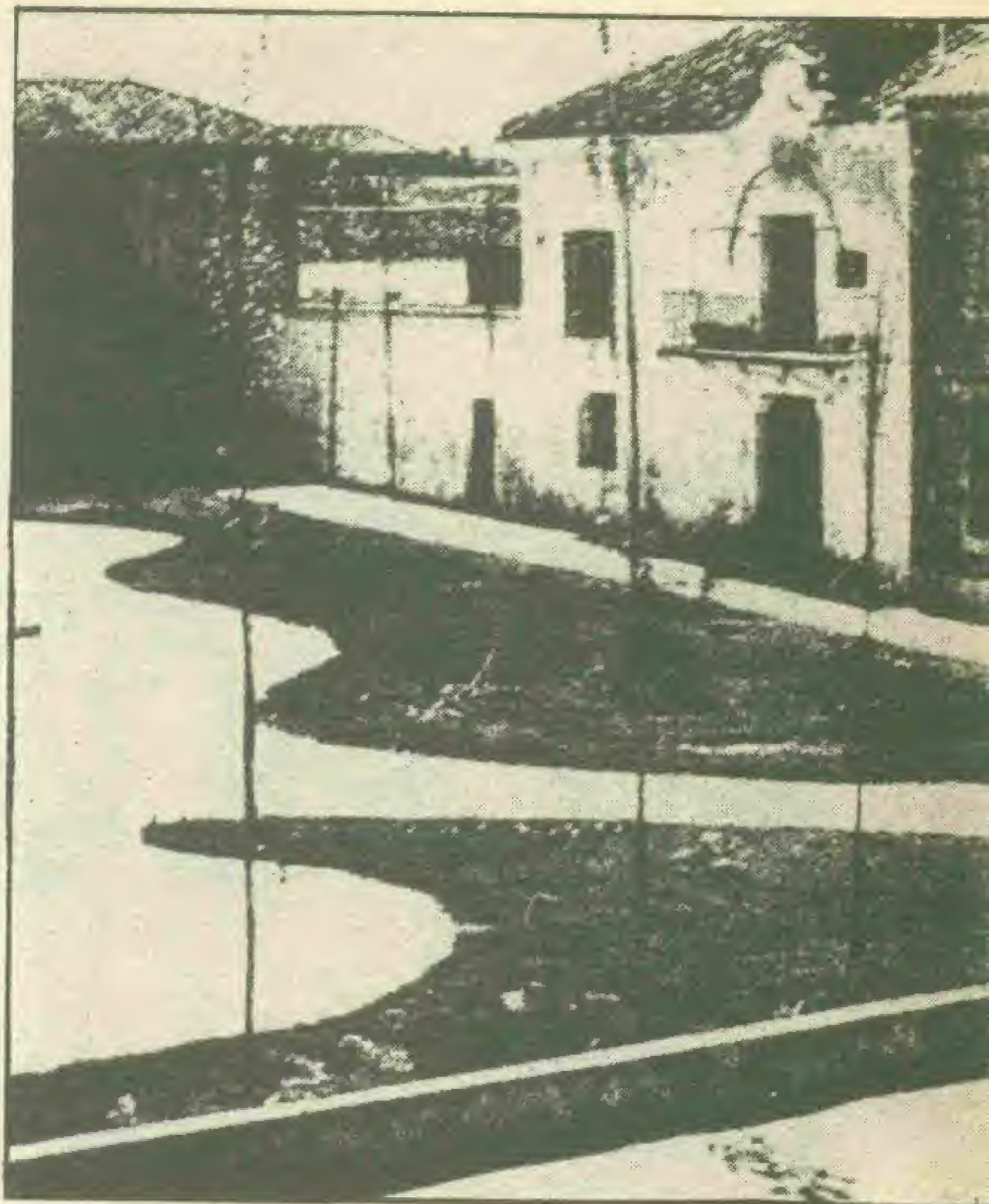
a más de 21 años de prisión. Pasó a cumplir sentencia en el Penal de Alcalá de Henares donde se dedicó a completar su instrucción general y política. Trasladado al Penal de Cartagena, en él se encontró con Ramón González Peña, con los consejeros de la Generalitat de Cataluña, encarcelados a raiz de octubre de 1934, y con otros políticos. Manzanero no volvió a la libertad hasta el 9 de marzo de 1936 al ser acogido por la amnistía decretada por el Frente Popular.

El peso de Toledo en la lucha política del país había crecido sin cesar hasta alcanzar, en el curso de la guerra, los rasgos conocidos: de un lado, un reducto-símbolo de la reacción histórico - social; de otro, toda la provincia campesina y jornalera levantada unánimemente en defensa de sus derechos a la vida y al bienestar. El 18 de julio sorprendió a José en Madrid. Allí trabajaba como obrero de la panadería. Y en Madrid, en el Jarama, en Extremadura, donde le destinaron, prestó sus servicios a las órdenes del Gobierno de la República, bajo las directivas de su Partido.

HISTORIAS, LEYENDAS Y RECUERDOS

Recuerdos de juventud llevaron a José durante el traslado a ratos de somnolencia. Sonreía para sí al remontarse a los tiempos en que escuchaba la leyenda de Moraleda, tan conocida en tierras de Toledo y Ciudad Real. Más que una leyenda era una verdadera historia de «bandido que robaba a los ricos y protegía a los pobres».

Moraleda, al llegarle el turno, rehusó ir al ejército. Como por su falta de recursos no podía ni soñar en obtener la «licencia absoluta» por medio de la «redención a metálico» y no quería que le enviaran a las guerras de Cuba o Filipinas, se echó al monte. Allí se encontró con otros jóvenes que habían adoptado una actitud similar. Constituyeron una banda o partida o guerrilla que por allí, secularmente, se denominaba una «cuadrilla». Tan antiguo era este concepto que precisamente se conocían como «cuadrilleros», hacía cientos de años, a los componentes de la Santa Hermandad, especie de contraguerrilla creada para combatir a los «forajidos» de la época. Nunca se hablaba de las motivaciones que habían empujado a las montañas a los antiguos «fuera de la ley». En algunas visitas que José hizo a Toledo vio frente a los muros posteriores de la catedral una portada gótica. A cada lado del escudo estaba esculpida la figura de un **cuadrillero.** El edificio se

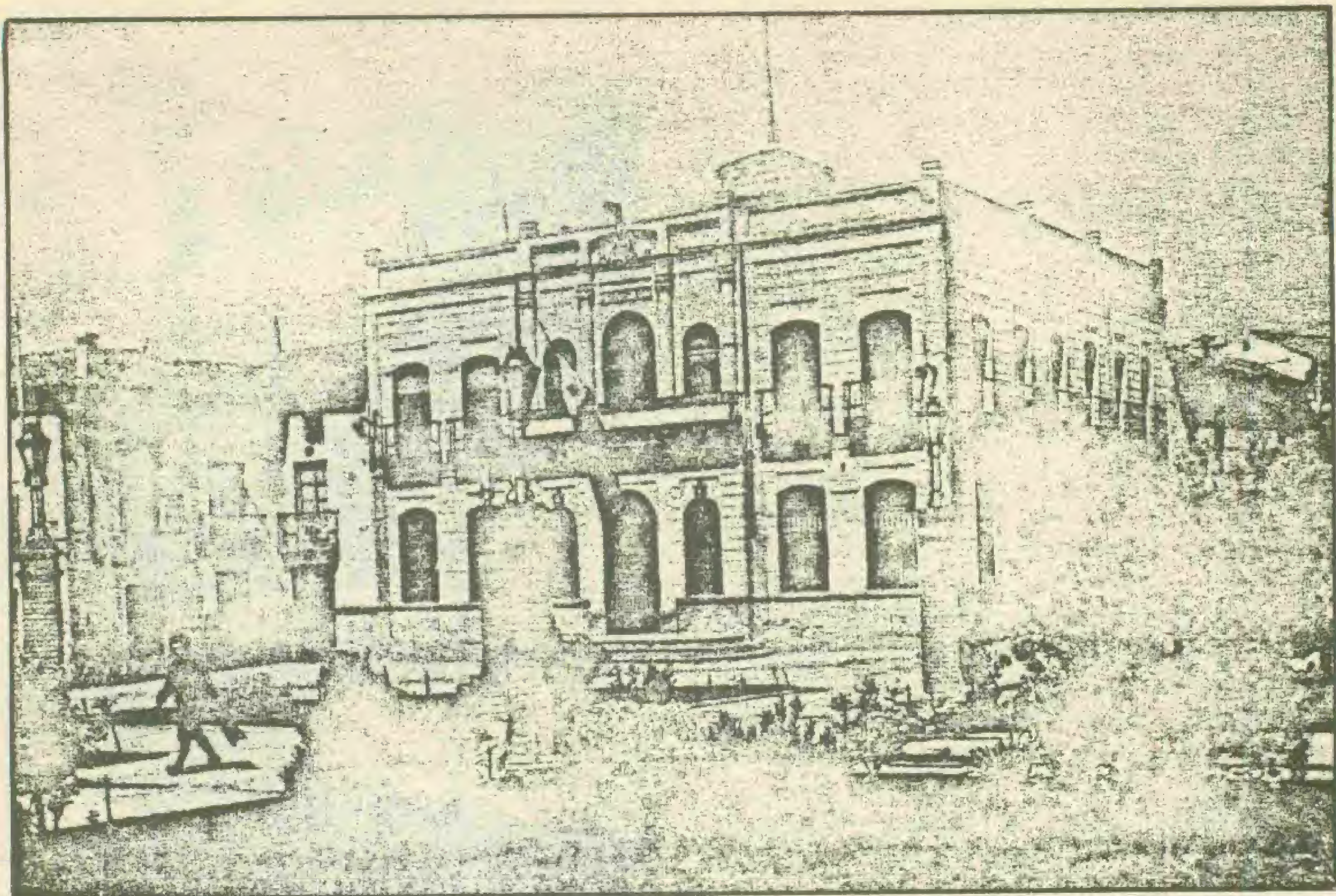


Villa de Don Fadrique: El viejo Ayuntamiento.

designaba como «la Hermandad» y allí funcionaba el Tribunal de la Inquisición. En los sótanos había contemplado las sombrías y húmedas cuevas donde se torturaba y hasta emparedaba a los prisioneros. Consideraba que, si por azar y por una suerte muy problemática, lograra escapar de manos de sus carceleros, no tendría más salida que la de Moraleda.

Porque Moraleda y su cuadrilla corretearon y se mantuvieron años y años por todos los Montes de Toledo, por el Valle de Retuerta, por la Torre de Abraham, por Anchuras. Saltaban de los límites de Toledo a los de Ciudad Real, a los de Cáceres y a los de Badajoz. Sus hazañas giraban alrededor del llamado Castillo de Prim, situado en la proximidad de las primeras comarcas citadas. Que el señor del castillo fuera Prim o alguno de sus sucesores era indistinto para sus poblaciones. El amo era siempre Prim.

Ocurrió que en el curso de una cacería organizada en el monte por los habitantes de la fortaleza, se perdió el hijo de «Prim». El niño co enzó a gritar y llorar. Su terror era doble: por un lado el miedo real a los lobos que en compactas manadas merodeaban por las espesuras; de otro, precisamente, el temor a la cuadrilla de Moraleda de quien se decían cosas horripilantes. Fa-



Quintanar de la Orden: El Ayuntamiento, situado a poco más de cien metros de la cárcel de partido.

miliares y servidores del castillo dieron batidas pero inútilmente.

La cuadrilla de Moraleda, que en permanencia vigilaba por las alturas circundantes, había seguido la cacería y localizado al niño extraviado. El propio jefe se presentó ante éste y le interrogó. Moraleda oyó al muchacho y le calmó. Le dijo que él y sus amigos le acompañarían hasta el castillo, después de entregarle un papel escrito, con la recomendación de que lo diera al estar ya dentro de su morada. El mensaje decía que el niño había sido recogido en el Valle de Santiago. Como a éste habían asegurado, los cuadrilleros permanecieron por allí hasta que le vieron entrar. El muchacho llamó ante el portalón, chilló hasta que le oyeron y le abrieron. Entregó el papel de Moraleda y por él supo «Prim» lo ocurrido, cómo había sido salvado y por quién.

En el tiempo, la cuadrilla de Moraleda consideró que aquella vida que llevaban debía tener un fin. Pasaron a Portugal. Allí se dispersaron y trataron de «reconvertirse». Moraleda y algunos otros, con el dinero o valores que habían reunido, abrieron comercios modestos. El antiguo jefe de la cuadrilla y dos de sus compañeros no lograron prolongar mucho aquella situación. Fueron descubiertos por la policía portuguesa y entregados en la frontera a las autoridades españolas. Los tres hombres fueron pasados por un tribunal y condenados a muerte. Pero «Prim» se enteró e intercedió por ellos. La pena les fue conmutada por la de cadena perpetua.

Moraleda hizo doce o quince años de prisión al cabo de los cuales salió en libertad. «Prim» fue en su busca y le ofreció entrar a su servicio en sus dominios con el cargo de mayoral. Moraleda rehusó porque, arguyó, ya no valía para dirigir y mandar. En realidad lo que no quería era eso precisamente: dirigir y mandar. Como insistiera en que no valía más que para cuidar gallinas, «Prim» aceptó que se ocupara de tal menester. Así terminó sus días.

Los jóvenes, cuando interrogaban al Tío Moraleda le decían que ya no se podría hacer lo que él hizo «porque había muchos guardias civiles». Moraleda no se inmutaba, lanzaba una especie de gruñido y hacía un ligero gesto con la mano.

Una orden de sus vigilantes hizo que José se rehiciera en una vuelta a su realidad presente.

LA PASION Y LAS SIETE ESTACIONES

¿Podrían contarse siete estaciones de Pasión o catorce caminos de cruz los que sufrió Manzanero desde que el Judas de Villanueva de Alcardete le entregó a los cen-

turiones en el Castillo? El 20 de mayo, ya en Villa de Don Fadrique, comenzaron las torturas en la noche. Le metieron en un ataúd y desde el Casino «La Benéfica» le encaminaron hacia el cementerio. ¿Había el propósito de enterrarle vivo? La cuestión es que los propios falangistas se dividieron acerca de la suerte de la víctima. Vencieron los que, enemigos de esta solución, se opusieron a hacerla efectiva. Lo peor fue evitado. Con José en la caja de muerto dieron media vuelta en la marcha y le tiraron por tierra. Desde allí le arrastraron hasta la casa del marqués, convertida en prisión.

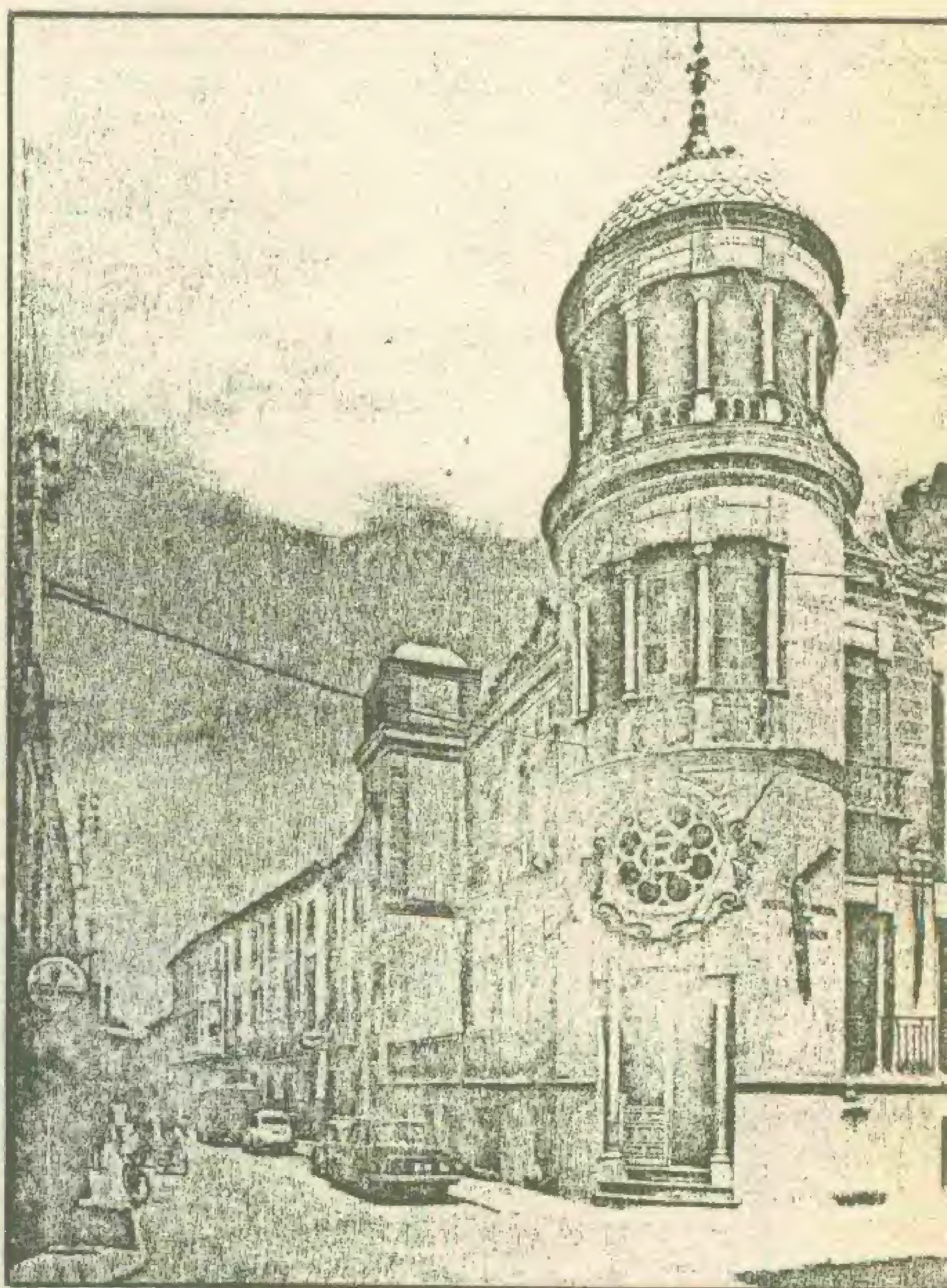
De mañana llegaron unos guardias civiles con orden de trasladar al detenido a la prisión de Quintanar de la Orden. Al verle, dijeron rotundamente que ellos no se hacían cargo de aquel hombre a quien consideraban próximo a morir. Los dirigentes falangistas ordenaron entonces a los torturadores directos, que no eran otros sino quienes habían hecho la conducción desde Alicante, que realizaran ellos mismos la expedición. Arrastras metieron a José en un coche, a rastras le echaron al suelo a la puerta de la prisión de Quintanar y a rastras le metieron hasta una mazmorra donde, por tierra igualmente, encontró a quince conocidos: su padre, su hermano Tomás, ambos ya torturados también, Valentín y Julián Carpintero, Casimiro Díaz Maroto...

En aquella cárcel estaban encerrados unos doscientos hombres y una veintena de mujeres, éstas en la parte alta del caserón, hacia el lado de la calle. Lo de «prisioneros» y «cautivos del ejército rojo» estaba pasado y bien pasado. Los presos, todos hijos de aquellas tierras, separadas apenas quince kilómetros de El Toboso, habían oído desde su infancia conceptos como «hidalguía», «caballerosidad», «defensa de los débiles» y «desfacer de entuertos». Tanto las mujeres como los hombres crecieron con el pensamiento de que la condición femenina había sido exaltada en España desde que don Quijote tuvo por amada a Dulcinea. La cruda y dura realidad de su situación les despertaba brutalmente de un largo y dulce letargo espiritual. Los carceleros se comportaban como si fueran conquistadores en tierras lejanas, eran groseros y jactanciosos, robaban a sus vigilados las camisas que les pasaban las familias, la comida, los platos, todo cuanto caía en sus manos. Y al mirar a las mujeres —las encarceladas y las que, familiares de ex combatientes republicanos estaban fuera de las rejas— lo hacían como las aves de rapiña otean los valles en acecho del momento propicio para lanzarse sobre una presa.

Allí estaban también recluidos Virgilio García Mochales, su padre Arcadio y su madre Amparo, traídos junto a otros campesinos a pie, en una marcha de veintiún kilómetros, que les separaban de su pueblo, Corral de Almaguer. De su hermano e hijo Francisco no tenían noticias hacía meses, cuando éste se hallaba en el frente de Cataluña (7). Después de la prisión de Quintanar, el padre y la madre pasarían siete años en el penal de Ocaña, mixto para más de 5.000 hombres y 2.000 mujeres y de los más duros en la carcelaria galaxia franquista.

Tomás, el hermano de José, era quien cui-

(7) Francisco García Mochales vio caer a su lado en la Casa de Campo, donde combatían juntos en noviembre de 1936, a su primo Maximino Luengo. Después fue herido en Garabitas. Durante la guerra alcanzó el grado de capitán. Pasó a Francia en la retirada, por Prats de Mollo, el 13 de febrero de 1939. En una larga sucesión de internamientos en campos, de fugas, de acciones de resistencia, terminó por caer en manos de los alemanes. Estos le condujeron de cárcel en cárcel hasta arrojarle al campo de concentración nazi de Dachau, inmediaciones de Munich, en mayo de 1943. En él permaneció hasta la liberación el 29 de abril de 1945.



Quintanar de la Orden: Casino del Recreo. Por esa calle desaparecieron los fugados del 10 de noviembre de 1939.

daba las heridas infligidas a los torturados en la cárcel. Hizo su aparición el tifus y Tomás, atacado por la enfermedad, fue trasladado al hospital de Quintanar. Murió allí a los pocos minutos de su ingreso. Se trató de «hacer volver la chaqueta» al que había sido comandante del antiguo batallón republicano «Luis Carlos Prestes», el comunista Vela. Este rechazó indignado el intento. Y le fusilaron.

Además del efectivo de la cárcel de partido, los francofalangistas habían encerrado en la iglesia de Quintanar de la Orden a más de mil detenidos. Allí se encontraba Antonio Cicuéndez, de Puebla de Almoradiel. Diezmados estaban los hogares de todos los alrededores, reducidos a expresiones mínimas. Torturas, fusilamientos continuos por grupos enteros, salvajismo, se habían manifestado abiertamente en Miguel Esteban, en Villacañas, en Villanueva de Alcardete. Era el «¡Ay de los vencidos!» en todo su rigor.

Tres eran las estaciones que restaban a José en su Pasión. Fueron las constituidas por otros tantos consejos de guerra que habrían de entender y fallar su expediente. En aquellos meses y por la provincia de Toledo funcionaban tribunales itinerantes que iban de una cárcel de partido a otra. Los represores no tenían otra forma para «dar salida» a los miles y miles de presos hechos hasta en las aldeas más apartadas y remotas.

Estaba plenamente convencido José de que sería condenado a muerte y ejecutado. Tenía que ganar tiempo, retardar el vencimiento del plazo para jugar su dificilísima partida contra la muerte. En el estado físico en que se encontraba, imposibilitado en sus pies y piernas, no podía pensar en nada importante. Dejó de comer, lo cual le originó la fiebre. Cuando el tribunal itinerante llegó a Quintanar y para evitar que tuviesen que llevarle en una camilla ante las gentes, aplazaron la visita de la causa. Repitió su acción al aproximarse la segunda llegada de los juzgadores con el resultado de un nuevo aplazamiento. Pero a la tercera vez que el tribunal se presentó en el pueblo, ni siquiera llamaron a José. Su suerte estaba decidida.

AHORA YA SOLO LA MONTAÑA

Como Espartaco en Roma, José jugó la carta decisiva en el momento cumbre. Hicieron descender al condenado a muerte sin comparecer a consejo a un calabozo de la parte baja de la prisión. Al pasar por el patio se cruzó con Manuel Muñoz, primo de Luis Cicuéndez a quien, por ser un enfermo crónico, habían dejado entrar para visitar a un familiar suyo. Era la última visión de seres amigos que quedaría a José.

En el calabozo, convertido en «capilla», quedó reunido Manzanero con otros doce, también condenados a muerte. Todos jóvenes, a excepción de uno de edad más avanzada. En el grupo se encontró a Agustín Luengo, familiar de los Luengo-García Mochales, y a Norberto Lozano, ambos de Corral de Almaguer. Comunistas la mayoría, republicanos, católicos, sin partido... Varios de ellos habían sido oficiales en el Ejército de la República.

Unánimemente reconocían aquellos hombres a José una superior experiencia, una mayor visión política. Nada de extraño



Dachau. Recinto exterior vigilado por el mirador del fondo. Una visitante lee el cartel explicativo.

tiene que al verle le preguntaran acerca «de lo que habrían de hacer». El interrogado no dudó un momento. A lo largo de toda su detención, ya desde el Castillo de Santa Bárbara, había pensado en la fuga. En la propia cárcel de Quintanar retrasó un proyecto con el fin de esperar a uno de sus camaradas que le acompañaría en la evasión. Ahora quedaban solamente unas cuantas horas. Se trataba pura y simplemente de lograr el éxito en la salida o de caer en el intento.

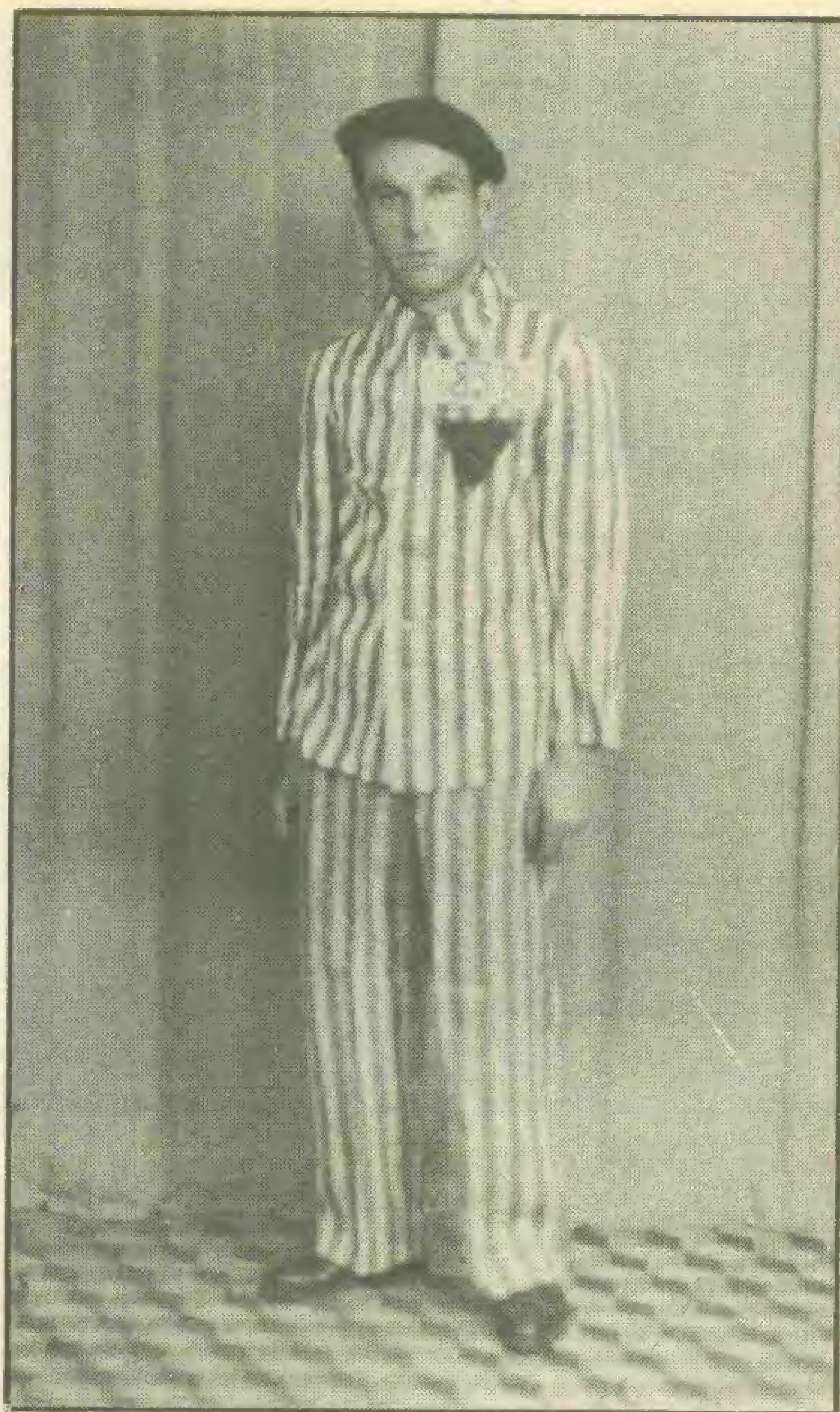
La idea ofrecida fue aceptada. Solamente el más viejo objetó que, aunque él les aprobaba, no se hallaba con ánimos para emprender la operación. José invitó a sus compañeros a escribir unas líneas de despedida a sus respectivas familias. Lo hicieron. Metieron los mensajes entre las costuras de las almohadas y colchoncitos que aquéllas les habían remitido anteriormente.

Pensaron los reos que lo más factible era perforar el muro exterior de la celda que separaba del portalón en la casa vecina. Trabajaron con el ardor que es de suponer y cuando el orificio estuvo hecho salieron uno por uno. José el penúltimo para que el siguiente, más delgado, pudiera empujarle. Ya en el portalón se dividieron en dos grupos de seis y cada uno de ellos, al mismo tiempo, salió a la calle en dirección opuesta. Habían desaparecido antes de que el centinela más próximo se diera cuenta.

Por el momento tenían que ocultarse y escapar a las batidas que se desencadenarían por los alrededores una vez dada la alerta. Los fugitivos se dividieron aún, sobre la marcha, en grupos más pequeños. Facilidad suplementaria para ellos y un obstáculo más para sus perseguidores. José iba con otros dos de sus camaradas.

Corrieron, se ocultaron entre las malezas, marcharon de nuevo, dejaron pasar ojeadores y jinetes hasta que a lo largo del río encontraron una torca o agujero de zorros en la cual se refugiaron. Desde allí oían las idas y venidas, las voces de quienes estaban lanzados tras sus huellas. Hasta que les descubrieron dos días después de aquel 10 de noviembre.

En la lucha desencadenada entre los escondidos y sus perseguidores éstos fueron desarmados. Los dos caballos sirvieron para tener una más fácil huida. Uno de los tres hombres fue atacado por una crisis nerviosa y no pudo seguirles. Julián y José no tenían más que un sitio por donde desaparecer ya que todo estaba vigilado, cercado. Se dirigieron hacia la Laguna de Villafranca de los Caballeros, hacia la confluencia de los ríos Cigüela y Riansares. Por allí se lanzaron a caballo y se pusieron a salvo. Iban armados con carabinas sin munición y llegaron al fin del día a la Sierra de Urda. Para despistar a quienes les seguían hubieron de evitar que éstos pudieran divisar a los animales. Ataron las patas de éstos y les abandonaron tumbados. Así iban a ganar varias horas para su escapar definitivo.



Francisco García Mochales viste la ropa de deportado que había llevado en Dachau. Foto tomada poco antes de que abandonara la Casa de reposo en Charenton (Francia).

Lejos, ya estaban muy lejos de Quintanar de la Orden en la madrugada siguiente. No podían percibir el eco de las descargas que allí señalaban unas cuarenta y cinco ejecuciones. Uno de los fusilados se llamaba Virgilio García Mochales. En aquel número de víctimas estaban quienes, protagonistas en la fuga, habían sido capturados hasta ese momento.

Ya no existía otra vida, otra solución que la montaña. Ni consignas, ni órdenes, ni voluntad. Lo que tenían ante ellos era la «nueva situación» que comenzaba para Julián. Y para José Manzanero Marín quien, a finales de marzo anterior, se había dirigido hacia el mar en busca de la salida... ■ **M. I.**

Artículos socialistas inéditos:

Unamuno y "La Voz del Pueblo"

José Ignacio Barrón García

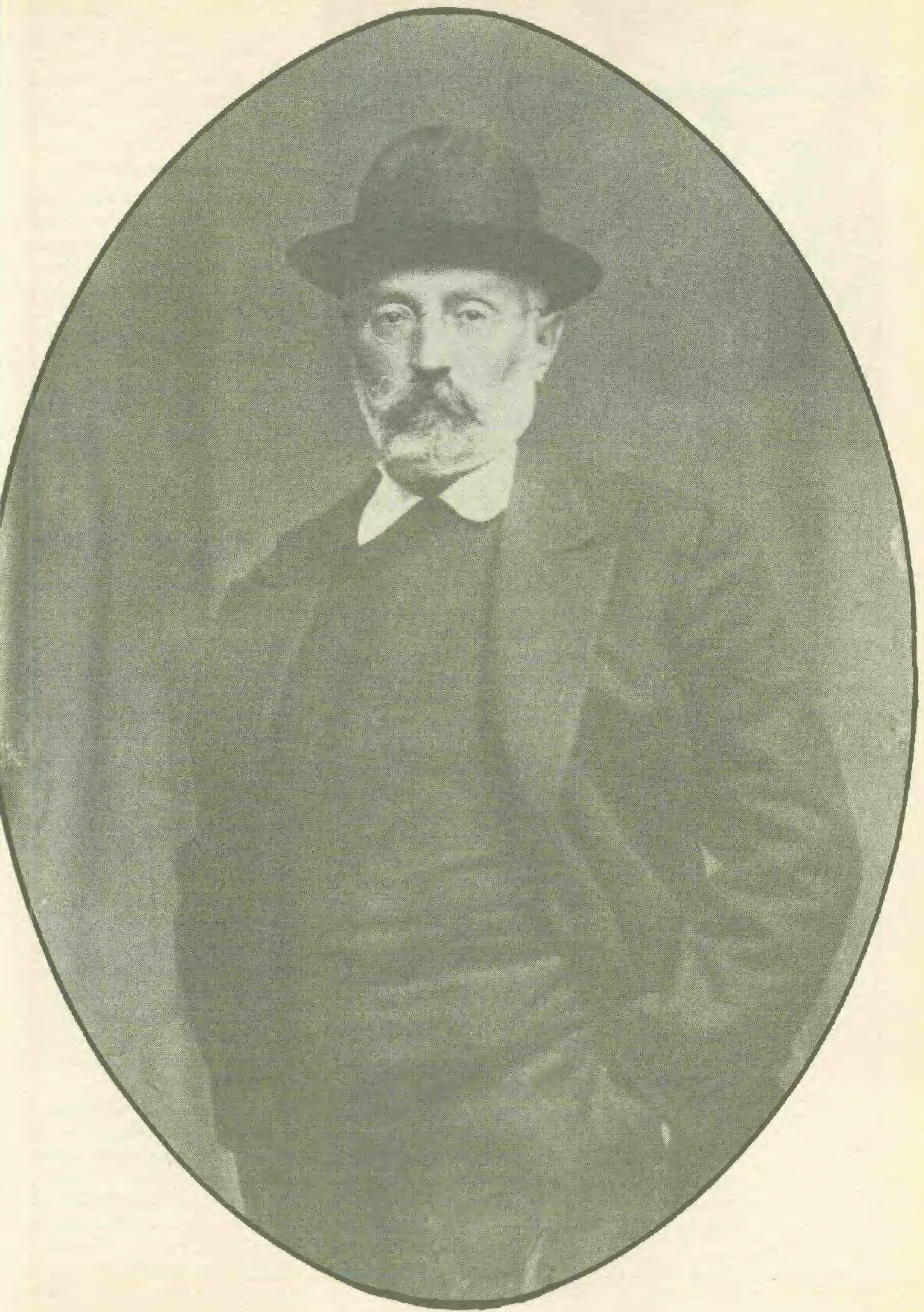
HASTA hace relativamente pocos años, nada, o apenas nada, sabíamos del pensamiento político de Miguel de Unamuno en los años postreros del pasado siglo y primeros del actual. Involuntaria o acaso intencionadamente, el Unamuno progresista de ese período dormía en las empolvadas páginas de la prensa socialista, cuidadosamente conservada hoy día en diferentes Archivos y Hemerotecas del país y del extranjero.

POR fortuna, esos textos van saliendo de nuevo a la luz, llamando la atención de estudiosos e investigadores (Pérez de la Dehesa, Blanco Aguinaga, Ribas, E. Díaz, etc.). Los que a continuación ofrecemos, desconocidos hasta el presente, constituyen parte de la colaboración del catedrático salmantino en el semanario «La Voz del Pueblo», órgano de la Agrupación Socialista de Santander entre 1898 y 1905. La pluma de éste vino solicitada en varias ocasiones por el tipógrafo asturiano Isidoro Acevedo, director del periódico mencionado, con motivo de números extraordinarios en torno a la Festividad Obrera del 1.º de Mayo.

Unamuno fue un ferviente militante socialista desde 1894 hasta 1897, año éste en que se daría de baja en la Agrupación bilbaína. Su renombrado prestigio llenaba entonces de orgullo al socialismo hispano, nutrido casi exclusivamente de obreros manuales, y no exento de cierto sentimiento de inferioridad cultural. Pero Unamuno, pese a discrepar visiblemente del PSOE, no pierde totalmente, en los próximos años, el contacto con sus dirigentes, ni reniega —como algunos pudieran pensar— de su personalísimo ideario socialista. Estos artículos, fechados en Salamanca en abril de 1902, 1904 y 1905, respectivamente, y otros por el estilo en diversas publicaciones obreras («El Socialista», «La Lucha de Clases», «La Nueva Era», etc), testimonian cuanto decimos.

El socialismo unamuniano respira un aire humanista y religioso: para él son compatibles fe religiosa y «fe socialista». Y don Miguel abraza esta última no sólo desde planteamientos éticos, de necesidad moral ante una sociedad bañada en miseria y desigualdad; conforme a la línea expuesta por no pocos teóricos de la II Internacional, piensa que la evolución económica conduce inevitablemente, sin sobresaltos, al socialismo. ¿Qué papel han de representar entonces en ella las clases sociales? Aquí es donde Unamuno se aleja notoriamente de la dialéctica marxista. Al triunfo del socialismo contribuyen no sólo la clase obrera, sino la sociedad entera, incluso sus propios detractores, y abriga la esperanza firme de que en éste terminarán convergiendo, en beneficio mutuo, las dos clases antagónicas por excelencia: la burguesía y el proletariado. Entonces habrán llegado el orden, la armonía y la paz sociales.

En suma: identifícase el socialismo de Unamuno por su generosidad con todas clases sociales y su revestimiento de variadas corrientes de pensamiento (Marx, Nitti, George, Loria, etc.). Pero adviértase: en ningún momento vacila acerca de la necesaria socialización de los





Miguel de Unamuno, durante una manifestación en plena República, entre Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto.

medios de producción como solución racionalizadora del sistema económico vigente. Observe el lector su particular interpretación acerca de los orígenes del marxismo y el metaforismo biológico como medio razonador de fenómenos sociales. Deténgase, asimismo, en las meditaciones del tercer artículo, «La Voz del Pueblo», —algunas de ellas de rabiosa actualidad— que transparentan ya un escepticismo ciertamente distante de la fogosidad y optimismo de sus primeros escritos socialistas (1).

Digamos, para finalizar, que, a pesar de frecuentes homenajes y caudales de tinta suscitados por su magistral obra, todavía estamos necesitados de un estudio suficientemente clarificador de la evolución de su pensamiento ideológico. Valgan estas líneas como aportación al mismo.

---

(1) Véase UNAMUNO, Miguel de: »Discursos y Artículos»; Obras Completas, tomo IX, Escelicer, Madrid, 1971. También UNAMUNO, M. de: «Escritos Socialistas. Artículos inéditos»; recopilación y prólogo de Pedro Ribas, Edit. Ayuso, Madrid, 1976.

I. EL SOCIALISMO EN MODA

Cada vez se ve con más simpatía la fiesta del 1.º de Mayo, simpatía en que la moda entra por mucho. Ahora han dado muchas gentes en llamarse socialistas, aún sin tener muy clara idea de lo que el Socialismo sea y signifique. Esto, aparte de no pocos peligros, marca desde luego un progreso y es el de que no asuste ya a los timoratos semejante dictado. Y algo es algo, porque el meter miedo sirve de poco.

Lo malo es que se acentúa demasiado la necesidad de legislar en favor de la clase capitalista. La legislación del trabajo, o sea en pro de éste, no es más que una compensación de haberse legislado siempre en favor del capital. Se busca la protección al obrero como contrapeso a la protección al patrono, pero lo mejor sería —a ser lo posible— que el Estado dejara de proteger al uno y al otro y que se las compusieran.

La libertad del contrato de trabajo será un absurdo mientras subsista la propiedad privada del suelo y de los instrumentos de trabajo; sin esta propiedad, ni existiría semejante contrato, sino una asociación para el trabajo.

Es menester penetrarse bien de que el Socialismo clásico brotó de la escuela llamada manchesteriana, del liberalismo económico, sin más que destruir el derecho de propiedad privada que éste mantenía.

Miguel de UNAMUNO. Salamanca, abril, 1902. («La Voz del Pueblo», 1-5-1902).

II. PROPIA REDENCION

Muchas veces me he propuesto el problema de si la redención de un individuo o de una clase entera ha de cumplirse por el individuo mismo o por la misma clase, o es menester que venga otro a tender la mano. Es una de las cuestiones, que en una o en otra forma, más se discuten.

Hay quienes creen que la emancipación de la clase obrera tiene que venir de las clases llamadas dirigentes, mientras otros opinan que la salud está en uno mismo y que han de ser los obreros mismos quienes hayan de redimirse.

El problema no es sencillo ni es de los que se resuelven —si es que hay alguno que se resuelve así— con el sentimiento. Lo más razonable es pensar que la emancipación del trabajo, como toda gran obra social, es obra de la sociedad entera y que todos

tienen que contribuir a ella. Contribuyen a llevarla a cabo hasta los que la combaten.

A resolver las graves dolencias del organismo contribuye el organismo todo entero, aunque luego la dolencia se localice. Una fiebre general anuncia el aparecer de un absceso aquí o allí.

A curarse de una dolencia concurre el enfermo con el médico, porque llama a éste y se somete a sus prescripciones. Así pasa en lo social.

Cierto es que la redención de los obreros ha de venir de los obreros mismos, pero no es menos cierto que los medios de que se sirven para redimirse los han aprendido de los burgueses a quienes combaten. La ciencia económica sobre cuyas bases se ha levantado el edificio del Socialismo teórico, o mejor dicho, de la teoría socialista, es una ciencia del más puro origen burgués. Marx proviene de la llamada escuela manchesteriana, de Ricardo, y esa escuela obedeció a la necesidad de justificar los procedimientos del capitalismo de origen mercantil. Los que aparecen en la historia como adversarios se prestan armas recíprocamente y aprenden los unos a pelear viendo pelear a los otros. Hay una solidaridad íntima entre los que se combaten y dentro de la lucha misma. Es imposible que los hombres se pongan en contacto, aunque sea para luchar, sin que se les peguen a éstos las cosas de aquéllos.

De aquí que sea natural, inevitable y hasta conveniente que el socialismo obrero se vaya en cierto modo aburguesando, a medida que la lucha con la burguesía y ésta a su vez se vaya socialistizando.

Esta fiesta del 1.º de Mayo se va convirtiendo en una fiesta de todos y para todos, en una fiesta general y tradicional, y ello es un gran bien.

Miguel de UNAMUNO. Salamanca, abril, 1904. («La Voz del Pueblo», 30-4-1904).

III. LA VOZ DEL PUEBLO

¡La voz del pueblo! ¿Pero es que el pueblo tiene lenguaje articulado, tiene algo que decir y lo dice? He aquí lo que se preguntan muchos.

Y hay que confesar que lo más de nuestro pueblo es un pueblo mudo. Nada dice, o porque nada tiene que decir o porque no sabe decirlo.

Aún hay más, y es que por no saber decirlo, no tiene nada que decir. Y no me lo toméis a paradoja. Muchas veces los niños no saben donde les duele hasta que requeridos por sus padres, que les oyen quejarse, tienen que fijarse en ello y averiguan donde radica el mal.

Por extraño que parezca a algunos he de declarar que estoy completamente persuadido de que la labor principal del socialismo militante es enseñarle al pueblo dónde le duele y a que se queje y hable. Hay pueblos que se creen hasta felices, mientras no venga quien les convenza de que viven muy mal. Es decir de que se puede vivir mucho mejor.

La labor del socialismo es darle conciencia al pueblo; es fraguar la conciencia colectiva del pueblo. Hoy apenas si la tiene fuera de algunas grandes ciudades, y en ellas una conciencia mezquina y pobre.

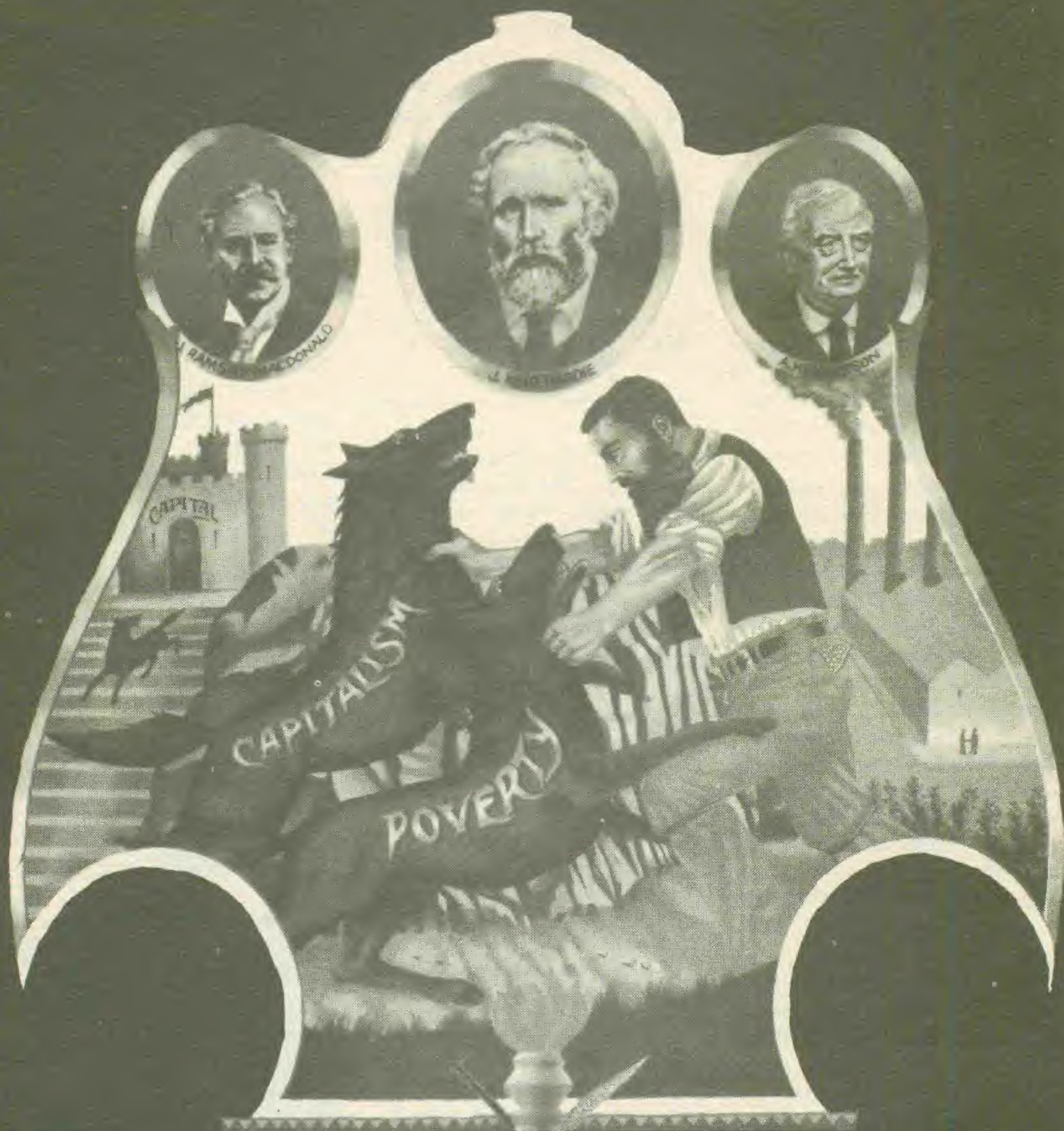
Se dice que nos pierde el hablar mucho y el hacer poco, y lo que en realidad nos pierde es el hablar mal, porque el hablar bien es un modo de hacer. Las palabras de vida y de sustancia son actos. Y lo son sobre todo cuando son palabras de un pueblo. Cuando el pueblo habla los tiranos enmudecen. Y si no se reconoce esta verdad es porque apenas se ha oído hablar al pueblo. Porque hablar, lo que se dice hablar, hablar y no dar voces, el pueblo no habla sino de siglo en siglo y pocas palabras.

¿Cuándo hablará el pueblo en España, donde tanto abusan de la lengua los que no son pueblo?

Miguel de UNAMUNO. Salamanca, abril, 1905. («La Voz del Pueblo», 29-4-1905) ■ **J.I.B.G.**



Unamuno, estatua original de Pablo Serrano, que se yergue en «su» Salamanca.



El Primer Gobierno Laborista (1923-1924)

Juan Carlos Pereira Castañares

LA I Guerra Mundial planteó graves problemas a Gran Bretaña, pues a pesar de que no fue invadida, sufrió fuertes pérdidas humanas y materiales, cuyas consecuencias pronto se harán visibles. En el aspecto económico, el principal problema con que se va a encontrar el país será el paro, que pasa del 2,4 por 100 de la población activa en 1919 al 11,3 por 100 en 1923, siendo la principal causa el debilitamiento de las exportaciones británicas. En el aspecto social, las pérdidas humanas se elevaron a 764.000 personas, es decir, 88 de cada 1.000 varones entre 20 y 45 años; esto significaba la pérdida de una generación joven y que aquellos que volvieron «contarán menos en la vida política del país, que ninguna otra generación durante los dos o tres últimos siglos». Y los problemas políticos, vendrán dados por la debilidad y los cambios existentes en los partidos británicos; la incidencia de la contienda mundial en el régimen parlamentario, aunque no por ello dejó de ser estable, y por la tendencia más «europea» de la política exterior inglesa. En suma, se puede hablar desde 1919 de una «crisis británica», título a su vez de una obra de A. Siegfried aparecida en 1931.

Dentro de este período de crisis, son los años 1923 y 1924 los que nos ofrecerán unas mayores peculiaridades, como consecuencia de los cambios económicos, políticos y sociales. Es una fase histórica fundamental, cuyos eventos más destacados serán: el enfrentamiento entre proteccionistas y librecambistas, la convocatoria de elecciones, el primer gobierno laborista y la incidencia de la revolución soviética en Gran Bretaña.

LOS PARTIDOS POLITICOS

Se ha definido a Gran Bretaña como «el país europeo con el más polarizado sistema bipartidista». En efecto, el P. Conservador y el P. Liberal en el siglo XIX, y el P. Conservador y el P. Laborista en el siglo XX, han sido y son, los auténticos protagonistas del régimen político británico. Un análisis somero de los dos primeros partidos junto a otro más profundo del Laborista, nos ayudará a comprender y a centrarnos en la situación política del año 1923.

El P. Conservador, financiado principalmente por la industria, representa a la clase de terratenientes e importantes hombres de negocios del país, así como a una mayoría importante de la clase media, preocupadas por defender la estructura social, la distribución de la renta y la propiedad. Sus líderes principales en este período eran **Bonar Law**, que se tuvo que retirar en mayo de 1923, muriendo seis meses después, y **Stanley Baldwin**, convertido en nuevo líder y jefe del gabinete en ese mismo año.

El P. Liberal, representaba a todos aquellos que no se decidían a definirse entre los otros dos partidos del espectro político y a los que se habían sentido liberales por tradición. Fue también el partido representante de la clase obrera hasta la fundación del P. Laborista, cuyos efectos fueron muy negativos para aquél, pues sufrió un fuerte retroceso en el número de votos y una derrota parlamentaria, de la que nunca se recuperará. Sus líderes fueron **Asquith**, responsable en parte del hundimiento del partido, partidario de una coalición con los laboristas y de ideas más progresistas; junto a **Lloyd George**, de tendencias más conservadoras y, como consecuencia, partidario de una mayor relación con el P. Conservador.

El Partido Laborista británico se fundó el 12 de febrero de 1906, como consecuencia del éxito electoral conseguido por los miembros

del Comité de Representación Laborista, organización creada en 1899 con el fin de llevar al Parlamento el mayor número de obreros. Los veintinueve miembros elegidos, decidieron que podrían adoptar el simple título de Partido Laborista, agrupando a la clase trabajadora inglesa y a todos aquellos que participaban de las ideas socialistas.

No hay que entender a este partido como un grupo homogéneo y compacto, sino como un grupo de personas que actúan conjuntamente con unos propósitos políticos, económicos y sociales, pero que en su seno englobaba diferentes formas de expresión: a) un sector propugnaba la colaboración con los liberales, representado por varios líderes de las Trade Unions; b) la Federación Social Democrática, creada en 1881 y de tendencia marxista, partidarios de la socialización de los medios de producción, distribución y cambio; c) la Sociedad Fabiana, asociación de propaganda socialista integrada por intelectuales y cuyos líderes principales eran Sydney y Beatriz Webb, quienes propugnaban que el movimiento sindicalista debía unir la acción económica y la acción política y que se debía presionar al Estado para que sustituyera la «democracia industrial» por un socialismo de Estado; d) el Partido Laborista Independiente, fundado en 1898 por K. Hardie, que para muchos autores fue el verdadero motor del laborismo, siendo su ideal la democracia social que consideraban era el verdadero gobierno del pueblo; e) la influencia religiosa, representada por hombres como R. H. Tawney o S. Cripps, que tenía importancia como se demuestra en las diversas elecciones en las que el mayor número de diputados católicos victoriosos son los representados por el Partido Laborista, y f) los sindicatos británicos o Trade Unions, que ejercían una gran influencia y aportaban el mayor número de militantes, convirtiéndose en el brazo sindical del partido.

Como se puede comprender, tal cúmulo de opiniones y actitudes no podían contribuir a la formación de un Partido Laborista unido y poderoso, tarea que parecía tener grandes dificultades. Sin embargo, gracias a la constancia de sus hombres se logró lo que parecía imposible. Así, en 1910, el partido recibió nueva fuerza cuando los mineros miembros del Parlamento, que hasta entonces habían permanecido apartados del movimiento, anunciaron su adhesión. Pero la independencia completa no se podía conseguir hasta que no se realizara una organización nacional eficiente y bien estructurada. A este fin se dedicaron Henderson y S. Webb, quienes reunieron en la Conferencia de Nottingham, celebrada en enero de 1918, a los miembros del partido para que estudiaran y aprobaran en su caso, los nuevos estatutos. Fueron aprobados por mayoría, y a partir de ese momento el partido abandonaba su estructura federal para convertirse en un partido nacional, al mismo tiempo, se admitían por vez primera a afiliados individuales, se encargaba la administración a un Comité Ejecutivo Nacional formado por 23 miembros, se creaba una sección femenina estableciendo el «Día de las Mujeres» y estableciendo como órgano oficial a «The Daily Herald». A partir de estos principios organizativos, el P. Laborista parecía tener una de las bases fundamentales para consolidarse como fuerza política en el Reino Unido. Sin embargo, aún quedaba por realizar la unidad ideológica que sirviera de amalgama a ese conjunto de tendencias que formaban el laborismo. Este hecho no se hizo esperar, pues ese mismo otoño y tras el triunfo de los miembros socialistas en las elecciones para la nueva ejecutiva, se adoptó una constitución socialista, también bajo el influjo de S. Webb, denominada «El Trabajo y el Nuevo Orden Social», en la que se encuentran ya definidos los objetivos del partido y se adopta la ideología socialista. Como consecuencia de todos estos cambios, el laborismo se convertirá en el segundo partido del país en pugna con los conservadores.

Esta era la situación política del año 1923. Tres fuerzas en lucha, con ideas opuestas y con un fin: triunfar en las elecciones y formar gobierno. Los conservadores, triunfadores en las elecciones de 1922, gobernaban el país y dirigían los destinos del Reino Unido, enfrentándose con el principal problema: el económico. Mientras los laboristas, con sus 142 diputados, proporcionaban un eficaz medio de expresión para todos aquellos que deseaban un cambio social y político. Por último, los liberales seguían divididos, manteniendo una política contradictoria y sin una base firme.

EL AÑO 1923: TRIUNFO ELECTORAL

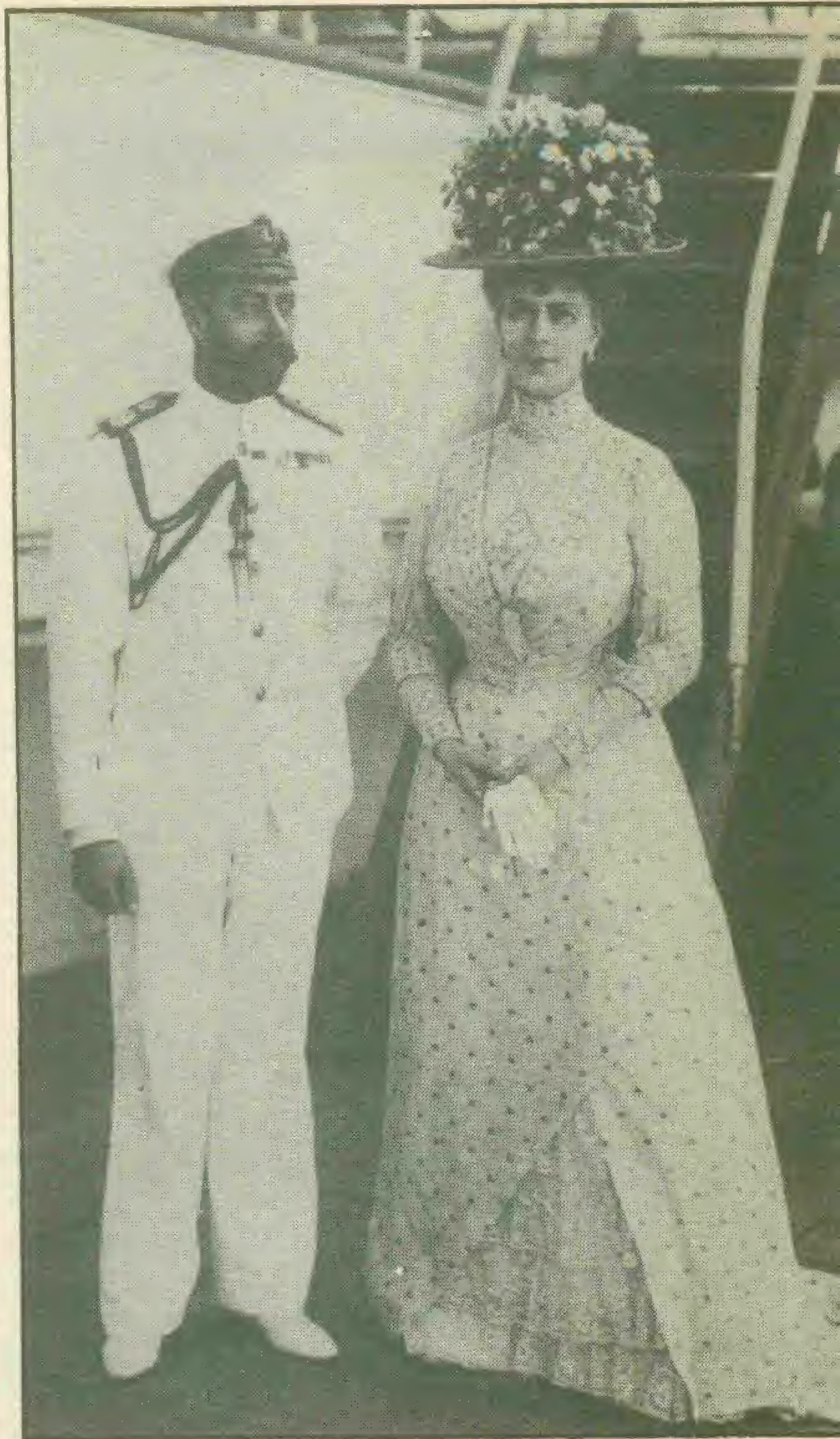
La elección de Baldwin como Primer Ministro, tras la dimisión en mayo de 1923 de Bonar Law, subrayó los cambios que se habían producido dentro del P. Conservador. El nuevo jefe de gobierno era un hombre de negocios rico que había triunfado frente a los

grupos aristocráticos, de una astuta habilidad, especializado en discusiones reconciliadoras y que se dio la suficiente maña para impedir que su partido apareciera ante la opinión pública como el representante de un bando en la lucha de clases.

El Primer Ministro se encontró inmerso en una crisis económica de gran importancia, en la que la industria carbonífera que junto con la algodonera constituían la base de la vida económica inglesa, sufrían una depresión económica, a la que se unía un descenso en las rentas del Estado, incremento del paro, etc. Todo ello le condujo «después de pensarlo detenidamente en privado», a anunciar que su gobierno, bajo la presión de los Dominios de Ultramar, iniciaría un cambio en la política económica, cuya base sería el Proteccionismo. La evolución de los conservadores hacia el proteccionismo, política económica diametralmente opuesta a la tradicionalmente llevada a cabo por Inglaterra: el librecambismo, se había manifestado ya a fines del siglo pasado; sin embargo, el cuerpo electoral había rechazado estas ideas continuamente. Por todo ello, este cambio económico en el país produjo una acogida hostil entre ciertos sectores de los conservadores, los liberales y sobre todo los laboristas, favorecedores de la libre competencia. Las consecuencias no se harán esperar.

El Parlamento inauguró sus sesiones el 13 de noviembre, siendo el tema dominante la política proteccionista. Los partidos políticos comenzaron a interpelar al gobierno sobre este cambio económico, así los liberales atacaron duramente al gobierno señalando que existían otras medidas para solucionar la crisis, como era el restablecimiento de la paz y la estabilidad económica en Europa, centralización de la industria, reducción de impuestos, etc. Los laboristas, como oposición oficial, señalaron por boca de su líder J. Ramsay Mac Donald, la falta de previsión del gobierno, criticó la política exterior y propuso un fortalecimiento del papel de Gran Bretaña en Europa, la concesión de un trato especial a Rusia y la implantación de una serie de impuestos sobre las fortunas superiores a 5.000 £. Esta oposición hizo que el Partido Laborista con el apoyo de los liberales, presentara un voto de censura al gobierno el 15 de noviembre. Este voto prosperó y dio lugar a la disolución del Parlamento y a la convocatoria de elecciones generales el día 6 de diciembre.

La campaña electoral presentaba diversos matices según los partidos. El P. Conservador se presentó dividido a las elecciones, ofreciendo como solución a los problemas económicos la instauración de un régimen proteccionista. El P. Liberal, a pesar de las diferencias entre sus líderes, volvieron a unirse bajo el liderazgo de Asquith; sin embargo, esta unión no contribuyó al establecimiento de un programa electoral con objetivos concretos y atrayentes para el electorado. El Partido Laborista, fue el que presentó el programa más completo al electorado; tanto si se analizan las manifestaciones de sus líderes como el Manifiesto Electoral, se puede comprobar la preocupación por la situación del país, *su total oposición al proteccionismo* y sus objetivos en política exterior, que se basaban en la cooperación interna-



Jorge V y su esposa la reina Mary.



Keir Hardie (1856-1915).



Ramsay Mac Donald (1866-1937).

cional, la revisión del Tratado de Versalles y la reanudación de las relaciones diplomáticas con la URSS, junto a una tributación sobre las fortunas que superasen las 5.000 libras, para solucionar el problema de las deudas internacionales.

Los resultados de las elecciones se conocieron el día 9 de una manera definitiva, y fueron los siguientes:

Censo electoral	**21.371.612**
Votos emitidos	**14.246.151**
P. Conservador	**5.161.867**
P. Laborista	**4.438.508**
P. Liberal	**4.009.223**
Otros	**92.223**

Con estos resultados y según el sistema electoral británico, el reparto de escaños en la Cámara de los Comunes fue el siguiente:

P. Conservador	**258**
P. Laborista	**191**
P. Liberal	**158**
Otros	**8**
TOTAL	**615**

Ante estos resultados que sorprendieron a la mayoría de los políticos y que la prensa de la época destacaba como un acontecimiento singular, las actitudes y reacciones fueron diversas. En las filas conservadoras se aceptó el veredicto de las urnas en general; tras ser analizada la situación, el gobierno elaboró una nota oficial en la que señalaba que no dimitiría, y que según su deber constitucio-



Arthur Henderson (1863-1935).

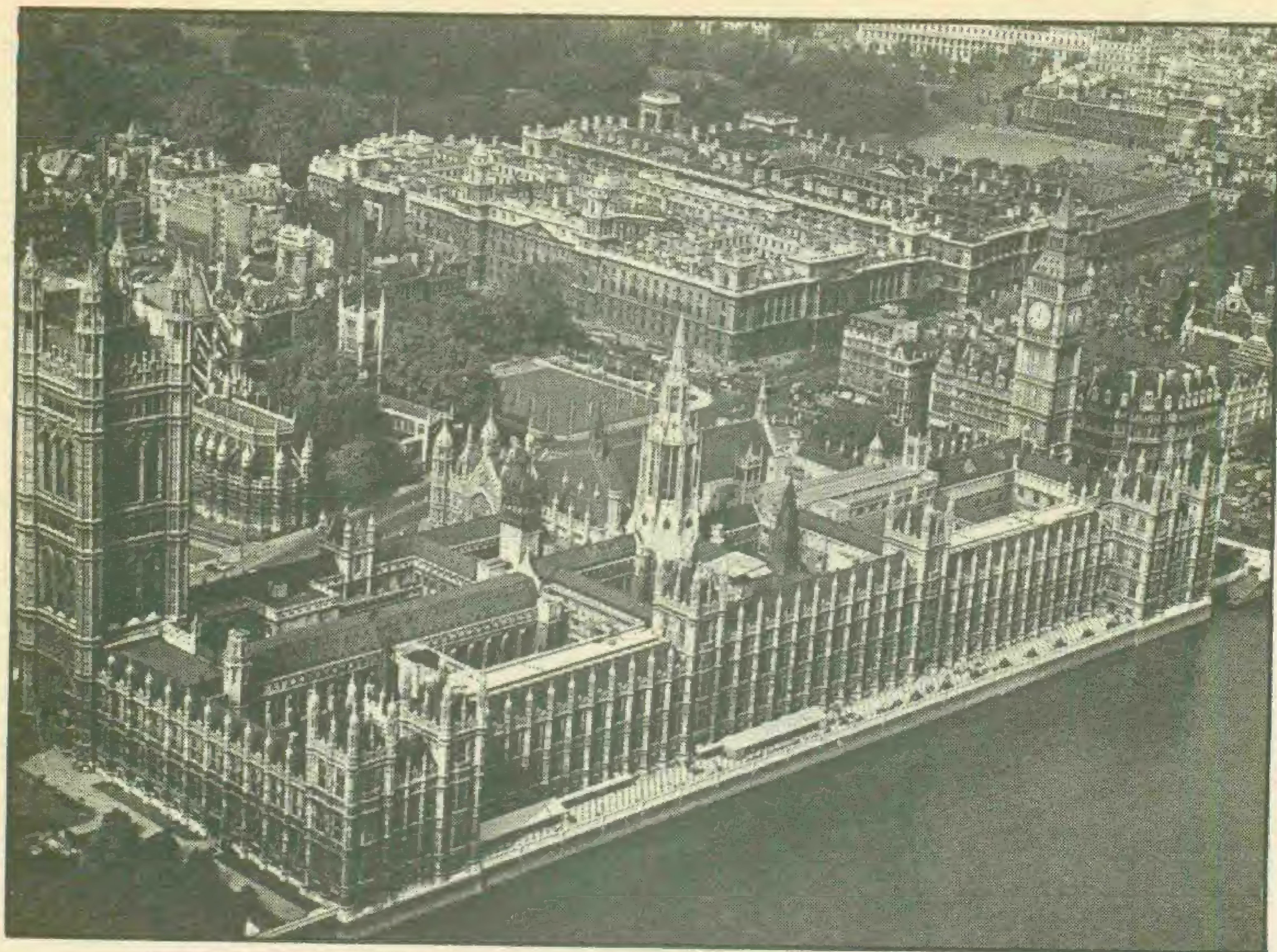
nal reuniría el Parlamento lo antes posible, por ello lo convocaba para el 8 de enero. Para los liberales, estas elecciones representaban la derrota del proteccionismo, dado su número de votos, el papel que debería representar sería de árbitro, manteniendo sus ideas muy claras para un futuro gobierno laborista, pero al mismo tiempo, no criticando a los conservadores, pues si alguno de los dos experimentos fallaba, el poder pasaría a sus manos. En el seno del P. Laborista, las reacciones fueron más profundas y optimistas, pues la eventualidad de formar por primera vez un gobierno era cada vez más clara y así, como respuesta a la nota conservadora, el Comité Ejecutivo Nacional dio a conocer su opinión: «Puesto que se plantea la necesidad de formar un Gobierno laborista, el Partido Parlamentario Laborista está dispuesto inmediatamente a aceptar las responsabilidades plenas y enteras de la gobernación del país, sin comprometerse con cualquier forma de coalición, sea la que sea». Con esta nota expresaban los laboristas su opinión, no sólo como oposición oficial, sino también como «alternativa de poder». A partir de ese momento y ante la evidencia de un futuro gobierno laborista, se comenzaron a realizar negociaciones y conversaciones entre los grupos políticos. Pero había que esperar al día 8.

El rey Jorge V abrió el Parlamento el 8 de enero de 1924, era la quinta vez desde su llegada al trono, leyendo el discurso de la Corona, que era el programa del derrotado P. Conservador. Los laboristas, conociendo el fracaso de las negociaciones entre liberales y conservadores y contando con el apoyo liberal, presentaron una moción de desconfianza hacia el gobierno, que fue aprobada por 323 votos contra 251. Significaban estos resultados que el gobierno conservador de Baldwin tendría que dimitir, como así hizo el 22 de enero. El rei tenía en sus manos la solución del futuro gobierno.

LA FORMACION DEL GOBIERNO

Lo único que Jorge V deseaba evitar era dar la impresión de que estaba urdiendo una conspiración para mantener al laborismo marginado del poder o que ponía dificultades para la elección de Mac Donald como Primer Ministro. Por ello, y ante la dimisión de Baldwin, el rey llamó a J. Ramsay Mac Donald y le encargó la formación de gobierno. Sir Charles Petrie nos describe lo que el líder laborista le dijo al monarca: «Mac Donald aseguró al rey que, aunque él y sus amigos carecían de experiencia de gobierno y se daban perfectamente cuenta de la grave responsabilidad que iban a asumir, serían honestos y sinceros y el único deseo que tenían era el de servir al Rey y al País. Podían fallar en sus propósitos, pero no sería por falta de deseos de hacerlo de la mejor manera». Ese mismo día, el rey escribió en su diario: «Hoy hace veintitrés años, la abuela murió. Yo quisiera saber lo que ella habría pensado ante un gobierno laborista».

El día 23 de enero de 1924 se formó el primer gobierno laborista en la historia de la Gran Bretaña. Ese día tuvo una especial coincidencia en la historia de Europa por una do-



Vista aérea de las Casas del Parlamento, el Big Ben, la Abadía de Westminster y Whitehall. (Londres).

ble razón: murió Lenin y el rey de Inglaterra confió el poder a Mac Donald. Es un hecho fundamental la conformidad que Inglaterra y el mundo mostró al advenimiento de un gobierno laborista en el país de organización capitalista más prestigiosa, fuerte y firme de Europa. La conformidad del Continente ante este hecho, nos muestra que su espíritu había evolucionado desde la alianza contra Rusia en 1917 a la colaboración y reconocimiento de un gobierno socialista en Gran Bretaña. El español Marcelino Domingo escribió en la prensa madrileña: «El sovietismo es, tal vez, la última revolución en que han triunfado los soldados; el laborismo es, tal vez, la primera revolución en la que han triunfado los ciudadanos».

El nuevo Primer Ministro había nacido en 1866 en Escocia, después de sus primeros estudios marchó a Londres, donde sufrió toda clase de penalidades, no dejó de estudiar y en seguida adquirió una sólida instrucción que le llevó al cargo de secretario particular de un diputado británico. Una vez introducido en el mundo de la política, se presentó por primera vez como candidato en 1895, no resultando elegido hasta 1906. Sus contactos con los grupos socialistas y laboristas le llevaron en 1922 a ser elegido presidente del grupo parlamentario laborista y líder de la oposición, favorecido por ser un orador elocuente y un hábil polemista. Publicó gran cantidad de artículos y obras, recorriendo todos los continentes y protagonizando multitud de actos que le condujeron a convertirse en líder indiscutible del laborismo británico.

Esta biografía de Mac Donald se podría aplicar a muchos de sus compañeros de partido elegidos en las elecciones de 1923. En efecto, de los 191 diputados laboristas elegidos, 46 eran mineros, 14 periodistas, 12 profesores, 11 comerciantes, 10 obreros de la construcción naval, 10 transportistas, 7 rentistas, 6 ferroviarios, 5 empleados de gráficas, 5 abogados, 4 obreros textiles, 4 metalúrgicos, 3 cooperativistas, 3 médicos, 3 funcionarios públicos, 2 zapateros, 2 agricultores, 2 eclesiásticos, 1 cultivador, 1 constructor, 1 empleado de banca, 1 oficial del ejército y 38 pertenecientes a otros oficios. Esta extracción social y la falta de experiencia administrativa de sus compañeros, dio lugar a ciertas dificultades para la formación del gabi-

nete, que tuvo que solucionar confiando en las habilidades y especialidades de estos hombres. El gobierno estuvo compuesto por 51 miembros, de los cuales formaban el gabinete 20, todos ellos laboristas a excepción de tres.

La incidencia que tuvo en Gran Bretaña este primer gobierno laborista fue excepcional, pues abarcó desde el monarca a las tradiciones británicas de hacía siglos. Este fenómeno se puede apreciar en la ceremonia de jura de gobierno que hizo cambiar las costumbres políticas y protocolarias de la Corte británica. En efecto, el rey Jorge V señaló que no sería obligatorio el traje de corte para los miembros del gabinete, que podía ser sustituido por traje corriente. Esta era una idea que inquietaba hondamente a los laboristas, pues los precios de los trajes de corte eran demasiado elevados para sus bolsillos. Por su parte la reina también se propuso que el vestido de las damas fuera también el ordinario.

RESULTADOS Y CONSECUENCIAS DEL GOBIERNO LABORISTA

El P. Laborista tenía que realizar una labor muy intensa y sobre todo ejemplar por tres razones. En primer lugar, para demostrar al país y a Europa que los trabajadores estaban en situación de asumir el poder y de inspirar confianza; en segundo lugar, porque de los resultados de esta primera experiencia, dependería la caída o el ascenso del partido en los años siguientes y en tercer lugar, porque para la Internacional Socialista representaba un bastión fundamental, debido a que era el partido que más diputados socialistas tenía en un Parlamento.

Este primer gobierno, minoritario en el Parlamento, dependía de la tolerancia de los liberales. Nunca los líderes laboristas estuvieron tranquilos con esta situación, ya que daba sensación de inestabilidad. A pesar de todo ello, se pueden señalar algunas notas de este primer gobierno: a) tuvo que renunciar a una auténtica política socialista; b) se contentó con tímidas reformas sociales; c) su mayor logro fue la política exterior, que fue hábil y realista, apoyando plenamente a la Sociedad de Naciones y limando las asperezas provocadas por los tratados de paz; d) limitó y suprimió los derechos proteccionistas; e) reconoció a la URSS y estableció un tratado comercial con este país, y f) no consiguió reducir el paro.

Los diferentes autores y observadores políticos de la época señalan que a pesar de todo, este primer gobierno fortaleció las esperanzas en el futuro que se vieron cumplidas en la victoria de 1945. A pesar de que la presencia de un gobierno obrero al frente de los destinos de Gran Bretaña tenía forzosamente un sabor exageradamente revolucionario, el nuevo gobierno apuntó a una finalidad empírica, demostrando que el P. Laborista era capaz de administrar con éxito el país.

La caída de este gobierno se fue gestando desde que se iniciaron las gestiones para el acuerdo comercial anglosoviético. Las relaciones entre los laboristas y los comunistas fueron muy aireadas por la prensa conservadora y tradicional, intentando influir en la opinión pública de forma negativa y contraria a la firma del tratado. Por todo ello, los liberales se sintieron influidos y desde los primeros días de septiembre de 1924, comenzaron a circular rumores y noticias, que más tarde se confirmarían con la publicación de un folleto, en donde criticaban fuertemente a Mac Donald por la firma de este tratado y amenazaban con retirar el apoyo parlamentario. Pero habría que esperar a la reunión del Parlamento en octubre, para conocer la verdadera opinión de los diferentes partidos.

El Parlamento se reunió el 9 de octubre y el P. Liberal presentó un voto de censura hacia el Gobierno. El pretexto fue un artículo publicado en el periódico comunista «The Workers Weekly», en el que se instaba al ejército a la desobediencia en el sentido que no dispararan contra la multitud en caso de conflicto. El artículo se consideró tan grave, que el fiscal del Reino procedió contra el editor del periódico. Sin embargo, la opinión pública se quedó asombrada cuando al día siguiente se había suspendido el procedimiento judicial. Las consecuencias fueron un escándalo político y la presentación de la enmienda liberal. Esta se aprobó por 374 votos a favor contra 193 en contra, por lo que el 10 de octubre se decretó la disolución del Parlamento y la convocatoria de elecciones. El primer gobierno laborista había terminado su primer mandato.

La conclusión parece tenerla Miguel de Unamuno cuando dijo: «El sufragio libre del pueblo inglés ha dado el poder a los laboristas, un sufragio no violentado ni por caciquismo ni por anticaciquismo». El ejemplo laborista siempre estará presente en la historia de España. ■ **J. C. P. C.**



Memorias de Brezhnev

La conquista de la PEQUEÑA TIERRA

Carlos Sampelayo



LOS supervivientes dicen aún: Al cabo de cuarenta años que acabó la Gran Guerra en el territorio soviético, no sabemos por qué aguantaron con firmeza en ella ni los sufrimientos de los rusos por conseguir el triunfo.

Leonid Ilich Brezhnev, secretario general del CC del PCUS, y presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, luchó en la contienda desde que empezó hasta que terminó. Numerosas gentes que siguen tratando de ahondar en los pormenores —y pormayores— *de esa lucha del pueblo soviético, han pedido durante mucho tiempo a Brezhnev que escriba sus memorias de la guerra. De lo relatado por él, son lo más interesante unas notas sobre la lucha en la llamada* Pequeña Tierra, *notas que nos es dado conocer y que remitimos taquigráficamente a nuestros lectores. Hemos intercalado unos títulos para dividir los más descollantes momentos que se narran.*



La familia Brezhnev, antes de iniciarse la II Guerra Mundial (1939). En el ángulo superior izquierdo el joven Leónidas. (A. P. N.).

El tratado germano-ruso

«En la guerra no llevé diarios. Pero los 1.418 días y noches de fuego no han sido olvidados. Y hubo episodios, encuentros y batallas, hubo momentos que, como les sucede a todos los veteranos, no se borrarán jamás de mi memoria.

Hoy deseo hablar de un sector de la guerra relativamente pequeño, al que los soldados y marinos llamaban Pequeña Tierra (Malaya Zemliá). En efecto, era «pequeña»: menos de treinta kilómetros cuadrados. Pero es grande como puede serlo hasta un palmo de tierra cuando ha sido regado con sangre de héroes abnegados. Para que el lector se imagine la

Las ruinas de Stalingrado, durante la Gran Guerra Patria, 1942. (A. P. N.).

situación diré que, en los días del desembarco, a todo aquel que cruzaba la bahía y entraba en la Pequeña Tierra se le condecoraba... Nosotros no necesitamos la guerra. Pero, cuando esta comenzó, el gran pueblo soviético entabló valerosamente la mortal contienda con los agresores.

Recuerdo que en 1940, en Dniepropetrovsk, el Comité regional del Partido convocó una reunión de conferenciantes. Yo entonces dedicaba una atención especial a la propaganda patriótica y militar y de ésta se habló en nuestra reunión. Como es notorio, se había concertado un tratado de no agresión con Alemania, los periódicos publicaron fotos de los encuentros de Molotov con Hitler y de Ribbentrop con Stalin; el tratado nos aseguraba la necesaria tregua, nos daba tiempo para robustecer la capacidad defensiva del



Durante la batalla por Stalingrado los combates se desarrollaban casa por casa, piso por piso, entre las tropas de la Werthmach y el Ejército liberador soviético, 1942. (A. P. N.).



El comisario de Brigada Leónidas Brezhnev entrega el carnet del Partido al soldado Alexander Malov. (Septiembre de 1942). (A. P. N.).

país, pero no todos lo comprendían. Se levantó uno de los asistentes a la reunión —lo recuerdo como si lo estuviera viendo—, un buen conferenciante apellidado Sajno, e hizo esta pregunta:

—Camarada Brezhnev, nosotros debemos explicar que la no agresión va en serio y que quien no lo crea sostiene conversaciones provocadoras. Pero el pueblo no lo cree mucho. ¿Qué hacemos? ¿Explicarlo o no?

Era un tiempo bastante complicado, en la sala estaban sentadas cuatrocientas personas, todas esperaban mi contestación y no era posible reflexionar largo rato.

—Hay que explicarlo sin falta —dije—. ¡Lo explicaremos, camaradas, hasta que de la Alemania fascista no quede piedra sobre piedra!

En aquella época yo era secretario del Comité Regional de Dniepropetrovsk para la industria de defensa. Y si alguien podía permitirse la placidez, yo debía pensar a diario en lo que nos esperaba. Me tocaron en suerte no pocos asuntos importantes y urgentes para organizar y coordinar un complejo de defensa tan potente como era en aquellos tiempos el sur de Ucrania y, en particular, la región del Dnieper.

Las fábricas que lanzaban producción civil pasaban a los rieles de guerra, nuestros metalúrgicos dominaban marcas especiales de acero, yo tenía que contactar con los comisariados del pueblo, volar a Moscú, viajar contínuamente por la región. No conocíamos días de descanso, yo veía a mi familia de tarde en tarde; recuerdo que, la noche del 21 al 22 de junio de 1941, hasta horas avanzadas me quedé en el Comité regional y luego todavía hice un viaje a un aeródromo militar que construíamos cerca de Dniepropetrovsk. Este importante objetivo estratégico se hallaba bajo el control del Comité Central, se trabajaba día y noche y sólo al amanecer pude volver de las obras.

¡La guerra!

Al llegar a casa vi parado en el portal el auto de K. Crushevoi, que sustituía entonces al primer secretario del Comité Regional. Comprendí en seguida que había ocurrido algo. Estaba encendida la luz en sus ventanas y ello era raro, porque empezaba a amanecer. Se asomó, me hizo señas de que subiera y yendo todavía por la escalera intuí algo malo. Pese a todo, no pude contener un estremecimiento cuando oí: «*¡La guerra!*» En aquel momento, como comunista decidí firme e irrevocablemente dónde tenía que estar. Solicité del Comité Central ser enviado

al frente, y aquel mismo día fue satisfecha mi petición: fui enviado a disposición del Estado Mayor del Frente del Sur.

Estoy agradecido al Comité Central de nuestro Partido por haber aprobado mi afán de incorporarme al ejército de operaciones desde los primeros días de la guerra. Le estoy agradecido porque en 1943, cuando quedó liberada una parte de nuestro territorio, se tuvo en cuenta mi petición de no retirarme con otros dirigentes del Partido que se hallaban en el frente y que eran enviados a puestos de dirección en la retaguardia. Le estoy agradecido también porque en 1944 satisfizo mi petición de no designarme para un puesto más elevado —que me habría alejado de las operaciones militares directas— y de dejarme hasta el fin de la guerra en el 18 Ejército de Desembarco. Me guiaba un solo sentimiento: defender nuestra tierra, batir al enemigo en todas partes y por doquier, llegar hasta el fin, hasta la victoria completa. Solamente así podía volver la paz a la Tierra.

El 18 Ejército

Mi vida en el frente está unida al 18 Ejército con el que me encariñé para siempre. Me batí en las filas del 18 Ejército en las montañas del Cáucaso cuando allí se decidían los destinos de la Patria, peleé en los campos de Ucrania, atravesé las crestas de los Cárpatos y participé en la liberación de Polonia, Rumanía, Hungría y Checoslovaquia. Con este Ejército estuve también en Pequeña Tierra, que desempeñó un papel considerable en la liberación de Novorossiisk y de toda la península de Tamañ.

A veces las circunstancias hacen que, en un año, uno vea, conozca y sienta tanto como en otro tiempo cabría en una vida entera. La saturación de acontecimientos en aquella cabeza de playa fue tan grande y los combates tan duros e incesantes que parece que duraron no 255 días, sino una eternidad. Y todo eso lo soportamos nosotros.

Pequeña Tierra no existe en el sentido geográfico. Para comprender lo que voy a referir hay que imaginarse claramente este pedregoso trozo de tierra pegado al mar. Medía seis kilómetros de longitud por sólo cuatro y medio de anchura, y aquella tierra teníamos que mantenerla a toda costa. ¿Cómo apareció la cabeza de playa? Novorossiisk está situado en las orillas de la bahía Tsemesskaya, que penetra profundamente en las montañas. Allí hay dos fábricas de cemento: la «Proletari» y la «Oktiabr». A un lado estábamos nosotros y al otro los alemanes. Hacia comienzos de 1943 toda la orilla izquierda se encontraba en poder del enemigo; desde las alturas, él controlaba el movimiento de nuestra



Las tropas soviéticas vencedoras apilan los estandartes y armas del Ejército alemán junto al Mausoleo de Lenin, 1945. (A. P. N.).

flota. Había que privarle de esa ventaja. Así nació la idea de emprender un desembarco y apoderarse de un arrabal de Novorossiisk, lo que no sólo cerraría la bahía impidiendo la penetración del enemigo en sus aguas, sino que también facilitaría todos los combates posteriores.

Los hitlerianos comprendían bien eso. Procuraré no abusar de los guarismos, pero voy a dar uno. Cuando nosotros ocupamos la cabeza de playa, los fascistas comenzaron a batirla ininterrumpidamente arrojando una cantidad gigantesca de proyectiles y bombas, sin hablar ya del fuego de ametralladoras y metralletas. Y se ha calculado que a cada defensor de Pequeña Tierra correspondieron 1.250 kilos de este mortífero metal.

En la cabeza de playa combatían casi dos tercios del 18 Ejército de Desembarco, y yo pasaba la mayor parte de mi tiempo en Pequeña Tierra. De manera que a mí también se me destinaban algunos de aquellos kilos.

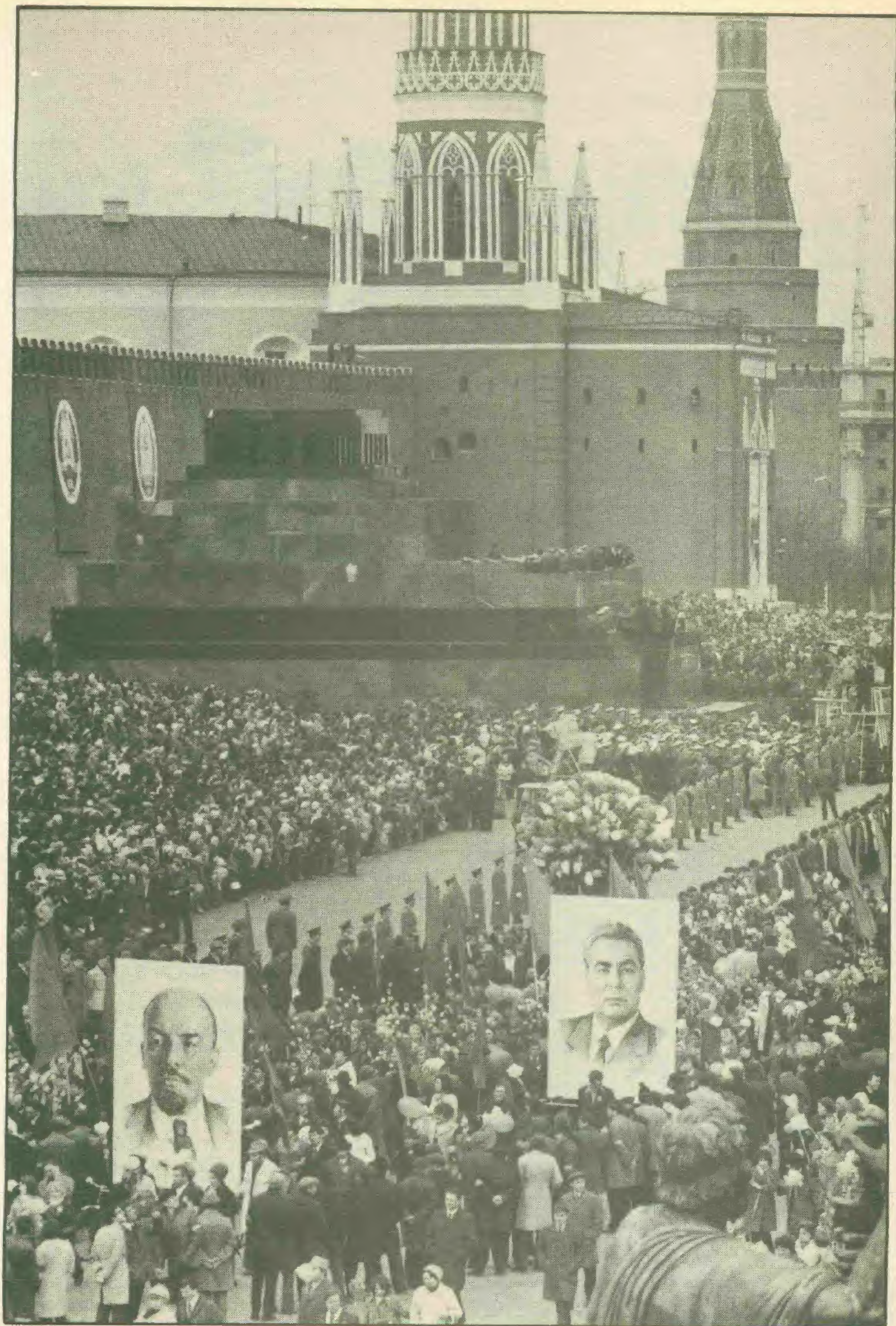
El desembarco

Creo que el desembarco en Pequeña Tierra y los combates que allí se libraron pueden servir de modelo de arte militar. A la gente la seleccionábamos con todo cuidado y la preparábamos especialmente. En el cabo Tonki de Guelendzhik entrenábamos a los grupos de asalto, les enseñábamos a saltar al agua con ametralladoras, escalar las rocas y arrojar granadas desde posiciones incómodas. Los soldados aprendieron a manejar todo tipo de armas de trofeo, aprendieron a tirar el cuchillo y a golpear con la culata, a vendar heridas y contener hemorragias. Recordaban las señales convencionales, se las ingeniaban para cargar los discos de las metralletas con los ojos vendados, para por el ruido de los disparos localizar dónde había fuego. Sin este entrenamiento habría sido inconcebible el audaz desembarco y, sobre todo, el primer combate nocturno: era preciso hacerlo todo en la oscuridad, a tientas.

En el primer grupo, llamado destacamento de misión especial, se admitían solamente voluntarios. Y solamente hombres que ya hubieran dado pruebas de heroísmo. Se designó jefe del desembarco al comandante T. Kunikov. En anteriores batallas yo ya me había fijado en este hombre inteligente y fuerte, cuando él mandaba un batallón de infantería de marina. Como suplente político iba el teniente primero N. Starshinov y de



Leónidas I. Brezhnev (en el centro de la foto, con gorra), en la fábrica «Zápororhie», en 1947, durante los años de la reconstrucción. (Novosti).



Manifestación en la Plaza Roja de Moscú. La multitud lleva pancartas de Lenin y del secretario general del Partido, Leónidas I. Brezhnev. (Novosti).



Leónidas I. Brezhnev durante su visita a la ciudad-héroe de Novor ossysk, en septiembre de 1974, rodeado por sus camaradas de regimiento, durante la Gran Guerra Patria. (Novosti).

jefe de E. M. el comandante F. Kotánov, que también habían tenido un buen comportamiento en los combates. Los tres recibieron posteriormente el título de Héroe de la Unión Soviética. Kunikov lo recibió **post mortem** (sucumbió al cuarto día del desembarco) y Starshinov y Kotanov en combates que se libraron ya después de Pequeña Tierra.



Leónidas I. Brezhnev entrega al primer cosmonauta de la tierra, Yury Alexander Gagárin, la medalla «Estrella de Oro» de «Héroe de la Unión Soviética». (Moscú, 1961). (A. P. N.).

Para formar el destacamento se les concedió el derecho a escoger, de la base naval de Novorossiisk, hombres de cualquier unidad; un derecho, claro, excepcional, pero dictado por la necesidad. Comprendíamos que en un desembarco como aquél era demasiado grande el papel que estaba llamado a desempeñar cada combatiente. Así se juntaron cinco grupos de asalto unidos en un destacamento de 250 hombres. En la durísima prueba, ellos tenían que ir en cabeza, y cumplieron con su deber.

«¡Quiero marchar al combate siendo comunista!»

En 1974, en el museo de Novorossiisk me llamó la atención un documento notable. Era un parte del teniente primero V. Botyley, quien desembarcó en la cabeza de playa la misma noche que Kunikov. Escribió: «Informo que el primer grupo de asalto ha tenido un muerto y siete heridos. El muerto era candidato a miembro del PC (b) de la URSS, 4 heridos son también candidatos a miembros del PC (b) de la URSS, 2 son komsomoles y uno sin partido. La primera misión de combate planteada por el Mando ha sido

cumplida. El estado moral y político del grupo es elevado».

Aquí será oportuno recordar que en los frentes de la Gran Guerra Patria cayeron valerosamente tres millones de comunistas. Y cinco millones de patriotas soviéticos engrosaron las filas del Partido en los años de la guerra. *«¡Quiero marchar al combate siendo comunista!»* Estas palabras, que se hicieron legendarias, yo las escuchaba poco menos que antes de cada batalla y con mayor frecuencia cuanto más duros eran los combates. ¿Qué ventajas podía obtener del Partido un hombre, qué derechos podía proporcionarle el Partido la víspera de una mortal contienda? Solamente un privilegio, solamente un derecho, solamente una obligación: ser el primero en lanzarse al ataque, ser el primero en lanzarse al encuentro del fuego.

El juramento

Antes del desembarco el destacamento prestó juramento. El comunista Kunikov formó a todos en una explanada, recordó una vez más que la operación sería mortalmente peligrosa y advirtió: quien crea no resistir las pruebas puede no ir al desembarco. No ordenó que estos hombres dieran, digamos tres pasos al frente, para no herir su amor propio, dijo:

—Les pido que formen de nuevo dentro de diez minutos justos. Quienes no estén seguros de sí mismos, que no formen. Serán enviados a sus unidades con la indicación de que han terminado un curso de instrucción.

Cuando formó el destacamento solamente nos faltaban dos hombres.

Incluso hoy, cuando han pasado decenios, no se puede leer sin emoción el solemne juramento prestado antes de hacerse a la mar. *«Al marchar al combate* —se decía en él— *juramos a la Patria que actuaremos impetuosa y valerosamente sin escatimar nuestras vidas en aras de la victoria sobre el enemigo. Ofrendaremos nuestra voluntad, nuestras fuerzas y nuestra sangre, gota a gota, por la felicidad de nuestro pueblo, por tí, Patria ardientemente amada... Nuestra ley es y será solamente avanzar».*

Al tornar mentalmente a aquellos días borrascosos y recordar el riguroso juramento, experimento siempre emoción y orgullo. La Historia conoce no pocas heroicidades realizadas por hombres solitarios, pero solamente en nuestro gran país y solamente los soviéticos, conducidos por nuestro gran Par-



Entrega del Premio Lenin al secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, y presidente del Soviet Supremo de la URSS, Leónidas Brezhnev, por sus libros «Pequeña Tierra», «Tierras Vírgenes» y «Resurgimiento». (A. P. N.).



La tribuna presidencial, durante el desfile conmemorativo del 60 Aniversario de la Revolución de Octubre, en la Plaza Roja de Moscú, 1977. Brezhnev es el tercer personaje por la derecha. (Novosti).

tido, demostraron que son capaces del heroísmo en masa...

...La operación **«Neptuno»** montada por los fascistas debía, según sus designios, acabar por completo con nuestra cabeza de playa. Especialmente para ello se formó el grupo de tropas de choque de Wetzel con efectivos de hasta 27.000 hombres, que habían de operar con el apoyo de 1.200 aviones, centenares de cañones y morteros. Se planeó también una operación por mar con el nombre no menos expresivo de «Box». En el grupo «Box» fueron incluidas flotillas de lanchas torpederas y submarinos con la misión de cortar nuestras comunicaciones y aniquilar las tropas soviéticas, una vez arrojadas al mar. Así lo planeaban ellos.

Los combates en Pequeña Tierra

Los combates en Pequeña Tierra, iniciados el 17 de abril, se desplegaron con fuerza creciente. El adversario lanzaba refuerzos cada día. Sus baterías pesadas empezaban a cañonear por la mañana temprano. Al propio tiempo aparecían en el aire los aviones. Pendían literalmente sobre nuestras cabezas, volaban en olas de 40 a 60 aparatos arrojando bombas en toda la profundidad de la defensa y por todo el frente. A los bombarderos rápidos seguían los de picado también en olas, y luego los de asalto. Todo esto duró horas, comenzando después sus ataques los tanques y la infantería.

Los fascistas atacaron seguros de sí mismos, creyendo que en la densa humareda que cubría Pequeña Tierra ya no podía quedar nada vivo. Pero sus ataques chocaban con una denodada resistencia, y retrocedían abandonando cientos y cientos de cadáveres. Entonces todo empezaba de nuevo. Volvían a cañonear las baterías pesadas, volvían a aullar los bombarderos en picado y a atacar ferozmente los de asalto. Así se reiteraba varias veces al día.

Los cazas cubrían a la aviación de bombardeo y de asalto. Debido a la gran superioridad del adversario en el aire, nuestros cazas, si bien le causaban estragos, no podían detener los bombardeos. Los bombarderos soviéticos no aparecían sobre las posiciones del enemigo, lo que a este le permitía efectuar reagrupamientos y prepararse para los ataques. Así duró tres días, hasta el 20 de abril, fecha para la que el Mando fascista alemán había fijado la derrota definitiva de Pequeña Tierra.

Al decidir arrojarnos al mar, Hitler se lo jugó todo a una carta en este sector del frente. Fue grave la situación así creada. Entonces el



Consejo Militar de 18.º Ejército —prácticamente lo hice yo— escribió una carta-llamamiento a los defensores de Pequeña Tierra, que circuló por trincheras y blindajes. Los combatientes se hacían un corte en la mano y con su sangre firmaban dicha carta. Más tarde envié un ejemplar a Stalin para que comprendiera cómo peleaban aquellos bravos.

Firmada con sangre

«*Hemos llamado Pequeña Tierra al terreno reconquistado al enemigo cerca de Novorossiisk* —decía la carta—. *Aunque pequeño, es tierra nuestra, soviética, regada con nuestro sudor, con nuestra sangre, y no se la entregaremos jamás a ningún enemigo... Juramos por nuestras banderas de combate, por nuestras mujeres e hijos, por nuestra amada Patria resistir en los próximos combates frente al enemigo, triturar sus fuerzas y limpiar. Tamañ de canallas fascistas. ¡Hagamos de Pequeña Tierra una gran tumba para los hitlerianos!*».

El primer día de la ofensiva fascista recibimos una orden categórica del Gran Cuartel General del Mando Supremo: mantener a toda costa la cabeza de playa. Vimos en ella la clave para la liberación de la península de Tamañ, el Gran Cuartel General le atribuía una profunda significación y seguía atentamente el curso de los combates.

El 18 de abril voló al Estado Mayor del frente del Caucaso Norte, que mandaba el coronel general I. Petrov, un grupo de representantes del Gran Cuartel General, encabezado por el mariscal G. Zhukov. Aquel mismo día llegaron al E.M. del 18.º Ejército de Desembarco, junto con N. Kuznetsov, comisario del Pueblo de la Marina de Guerra, y A. Novikov, comandante jefe de la Fuerza Aérea. Me lo comunicó un coronel de E.M. llegado a Pequeña Tierra y añadió:

—*El mariscal quiere verle.*

—*¿Es una orden?* —*pregunté.*

—*No me ha dado tal orden* —*respondió el coronel. Pero ha dicho que quisiera hablar con usted.*

Dicho sea con franqueza, yo también quería hablar: a todos nos preocupaba mucho la superioridad del adversario en el aire. Mi punto de vista sobre el particular ya se lo había expuesto, el primer día de los ataques alemanes, a nuestro comandante jefe Konstantin Leselidze. Pedía insistentemente apoyo de la aviación. También había hablado de eso con Semión Kolonin, miembro del Consejo Militar, a quien siempre trate con respeto. Los dos eran valientes, firmes en los principios y expertos, los dos estaban de acuerdo conmigo y supuse que, naturalmente, informarían a Zhukov de la situación

creada en la aviación. Para mí era mejor, en un momento tan duro, no abandonar la cabeza de playa. Y eso hice: me quedé con los combatientes en Pequeña Tierra.

Al fin viene la aviación soviética

Como escribió luego en sus memorias Zhukov: «A todos nos inquietaba entonces una sola cuestión: ¿soportarían los combatientes soviéticos las pruebas que les habían correspondido en la desigual lucha con el enemigo, que día y noche atacaba con aviación y cañoneaba a los defensores de la cabeza de playa?». Más adelante el mariscal escribió que quería conocer mi punto de vista sobre eso. Si aguantarían nuestros combatientes aquel infierno, aunque fuera uno o dos días más, el Cuartel General ya había tomado serias medidas para auxiliarnos.

Y en efecto, a los días el cuadro cambio por completo.

De la reserva del Gran Cuartel General, uno tras otro llegaron tres cuerpos de aviación. A medida que llegaban entraban en combate. Lo primero, los cazas de la estrella roja cubrieron el cielo sobre Pequeña Tierra. Cayeron en abundancia las bombas sobre el dispositivo de combate enemigo. Ahora se combatía con iguales fuerzas en el aire y luego la superioridad pasó a ser nuestra, porque los aviadores lograron destruir varios aeródromos enemigos.

A mí me es difícil describir lo que ocurría en el cielo. Donde quiera que se mirara, solos o en escuadrillas, se juntaban en mortales rizos los aviones alemanes y los nuestros. Cruzándose unas a otras, las estelas negras de los aparatos derribados se extendían hasta la tierra. En tres días de combates, nuestros pilotos abatieron sobre Pequeña Tierra 117 aviones enemigos. Alexandr Pokryshkin, (1) participante en estos reñidos encuentros, los refirió detalladamente en su libro

(1) Alexandr Prokyshkin, célebre piloto de caza soviético, tres veces héroe de la Unión Soviética. Durante la guerra abatió 59 aviones fascistas. En la actualidad es mariscal de aviación.



Brezhnev aplaude al presidente norteamericano Nixon durante su visita a la Casa Blanca, en junio de 1973.



Brezhnev durante la Conferencia de Bratislava. A su derecha. El presidente checo, mariscal Svóboda, a la izquierda del Premier Soviético, el Jefe del Gobierno checo, Dubcek, 1968.

Llegada del presidente norteamericano Ford a la Unión Soviética, el 23 de noviembre de 1974. En la foto, tomada en Vladivostock, de derecha a izquierda Ford, Brezhnev, Kissinger y Grómyko.



Brezhnev y Tito, durante la visita del líder soviético a Belgrado, en noviembre de 1976.

El enemigo retrocede El santo del führer

En nuestra cabeza de playa se decidía la suerte de Novorossisk y Tamañ, y a la línea de fuego el Mando fascista alemán lanzaba nuevas y nuevas unidades. Ocho días y noches pelearon, como en una pesadilla, los defensores de Pequeña Tierra hasta que se agotaron las fuerzas del enemigo cuyos restos retrocedieron a sus posiciones de partida. Pero el momento culminante de la batalla sobrevino el 20 de abril de 1943 y, por extraño que parezca, aquel día se asocia para mí con un recuerdo divertido.

En la 2.255 Brigada de Infantería de Marina teníamos de jefe de la sección política a M. Vidov; combatía con inteligencia y bravura, poseía un gran ascendiente sobre los soldados y al reproche del comandante para que no arriesgase en vano la vida respondía: *«¡Yo soy un comisario y no un gallina!»* Pues bien, en la noche del 19 al 20, Vidov reunió a los instructores políticos, hizo balance de los combates y luego preguntó si ellos sabían por qué acometían con tanta exasperación los fascistas. Porque, respondió él mismo, mañana es el santo del führer. Quieren acabar con nosotros para hacerle un regalo. Sería bueno, añadió, que nosotros también celebráramos esta fecha.

Mientras se discutían diversas proposiciones, el pintor Boris Prorokov, entonces poco conocido todavía, hizo un dibujo que todos aprobaron inmediatamente. Por la noche pintó en una sábana un monstruo en forma de cerdo que huía del Cáucaso. El cerdo tenía el bigotillo y el mechón de pelo que todos conocían. Resultó una excelente caricatura de Hitler. Fijaron la sábana en un marco y sujetándola firmemente con jambas, la colocaron en un batido lugar de la tierra de nadie.

Los alemanes bombardean a «Hitler»

El 20 de abril por la mañana, desde todos los montes circundantes, desde todas sus posiciones, los hitlerianos vieron aquella felicita-

ción. Como era de suponer, los alemanes no se atrevían a disparar contra su führer. Pasó bastante tiempo mientras ellos, por lo visto, acordaban qué hacer. Finalmente, por tres lados los fascistas se arrastraron al marco. Pero era lugar batido: la mitad quedó allí para siempre y el resto retornó a su concha. El intento se repitió tres veces en la jornada hasta que la artillería de ellos abrió fuego contra el «regalito onomástico».

—*¡Dale! ¡Zúmbale!* —los soldados reían a carcajadas.

La risa es una fuerza temible, prueba de optimismo y señal de salud espiritual del hombre. Después de rechazado el ataque en un sector, yo iba por la trinchera con Dorofeev. Y otra vez, al lado, en un nido de ametralladoras, oímos risas. Nos acercamos: un sargento propagandista, jovencito, daba una charla.

—Hacemos balance del combate, camarada coronel —informó.

—¿Y cuál es el balance?

Los soldados agrupados en torno a la ametralladora incitaron al sargento a que hablara. Este se turbó, pero ante la insistencia de sus compañeros cobró ánimo:

—Hitler fanfarroneó que hoy nos tiraría al mar. Y, lo que ha conseguido yo lo he dicho con un cuentecillo ucraniano: fue de caza, mató un oso, desolló una zorra, volvió a casa con una liebre, la madre degolló un ganso y coció jalea. La probó y estaba amarga.

Junto con los soldados escuché complacido al chistoso muchacho. Su inocente cuentecillo quizá en aquel momento valía más y actuaba con mayor fuerza que el más serio análisis de las operaciones militares. Eso era tanto más importante cuanto que la jornada, repito, fue la más dura de las que hubimos de aguantar en Pequeña Tierra.

Reflexiones sobre la guerra

Ardía el suelo, humeaban las piedras, se derretía el metal, se desmoronaba el hormigón; pero los hombres, fieles a su juramento, no retrocedían de aquella tierra. Las compañías contenían la acometida de los batallones, los batallones trituraban a los regimientos. Se calentaban al rojo vivo los cañones de las ametralladoras, los heridos apartaban a los



Brezhnev en el aeropuerto de Bonn, durante su visita oficial a la República Federal de Alemania, en mayo de 1978. En la foto, de izquierda a derecha: el Canciller Hélmuth Schmidt, Brezhnev y el presidente de la República Federal Walter Scheel.

camilleros y con granadas se arrojaban contra los tanques, en los combates cuerpo a cuerpo peleaban con las culatas y los cuchillos. Y la batalla parecía interminable. En lugares completamente cubiertos de cadáveres enemigos aparecían nuevas filas, los nuestros los aniquilaban, pero continuamente volvían a surgir siluetas verdigrises. No es extraño que, en uno de los ataques, aun combatiente de la 8 Brigada de Fusileros de la Guardia se le escapase la siguiente exclamación: «*¿Pero es que brotan de la tierra?*».

Aquel día los hitlerianos tenían una considerable superioridad numérica y nosotros sufrimos grandes pérdidas y pensé más de una vez: ¿Cuántos muchachos nuestros caerán en esta tierra y cuántos no volverán a sus hogares? En la guerra la compasión es un asunto complicado. La guerra es cruel y en ella son inevitables las muertes. Si te compadeces de uno, tienes que enviar en su lugar a otro. La única justificación moral que cabe es permanecer junto a los soldados en el momento difícil, experimentar los mismos peligros que ellos. Y hacer todo lo posible por resguardarlos de un riesgo excesivo, por mitigar sus infortunios.

Labor política y de partido

De los años de guerra, entre los documentos que se han conservado hay una directriz al pie de la cual está mi firma. A todos los órganos políticos y a cada instructor político, esa directriz fue cursada más tarde, a fines de 1943, cuando se combatía a las puertas de Kiev. Pero lo que está escrito allí fue para mí la causa principal en el transcurso de toda la guerra:

«*Manifiesten constante desvelo por ahorrar las energías y salud de los combatientes. El suministro regular de comida caliente y agua hirviendo a los soldados debe ser una regla inquebrantable. Es preciso asegurar un control rigurosísimo a fin de que todo aquello que el Estado entrega para los soldados y oficiales llegue íntegramente a ellos. Es preciso exigir severa responsabilidad a quienes manifiestan negligencia o inactividad en este aspecto. Debe prestarse una atención excepcional a la labor de las instituciones sanitarias. Las secciones políti-*



Entrevista de Brezhnev con el primer secretario del Partido Comunista de Cuba, Fidel Castro, durante el XXVI Congreso del PCUS, celebrado en Moscú.



Leónidas Brezhnev posa con el osito «Misha», mascota de los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980.

cas de las grandes unidades tienen que designar hombres que respondan especialmente de evacuar los heridos del campo de combate y de que se les preste oportuna asistencia médica»...

...Supongo que el lector espera de mí una exposición de la labor política y de partido, pero, en realidad, ya estoy hablando de ella. Porque la firmeza de los defensores de Pequeña Tierra era fruto de esta labor. Porque la vida organizada en la cabeza de playa, el desvelo por ahorrarles energías y salud a los combatientes, los cuerpos de aviación enviados a tiempo, los chascarrillos en los momentos de tregua, la ilimitada bravura en los ataques y el hecho de que los hombres continuaran siendo hombres hasta el fin, todo era consecuencia de la labor política y de partido. Por lo tanto, sería difícil separarla de la narración general y, seguramente, no es necesario.

¿Con qué medir, cómo valorar la actividad del dirigente político en el frente? Un francotirador exterminó a una decena de hitlerianos. Honor y gloria a él. Una compañía rechazó el ataque y mantuvo la posición. Honor y gloria al jefe de la compañía y a sus combatientes. Una división rompió la de-

El 6 de diciembre de 1974 L. I. Brezhnev se entrevistaba con el secretario general del Partido Comunista francés Georges Marchais.

fensa enemiga y liberó una posición. El nombre del comandante lo destacaba en su orden el Jefe Supremo. Pero también era grande el mérito del instructor político que pertrechaba ideológicamente a los combatientes, vigorizaba en ellos el gran sentimiento de amor a la Patria, les infundía fe en sus fuerzas, les alentaba para la hazaña.

El verdadero instructor político en el ejército es un hombre en torno al cual se agrupa la gente, un hombre que conoce a ciencia cierta los ánimos, necesidades, esperanzas y sueños de los combatientes, que los conduce al sacrificio de sí mismos, a la hazaña. Y si se tiene en cuenta que la moral combativa de las tropas siempre fue reconocida como un factor importantísimo de la firmeza de esas tropas, precisamente al instructor político se le confió el arma más afilada en los años de la guerra...

Salajutdin Valliulin

...Seis días y seis noches duraron los combates en Novorossiisk. No voy a mencionar los números de las unidades grandes y pequeñas, ni voy a dar cifras: el asalto ha sido expuesto pormenorizadamente en las publicaciones de historia de la guerra. Importa destacar otra cosa: el ímpetu atacante y la furia sagrada de los combatientes eran tan grandes que ya nada podía detenerlos. Cada día y cada hora éramos testigos de hazañas militares. Debo referir aunque no sea más que una.

Tres veces atacó inútilmente las fortificaciones fascistas una compañía de infantería de marina. El jefe de compañía Ivanov, para la ruptura decidió formar un grupo voluntario de asalto. Lo integraron once hombres, encabezados por Valliulin, secretario del Partido en la compañía, y por otros cuatro comunistas. Con un golpe audaz rompieron la defensa del enemigo y tras ellos se lanzaron los combatientes. Pero en el extremo de la calle el fuego de flanco detuvo su avance. Entonces Valliulin dijo a un sargento primero, Diachenko: «Cuando se calle la ametralladora levanta a la gente al ataque». Y se alejó a rastras. Lo hicieron delante de la ventana del sótano desde donde disparaba la ametralladora. Pero, ensangrentado, se arrojó a aquella ventana. La posición fue tomada.

Yo conocía bien a Salajutdin Valliulin por su comportamiento en Pequeña Tierra, era uno de los mejores secretarios del Partido. Al firmar la propuesta de condecorarlo, pensé en la naturaleza de tales hazañas. El hombre sabía indudablemente que iba a una muerte segura. Pero no es probable que se dijera en aquel momento: *«Voy a realizar una hazaña»*. No, esta bravura no era un heroísmo espectacular, era parca en palabras, sencilla, yo diría, incluso, modesta, como la que tanto apreciaba Leon Tolstoi a juzgar por su novela **La guerra y la paz.** Era una hazaña en la tolstoiana acepción de la palabra: el hombre hace lo que debe hacer, cueste lo que cueste.

Reflexiones sobre la muerte

Por supuesto, el temor a la muerte es un sentimiento propio del hombre, es natural. Pero en el momento crítico la decisión llegaba como por sí misma, preparada por toda la vida anterior. Por lo tanto, existe un límite, un momento en que la conciencia del deber ante la Patria puede más en el combatiente patriota que el miedo, el dolor y el pensamiento de la muerte. Quiere decir que la hazaña no es un acto inconsciente, pues lo inspira la convicción de que es justa y grande la causa por la que el hombre entrega conscientemente su vida.

«El convencimiento de que la guerra es justa —escribió Lenin en los años de la guerra civil—, *la conciencia de que es necesario sacrificar la vida propia para el bien de sus hermanos eleva la moral de los soldados y les hace soportar penalidades inauditas... Esto se explica porque cada obrero y campesino, puesto sobre las armas, sabe por lo que va, y derrama conscientemente su sangre en aras del triunfo de la justicia y el socialismo»*.

Estas admirables palabras de Lenin revelan profunda y exactamente las fuentes de las energías morales del pueblo, las fuentes de la gesta inmortal que durante la Gran Guerra Patria llevó a cabo nuestro pueblo por el triunfo de la justicia y el socialismo.

Al fin, la victoria

El 16 de septiembre, Moscú saludó con salvas de artillería a las heroicas tropas del Frente del Cáucaso del Norte y a las de la Flota del Mar Negro. La gran pugna había

concluido. En un sector pelado donde sólo había el pequeño poblado de Stanichka nuestros combatientes soportaron siete meses de asedio y vencieron. Los hitlerianos ocupaban una gran ciudad convertida en fortaleza inexpugnable y nosotros los desalojamos en seis días.

La Patria dio alta valoración al sin par valor y heroísmo de los libertadores de la ciudad. A diecinueve unidades grandes y pequeñas se les confirió el honroso nombre de Novorossiisk. Con órdenes y medallas se condecoró a miles de soldados y oficiales. Decenas de combatientes, autores de hazañas extraordinarias, fueron galardonados con el alto título de Héroe de la Unión Soviética.

El desembarco de Novorossiisk, en el que tomaron parte todas las Armas, fue uno de los más importantes de la Gran Guerra Patria.

La batalla de Novorossiisk quedó en la historia de la pasada guerra como un ejemplo de la indoblegable voluntad de victoria, del heroísmo militar y el arrojo de los soviéticos, de su fidelidad sin límites al Partido de Lenin y a la Patria socialista...

...De lo que sucedió posteriormente se puede hablar largo y tendido, se puede escribir un libro entero porque aun había por delante miles de kilómetros y largos meses de guerra.

Pero hoy quisiera volver a subrayar sólo una cosa: el recuerdo de Pequeña Tierra, el temple y la experiencia de Pequeña Tierra nos acompañaron a mis amigos de combate y a mí hasta el último disparo. Al ímpetu, la bravura temeraria y el patriotismo de los combatientes se sumaron la sangre fría, la madurez, el cálculo, la destreza para guerrear y todo esto en conjunto nos llevó a la victoria.



Una sesión del Soviet Supremo de la URSS. En primera fila, de izquierda a derecha: Suslov (el teórico del Partido), Kossiguin y Brezhnev. En el ángulo superior derecho de la fotografía, Andrei Gromyko, jefe de la diplomacia soviética.

Los otros frentes del comisario Brezhnev

Combatiendo encarnizadamente, liberando pueblos y ciudades, recorrimos las tierras de Kiev, Vinnitsa, Jmelnitski, Chnernovitsi, Lvov y otras regiones de Ucrania y llegamos a los Cárpatos. Allí, aprovechando los obstáculos naturales, los fascistas habían cons-



Leónidas Brezhnev conversando con la primer ministro de la India, Indira Gandhi, durante la crisis de Afghanistán.

truido la potente línea de defensa «Arpad». Pero ya no existían barreras que el Ejército Soviético no pudiera salvar. Utilizando la experiencia de los combates en las montañas del Cáucaso, atravesamos a viva fuerza los puertos carpáticos y rompimos la que parecía inexpugnable línea de defensa enemiga.

Ahora los instructores políticos no se daban punto de reposo. Se combatía y en las tropas no cesaba ni un instante la labor política y de partido. A la vez era preciso ayudar a los camaradas de las regiones liberadas, a los comunistas que salían de la clandestinidad a organizar la nueva vida. Se sucedían los grandes actos políticos: la conferencia del Partido, el congreso sindical, las conferencias juvenil y femenina. El ambiente de libertad despertaba a la actividad política a toda la población de la Ucrania Subcarpática. Nos recibía como a hermanos libertadores. En todas partes se constituían comités populares, se preparaba su primer congreso. Luego, asistiendo al congreso, vi el enorme entusiasmo con que se aprobó el histórico acuerdo de la reunificación de Subcarpatia con el pueblo hermano.

Es difícil olvidar el júbilo con que recibieron a nuestras tropas los pueblos de Rumania, Hungría, Polonia y Checoslovaquia. El glorioso 18.º Ejército de Desembarco participó junto con otras grandes unidades en la liberación de estos países. Imposible sobrevalorar la labor política que se desplegó allí. Los imperialistas habían calumniado, decenios enteros, a nuestro Partido. Decenios enteros, en la mente de los pueblos se inculcaron monstruosas patrañas sobre nuestra vida y sobre nuestras gentes. Y el hombre soviético llegó a Europa como libertador. Era importante no menoscabar esta sublime misión humanitaria y nuestros combatientes no la menoscabaron. En todas partes veían en ellos a hombres desinteresados, llenos de nobleza, humanitarios y justos, curtidos por la guerra.

«El día más feliz de mi vida»

En el durísimo año 1941 teníamos fe en la victoria. Ahora sabíamos que faltaban contados días para alcanzarla. Todo el curso de los acontecimientos nos había preparado para ella. Y, sin embargo, cuando llegó por fin, la alegría nos aturdió. Creo que nadie ha expresado todavía en palabras toda la profundidad de ésta. Yo también soy incapaz de contar todos los sentimientos que rebosaban nuestros corazones el 9 de mayo de 1945.

Diré únicamente que aquel día fue el más feliz de mi vida.

Es verdad que para nuestro 18.º Ejército de Desembarco el último día de la guerra llegó algo más tarde: el 12 de mayo. Ya se había firmado el acta de capitulación incondicional de la Alemania fascista, pero nosotros todavía acabábamos con los restos del enemigo que se resistía en el territorio de Checoslovaquia.

Tampoco olvidaré el acto magno del triunfo: la parada de la victoria en la Plaza Roja. Con alegría y orgullo lei la orden de que se nombraba comisario del regimiento mixto del 4.º Frente a Ucrania al general Brezhnev, jefe de la dirección política de dicho Frente. Conservo hasta hoy, como preciosa reliquia, el sable con que a la cabeza de nuestro regimiento mixto, desfilé en la parada junto al Mando.

Así se cumplió también mi sueño de llegar hasta la victoria, era el sueño de millones de soldados soviéticos que no sólo resistieron hasta la muerte defendiendo su tierra, sino que llevaron con honor la Bandera de la Victoria por los difíciles caminos de la guerra y la izaron en Berlín sobre el Reichstag.

Exaltación de la paz. Corolario

Nuestra victoria es un hito eminente en la historia de la humanidad. Mostró la grandeza de nuestra Patria socialista, mostró la omnipotencia de las ideas comunistas, dio muestras admirables de abnegación y heroísmo, todo eso es incontestable. Pero que reine la paz, porque es muy necesaria para los soviéticos y para todos los hombres honrados del planeta.

Hasta el último día estuvimos dando sepultura a fieles compañeros nuestros, en todo el trayecto veíamos huellas de las atrocidades fascistas, encontrábamos madres llorosas, viudas desconsoladas y huérfanos hambrientos. Y si hoy me preguntaran cuál es la principal conclusión que saqué tras haber pasado desde el primero hasta el último día de la guerra, respondería: No debe volver a haber guerra. No debe haber guerra jamás.

Dichoso el político, dichoso el estadista que puede decir siempre lo que verdaderamente piensa, que puede hacer lo que verdaderamente estima necesario y procurar lo que verdaderamente cree. Cuando adelantábamos el Programa de Paz, cuando en muchos encuentros internacionales presentábamos iniciativas encaminadas a eliminar la amenaza de guerra, yo hacía, procuraba y hablaba de cosas en las que, como comunista, creo profundamente y hasta el fin.

Esta es, quizá, la principal conclusión que yo extraje de la experiencia de la gran guerra. ■

C. S.

La documentación gráfica de este trabajo nos ha sido cedida por la Agencia NOVOSTI.



El presidente de la Unión Soviética, Leónidas Brezhnev, es ayudado a abandonar el podio desde el que pronunció un discurso tras asistir como invitado a los actos conmemorativos del 30 Aniversario de la Rep. Democrática Alemana, en octubre de 1979.

Reflexiones sobre la Inquisición Española

E. Miret Magdalena

LAS duras costumbres medievales hicieron que el cristianismo pacífico, pero realista de los primeros siglos de nuestra era se convirtiera después en algo etéreo, sin conexión con la realidad social y sin pretensión de transformarla. En esas épocas —y en las siguientes— todo lo más que se podía esperar era que «cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad», como observaba con ironía Mariano Moreno en 1810, describiendo el paternalista liberalismo incipiente en la política española.

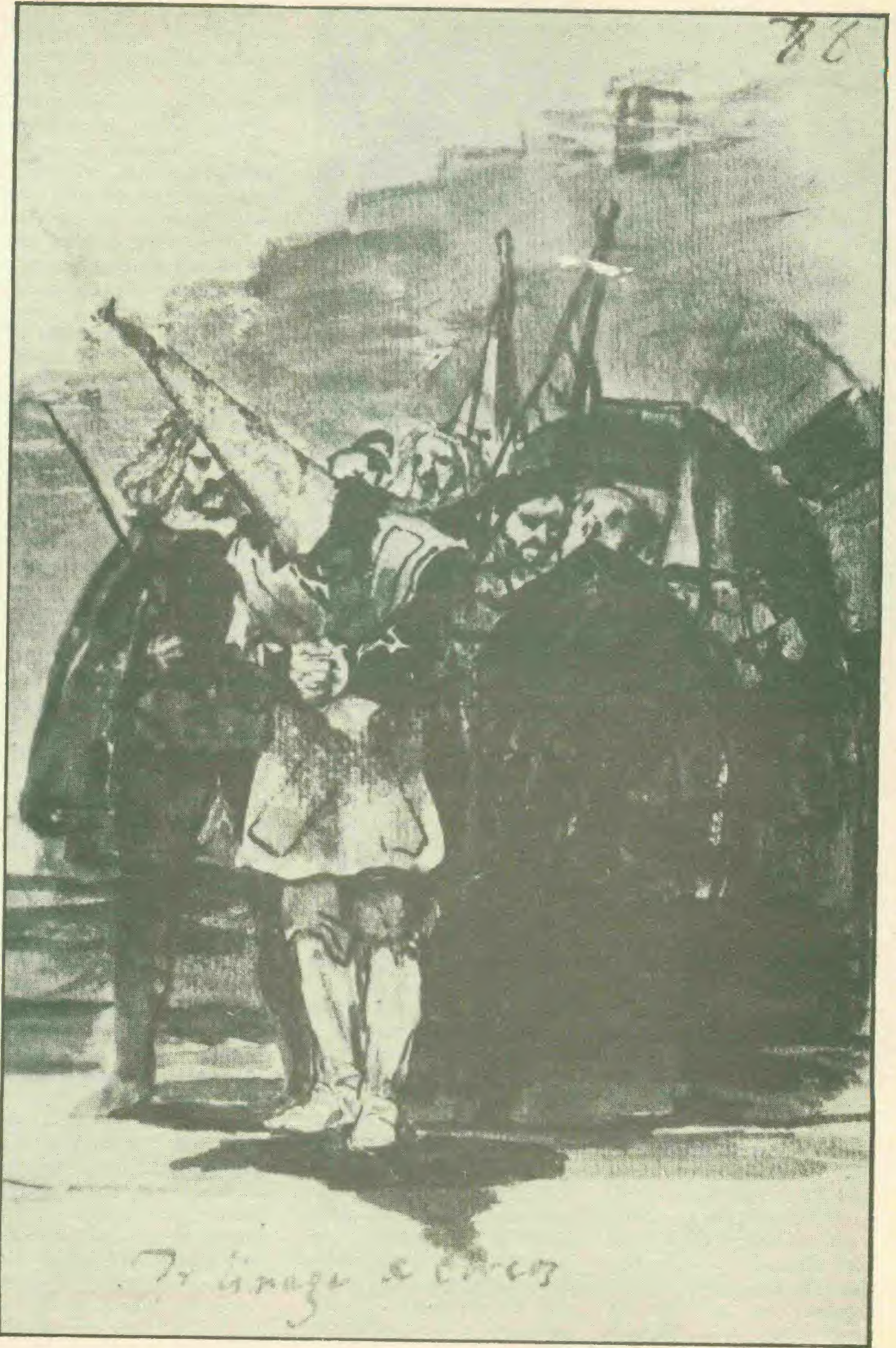
ALGUNAS voces se habían levantado en la historia del cristianismo reivindicando la igualdad y la libertad de los hombres en el campo religioso, pretendiendo que no hubiera discriminación social ninguna por motivos religiosos. San Bernardo, en algún momento de su compleja y azarosa vida, de monje reformador recomienda que «contra los herejes no hay que usar las armas, sino los argumentos». Pero, en general, es extraño encontrar decididos defensores de la libertad religiosa hasta llegar a San Francisco de Sales en la Edad Moderna, que exige que «los príncipes católicos y todas las repúblicas dejen las armas exteriores y sólo usen las interiores» contra los herejes (1). Como también de un tono liberal, entre las órdenes religiosas, la de los Franciscanos en Europa (aunque no tanto en nuestro país), ya que «el conjunto de la orden reprueba estos métodos de seguridad, rigor y a veces de crueldad..., predicando —en cambio— la indulgencia, y deseando convertir por la persuasión y no por el castigo» (2).

En la Edad Media el Papa Nicolás I fue el único que se levantó contra la cruel costumbre de los jueces, que mandaban azotar a los reos para que confesasen: «Ni la ley divina —dice— ni la ley humana consienten eso: porque las confesiones no deben ser forzadas, sino espontáneas» (3).

Del mismo modo que resulta excepcional, en el contexto de las naciones del siglo XVI, las posturas de Fray Bartolomé de las Casas en su **Historia de las Indias** y Fray Antonio de Montesinos en sus **Sermones,** cuando defienden los derechos de los infieles de América a la libertad religiosa; lo mismo que doctrinalmente habían propugnado los dominicos Vitoria y Domingo de Soto, y los jesuitas Molina y Suárez. Según ellos, entre creyentes cristianos e infieles no debía existir socialmente «ninguna diferencia, y avisaban que quien practicase con ellos la crueldad y la tiranía, estaba en pecado mortal». Postura de estos frailes españoles en consonancia con la Bula del Papa Pablo III que pocos años después —en 1537— determina que estos «indios y todos los demás pueblos... no estén privados de su libertad, aunque estén fuera de la fe» (3).

UNA INQUISICION A DESTIEMPO

En Europa se implantó en el año 1231 la Inquisición. El Papa Gregorio IX la estableció en forma organizada, independiente del poder civil y universal en su desarrollo, obedeciendo a la definición que de ella daba un siglo después uno de sus dirigentes: «La Inquisición tiene por finalidad destruir la herejía; pero ésta no puede ser destruida si no son destruidos, a su vez, los herejes..., y sus encubridores y defensores» (4). Sus precedentes próximos fueron las **Cruzadas** contra los herejes albigenses, atizadas por los canonistas de en-





Una delegación española presenta ante la Santa Sede quejas de sus Soberanos y primeros inquisidores.

tonces, pidiendo —por ley de la Iglesia— la pena de muerte contra ellos, norma antigua penal, que figuraba en la colección de preceptos eclesiásticos medievales llamada **Decreto de Graciano.**

Lo curioso es que en España, en esa época medieval, no se introduce todavía la Inquisición, salvo en Aragón donde apenas tuvo eficacia. La tónica general del país era la tolerancia religiosa mantenida entre las tres religiones de nuestro pueblo: la cristiana, la musulmana y la judía.

En 1204 el Papa Inocencio III había comenzado ya la búsqueda de herejes en Europa, comisionando a eclesiásticos para que «inquiriesen y averiguasen las personas que propagaban ideas religiosas desviadas del catolicismo oficial propugnado por Roma». Pero en Castilla y en León apenas fue conocida la acción de esta Institución. Por eso cuando los tribunales de la fe, y esta organización inquisitorial activa, «llevaban doscientos años de vida, apenas eran conocidos en Castilla y León» (5).

En la Edad Moderna da un viraje de 180º nuestro país, y la actitud medieval tolerante se pierde oficialmente. Hasta el siglo XIV las cosas —como he dicho— habían ocurrido en España de muy distinta manera que en Europa. Reyes y Obispos fueron en nuestro país en general tolerantes; y llegaron a castigar a los clérigos que incitaban al pueblo contra los judíos. El arcediano de Ecija, a finales de este siglo XIV, incitaba a la «gente de los menudos» —al pueblo llano— contra edificios y personas de los judíos; pero su arzobispo le excomulgó públicamente por su intolerante actitud, llegando a declararlo «contumaz, rebelde y sospechoso de herejía». El tesón de crear un «modus vivendi», como habían hecho los tolerantes gobernantes españoles hasta entonces, fracasa rotundamente en el siglo XVI en la Península. Y este fracaso tiene su expresión más aguda en la nueva visión de la unidad española —usando de la religión como elemento unificador— que mantienen Doña Isabel y Don Fernando, llamados desde entonces Reyes Católicos, a diferencia del nombre ecuménico y tolerante que habían llevado antes de «Reyes de las 3 religiones», o de «Emperador de las 3 religiones», como se autotituló Fernando III el Santo.

«Al entrar Don Fernando en Castilla pensó en servirse de la Inquisición —que ya conocía— para restablecer el orden. Isabel resistió, permitiendo sólo un ensayo con métodos suaves durante dos años. Pero ante las presiones de su esposo, hombre duro, la reina católica terminó cediendo, En 1478 Sixto IV concedía la Bula de establecimiento de la Inquisición, pasando de hecho las atribuciones episcopales en esta materia —que había hasta entonces— a manos de la corona» (7).

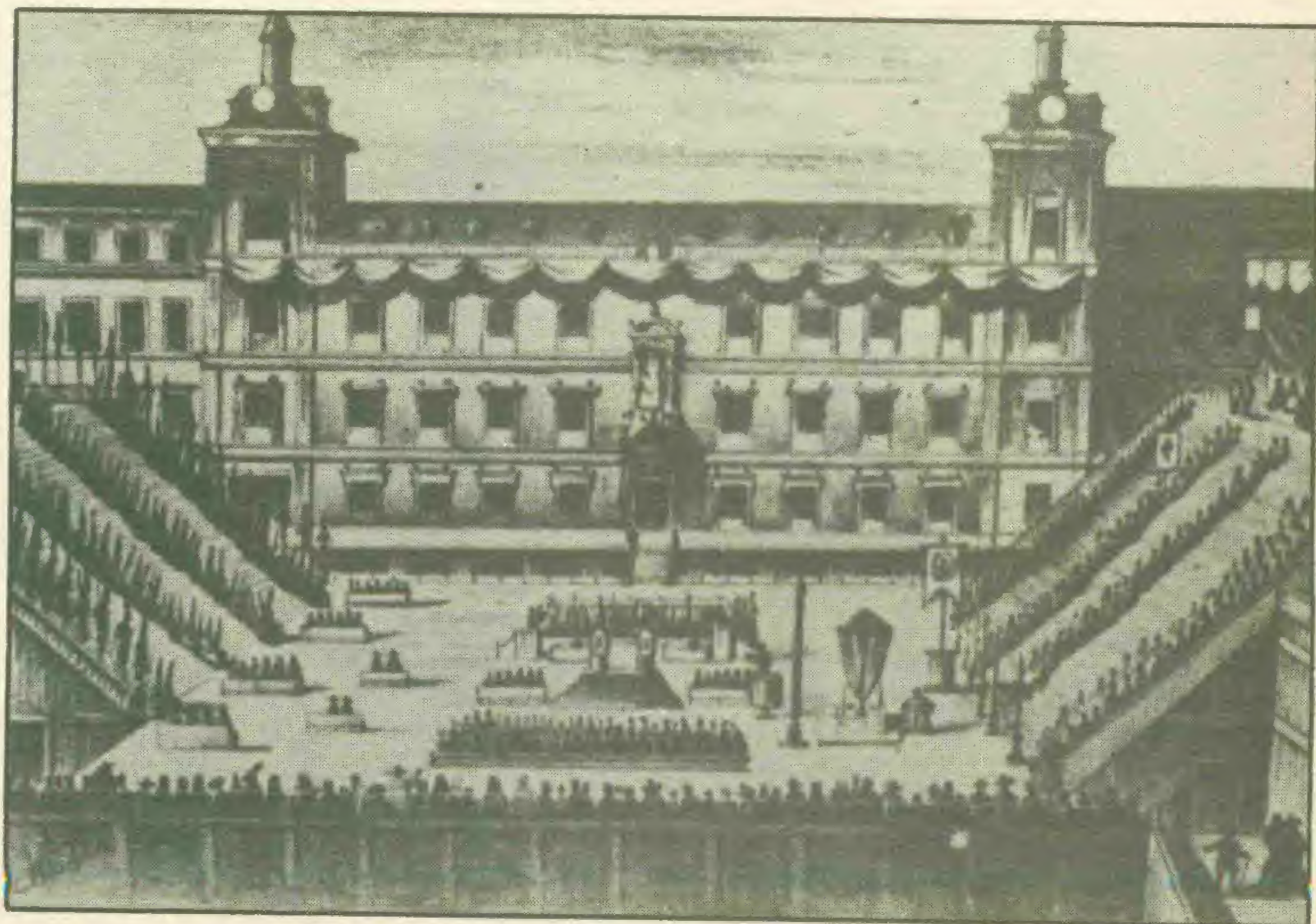
Curiosamente nos habíamos adelantado varios siglos a los tiempos estableciendo la tolerancia que reinó durante nuestra Edad Media; pero nuestra Edad Moderna es la que inaugura el comienzo de nuestro atraso, incluso dando un salto atrás con la implantación de la Inquisi-

ción en el país, cuando sin embargo desaparece por entonces en Europa. Hoy parece que todos los historiadores concuerdan en decir que «la institución de la Inquisición nacional espanola» es posterior a la europea; y añaden que surgio por razones distintas de las religiosas en el siglo XV, cuando había desaparecido ya del resto de Europa... Su origen histórico, es pues, más bien una razón política que religiosa, aunque su nombre sea el de **«Tribunal de la fe o Santo Oficio».** Otro testimonio de gran valor de uno de nuestros historiadores concuerda con este mismo juicio: «Además de por los motivos religiosos, nació con una finalidad de carácter político... Para salvar la unidad religiosa y social, los Reyes Católicos establecieron el tribunal de la Inquisición», (8). El Papa Sixto IV, a pesar de que quiso conservar la Inquisición española bajo su control, terminó por ceder al deseo de los Reyes. Este Papa fue débil y cedió a la hábil diplomacia del rey Fernando, permitiendo el establecimiento de una Inquisición «sui generis», que «funcionaba como una jurisdicción del Estado en materia religiosa; y el poder real nombraba directa o indirectamente, y retribuía a los jueces o inquisidores», (9).

Motivos sociales y políticos, no directamente religiosos, aunque se disfrazaron bajo el manto del cristianismo, fueron los causantes de esta decisión de los Reyes Católicos. Y lo hicieron cuando en Europa terminaba su establecimiento y los Papas la empezaban a considerar como anacrónica.

La Inquisición española, al principio, más que a los herejes se opuso a los «cristianos nuevos», que eran más suspectos que aquéllos y que los propios judíos y los auténticos musulmanes. El problema de los moriscos —o moros bautizados— fue sobre todo político; y el de los judíos conversos al catolicismo fue un problema social. Esta incidencia demuestra que la Inquisición se estableció con miras políticas y sociales más que religiosas, para intentar resolver en forma drástica los problemas civiles planteados por moriscos y judíos conversos, aunque estuvieran envueltos bajo la capa de religión.

Sin embargo, no se crea que la Inquisición contra moriscos y conversos se estableció en el siglo XV y XVI de espaldas al sentir del pueblo. No estaban llevados los go-



Auto general de fe.

bernantes solamente por estos motivos sociales y políticos sin que existiera vinculación popular: «Fue una institución que nació de una situación socio-religiosa particular, impelida e inspirada por una decidida ideología cristiana vieja, y controlada por hombres cuyos puntos de vista reflejaban la mentalidad de una gran masa de españoles», (10).

LA OPOSICION A LA INQUISICION

¿Quiénes se opusieron a ella en España?
Sobre todo hubieran preferido otra actitud algunos grandes personajes religiosos y políticos que, desde el punto de vista intelectual o evangélico, no eran partidarios de sus métodos violentos e inhumanos, ni tampoco de la idea de base que suponía invadir el campo de la intimidad de la conciencia, y establecer socialmente una falta total de libertad exterior para expresar los hombres sus profundas convicciones.

Entre ellos se manifestaron más o menos decididamente algunos grandes eclesiásticos, como el obispo de Granada Fray Hernando de Talavera, quien decía que los cristianos debían aprender en aquella ciudad del ejemplo de buenas costumbres de los moros. Y lo que había que hacer era convencer a éstos de la verdad de la creencia de Jesucristo, en vez de perseguirlos cruentamente como se hizo. Y como él hablaron otros españoles prominentes, que estaban contra la expulsión de moriscos y judíos y, por supuesto, contra la pena capital aplicada a estos casos. Así lo atestigua el historiador de aquella época padre Juan de Mariana, S.J. y el inquisidor siciliano Luis del Páramo, ambos contrarios a la expulsión de judíos y moriscos.

De parecido modo se manifestó claramente el famoso historiador de la orden jerónima —la orden típicamente española— fray José de Sigüenza. Contaba el padre Sigüenza que fray Hernando de Talavera, confesor de Isabel la Católica, fue de origen converso y, en su serena postura, no consentía jamás que se hicieran distinciones entre cristianos viejos y cristianos nuevos, impidiendo «que alguno les hiciese mal de palabra o de obra, y que no fuesen cargados con nuevas disposiciones o tributos». Por eso, alabando esta actitud tolerante, dice el monje jerónimo: «Si hubiera muchos prelados que caminaron por este camino, ni en España hubiera tantas almas perdidas en la secta de Moisés y Mahoma, ni en las naciones extranjeras tantos herejes», (11). Esta última

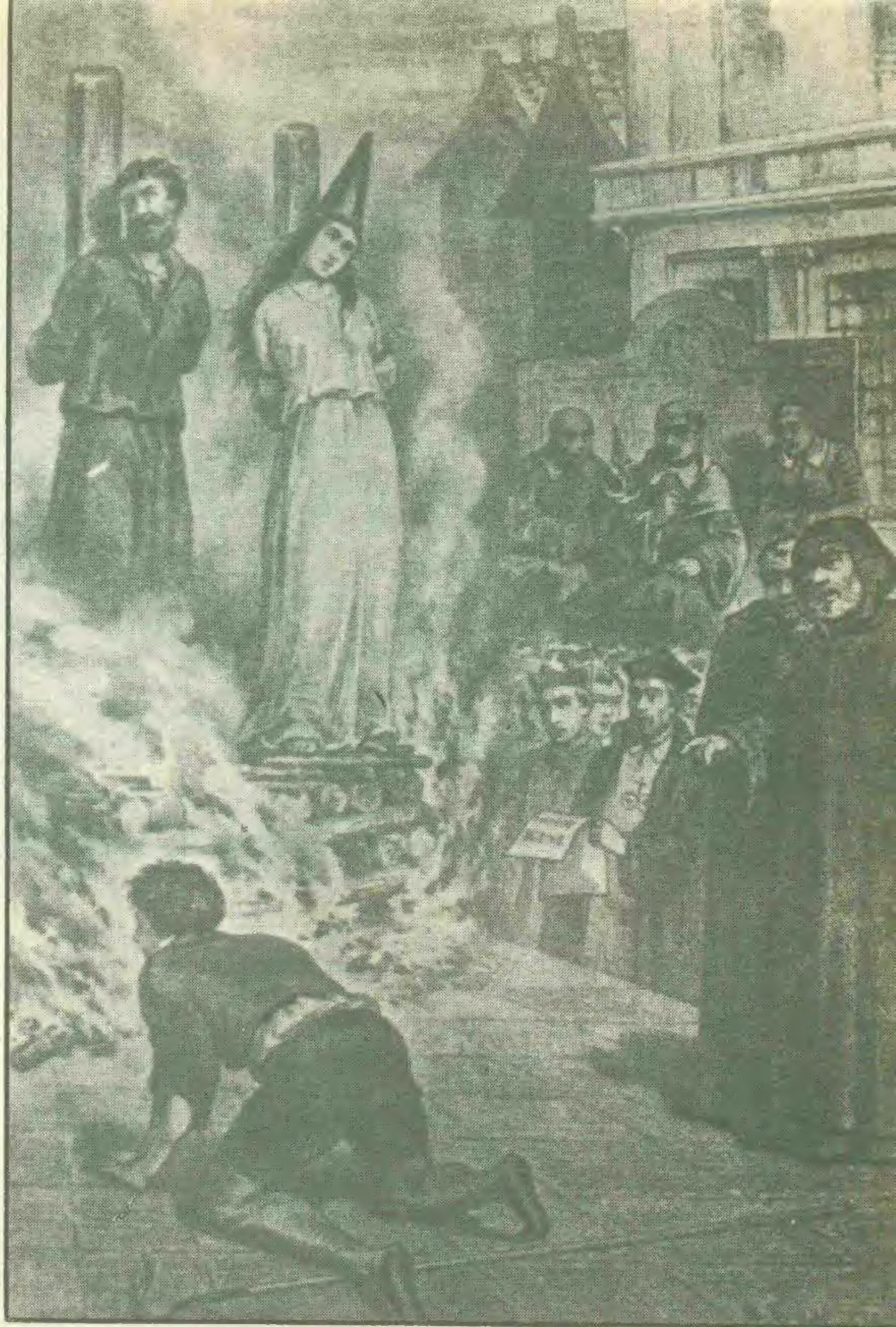


Autillo de fe.

observación nos recuerda que en España apenas había cristianos seguidores de la «herejía» luterana o calvinista, y por eso el problema inquisitorial se centró al principio en judíos y moriscos.

La orden jerónima fue, contra la postura intolerante de dominicos y franciscanos españoles, defensora de una pacífica y tolerante postura, destacando entre todos el general de esta orden, fray Alonso de Oropesa que quería se cumpliera en España la Bula del Papa Nicolás V, quien en 1499 había prohibido que se hiciera ninguna distinción social ni política entre cristianos viejos y cristianos nuevos, castigando el citado Papa a quién no cumpliera esto, con la pena de la excomunión. Pero en la política española todas estas exhortaciones resultaron papel mojado, a pesar de las voces individuales que quisieron que se cumpliera lo determinado por Nicolás V, como propugnó el gran cardenal de España Pedro González de Mendoza y el duque del Infantado, junto con algunos otros grandes señores de aquel tiempo.

La postura de tolerancia de los jerónimos era coherente con el cristianismo abierto y espiritual que ellos defendían, como recuerda Américo Castro: «Un cristianismo universal, espiritual, interior», (12). Y, por eso, fueron precursores de los tolerantes erasmistas, que tantos prosélitos hicieron en nuestro pais pocos años después. Los Papas, desde el final del siglo XV, siguieron intentando suavizar las crecientes posturas intolerantes de los gobernantes españoles y del pueblo español, pero el resultado fue casi nulo.



Auto de fe.

PERSECUCIONES INFRUCTUOSAS

En el siglo XVI la Inquisición amplió su campo de acción citado emprendiendo su lucha contra los protestantes, que comenzaban a desarrollarse en varias ciudades españolas. Sin embargo, hubo momentos de vacilación intelectual, porque muchos de nuestros autores espirituales más ortodoxos se habían inspirado en algunas doctrinas próximas a las de los protestantes. Como le ocurrió a Juan de Valdés, que ha sido considerado falsamente como protestante cuando, sin embargo, murió y vivió como católico, a pesar de que era cierto que mantuvo un criterio muy independiente y crítico en materia religiosa. Fue, eso sí, erasmista y como muchos de los seguidores de Erasmo mantenía la tesis de la «justificación por la fe», pero por fe el sentido bíblico, que entraña una entrega personal a Jesús. En su teoría del «beneficio de Cristo», se inspiraron San



Publicación de un Auto de fe.

Juan de Avila (en la primera redacción que hizo de su libro **Audi Filia**), y Fray Luis de Granada (en su **Compendio de Doctrina Cristiana** escrito en 1559). Un fraile homónimo de San Juan de la Cruz, publicó una famosa obra que se titula **Treinta y dos sermones,** manteniendo esta misma actitud intelectual-religiosa; e incluso el severo dominico Melchor Cano adoptó posturas espirituales análogas en su **Tratado de la victoria de sí mismo**, antes de caer al final de su vida en sus excesivas rigideces ortodoxas, (13). El famoso Brocense fue perseguido por la Inquisición, pero en realidad sus críticas duras a los teólogos de su tiempo fueron las que produjeron en ellos tal resentimiento, y se valieron de estas críticas realistas y valientes para atacarle como hereje.

Antonio de Nebrija fue también perseguido por los teólogos en aquella época, pero con mejor suerte que el Brocense, porque no consiguieron la ayuda de la Inquisición, ya que los inquisidores generales, Deza y Cisneros, le protegieron. Algo análogo le ocurrió a Arias Montano quien, a pesar de las denuncias que llovieron sobre él, fue favorablemente calificado por la Inquisición.

INQUISICION Y CENSURA

El discutido jesuita padre Mariana, a pesar de lo que se ha solido decir, no fue perseguido por la Inquisición. Al contrario, la Inquisición tuvo gran confianza en él, y por eso le encargó la redacción del **«Indice Español de Libros Prohibidos»**, que sustituyó al romano que era mucho más severo. Peor suerte tuvo el agustino Fray Luis de León, quien durante años fue víctima de la incomprensión y dureza de los inquisidores, por venganza entre las dos órdenes religiosas opuestas de los dominicos y agustinos. San Ignacio de Loyola fue perseguido también por los tribunales eclesiásticos diocesanos, pero no propiamente por la Inquisición. Y a San Juan de Avila le incluyeron en el **«Indice de Libros Prohibidos»** la primera versión que habían publicado sus discípulos del libro **Audi Filia;** pero la redacción personal que después hizo pasó adelante sin más censura. A Fray Luis de Granada le hicieron corregir sólo algunas palabras de su **Tratado de Oración.** Y respecto a San Francisco de Borja se aclaró que la condenación de un libro colectivo dónde se publicaban dos pequeñas obras suyas, éstas quedaban exentas de censura. A Santa Teresa de Jesús, a pesar de la ironía con que solía hablar de los inquisidores, éstos le aprobaron la publicación de su **Autobiografía.** Y el más profundo y radical teólogo de la mística católica, San Juan de la

Cruz, tan inconformista contra supercherías populares y revelaciones, pudo publicar sus libros sin inconveniente alguno.

La Inquisición intelectualmente en el siglo XVI fue más tolerante de lo que fue su actitud pastoral práctica.

DATOS VERIDICOS

Nuestro **Indice de Libros Prohibidos** resultó más abierto y tolerante intelectualmente que el publicado por Roma. Esto, por supuesto, no justifica la existencia de este **Indice,** que supone una concepción anti-intelectual que no se puede justificar hoy, ni desde el punto de vista humano ni desde del cristiano. Sin embargo hemos de conocer con datos comparativos hasta dónde llegó la real negatividad de este **Indice,** en comparación con Roma.

Todos los libros discutidos por su ortodoxia, que eran de autores católicos anteriores al siglo XVI, estaban permitidos en España, lo mismo que los libros de filosofía cristiana dudosa, o de la árabe y judía anteriores a esa época. Muchos libros que, a partir del siglo XVI cayeron bajo la condenación romana, estaban entre nosotros permitidos, como los de Pomponazzi, Marsilio Ficino, Tomás Campanella, Giordano Bruno, Galileo, Descartes, Tomás Hobbes y Spinoza.

En la Universidad de Salamanca se defendió hasta 1594 el sistema heliocéntrico de Copérnico sin ningún inconveniente; y Diego de Zúñiga lo propugnaba todavía públicamente en sus clases diez años después. Incluso cuando la persecución romana de Galileo pensó retirarse éste a España, dónde tenían mucho predicamento sus teorías, combatidas sólo por aquellos teólogos aristotélicos que copaban el Santo Oficio en Roma, (16) ó incluso, por los luteranos alemanes, pero no por los pensadores españoles.

El proceso de decadencia intelectual que experimentó nuestro país se difunde con la actuación cada vez más intolerante de Felipe II, un hombre que algunos consideran con poca personalidad el cual, por neurótica reacción psicológica de defensa, tiene que hacerse el duro, según ellos y según interpreta sobre todo el Dr. Marañón. Poco a poco empiezan con él las bases de nuestra incuria intelectual y de nuestro inconformismo que, paso a paso, se convierten en nuestros males nacionales, en contra de lo que había ocurrido hasta entonces. Kamen, el gran investigador de esta institución en España, dice: «A partir de mediados del siglo XVII el número de matrículas en la Universidad de Salamanca y Alcalá alcanzó su punto más bajo, y las hojas de solicitud para Medicina y Matemáticas no contienen una sola entrada. Esta decadencia es mucho más notable puesto que ningún libro importante figura en el **Indice**», (10). Las causas de esta decadencia son complejas evidentemente, pero entre ellas también influye la Inquisición, y sobre todo la creciente postura intolerante de nuestros obispos y



Ejecución en la hoguera.

personajes católicos oficiales, de la cual es una muestra el duro funcionamiento de nuestros tribunales inquisitoriales.

Aragón había sido la única región de la Península Ibérica que adoptó el sistema inquisitorial de Europa durante la Edad Media y, sin embargo, se opuso a ella en la Edad Moderna con todas sus fuerzas, valiéndose de la ayuda que le prestaron los Papas porque veían con malos ojos la Inquisición político-religiosa tan querida por los reyes Fernando e Isabel (14).

Cada vez conocemos mejor los datos reales acerca de esta negativa institución político-religiosa, datos que —por otro lado— son menos fantásticos que los suministrados por el antiguo secretario de la Inquisición, el sacerdote Llorente en el siglo pasado y que elevaba a 30.000 las víctimas mortales en 4 siglos; pero —a pesar de todo— hay que reconocer que fueron estos datos realmente negativos —sea cual sea su número— los que hacen criticable la actuación de la Inquisición castellana. El hecho cualitativo es lo mismo de negativo, aunque cuantitativamente los datos que hoy poseemos resulten mucho menores que los aportados por ese antiguo secretario general del Santo Oficio. Llorente suministró un documento de excepcional interés, para sensibilizar a las personas cultas contra los procedimientos y criterios antievangélicos de la Inquisición; aunque —eso sí— su imaginación se desbordó, y aportó conclusiones numéricas precipitadas, sin suficiente fundamento en cuanto a la valoración de su cuantía. Después de muchos cálculos, de análisis concretos, y de reflexiones desapasionadas sobre datos fehacientes, Kamen encuentra que en toda España hasta el momento álgido inquisitorial en el año 1490, sólo hubo 2.000 personas quemadas por la Inquisición; y desde éste, que fue el período más duro, se suman después —según datos concretos— sólo otras 2.518 víctimas mortales más. Otros, como el padre Bernardino Llorca S. J., dicen que de acuerdo con los cálculos por él efectuados, las víctimas mortales están entre 10.000 y 15.000; según se deduce de la lectura que hizo este jesuita de muchos procesos de diversos tribunales inquisitoriales y los cálculos probables que, a partir de ellos, ha efectuado este investigador de nuestra historia. Incluso, si se hubiera leído cuidadosamente a Llorente, se vería cómo algunas de sus cifras son confusas, porque engloba en ellas cosas tan distintas como son el número de los quemados y el de los que fueron sentenciados con penas graves, sin llegar a castigarles con la muerte, (14).

Para poner en su sitio y en el contexto de la época, estas víctimas de la Inquisición recordemos que un historiador protestante bien conocido, Hollinsed, relata lo que Harrison (también protestante) dice en su **«Crónica de Inglaterra, Escocia e Irlanda»**, escrita en 1578: «El número de católicos muertos en Inglaterra por Enrique VIII fue de 72.000 personas», cifra mucho mayor incluso que la de Llorente para las víctimas de la Inquisición en nuestro país.

Y el protestante Sir Willian Cobbett publicó en 1826 su «Historia de la Reforma Protestante en Inglaterra e Irlanda», en la que dice textualmente: «La Inquisición española, que aún suponiendo que haya cometido crueldades, lo cual es no poco suponer, nunca puede haber cometido tantas, desde su establecimiento hasta el día —3 siglos—, como en un solo año de los 45 de su reinado cometió esta Reina feroz, apóstata y por último protestante». Y refiriéndose al protestante Cromwell afirma Cobbett también: «Fue **cruelísimo con los irlandeses,** y los mandó matar sin compasión;... La venta que de ellos hizo en las Indias occidentales como esclavos llegó hasta el número de 20.000».

EL FINAL DE LA INQUISICION

En el siglo XVII empieza a decaer la actuación y la eficacia del Santo Oficio. Y este declinar se agudiza sobre todo en el siglo XVIII. Ministros de nuestros gobiernos de entonces, como Godoy y Jovellanos, proyectan su abolición y dan publicidad a sus proyectos, aunque no los llevan o no los pueden llevar a cabo. En el comienzo del siglo XIX es cuando las cosas están por fin propicias para su supresión. La Comisión de las Cortes de Cádiz, que vela por el cumplimiento de la **Constitución** promulgada en 1812, publica un dictamen contra los tribunales de la Inquisición afirmando la inconstitucionalidad de los mismos, y pidiendo su completa abolición. De hecho desde 1808 no funcionaban ya estos tribunales por carecer de un Inquisidor General que los promoviera, orientara y coordinara. Las Cortes discuten en 1813 el asunto, y



Los garrotes.

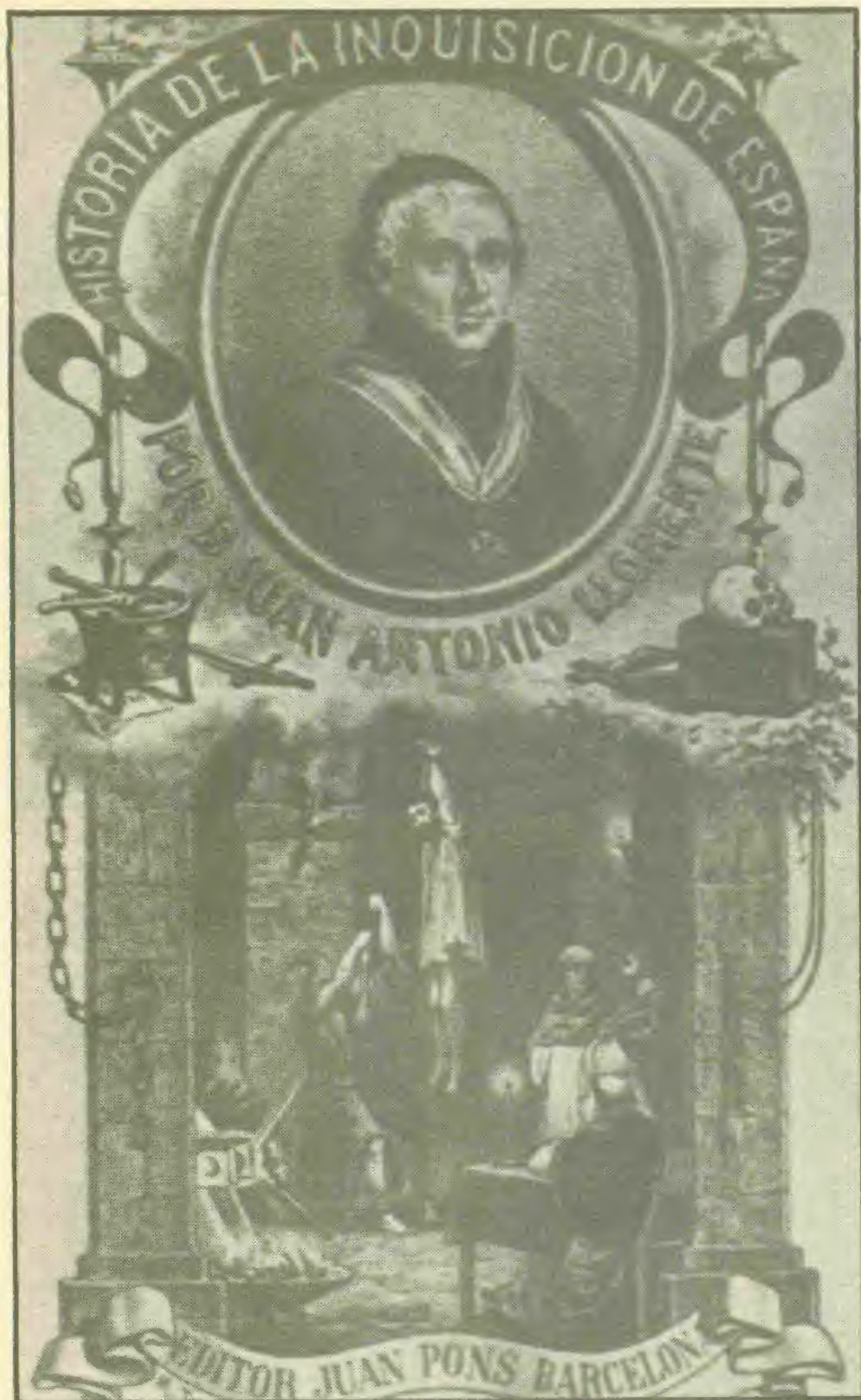
un significado clérigo, el arcediano de Benasque, se opone a ella por razones evangélicas. Su tesis es que «sólo el Soberano Juez puede saber cómo han de ser castigados (los herejes) por sus errores, y nadie puede aprobar que los ministros de Dios sean los que pongan penas, y mucho menos autoricen con su presencia ejecuciones sangrientas». Otro diputado señala que «la misión de los Apóstoles, que han heredado los obispos, no era castigar; su encargo principal es apacentar, no el de matar; el de predicar y convencer, y no encarcelar ni exigir confesiones por apremios corporales», (15).

Por eso Fernando VI firmó oficialmente el 9 de marzo de 1820 el Decreto de suspensión de la Inquisición, publicado al día siguiente en la **Gaceta Oficial.**

Poco después el arzobispo de Toledo, primado de España, escribe una pastoral dando cuenta de su supresión, diciendo que ya no debe existir tal tribunal «como no existe en otros países católicos, ni existió antes en España». Sin embargo la mayoría de nuestros obispos no querían que se aboliese la Inquisición; y tuvo que intervenir al fin Roma, diciendo el Papa Pío VII a estos obispos, que «no hay lugar a lamentarse de la no existencia de la Inquisición en España». El nuncio fustigó a estos obispos, echándoles en cara que ya era hora de que salieran de «su letargo», viviendo como habían vivido hasta entonces tan tranquilos sin oposición alguna.

Los recalcitrantes, sin embargo, formaron **«Juntas de Fe»** en algunas diócesis, que rememoraban a la antigua Inquisición por sus procedimientos, aunque ya no se producía por parte civil ningún castigo como resultado de la condena verbal efectuada por estas Juntas. El rey empezó nuevamente a vacilar; pero el ministerio presidido por D. Cea Bermúdez en 1825 se mostró contrario al restablecimiento del Tribunal de la Inquisición. El gobierno de Martínez de la Rosa, poco después de fallecido el Rey, publicó el 15 de julio de 1834 un nuevo decreto confirmando su supresión definitiva, y determinando el nuevo destino que se había de dar a los bienes, rentas y pagas de este tribunal, extinguido oficialmente hacía catorce años. El 1 de julio de 1835 se promulgó otro decreto prohibiendo en todo el territorio de la Monarquía las **Juntas de Fe**, con sus procedimientos secretos y de delación y por el trato inhumano infligido en algunas provincias a los detenidos por estos tribunales eclesiástico-civiles.

La Inquisición ha sido así —vista desde la perspectiva actual— un gran mal para nuestra religión y para nuestra nación, independientemente de que los datos numéricos de sus excesos sean mucho menores de lo que se pensaba hace unos años. La



Portada de la edición de 1870 de la obra de Juan Antonio Llorente «Historia Crítica de la Inquisición en España».

Inquisición es verdad que obró como muchos tribunales de su época; pero la Iglesia no debió haberse dejado llevar por las duras costumbres de la época, sino por las más suaves enseñadas en el Evangelio. Resulta por ello inaceptable —por ejemplo— que todo un Santo, como San Raimundo de Peñafort, fuese el primero en redactar para todo Aragón un código para Inquisidores en el año 1235, aunque luego tuviese poca efectividad en su aplicación. Tampoco es razón suficiente para exonerarla de culpas afirmar como Kamen, que «la matanza de San Bartolomé en Francia, o cualesquiera otras atrocidades religiosas cometidas en los Países Bajos o Alemania eliminó a más personas en una noche que las que la Inquisición española ejecutó en toda su historia». Ni podemos aceptar, como justificación de un tribunal de la fe, que «el número inmenso de brujas que fueron condenadas a muerte por tribunales alemanes durante el siglo XVI duplica sin duda el de todas las víctimas de todo el tiempo de existencia de la Inquisición española».

De este modo puramente objetivo se llega a la conclusión de que hubo sólo unas 10.000 a 15.000 condenas a muerte por la Inquisición —como antes se ha dicho— en los 4 siglos de su actuación en la Península a partir de su implantación en Castilla; y en América Latina, durante 3 siglos, solamente se cuentan poco más de 100 víctimas mortales, según asegura Salvador de Madariaga. Y además en aquellas colonias españolas circulaban libremente libros perseguidos por la Inquisición en la propia Península, ya que la apertura en América era mucho mayor que entre nosotros. Carlos Pereira dice que «todo llegaba, y todo se leía sin peligro».

Pero como dice Simone de Beauvoir, no está todo en el número, aunque sea importante la cantidad, porque: «Si un solo hombre puede ser considerado como un desecho, cien mil hombres serán entonces en conjunto un basurero», (17). Lo grave está en el desprecio a la libertad, aunque sea con un solo ser humano. El número de despreciados sólo se adicionan cuantitativamente unos a otros, pero el mal cualitativamente es el mismo con uno que con diez mil.

A la Inquisición española habría por eso que aplicarle aquellos bellos y realistas versos de Camilo José de Cela: «Declaro que no creo en vuestra justicia, ni en vuestra injusticia», (18). Ciertamente no fue más severa que

lo que entonces se usaba ; y, sin embargo, se olvidó de la tolerancia que pregona el Evangelio para con todo ser humano.

BIBLIOGRAFIA

(1) «Lettres de St. François de Sales», XII, 305, Ed. Annecy. (2) G. Deromieu, «L'Inquisition», Ed. P. U. F. París. (3) U.N.E.S.C.O., «El derecho de ser hombre», Ed. Sígueme, Salamanca. (4) F. Haywart, «¿Qué decir de la Inquisición?», Ed. Paulinas. (5) J. Pérez Vilariño, «Inquisición y Constitución en España», Ed. Zero, Madrid. (6) E. Colomer S. J., «Revista Unitas», enero 1965. H. Tarrasa. «Islam d'Espagne». Américo Castro, «La realidad histórica de España». (7) J. Amador de los Ríos, «Historia de los Judíos». (8) Pérez Bustamante, «Compendio de Historia de España». A. S. Tuberville, «La Inquisición española», México. (9) «Diccionario de Historia de España», Ed. Revista de Occidente, Madrid. (10) H. Kamen, «La Inquisición Española», Madrid. K. S. Latourette, «Historia del cristianismo». (11) Fr. José de Sigüenza, «Historia de la Orden Jerónima». (12) Américo Castro, «Aspectos del vivir Hispano», Chile. (13) P. Sáinz Rodríguez, «Espiritualidad española», Madrid, Tomo LXV, Biblioteca Autores Cristianos (Melchor Cano O. P.), Madrid. (14) Samuel Vila (pastor protestante), «Historia de la Inquisición y la Reforma en España», 1977. B. Llorca, S. J., «La Inquisición Española», Ed. Labor; y B. Llorca, S. J., «La Historia de la Iglesia», Ed. B. A. C., A. S. Tuberville O. C. (15) Luis Alonso Tejada, «Ocaso de la Inquisición», Ed. Zero, Madrid. (16) C. Sánchez Albornoz, «España un enigma histórico». J. Balmes, «El protestantismo comparado con el catolicismo», Barcelona. Menéndez Pelayo, «Historia de los Heterodoxos Españoles», Ed. B. A. C. Madrid. (17) Simone de Beauvoir, «Les Bouches Unutiles», París. (18) M. Mantero, «Los derechos del hombre en la poesía hispánica contemporánea», Ed. Gredos, Madrid.

■ **E. M. M.**

NOTA DE EDITORIAL
(La documentación gráfica que complementa este trabajo nos ha sido cedida por Editorial Hiperión).

Se hallará tambien en las librerias de

Paris. { Bossange frères, rue de Seine, n° 12. Bossange, père et fils, rue de Richelieu, n° 60.

Londres. — Martin Bossange et C°., 14 Great-Marlborough-Street.

HISTORIA CRITICA

DE LA INQUISICION

DE ESPAÑA.

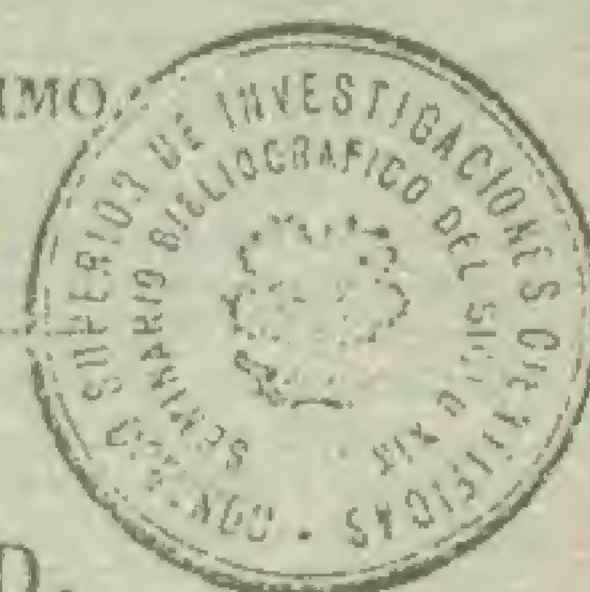
Obra original conforme á lo que resulta de los Archivos del Consejo de la Suprema, y de los tribunales de provincias.

SU AUTOR

DON JUAN ANTONIO LLORENTE,

Antiguo secretario de la Inquisicion de Corte, académico y socio de muchas Academias y Sociedades literarias nacionales y estrangeras.

TOMO SEPTIMO.



MADRID,

EN LA IMPRENTA DEL CENSOR.

1822.

Facsímil de la Portada de la «Historia Crítica de la Inquisición en España» de Juan Antonio Llorente. (Edición de 1822).

LUIS BUÑUEL, DIRECTOR ESPAÑOL DE "CINE"



Stela-Inda y uno de los pequeños personajes de "Los olvidados", en una escena del "film" de ese título, que al realizador español Luis Buñuel le ha valido la doble distinción del Jurado oficial y la crítica, para el "mejor director", en el reciente festival cinematográfico internacional, celebrado en Cannes.

1929. Madrid. Una mañana en un cinematógrafo de la calle de Génova. Presentación, en el primer cineclub, de la película "El perro andaluz", dirigida y producida, a sus expensas, por Luis Buñuel. La maciza figura del joven realizador—unos treinta años—, en la pantalla, como actor. En la mano tiene una navaja barbera. Se recrea acariciando el filo. De pronto, sin transición apenas, un ojo inmenso se fija en el público, tomado en gran plano. Es como si la pupila pretendiera apoderarse de la sala entera. Se produce un efecto obsesionante en los que contemplan. Entonces la navaja entra en juego nuevamente, y de un tajo deja la órbita vacía. La impresión de los espectadores es tremenda —¡no es para menos la cosa!—. Algunas señoras se desmayan; casi todas gritan; mientras, los varones, en su mayoría, denuestan. Surgen discusiones y se hacen violentas. Amagos de riñas más serias. En tanto, la proyección continúa, como si con ella no fuese nada.

Aquélla era la inicial expresión plástica superrealista, visible, que hería en un sector, que poseía, hasta el instante, ideas vagas de un movimiento poéticopictórico casi recién amanecido en París, y que pretendía salir agresivamente al exterior, desde el área reducida donde había sido alumbrado. En aquel movimiento formaban dos españoles, Salvador Dalí y Luis Buñuel: el pintor y el cineasta. Ambos habían escrito, en colaboración estrecha, el guión de la cinta que a partir de su mismo arranque provocaba tan violenta revulsión.

En "El perro andaluz" se planteaba la constante, arrolladora, intromisión de los sueños, incomprensibles e inquietantes, como casi siempre son, en las imágenes reales: las manifestaciones de una poesía intraducible, y a menudo áspera, en el mundo del "cine".

Por aquellos días los datos biográficos de Luis Buñuel dejarían, una vez apuntados, espacio de sobra en una de esas pequeñas cartulinas azules, blancas o sonrosadas, que emplean los eruditos para sus fichas. Nacido en Calanda, provincia de Teruel, de familia bien acomodada, había estudiado la primera enseñanza en Zaragoza. Luego, en la Corte, la carrera de Filosofía y Letras. Eran los momentos en que se hablaba mucho de poesía nueva, de nueva pintura, y Dalí paseaba por las calles, con orgullo, un atuendo extravagante, que hacía volver la cabeza. En la Escuela de Bellas Artes de San Fernando no había quien no afirmase que tenía talento, y quien no comentase sus rebeldías. Buñuel entró en contacto con los grupos que querían inventar otra vez la vida, con una ambición semejante, en cierto modo, a la de los románticos de antaño, quienes, según Juan Ramón Jiménez, eran sus antecesores más directos. Pero él pretendía ser director de "cine", y no poeta, ni pintor. Jean Epstein, Marcel L'Herbier, Abel Gance..., y un tal René Clair se le habían adelantado a sus propósitos en la ciudad del Sena, y del último ofrecían, con éxito, los pequeños cinematógrafos para minorías, las cintas "Paris qui dort" y "Entr'acte". El español emprendió el camino para reunirse con aquellos redescubridores del séptimo arte. Epstein le admitió de ayudante, y con él trabajó en "Mauprat" y en "El hundimiento de la casa Usher". En 1928, habían transcurrido cuatro años de aprendizaje, considerándose maduro, se declara independiente y lanza "El perro andaluz", que nosotros vimos doce meses más tarde.

Las películas de Luis Buñuel, que cuentan en la historia fílmica, son, con "El perro andaluz", "La edad de oro", en que la tentativa de fabricar imágenes reales con el sueño es idéntica a la de su primera salida; "Tierra sin pan", un documental de fuerza extraordinaria, aunque partidista por sobrecargado de pesimismo, donde sólo juega la realidad, sin que el realizador se permita la más fugaz escapada a la fantasía, y ahora, tras el largo paréntesis de 19·· a 1951, "Los olvidados", el "film" por el que el Jurado oficial del Festival Cinematográfico Internacional, que acaba de celebrarse en Cannes, le ha concedido el premio reservado para el mejor director, y el tribunal, formado por los críticos, una distinción especial en honor a su obra.

"Los olvidados", si nos atenemos a la mayor parte de las referencias, en la que se hallan también las más autorizadas, es un "film" sobrecogedor, donde el tema de la infancia y la adolescencia delincuentes se trata con exagerado—desesperado, ha escrito alguien—"verismo", por lo que acaso, y debido a la acumulación de hechos amargos brutales, pierda un tanto de "veracidad", pero que, como "cine", alcanza—son palabras de Jean Jacques Gautier, en "Le Figaro"—la categoría de obra maestra, y por ello, le ha valido a su director los dos galardones tan codiciados.

Durante ese paréntesis, que antes señalamos, que va de "Tierra sin pan" a "Los olvidados", período de bastantes años, Luis Buñuel tuvo a su cargo en Nueva York la producción de documentales del Museo de Arte Moderno de la urbe, desde donde pasó a Hollywood, como "producer" de la Warner Brothers, y después a Méjico, contratado para dirigir películas comerciales, con la ilusión de permitirse algún día realizar una a su gusto... Y esa ilusión, al habérsele cumplido con tan inequívoca fortuna, quizá desvele otra vez para su arte horizontes nuevos.

Miguel PEREZ FERRERO

(«ABC», 8-V-1951)

Colaboradores de INFORMACIONES

PICASSO, el gitano artista y mixtificador

Por **Pío BAROJA**

YO conocí a Picasso en 1901. Luego le vi en París tres o cuatro años más tarde, en el estudio de Durrio.

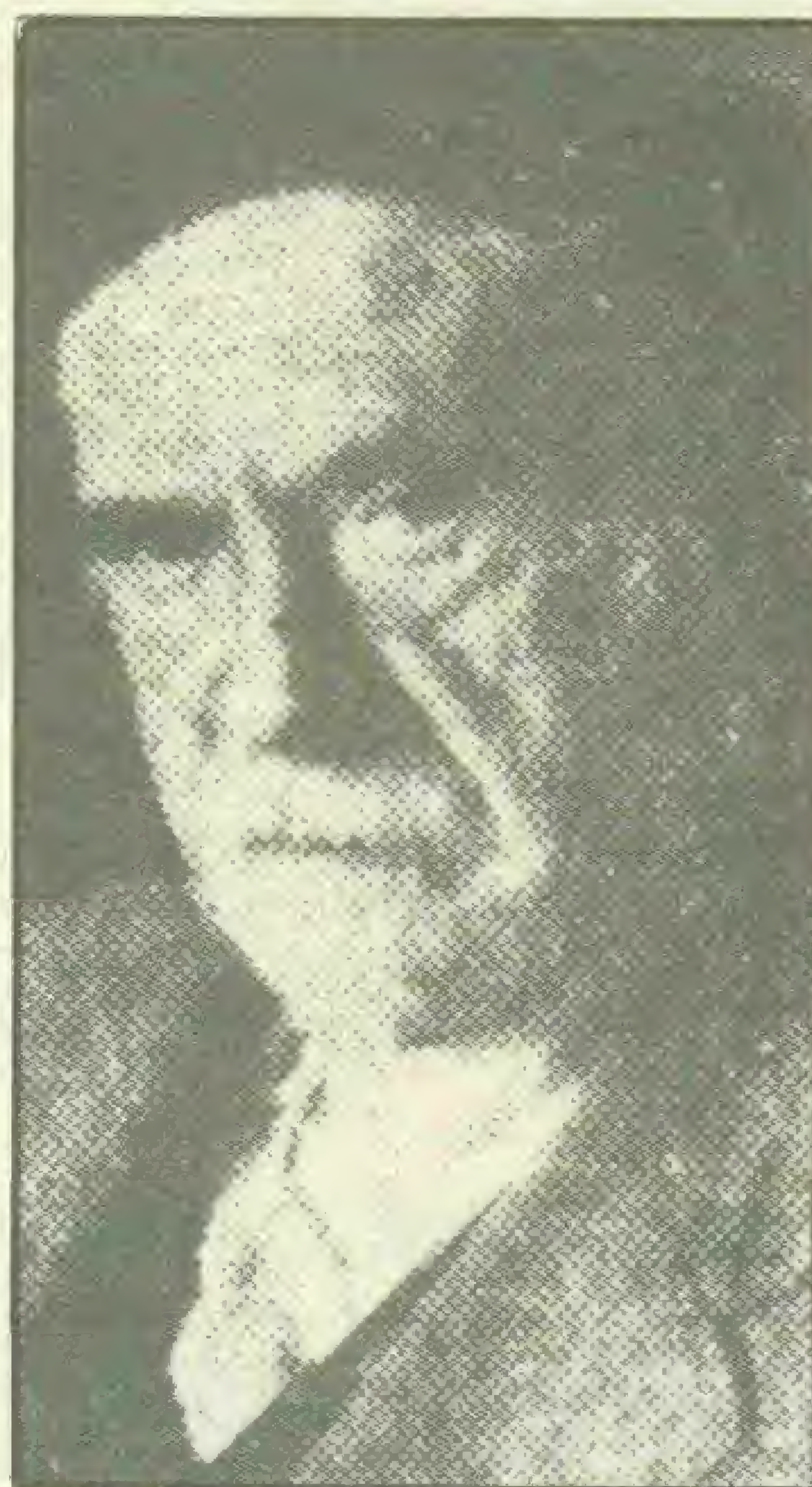
Me pareció un joven simpático, un poco turbulento, amigo de mixtificaciones y exageraciones.

Picasso ha nacido en Málaga; pero no creo que tenga tipo de andaluz. Yo supongo que tiene más de catalán, sobre todo espiritualmente. Sin embargo, he oído decir que Picasso no es apellido catalán. Cuando yo le conocí tendría unos veinte años.

Se veía que era un hombre de inteligencia. Probablemente quedará en la historia del tiempo como un tipo raro.

Pablo Picasso, cuando estuvo en Madrid, había tomado un estudio hacia la calle de Zurbano, y se dedicaba a pintar de memoria figuras de mujeres de aire parisiense, con la boca redonda y roja como una oblea. Picasso era tipo de mirada aguda, con una sonrisa irónica y burlona.

Andaba vestido como un pintor del Barrio Latino: chaqueta de terciopelo morado, sombrero ancho y melenas. Se metía por los rincones a dibujar escenas.



Decir, como dijo Picasso en una ocasión, que la pintura del Museo del Prado era lo que él más odiaba, es como decir que la gran pintura era para él una cosa muerta, y yo creo que en este sentido y desde su punto de vista podía tener alguna razón.

Después volví a ver a Picasso en París.

Picasso no aceptaba por entonces más pintor moderno que Cezanne.

Era un joven audaz, que tenía opiniones artísticas extremas y que le parecía la pintura antigua algo sin ningún interés.

De él o de un amigo suyo decían que durante algún tiempo se dedicó a hacer de mago, vestido de nigromántico, en un cuarto de su hotel, que en pleno verano lo ponía al rojo vivo encendiendo la estufa.

Picasso tenía de joven un aire atrevido y genial. En el poco tiempo que estuvo en Madrid, en su estudio aparecieron treinta o cuarenta cuadros, hechos casi todos de memoria, algunos muy bonitos.

Era, sin duda, hombre muy bien dotado, con posibilidades de hacer cosas extraordinarias. De los artistas que yo he conocido jóvenes, creo que era de los que

Barcelona, invadida por las ratas

BARCELONA, 19.—La Prensa denuncia el aumento amenazador de las ratas en la ciudad. Se subraya que no se trata de que abunden en los mercados y mataderos, sino que han invadido otros lugares y se las encuentra en las escaleras y patios de las casas del Ensanche, así como en los ascensores.—(Logos.)

(Agencia «Logos», 19-Vi-1951)

tenían más condiciones y más talento literario.

Yo supongo que el cubismo y los demás ismos de la postguerra del año 14 no tienen importancia. Todos fueron puras extravagancias. Entre sus cultivadores hubo gente de talante y de audacia, como Picasso, y otros pequeños mixtificadores, como Juan Gris.

Picasso es un hombre que ha intrigado al mundo entero durante mucho tiempo. Es un divo. Es posible que la suya haya sido la habilidad del hombre que sabe que sin disfraz no va a conseguir el éxito, y va tomando todas las máscaras que ha encontrado al paso. Su obra reunida no tiene carácter, principalmente porque no tiene continuidad. Es como aquel transformista, Frégoli, de hace cuarenta o cincuenta años, que tan pronto hacía de joven, de viejo, de mujer, de niño, y no se sabía cómo era. En el teatro, esto puede pasar por una habilidad estimable, pero en una obra que tiene que ser un poco hoy y para mañana, creo que no tiene sentido.

—¿Qué clase de hombre era este pintor? ¿Qué se proponía? ¿Cuál es el verdadero Picasso? —dirá el curioso del futuro.

Si alguien con el tiempo reúne las obras del célebre artista, los dibujos con cuadrados y triángulos, el arte negro, las figuras con unos pies informes y con un solo ojo, los perfiles académicos hechos con la preocupación de dibujar; el que vea todo esto junto se preguntará, como digo: ¿Cuál es el verdadero Picasso? A pesar de la independencia del pintor, muchas veces parecen sus obras hechas sólo para legitimarse. Es como si dijera: «No crean ustedes que yo no sé manejar los colores.» Bueno.

Quizá esto se pueda considerar como pedagogía teórica; pero no como algo realizado. Es muy posible que si Picasso hubiese sido más vulgar, menos inquieto, hubiera hecho algo más permanente. La obra de este pintor creo que es más paradójica que individual. Ha echado un pedrusco a la charca y ha producido remolinos extraños; pero no una obra sólida.

La mayoría de las extravagancias fabricadas por él, su malicia y talento fueron defendidos con entusiasmo por los críticos de arte. Los periódicos y revistas que se tenían por sensatos dispararon con fervor. Una de estas revistas fue «El Mercurio de Francia», que tomó en serio el cubismo, como después los supuestos hallazgos arqueológicos de Glozel.

Picasso debió de reírse de todo ello en su interior.

En una época, los «snobs» dijeron que Picasso había pasado de la pintura azul a la absoluta. ¡Qué fantasías!

¿Qué puede querer decir pintura absoluta? Yo creo que nada. ¿Que a un hombre se le puede ver al mismo tiempo la frente y la nuca, el pecho y la espalda, el vientre y el trasero? Esas son puras extravagancias. Se podría llamar quizá pintura absoluta a una pintura que se hiciera a base de los Rayos X, y se le viera a un hombre con el pulmón tuberculizado, con un cálculo en el hígado; pero llamarle así a la cubista, es un absurdo.

(«Informaciones», 4-V-1951)

SIGAMOS CON LOS PINTORES

Por **Pío BAROJA**

SALVADOR Dalí, de quien tanto se habla ahora, me parece también, como Picasso, un excéntrico musical: un divo.

Dalí está a veces muy bien, tiene una imaginación creadora, más literaria que Picasso, y muchos de sus cuadros, si no tuvieran un detalle extravagante, puesto de una manera deliberada para dar la impresión de superrealismo, estarían en un museo con tanto derecho como los que más; pero, seguramente, a Dalí le conviene poner este detalle arbitrario y chocante para que los partidarios suyos no tengan el menor motivo de acusarle de «pompier».

Contaba Corpus Barga que en París, durante la guerra del 14, se había acusado a una extranjera de andar metida en el espionaje alemán. Al parecer, la extranjera frecuentaba el estudio de un pintor. Un jefe de Policía fue a enterarse de la supuesta espía, y preguntó a los vecinos:

—¿Y no habrá ningún retrato de esa señora extranjera?

—Sí, hay uno —dijo un vecino.

Y llevó al inspector delante de un retrato cubista. El inspector y todos los presentes se echaron a reír.

Hay mucha tontería en todo este embrollo de la pintura de la época actual.

Algunos aficionados han comparado a Picass con Solana.

No creo que sean comparables.

Yo creo que Picasso ha perdido en sus ensayos facultades geniales. En cambio, Solana ha aprovechado en sus obras facultades muy modestas y muy pobres.

Picasso fue como un alquimista y Solana como un droguero.

Yo decía una vez en una casa aristocrática de París, cuya fachada daba al Sena, que dudaba que la pintura de Picasso fuera sincera, que era una mixtificación de un hombre de talento, pero no una cosa sentida. Añadía que ninguna persona corriente, sin preocupaciones de originalidad y de darse tono, podía encontrar una figura de Picasso tan bien como una figura de un pintor clásico español, italiano o flamenco.

Cuando hablaba así, tenía delante una revista de arte con unas reproducciones en color de cuadros de Picasso y otras de un antiguo pintor flamenco, de un realismo y de un aire de vida extraordinario.

Comparando las figuras, yo afirmaba:

—No sé lo que dirá un crítico de arte de este «Arlequín» de Picasso y de esta figura de un caballero del pintor flamenco, que parece que está hablando y que reproduce esta revista, pero tengo la absoluta convicción de que se llama a una persona sencilla del pueblo y se le pregunta: ¿Qué le parece a usted mejor y más veraz, el «Arlequín» o el «Caballero»? Y todo el mundo dirá: el «Caballero».

—Bueno, vamos a hacer la prueba —dijo la señora de la casa, dama de ideas originales—; vamos a llamar a la cocinera.

—Estábamos pensando en poner una de estas estampas en un marco, y unos decíamos que ésta es más bonita y otros que esta otra. A usted, ¿cuál la parece mejor?

La cocinera miró despacio las dos estampas, y señalando el «Arlequín» de Picasso, dijo:

—A mí me parece ésta la más bonita.

populares. Tenía poca estimación por la mayoría de los pintores modernos. Era el «antipompier» por excelencia. En la revista «Arte Joven» hizo algunas ilustraciones, dos o tres para mi novela «Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Parado». Hizo también un retrato mío al carbón, que se publicó en

ratura de los poemas épicos: que son cosas muertas; nadie los lee más que los eruditos.

Están dentro de la Historia, como la gran pintura y la gran escultura. Ahora, pensar que la pintura moderna, cubista y superrealista es una cosa viva, de porvenir, me parece una pobre entelequia.

La literatura del siglo XIX es la que está más próxima y la que ha tenido más grandes hombres cercanos a nosotros, Ibsen, Tolstoi y Nietzsche llegan en su vida al siglo XX. Ya tras de ellos parece que la originalidad se pierde y comienza una era de mediocridad.

(«Informaciones», 10-V-1951)

No puede haber libertad para los que quieren acabar con todas las libertades

«EN SERVICIO DE LA LEGITIMA LIBERTAD ESTAREMOS JUNTO A LOS ESTADOS UNIDOS»

Ningún dogma político que signifique restricción de la libertad individual

EN EL COMERCIO, LAS RESTRICCIONES HAN SIDO OBLIGADAS POR LA SITUACION ECONOMICA

Discurso del señor Martín Artajo en la Cámara de Comercio Americana

(Agencia «Cifra», 16-VI-1951)

Los exilados vascos, expulsados del edificio que usurpaban en París

El inmueble es entregado (por orden judicial) a la Embajada española

PARIS.—La Embajada de España se hizo cargo hoy del edificio de la avenida Marceau, 11, en que estaban instalados los servicios de los grupos exiliados vascos.

La operación de lanzamiento comenzó a las nueve de la mañana, y a pesar de algunos incidentes, a las siete de la tarde, una vez desalojadas todas las instalaciones de los antiguos ocupantes, el embajador de España, señor Aguirre de Cárcer, tomó posesión del edificio.

* * *

PARIS.—El embajador de España, señor Aguirre de Cárcer, ha manifestado a los periodistas que la Embajada piensa establecer los servicios de carácter cultural de la misma en el edificio de la avenida Marceau, del que ha tomado posesión en la tarde de hoy.

NOTA DE LA OFICINA DE INFORMACION DIPLOMATICA

La Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, con referencia a la noticia de la devolución del edificio situado en la avenue Marceau, en París, comunica lo que sigue:

El edificio en cuestión fue adquirido durante la guerra de liberación por el Gobierno republicano con fondos expoliados del tesoro público. Como propietario fingido de la casa de la avenue Marceau fue inscrita la sociedad «Finances et Entreprises», instrumento del llamado Gobierno de Euzkadi, que instaló en ella su misión oficiosa en Francia. Terminada la guerra, el Estado español solicitó y obtuvo la posesión de la finca, instalando en ella algunos servicios de la Embajada de España en París. Su legítimo derecho fue

confirmado por sentencia del Tribunal Civil del Sena el 21 de julio de 1943, que declaró que todos los haberes de la sociedad «Finances et Entreprises», y de modo especial sus inmuebles, eran propiedad del Estado español y habían sido adquiridos con fondos procedentes del tesoro público. En virtud de esta sentencia, el Estado español entró en plena posesión del inmueble, haciéndose a su favor la correspondiente inscripción en el Registro Hipotecario francés.

El Estado español se mantuvo en el pacífico uso y disfrute del edificio hasta que, en 20 de agosto de 1944, un grupo de exiliados vascos lo ocupó por la fuerza, violencia contra la cual protestó inmediata y debidamente nuestra Embajada cerca del Gobierno francés.

Los usurpantes, en nombre de «Finances et Entreprises», interpusieron a continuación un recurso judicial, y el Gobierno francés, haciendo caso omiso de la reclamación diplomática española y de la sentencia de sus propios tribunales, se escudó en dicho recurso para no devolver el edificio a su legítimo propietario mientras no se resolviese la nueva reclamación judicial.

Esta fue rechazada el 13 de julio de 1949 por el Tribunal del Sena, que declaró bien fundada la pretensión del Estado español y condenó en costas a los exilados recurrentes.

En última instancia de la tramitación judicial, el Tribunal de Apelación del Sena dictó sentencia el 3 de abril último, que confirmaba la de julio de 1949 y condenaba nuevamente en costas a «Finances et Entreprises» por su falta total de fundamento jurídico.

Reconocido ahora el pleno derecho del Estado español a través de todas las etapas del procedimiento judicial francés, sin más posibilidad de más recursos dilatorios, se esperaba que la Embajada de España en París podría entrar sin demora en plena posesión del inmueble, del que había sido expulsado por mano armada en 1944.

Surgieron, sin embargo, nuevas oposiciones, fundadas en el aparente derecho de la «Liga Internacional de los amigos de los vascos» a seguir ocupando, como inquilinos ahora del Estado español, los locales que le había supuestamente arrendado en 1939 la sociedad «Finances et Entreprises». Esta sorprendente tesis halló apoyo en algunos medios , y las gestiones realizadas por la Embajada de España en París para conseguir la ejecución de la sentencia de 3 de abril último no dieron resultado.

Sin embargo, la verdad y la razón se impusieron, y el 6 de junio corriente el presidente del Tribunal del Sena pronunció la expulsión inmediata de todos los ocupantes del número 11 de la avenue Marceau, autorizando al Estado español a proceder a su desahucio con la ayuda del comisario de Policía y de la fuerza armada, con carácter de urgencia y sin trámites dilatorios. Esta sentencia reconoce nuevamente el indiscutible derecho español al inmueble de autos, como en todo momento lo ha hecho la justicia francesa, y rechaza totalmente el pretendido derecho de inquilino de la sociedad vasca.

AGUIRRE PROTESTA RUIDOSAMENTE (ANTE UNA SALA VACIA) DE LA EXPULSION

PARIS.—José Antonio Aguirre, «presidente del Gobierno vasco en el exilio», ha protestado ruidosamente por la «violencia» francesa al cerrar su «Embajada» en París. Su delegación había recibido nueve horas antes la orden de desalojar «en el plazo de cuarenta y ocho horas el edificio». «Protesto contra esta violencia y declaro que nuestro honor, nuestra conducta y nuestra tradición merecen otro trato», gritó Aguirre en medio de una sala vacía, frente a unos cuantos periodistas.

La delegación del llamado Gobierno vasco en el exilio recibió orden de la autoridad competente francesa de abandonar los locales para que el edificio pudiera ser entregado al Gobierno español, que lo había reclamado hace ya algún tiempo. Se espera que con esta determinación desaparezca una de las causas de tensión entre los Gobiernos español y francés. Un portavoz del ministerio del Interior explicó: «Francia no puede reconocer más que un Gobierno español».

(Agencia «EFE», 28-VI-1951)

DIEZ DETENIDOS EN TANGER POR REPARTIR OCTAVILLAS

- **Están acusados de incitar a la insurrección.**
- ***Tenían folletos anarquistas y periódicos prohibidos en la zona internacional.***

TANGER.—Ante la Sala correccional del Tribunal Mixto comparecieron Angel Martín García, Jesús Dos Reis, Marius Feveir, Rafael Torralba Guerrero, Amado Trillo Díaz, José del Pozo Sánchez, Juan Romero Cabrera, Francisco Gutiérrez, Abdeselam Ben Muley, Alí Akamlich y Antonio Gonzalo Torney, los diez acusados de haber distribuido octavillas clandestinas contra una potencia representada en el Estatuto de Tánger.

La policía efectuó registros en los domicilios de los individuos conocidos en Tánger por sus ideas avanzadas, recogiéndose algunos folletos de tipo anarquista y numerosos ejemplares del periódico «Solidaridad Obrera». El principal acusado es Angel Martín García, al que se le encontraron 45 ejemplares, octavillas y papel idéntico al utilizado para la impresión de las mismas.

Otro de los inculpados, Antonio González Tornay, es un anarquista condenado en España a veinte años de prisión.

Todos los procesados negaron haber distribuido las octavillas pero reconocieron haber recibido por correo periódicos cuya entrada en la zona de Tánger está prohibida.

El fiscal calificó los hechos como susceptibles de alterar el orden público en una zona de Marruecos y como incitación a la insurrección, pidiendo para los procesados penas que oscilan entre seis meses de prisión y 30.000 francos de multa y diez años de interdicción de estancia en la zona internacional, diciendo que en Tánger no debe hacerse política de ninguna clase, pues precisamente el encanto de Tánger reside en que la política está aquí desterrada.

Los abogados defensores estimaron todos que no se había probado que los acusados hubieran distribuido octavillas y cualquier persona que es libre puede tener en su domicilio folletos de carácter subversivo. La causa ha quedado vista para sentencia.

(Agencia «Logos», 8-VI-1951)



AGRICULTORES

Sin desembolso inmediato y a plazos, a convenir, podeis adquirir Grupos Moto-bombas de gasolina y eléctricos de todas marcas y potencias para regar vuestras fincas

LOS MEJORES PRECIOS Y CONDICIONES DE PAGO LOS ENCONTRAREIS EN EL COMERCIO

Juan Cruz Puertas Puertas

EXCLUSIVO PARA PALENCIA Y SU PROVINCIA DE

Explotaciones Industriales y Agrícolas, S. A.

AVENIDA DE LA REPUBLICA ARGENTINA NUM. 4

El señor Fernández Cuesta dijo a los obreros de Bilbao:

Los que han alentado vuestra rebeldía tratan de intimidar con ella a un Estado que pone coto a sus privilegios y ambiciones políticas

Por poco que el cielo nos ayude, se conseguirá, con la llegada de la primera cosecha, alejar el fantasma de la escasez

(Agencia «Cifra», 20-Vi-1951)

UN FUTURO DESPEJADO

El inmenso vacío económico en que dejó a España el robo del oro acumulado por los ahorros de diez generaciones —como ha dicho el Sr. Girón— no podía llenarse en dos lustros de contrariedades interiores y exteriores. Ese oro nos hubiera servido para afrontar las consecuencias materiales de la Guerra de Liberación, pero, desprovistos de reservas, y teniendo que luchar con circunstancias adversas, en plena guerra mundial y en pleno aislamiento económico, nos vimos obligados a depender de nosotros mismos, creando una autarquía modesta, porque los recursos del país lo son también, y todos los expedientes de nivelación a breve plazo hubieran sido baldíos, porque estábamos solos y recurrimos a las empresas de recuperación a plazo muy largo. Hace poco, el Jefe del Estado nos suministraba, un ejemplo elocuente. Hablaba del problema de repoblación forestal. España es, en este aspecto, la nación del mundo que planta anualmente mayor cantidad de árboles; se ha alcanzado la cifra de 65.000 hectáreas repobladas. No son, sin embargo, suficientes, y la meta marcada temporalmente como ideal por el Generalísimo proveerá, dentro de medio siglo, a la mitad de nuestras necesidades. Los medios económicos limitan el esfuerzo, y la colaboración de los propietarios particulares de Montes deberá aumentar esa cifra.

Cuando teníamos reservas en oro, y comerciábamos libremente con otros países libres (y no vinculados económicamente a la preparación de una guerra o a la empresa de restañar las heridas de otra), las necesidades cotidianas estaban cubiertas, y el futuro no preocupaba tanto, porque existía la esperanza —un poco falaz— de prolongar la holgura del presente. Pero el problema empieza a torturar a los españoles cuando es el presente lo que amenaza su bienestar y cuando en el presente no se encuentran posibilidades de alivio inmediato. Entonces se piensa, con razón, que la facilidad con que vivían las generaciones precedentes ha contribuido, sin saberlo, a agradar y a hacer más duradero el período de crisis económica, de escasez y de carestía. Son cincuenta años el plazo fijado para recoger los primeros frutos de la repoblación forestal; en lo que concierne a la industrialización completa del país, y a la modernización de la agricultura, el plazo podrá ser más corto, pues, al fin y al cabo, más depende de la mano del hombre que de la Naturaleza; pero no beneficiará tampoco por completo a la generación sacrificada por la historia. El hecho no servirá, acaso, de consuelo a los que no se procuran más réditos que los inmediatos y desmedidos que su propia codicia individual reclama. Sin embargo, las generaciones futuras, y en muchos casos las actuales, podrán un día, próximo o lejano, verificar los gigantescos avances económicos iniciados en estos años.

(«ABC», 19-V-1951)

La etapa de las realidades

Merida. (Por teléfono, de nuestro redactor jefe, enviado especial, Víctor de la Sema, hijo.).

Planteada —y comenzada por Franco— lo que se puede llamar batalla de Jaén, el Caudillo emprendió ayer la segunda etapa de este viaje tan significativo y brillante: la etapa de las realidades, es decir, la etapa-cosecha. Franco desde hace veinticuatro horas, imparablemente, con la misma incansable viveza que antes había sentado en Jaén las bases de una revolución económica, recoge ahora en Córdoba, en Sevilla, en Extremadura, los frutos de proyectos anteriores, el resultado en cemento y kilovatios de unas líneas aparecidas hace dos o tres años en el «Boletín Oficial del Estado».

Me decía esta tarde Ramón Laporta, el comisario general del Paro, que lo importante de estas obras que ahora estamos viendo es que cuando fueron planteadas —en fechas no muy lejanas— muchos no creyeron en ellas y en alguna ocasión fueron juzgadas técnicamente imposibles. Bueno, pues ahí están tan campantes, tan ciertas y tan hermosas.

El Alcázar

Triunfal acogida a Franco en Extremadura

Su Excelencia visitó las grandes obras de la zona regable de Montijo

Tres nuevos pueblos han sido construidos para albergar a los colonos

Londres espera la contestación persa sobre el envío de delegados

Y TEME QUE RECHACE ESA FORMULA

ACHESON: Hubo error en la retirada de las tropas americanas de GUARICON en Corea

Alarma policíaca en Inglaterra y Francia

ASI LE HAN PUESTO LA CARA AL CAMPEON

Esta madrugada fueron ahorcados "los 7 de Landsberg"

Muchas personas se fueron a dormir, convencidas de que habría un nuevo aplazamiento

Se acercan los aliados a la base roja de Kumkwa

La dieciséis brigada de paracaidistas marcha a Chipre

Victoria de Lladó frente a Prina

(«El Alcázar», 27-VI-1951)

No son bromas ni fantasías los doce pisos del gigantesco silo de Córdoba, con su maquinaria perfectísima, listo para «embarcar» quince toneladas de trigo, ni el gran esqueleto que ahora empieza a recubrirse de la residencia del Seguro de Enfermedad, que se alza justamente enfrente del silo.

Ni la zona de riegos del Genil. Ni el pantano de Peñaflor. Ni la presa del Pintado, soñada hace veinticinco años por don Miguel Primo de Rivera, y cuyo funcionamiento comenzó ayer por la mano de Franco. Por cierto que en este pantano el Caudillo dijo una cosa que define como nada lo que él siente de esta inmensa tarea de la producción. Apenas lo oyó nadie, pero aquí la traigo para ustedes. Una de las personas que asistía a la inauguración

preguntó a Franco qué le parecía la obra. El Caudillo contestó: «Es una obra alegre». ¿Verdad que no hay frase más justa, ni más gráfica, ni más humana?

Sí. Franco estaba ayer alegre y lo está hoy en esta mañana fresca y limpia de Extremadura, mientras visita la estupenda Escuela de Capacitación Agrícola del Instituto de Colonización, cerca de Mérida.

¿Saben ustedes lo que significa esto?

No se trata de una escuela profesional más, de las muchas que se están alzando continuamente en el país. Es sencillamente uno de los eslabones de la maravillosa cadena agrícola que se está montando en Extremadura.

En efecto, no sé si todos los españoles nos hemos enterado muy bien de la que «se está armando aquí». Como ustedes saben, esta región es casi absolutamente ganadera, y aquélla zona de tierras riquísimas que es la vega del Guadiana es absolutamente inaprovechable por las veleidades de este río fantasma, que en invierno las anega y en verano desaparece, dejando las tierras devastadas y desiertas. Pues bien, ahora —permítanseme expresiones íntimamente familiares— se han cogido las aguas esas, se las ha encerrado en una presa gigantesca —1.100 millones de metros cúbicos—, se han abierto canales, acequias y presas de derivación y se ha convertido en tierras regables, espléndidas y riquísimas, en posibilidades agrícolas, a 85.000 mil hectáreas de terreno. Esto es sencillamente lo que ocuparían las huertas de Valencia y Murcia juntas. Es decir, en una región —la vega del Guadiana— que hasta hoy era improductiva e inútil, se ha establecido hoy una fabulosa fuente de riqueza que esto no es para dentro de cincuenta o sesenta años, sino enseguida, dentro del brevísimo tiempo que se empleará en cerrar las puertas del Cijara.

Para completar esta enorme revolución hay que preparar a las gentes, naturalmente, y enseñarles la técnica agrícola del regadío. Esto es lo que se hará a partir de hoy en esta escuela que ahora está inaugurando Franco. Ahora piensen ustedes lo que va a significar esto para los miles de personas que hasta este momento han visto flotar sobre ellos, inexorablemente, el fantasma del paro y la angustia del hambre. Figúrense, por otra parte, lo que representará para la economía del país esta nueva solera de agua verde.

Además, como les decía, la cosa no es para menos, y ya son muchos los miles de hombres que están produciendo, y los técnicos calculan que el plan total estará concluido dentro de poquísimo tiempo; en el momento que todos estos canales y acequias, en cuyo tendido se trabaja intensamente. Junto a estas prodigiosas realidades se encuentra otra no menos prodigiosa, como el pueblo de Guadiana del Caudillo, que esta tarde se inaugurará.

Por todo ello se darán ustedes cuenta de que este viaje del Jefe del Estado no ha sido un viaje para recoger aplausos —aunque hay que decir *cómo los ha recogido* a través de los pueblos que hemos atravesado—, sino una jornada más de trabajo y de esfuerzo. Porque ayer y hoy, en Córdoba y Extremadura, como anteayer en Jaén, Franco ha cumplido un plan extenuador, visitando directamente las obras, informándose minuciosamente de todo, dictando órdenes, y, como siempre, pidiendo a sus colaboradores velocidad, mucha velocidad y eficiencia. Siempre encuentra una solución a cualquier dificultad técnica; siempre tiene la idea que hace falta para resolver la «pega» administrativa que se presenta, y el resultado de esta presencia suya en todo es un ir y venir de ingenieros y de directores que sobre el mismo terreno trazan planos, anotan programas y hierven de actividad.

El viaje no ha terminado aún. Hay que prepararse ahora para continuar unas jornadas que se presentan particularmente movidas. No puedo ni calcular el número de kilómetros que nos aguardan.

(«El Alcázar», 7-VI-1951)

Cerca de 200 millones de pesetas va a costar la canalización del Manzanares y la urbanización de sus márgenes

Amplia zona de viviendas; el río, navegable, y una iluminación de gran efecto

CIENTO ochenta millones de pesetas, aproximadamente, van a costar las obras de canalización del río Manzanares y de urbanización de sus márgenes, presupuesto que, naturalmente, puede oscilar según se retarden las obras o se lleven a cabo a ritmo acelerado. Hasta ahora van invertidos unos treinta y cinco millones, lo que nos afirma en la segura esperanza de que esta obra comenzada ya y una de las mejores ambiciones de Madrid, culminará quizá no dentro de muchos años en una realidad magnífica, que puede constituir, sencillamente, uno de los grandes orgullos de la capital de España.

(«El Alcázar», 7-VI-1951)

El Papa conoce el esfuerzo español por la justicia social

REALIZACIONES FRUTO DE LA VERDAD CRISTIANA

La visita a Roma fortalece a luchar por la doctrina de los Pontífices

Declaraciones del ministro de Trabajo

MADRID.—Declaraciones del ministro de Trabajo a Radio Nacional de España:

—Quisiéramos comenzar preguntándole, señor ministro, si ha sido agradable su viaje a Roma.

—Para un español es siempre grata y aleccionadora una visita a Roma, pero si asiste al espectáculo sin par de una ceremonia en San Pedro, toda la veneración que los españoles tenemos por el Santo Padre y para la Iglesia se nos pone en pie y llena nuestra alma con la llama de la fe por la que tanta sangre se ha derramado en nuestra patria.

—Ha dicho usted que, además de grata, la visita a Roma es siempre aleccionadora. ¿En el sentido social también. señor ministro?

—Roma alecciona en todos los sentidos, porque allí está el centro espiritual del mundo, la sede de la más alta sabiduría y la patria de la verdad. Roma nos da vigor y nos dobla la capacidad de combate. Para nosotros, los españoles, no tiene validez el refrán de ver a Roma y después morir. Para nosotros vale la pena de vivir después de ver Roma.

El Papa aprecia el esfuerzo español.

—¿Se puede saber cuál fue el contenido de su visita al Santo Padre?

—España ha tenido el honor de llevar ante Su Santidad la ofrenda de unas realizaciones llevadas a cabo en medio de dificultades de las que otros países, aun los más castigados por la guerra, no tienen ni idea. Estas realizaciones son fruto de la verdad cristiana, ejercitada por un Caudillo cristiano.

—¿Se interesó Su Santidad por los trabajadores españoles?

—El Papa, que se interesa no solamente por el bienestar material, sino por el bienestar moral de los trabajadores de todo el mundo, ha sabido cuáles son, en este orden, las realizaciones prácticas de la revolución española. Tenemos, dentro de nuestra insatisfacción que nos impide estar contentos, dentro de las limitaciones cronológicas que nos impiden empujar el tiempo, dentro de nuestra cortedad intelectual que nos impide el vuelo del genio, el orgullo de ser una nación que sin tradición, sin precedentes, sin costumbres, sin educación en las masas, con pasado de desengaño y de incredulidad pobre, robada hasta el fondo de sus cajas, expoliada del tesoro acumulado por las generaciones, ha conseguido asombrar a los países más modernos recientemente por sus realizaciones de seguridad social, por sus avances en la puesta en marcha leal, pura y de ley, de la verdadera doctrina de justicia social. Y esto, naturalmente, lo ha apreciado el Sumo Pontífice.

—¿Si nos permite aún otra pregunta, señor ministro, tiene usted algo que decir a los trabajadores españoles como consecuencia de su viaje a Roma?

—Siempre, y con cualquier motivo, hay ocasión de decirles algo. Que pueden estar seguros de una cosa: de que no estamos satisfechos de nuestra labor y no porque hayamos visto fuera de España nada que nos asombre. No estamos satisfechos porque los trabajadores españoles, bravos, inteligentes, valientes como ninguno del mundo merecen, no ya lo que se ha hecho, que aun siendo más de lo hecho en todos los países nos parece poco, sino cien veces más, y por aquellos caminos elevados y nuevos que les conduzcan de un modo seguro, lícito y duradero a una justicia total, en la que figure el disfrute del poder y de la influencia, al mismo tiempo que se le asegura una vida material digna.

Tengo que decirles, sí, una cosa aprovechando este medio de comunicación: Camarada: Estad atentos, porque está cerca el día de vuestra liberación; tratarán de distraeros con cualquier droga. Atención, sin embargo; atención y vigilancia. El porvenir es vuestro y de vuestros hijos. El distraerse con los cantos de sirena sería no solamente un suicidio, sino un parricidio. ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

(Agencia «Logos», 12-VI-1951)

Más de veinte mil personas se reunieron el domingo en Iznájar

NO HAY NINGUN FUNDAMENTO PARA HABLAR DE HECHOS SOBRENATURALES

El domingo mantuvo el interrogatorio con la niña en el momento de la supuesta aparición

Esas concentraciones están ya siendo peligrosas

EN torno a las supuestas apariciones en Iznájar se reunieron en la noche del domingo en aquel pueblo más de veinte mil personas. La niña Juanita Pino Granados, de nueve años, había anunciado para ese día otra aparición. De todas las inmediaciones habían acudido grandes contingentes. De Loja hubo vehículos que estuvieron todo el día llevando gente. Muchos coches acudieron de Granada.

Entre los testigos presenciales figura el doctor don Rafael Fernández Crehuet, médico de niños y presidente del Consejo de Hombres de Acción Católica de Granada. El ha estado junto a la niña supuesta vidente, tanto el día del Corpus como el domingo. El día del Corpus vino impresionado, más que por otra cosa, por la rareza del lucero; incluso pidió datos al P. Due, director del Observatorio de Cartuja, sobre las características de Venus esa noche y no coinciden, ni en la hora ni en los detalles, con lo que allí se vio.

El domingo, el doctor Fernández Crehuet —que prepara un informe para el señor Obispo de Córdoba— fue el que recibía los mensajes que transmitía la supuesta niña vidente y el que le formulaba las preguntas que consideraba oportunas. Nos dice que ha sacado la impresión de que allí no hay nada con fundamento serio para poder hablar de apariciones. La niña pudo sufrir al comienzo alguna alucinación y después, por lo visto, el ambiente formado en torno a ella, le hace creer y decir lo que los demás no podemos tomar en serio. El doctor Fernández Crehuet considera que las contestaciones dadas por la niña a las preguntas que él formulaba en el momento en que la niña decía que veía a la Virgen y que la Virgen le contestaba, son completamente ilógicas y pueriles. Así lo hará constar en el informe que prepara.

La cosa está tomando unos caracteres, nos dice el doctor Fernández Crehuet cuando le preguntamos, que francamente la considero peligrosa. Esas inmensas concentraciones creo que ha llegado el momento de pensar si se deben permitir o no. A las personas con criterio formado, claro está que no hace daño alguno el hecho de que pueda resultar que todo consiste en la alucinación de una niña. Pero en una comarca como esa y en las gentes del pueblo sin formación ninguna, es posible que haga bastante daño.

Nos dice también el doctor Fernández Crehuet que ha examinado las condiciones de la niña. Dice que ve siempre a la Inmaculada; pero es que ella no conoce más que esa imagen y la de Nuestra Señora la Antigua. En los casos registrados allí y que se dan como milagros, ninguno de ellos ha observado nada que no se pueda explicar naturalmente. No hay, por ello, hasta ahora, insiste, fundamento alguno serio para poder hablar de hechos sobrenaturales y mucho menos para esas gigantescas concentraciones, de noche, y en un monte, con sus tajos; si esto se repite, pueden incluso ocurrir algunas desgracias.

(«Ideal», de Granada, 5-VI-1951)

Contra la inmoralidad en las expansiones estivales

DESVERGÜENZA Y RIDICULEZ DE LOS LLAMADOS TRAJES DE BAÑO

El señor Arzobispo llama la atención de los padres de familia y de las autoridades

Corromper la sociedad por medio de la mujer corromper a la mujer por la moda escandalosa es el propósito de la Masonería

(«Ideal», de Granada, 23-VI-1951)

Una paralítica curada en Lourdes

A LOS POCOS DIAS PUDO MARCHARSE EN BICICLETA

La comisión médica califica la curación de milagrosa

C. VATICANO, 8.—La Comisión médica del Santuario de Lourdes ha confirmado la curación milagrosa el pasado año, de Theae Anders, de veintinueve años, procedente de Peina, cerca del lago Constanza. Padecía de parálisis desde hacía varios años. Llevada a Lourdes el pasado año, al cabo de unos días se hallaba completamente curada y pudo volver en bicicleta. (Logos.)

(Agencia «Logos», 8-VI-1951)

EL MUNDO AL DIA

Dicen que las relaciones entre España y Norteamérica evolucionan favorablemente

«SUS EFECTOS PUEDEN COMENZAR A SENTIRSE ANTES DE POCAS SEMANAS», AFIRMA ASSIA

Equipos y material bélico por más de mil millones de dólares despachan las fábricas yanquis en una semana

Lo que Wáshington pueda hacer depende de lo que Europa haga en los planes defensivos

Muchísimo espacio dispensan estos días los periódicos europeos y norteamericanos al viaje del general Omar Bradley, jefe del Estado Mayor conjunto de Estados Unidos. Comentarios y crónicas resaltan, sobre todo, la trascendencia política de esta visita a Europa, a pesar de que sus móviles superficiales deban buscarse desde un punto de vista estrictamente militar. No es extraño que el jefe directo de la estrategia castrense del país más poderoso del Pacto Atlántico quiera comprobar en persona el grado defensivo en que se encuentran sus aliados de este continente. Pero es que detrás de Bradley está toda la formidable organización militar de su país y el Congreso de Norteamérica, ahora muy laborioso en la tarea de asignar importantes cantidades para ayuda al exterior. Lo que quiere decir que las impresiones que recoja Bradley en su rápida asomada a Europa serán de singular importancia y repercutirán, sin duda alguna, en aquella tarea distribuidora.

Desde un ángulo puramente militar, Eisenhower ya ha visto bastante y su criterio alcanza valor de excepción para el Departamento de Defensa norteamericano. El papel político que fundamentalmente se asigna al viaje de Bradley, no deja de tener su base lógica, tanto más cuanto que se señala con claridad inequívoca que lo que Washington pueda hacer o conceder en el futuro dependerá, en primer término, de lo que Europa quiera hacer para defenderse de una posible agresión soviética. A los yanquis les preocupa mucho la lentitud con que los europeos del Pacto Atlántico preparan hombres y material de guerra a fin de lograr, en el más breve plazo posible, un ejército colectivo eficiente y cuantioso. Es conocido que los aliados no cuentan con más de una docena de divisiones, mientras que tras el telón de acero se acumulan unas 175 y buena parte de éstas motorizadas, lo que le imprime un nuevo valor combativo.

Es natural que Bradley quiera aclarar algo la situación, para que el Congreso de su país pueda obrar en consecuencia. Son más de siete mil millones de dólares lo que hay que repartir entre los signatarios europeos del Pacto y tan colosal ayuda económica y militar es lógico que tenga que traducirse en algo más que en buenos deseos. Son unidades militares y no componendas políticas lo que Eisenhower necesita sobre los campos de la Europa occidental.

Grandes cantidades de material

Y mientras se logra esta colaboración integral europea en sus planes defensivos, Estados Unidos da alto ejemplo de actividad y resolución en las medidas convenientes para contener al imperialismo moscovita. Las fábricas norteamericanas despachan cada semana pedidos de equipos y material bélico por más de mil millones de dólares; sus fuerzas armadas en servicio activo llegan a los tres millones de hombres y en poco más de un año ha servido a sus aliados de Europa más de un millón de toneladas de material de guerra,

El pueblo norteamericano quiere la ayuda a España

El 65 por ciento, partidario de apoyo militar y económico, según «Gallup»

Bradley desea que España entre en el Pacto Atlántico

(Agencia «EFE», 2-VI-1951)

Hoy llega el primer cargamento de trigo norteamericano

HAN ZARPADO DOS BARCOS CON DIECINUEVE MIL TONELADAS

EL PRIMERO LLEGARA HOY A SANTANDER Y EL OTRO EL 5 A ALICANTE

(Agencia «EFE», 29-VI-1951)

EN UN MAGNIFICO MENSAJE, EL PRESIDENTE TRUMAN ABOGA POR LA DEFENSA COMUN CONTRA LA AMENAZA DEL IMPERIALISMO SOVIETICO

"La dictadura comunista intenta apoderarse del mundo paso a paso"

LOS NORTEAMERICANOS PODRIAN LLEGAR A RETIRARSE DE LA O. N. U. SI ESTA SE NEGASE A CONDENAR LA AGRESION CHINA

Se está realizando en Lake Success un último esfuerzo para evitar medidas radicales

(«ABC», 9-I-1951)

aparte de los esfuerzos y sacrificios que en todos los capítulos enumerados le supone la guerra de Corea. Millones de trabajadores están siendo también desplazados gradualmente de las industrias civiles a las de producción de material de guerra teniendo que hacer frente, asimismo, a una difícil etapa de inflación, contenida en parte por las enérgicas órdenes de Charles Wilson, jefe de los Servicios de Movilización defensiva.

Evolución favorable en las relaciones hispano-yanquis

Con ser todo ello esencial, a los dirigentes norteamericanos les preocupa también sobremanera la obstinada actitud de Londres y París, contraria a que se amplíe el área de colaboraciones en el Pacto Atlántico. En este aspecto parece que las cosas evolucionan de una manera rápida y que los yanquis no están dispuestos a perder más tiempo prestando oídos a «pequeñas rivalidades, falsos prejuicios y ociosos temores». En una palabra, que Norteamérica no advierte fundamentos serios para que franceses y británicos quieran tener alejados del esfuerzo defensivo occidental a Grecia, Turquía, Alemania y a la misma España.

«Cuantos más seamos, más fuertes nos sentiremos», ha sido la respuesta de Bradley en París a las preguntas que le formularon los periodistas sobre una posible colaboración española en los planes de rearme. En estos días precisamente, el tema de España alcanza extraordinario relieve en los periódicos de todo el mundo y especialmente en los norteamericanos. A raíz de que el Instituto Gallup, con su encuesta, comprobó que el 65 por ciento de los norteamericanos son partidarios de la ayuda económica y militar de España, la cuestión logra constante actualidad y la evolución de las relaciones hispanoyanquis es muy favorable. «Sus efectos inmediatos —dice Assía desde Washington— son susceptibles de comenzar a sentirse antes de pocas semanas, mientras los ulteriores no pueden sino acabar arrasando los últimos restos de la muralla que Inglaterra y Francia pretendieron levantar alrededor de España durante los últimos seis años».

Pat Mac Carran, al solicitar del Senado yanqui un nuevo crédito de cien millones de dólares para España, inicia quizá este interesante ciclo evolutivo en favor de un más concreto y total entendimiento entre nuestro país y Estados Unidos.—**Luis DE VICENTE.**

(«Ideal», de Granada», 7-VI-1951)

El "gaullismo", el primer partido de Francia

Pero, juntos, los partidos del centro han conquistado una mayoría de Gobierno

EL PARTIDO COMUNISTA, EL SEGUNDO, CON UN DIEZ POR CIENTO DE VOTOS MENOS QUE EN 1946

EL M. R. P. HA PERDIDO MENOS DE QUE LE PRONOSTICABAN

(Agencia «Logos», 18-VI-1951)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

PEDRO III EL GRANDE, ¿biografía histórica o historia novelada?

EN 1244 Jaime I de Aragón firmaba en Almizra un acuerdo con el infante Alfonso de Castilla, más tarde el rey **Sabio**, por el cual se determinaba la línea divisoria de las fronteras meridionales entre Aragón y Castilla. Catorce años después, el **Conquistador** renunciaba en Corbeil a sus derechos en el mediodía francés en favor de San Luis de Francia. Dos tratados y dos barreras geopolíticas que al obstaculizar y poner fin a las posibilidades de expansión por tierra, terminaron, según opinión general de los historiadores, por proyectar a aragoneses y catalanes, más a éstos que aquéllos, hacia una aventura marítimo - mediterránea sin precedentes en la historia de Aragón y Cataluña. La expansión por el Mediterráneo —convegido, según apasionada expresión de algunos catalanistas, en «lago catalán»— y sus múltiples y complejas manifestaciones político - militares y económico comerciales, constituyen uno de los fenómenos que mejor caracterión y definen la llamada por J. Reglá «plenitud catalana medieval» o el «período de apogeo» de Cataluña de que habla P. Vilar. Pedro II de Cataluña y III de Aragón, Pedro el **Grande** (1240-85), precisamente por su voluntad y política expansionistas, quedaría unido a la historia de la acción catalano - aragonesa en el Mediterráneo. En palabras de Moreno Echevarría, el más reciente de sus biógrafos (1), al concluir los nueve años de su reinado «el pequeño y menospreciado Reino de Aragón había derrotado a las mayores fuerzas de Europa, había conquistado Sicilia y su escuadra, mandada por Roger de Lauria, era la mayor fuerza naval del Mediterráneo. La admirable y modélica Mancomunidad catalano-aragonesa tenía ya voz y voto en las más importantes cuestiones mediterráneas y, por ende, europeas» (p. 317). Juicio rotundo y entusiasta, en el mejor estilo y tradición de la «historia de reyes», de un autor que piensa que «la figura de Pedro III se encuentra arrinconada en la penumbra de un injusto e incomprensible olvido» (p. 314). En definitiva, «no se le ha hecho justicia» (p. 312). ¿Se le hace, por fin en este libro?

(1) *José M.ª Moreno Echevarría,* ***Pedro III el Grande, rey de Aragón,*** *Barcelona, Plaza & Janés, 1980, 319 págs.*

Uno creía, convencido, quizás a consecuencia de la miopía que con harta frecuencia produce la práctica cotidiana del propio «oficio de historiador», que la historia-panegírico, la historia fiscal-acusadora, la que canta las «gestu» de unos personajes y anatematiza las conductas y comportamientos de otros, la historia episódica o «évenementielle» que centra su atención en el tiempo breve de las biografías, la «gran historia» de reyes, tantas veces denostada y brillantemente denunciada desde Voltaire a Bertolt Brecht, sistemática y razonadarnente combatida, entre muchos, por M. Bloch, L. Febvre y F. Braudel en Francia, o por Vicens Vives, Tuñón de Lara y J. Fontana, en España, era cosa de otros tiempos y que, realmente desprestigiada, había terminado por «pasar definitivamente a la historia». Sin embargo, esta biografía de Pedro el Grande, escrita a no dudar con propósitos de divulgación, que prescinde de todo aparato crítico y casi bibliográfico y que, en rigor, debería calificarse de «historia novelada», pone de manifiesto la pervivencia del mito y la mixtificación de la historia de batallas, de tratados diplomáticos y de reyes. Historia que atribuye el esplendor o la decadencia, la expansión o el declive, la estabilidad o la crisis de una sociedad, de una cultura, de unos pueblos y de unas gentes, en nuestro caso de España, a las acciones y características personales de sus princiqs, de sus caudillos y de sus reyes. Léase, si no, el siguiente aserto: «No es excesivamente exagerado afirmar que Pedro III de Aragón cambió, en cierto modo, el curso de la Historia» (p. 316). En consecuencia, después de acumular el relato pormenorizado de numerosos hechos y acontecimientos, de batallas contra moros y cristianos, protagonizados por el biografiado —aplastamiento de la sublevación de los moros valencianos, conquista de Sicilia, derrota de Carlos de Anjou, triunfos en Calabria o diversas victorias navales—, «se llega forzosamente a la conclusión de que fue Pedro III el Grande quien puso los cimientos del futuro imperio español; Sicilia fue la primera piedra. Un imperio que no se sustentaba ni afirmaba en Flandes, en el Elba, ni el Rin, sino en el Mediterráneo, en Italia, en el Norte de Africa y, por extensión y amplitud, en América... Es de justicia que se le reconozca esta gloria» (pp. 317-318).

Posiblemente estas reflexiones y reparos no serían pertinentes si el libro de Moreno Echeva-



rría fuese un simple relato, o se presentase como una biografía novelada de Pedro el Grande, sin más pretensiones. Pero, evidentemente, no sucede así y el propio editor afirma que Moreno Echevarría, autor de otros trabajos sobre «Los marañones» y sobre «Los almogávares», nos da una vez más pruebas de su buen "savoir fair" histórico». Veamos, aunque sea muy rápidamente, la manera de escribir historia de Moreno Echevarría. Los datos se acumulan y disponen para elaborar un relato lineal de la vida primero del «infante» (1240-76) y después del «rey» (1276-85). Todo a la medida del tiempo corto, puramente autobiográfico. Las posibles líneas de furza más profundas ni siquiera se mencionan. Es una rancia «historia de buenos y malos». Pedro III, el protagonista, es el bueno. Sus cualidades, sus virtudes, se magnifican y subrayan, incluso las más personales —dotes sicológicas incluidas— y físicas. «En este aspecto, la naturaleza se mostró pródiga con él ..., era de elevada estatura, fuerte, de complexión atlética...» (p. 21). Desde muy joven mostró gran afición «por el rudo y violento ejercicio de las armas, poseía asimismo una apreciable cultura» (p. 22). Su matrimonio con Constanza hija del rey de Sicilia fue un «matrimonio político» y, cómo no, «también un matrimonio de amor» (p. 27). «Era enemigo acérrimo del ocio» (p. 48)., «político nato» (p. 131) para el que «las cuestiones personales, por muy íntimas y familiares que fuesen, nunca contaban... en perjuicio de los intereses del Estado» (p. 160). Ferviente cristiano, era un excelente guerrero, gran estratega y hábil diplomático. Por el contrario, sobre los otros personajes que aparecen en la narracción, incluso sobre aquéllos que no son considerados enemigos del protagonista, se cargan los tonos negros y las descalificaciones, se resalón sus defectos y se hacen notar los que se estiman como fallos de actución y de comportamiento. Su padre, «Jaime el Conquistador nunca se distinguió por su perspicacia política» (p. 52) y no se duda en calificar como «descabellada y estupida» la decisión dejaime I de «dividir el Reino entre sus hijos» (p. 224). Jaime de Mallorca, el «despreciable hermano» de Pedro, «era traidor» y su «traición» queda «plenamente probada» puesto que no duda en unirse a los enemigos de Pedro el Grande (pp. 225-7). Su principal enemigo, Carlos de Anjou, es retratado como un personaje «sumamente ambicioso y carente en absoluto de escrúpulos» (p. 41), «cruel y sediento de venganza» (p. 127) y con frecuencia puso de manifiesto «su mala fe» al quebrantar lo previamente pactado (p. 189). «La insolencia de la nobleza de Aragón llegaba a extremos intolerables» (p. 209) y, a pesar de que «en términos generales, es digna de alabanza la entereza de los aragoneses en la defensa de sus libertades», «su patriotismo quedaba en muy mal lugar» (p. 192) cuando en las circunstancias de 1282-83 «La Unión» obligó al rey a conceder el «Privilegio General». Las Cortes de Cataluña de 1283, en las que muchos historiadores han visto los orígenes del constitucionalismo catalán, no merecen siquiera una página completa (p. 208).

Pese a los múltiples obstáculos y resistencias, Pedro III habría sido un soberano triunfador. «El destino parecía recrearse en poner a prueba su inquebrantable ánimo jalonando de obstáculos su camino. Como si no fuera suficiente, en medio de sus arduos problemas, el tener que estar lidundo constantemente con la nobleza, ahora tenía que correr a Barcelona a sofocar una revuelta popular» (p. 221). En la realidad de los hechos, la colaboración entre nobles y mercaderes catalanes en torno al rey fue decisiva en la victoria sobre los franceses y la burguesía mercantil de Cataluña apoyó sin reservas la expansión por el Mediterráneo, pues no en balde se trataba de una expansión esencialmente comercial. Pero esto no parece preocupar a nuestro autor para el cual los fenómenos burgués y mercantil parecen no haber existido, lo mismo que el carácter social de esa «revuelta popular» encabezada por Berenguer Oller quien es calificado de «demagogo» y «agitador de talla» (p. 221). ■
SALUSTIANO MORETA.

ESCAÑOS DE PENITENCIA

La reanudación de la vida parlamentaria española, tras cuarenta años de dictadura, planteó de inmediato la necesidad de un cronista del nuevo foro político que, al estilo de los grandes comentaristas del período de la Restauración y la República, fuera capaz de examinar con independencia las luces y las sombras del famoso hemiciclo. Y como la función crea el órgano —según dicen los evolucionistas— desde muy pronto ese papel quedó cubierto gracias a las crónicas semanales publicadas en la revista **Triunfo** por Víctor Márquez Reviriego, cuya capacidad de análisis y lucidez de crítica, y su crudo, divertido y a veces cruel, retrato de los representantes parlamentarios, nos han enseñado a sus lectores más que cualquier tratado de ciencia política. Semana tras semana, su relato desmitificador de las sesiones de las Cortes españolas lograba hacer divertido —las carcajadas suelen ser frecuentes cuando se le lee— una cosa tan aburrida y espinosa como nuestro Parlamento. Recogidas sus crónicas en tres volúmenes, este comentario se ocupa sólo del último de ellos (1), aparecido hace unos meses bajo el título de **Escaños de penitencia,** y que abarca el período constitucional correspondiente a 1979. El propio autor justifica así este título: «Si tras la tentación suele venir el pecado, porque la voluntad es débil, nada más canónico que luego llegue la penitencia. Quienes saben dicen que todavía estamos en ella y que en ella seguiremos por mucho tiempo».

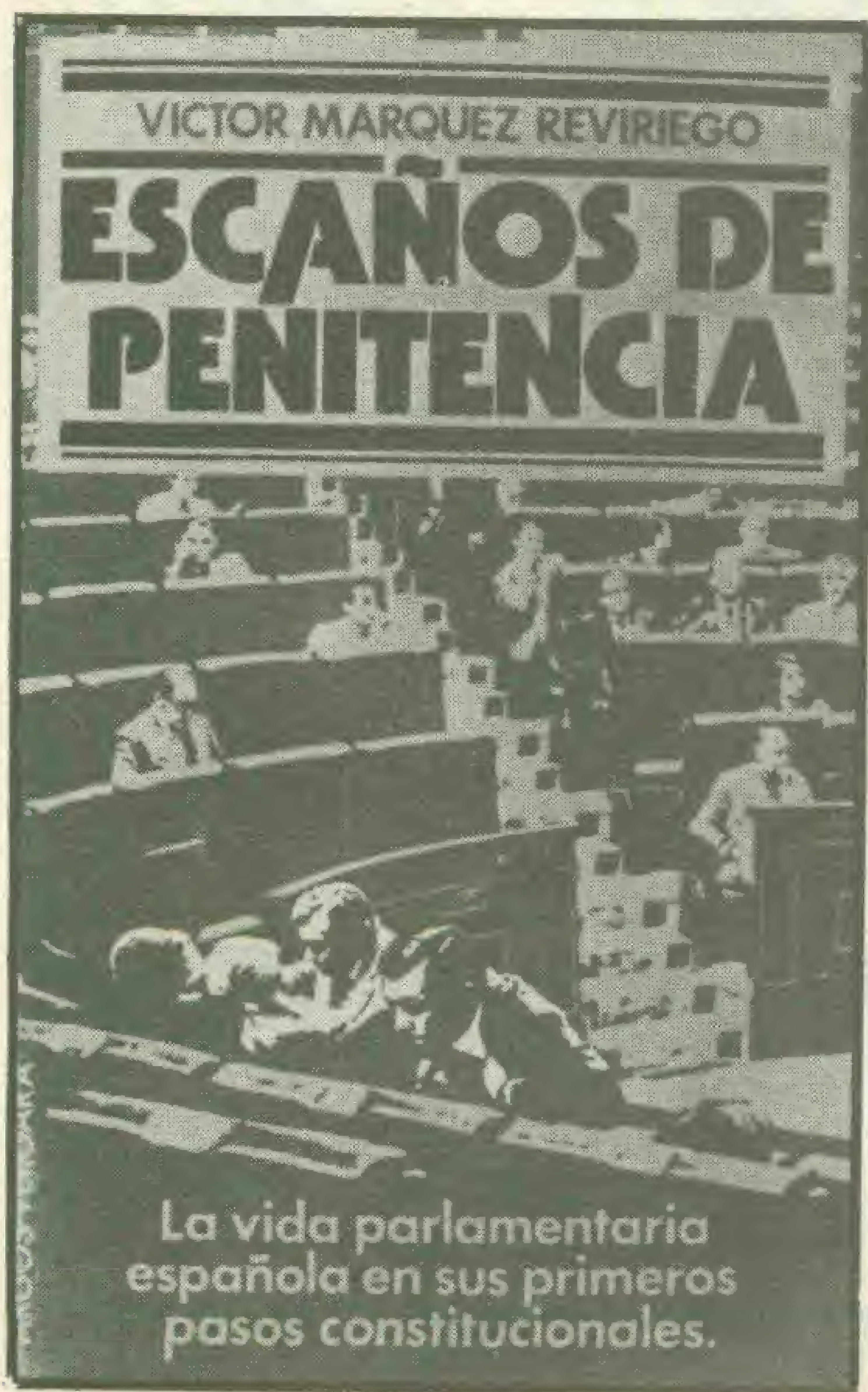
Desde la óptica de un historiador, la lectura del libro de Víctor Márquez provoca inevitablemente algunas comparaciones con el último período parlamentario, anterior a la dictadura. Las Cortes republicanas, a la vez que disponían de figuras de gran prestigio oratorio, cuyas intervenciones eran esperadas con auténtica expectación, como Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, Alejandro Lerroux, Gil Robles, y en especial Manuel Azaña, no contaban con dos elementos propios del actual Parlamento, y cuyo papel describe magistralmente el autor: los «culiparlantes», y los portavoces parlamentarios, encargados no sólo de intervenir en nombre de su partido, sino de señalar a los miembros de su grupo cómo deben votar. En la República, cualquier diputado podía intervenir en una discusión parlamentaria, como puede comprobarse hojeando el **Diario de Sesiones** de 1931 a 1936; y los partidos no exigían a sus diputados una disciplina rígida a la hora del voto, aunque en la mayoría de las ocasiones no hubiera discrepancias entre el voto parlamentario y lo defendido por su grupo político. Las **Memorias** de Azaña están llenas de alusiones a esta libertad inconcebible en nuestros días. Con ello se ganaba en agilidad parlamentaria por un lado, y por otro aumentaba el interés de los propios diputados durante el desarrollo de las sesiones. En la actualidad, en cambio, con la estricta disciplina de voto impuesta por los partidos, la función de los «culiparlantes» se reduce a meter su llave electrónica en el sí, el no o la abstención, según sean las órdenes dictadas en cada momento. Por eso, la mayoría de estos parlamentarios, condenados al silencio, se dedican a otros menesteres menos aburridos que escuchar los discursos de los portavoces parlamentarios. Como señala Márquez Reviriego al comentar la sesión del 3 de mayo de 1979: «Ciento veintidós diputados culiparlantes hubo en la anterior legislatura, según cuentas de la Agencia Efe. Más de la tercera parte de los trescientos cincuenta miembros del Congreso, aquejados de pertinaz mudez, permanecieron acuartelados en sus escaños». Y más adelante continúa: «Sería injusto afirmar que, por ello, sólo éstos pudieron ser parlamentarios inútiles. Un diputado actúa en pasillos y Ministerios, en tomas de posesión y en comidas de hermandad, o en teatros y cafés cantantes como una cupletista» (pág. 51). Con este sistema acordado por los partidos, el Parlamento y la sociedad española están perdiendo la oportunidad de crear nuevos oradores, cuya existencia sería tan necesaria para vitalizar a la poca democracia que nos queda. Y, además, el aliciente de poder intervenir en las discusiones, quizá serviría para acercar más a los diputados a sus electores, y a los temas y a las leyes cuyas consecuencias pasan desapercibidas a la mayoría de la población.

Las situaciones casi grotescas a que da pie este sistema son comentadas por Víctor Márquez, tomando como punto de partida, entre otros, la votación a una enmienda a la ley de Presupuestos presentada por el Gobierno el 12-14 de junio de 1979. Al convocar a los diputados a la votación, los ausentes del hemiciclo —en este caso, el autor se refiere a los de UCD— que no saben de qué trata la discusión, acuden a sus escaños con la mirada puesta en el jefe de grupo, quien señalará la decisión tomada: «La decisión es grave. El culiparlante torrefacto y cafeinómano se encuentra ante una encrucijada: votar sí, votar no o abstenerse. Y claro está que la patria sólo se salva de una manera. Ausente de los debates el penseiroso padre de la patria, ayuno de ciencia infusa, no tiene elementos para formar su propia opinión. No importa, tiene el partido allí como unos capataces que le harán llegar el Espíritu Santo por la vía rápida. Estos cómitres del voto levantan el puño. No con ánimo de asustar, por marxistas, a don Felipe González; sino para disparar de él (es decir, del puño), uno, dos o tres dedos. Con tal digital virtuosismo indican a su rebaño el camino que han de

(1) *Víctor Márquez Reviriego:* **Escaños de penitencia. La vida parlamentaria española en sus primeros pasos constitucionales.** *Ed. Argos-Vergara, Barcelona 1981.*

tomar. Terminada la votación, el culiparlante pentecostado ríe y vuelve al bar a tomar más café» (p. 86-87).

A lo largo de las páginas del libro de Víctor Márquez, se van repasando las figuras de los parlamentarios más conocidos, desde Fraga —a quien el autor califica como el mejor orador parlamentario— a Fernando Sagaseta, al que define como el representante del «marxismo crudo, el izquierdismo en estado de naturaleza, la oposición sin taparrabos»; pasando por Carrillo, Camacho y su facilidad para desocupar el hemiciclo («Huyen los diputados centristas y no pocos socialistas. Es algo ineluctable, fatal, como una ley física»), Felipe, Alfonso Guerra o Peces Barba. Pero no sólo los parlamentarios son objeto de las descripciones jocosas o sarcásticas del autor. Sus definiciones son igualmente felices en otros terrenos. Veamos sus comentarios a la división del PSOE en tres grupos parlamentarios —PSOE, PSC y PSE— que le permite intervenir tres veces, frente a UCD, que sólo lo hace una: «Es que si Suárez es Dios y Pérez Llorca su profeta, el PSOE es como la Virgen María: ora Virgen de Aránzazu, ora Virgen de Monserrat, ora Virgen del Rocío»; o su análisis de la función del Senado: «El Senado es la Cámara Alta. Cámara de alta refrigeración. Prolonga y enfría los temas. Sirve para entretener el tiempo, para destejer y retejer las leyes del Congreso. Esta Cámara es la Penélope de la Odisea del adolfato». O, por fin, sus observaciones sobre los afanes de Suárez por mantenerse en el poder: «Porque Suárez, para durar, que es su gran objetivo, es a la vez creador y destructor del tiempo. Como Platón, ve en el tiempo la imagen móvil de la eternidad. Su tiempo es su eternidad. Y por eso es un Saturno que devora a sus propios hijos ucedeos... A sus hijos y a sus padres, madres, tíos y demás parientes que en paz descansen: Osorio, Martín Villa, Fernández Ordóñez, Alvarez de Miranda, Camuñas, Garrigues, Fontán, Calvo Sotelo...».



La era del consenso, cuyo análisis en vivo nos ofrece Víctor Márquez, dio como último resultado la ausencia de una verdadera oposición al Gobierno de UCD, a diferencia de lo ocurrido con el parlamentarismo de la Segunda República. Mientras en 1979, temas como el divorcio, la cuestión religiosa o el Estatuto de los Trabajadores pasaron sin pena ni gloria en las discusiones parlamentarias, los diputados y los partidos republicanos, con sus principales líderes al frente, habían organizado verdaderas batallas dialécticas al discutirse temas similares. Baste recordar la famosa intervención de Manuel Azaña durante el debate parlamentario sobre la cuestión religiosa, y el escándalo que organizó una de las frases pronunciadas en su discurso: «España ha dejado de ser católica». En cambio, el parlamentarismo actual basado en el consenso, con una oposición de guante blanco, convierte al hemiciclo en una «fábrica de sueño». Como comenta Víctor Márquez: «El Parlamento es siempre representación en más de un sentido. Es (o debería ser) el gran teatro donde escenificáramos el psicodrama nacional, el cine donde proyectásemos la aventura colectiva de nuestra vida y tal, etcétera. (...) En muchas ocasiones el Parlamento (como el cine) no es una "fábrica de sueños" sino una fábrica de sueño. Porque hay gente que se duerme: en legítima defensa, por supuesto».

La etapa del consenso terminó, al menos en teoría, con la presentación por el Partido Socialista de la famosa moción de censura en mayo de 1980. Pese a ello, Suárez continuaría gobernando, mientras las promesas de los líderes del PSOE y el PCE de pasar a una oposición más dura se quedaron en palabras. Meses más tarde, en enero de 1981, Suárez dimitía sin haber explicado al país ni al Parlamento los verdaderos motivos de su decisión. Una vez más, los «poderes fácticos» habían ganado; los comentaristas políticos, e incluso el sucesor oficial de Adolfo Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo, afirmaron que la transición había terminado. La irrupción del teniente coronel Tejero en el Parlamento el día 23 de febrero demostró que la transición no había hecho más que comenzar. El nuevo invento político de la «concertación», y la timidez de los partidos de izquierda tras el intento de golpe militar abren al país una etapa muy similar, en nuestra opinión, —aunque desgraciadamente más angustiosa— a la comentada en este libro. Esperemos por ello, que pese a la desaparición de **Triunfo** como revista semanal, su autor no deje de analizar los próximos períodos parlamentarios. Sus crónicas se han convertido ya en un texto de consulta obligatoria para todos los observadores del parlamentarismo actual, y en una fuente imprescindible para los futuros historiadores de la democracia española. En una época de aridez política y cultural como la presente, la sabia mezcla de análisis riguroso e ironía de la que hace gala Víctor Márquez resulta reconfortante y esperanzadora. ■ **MARIA RUIPEREZ**

Mishima, un fascismo japonés

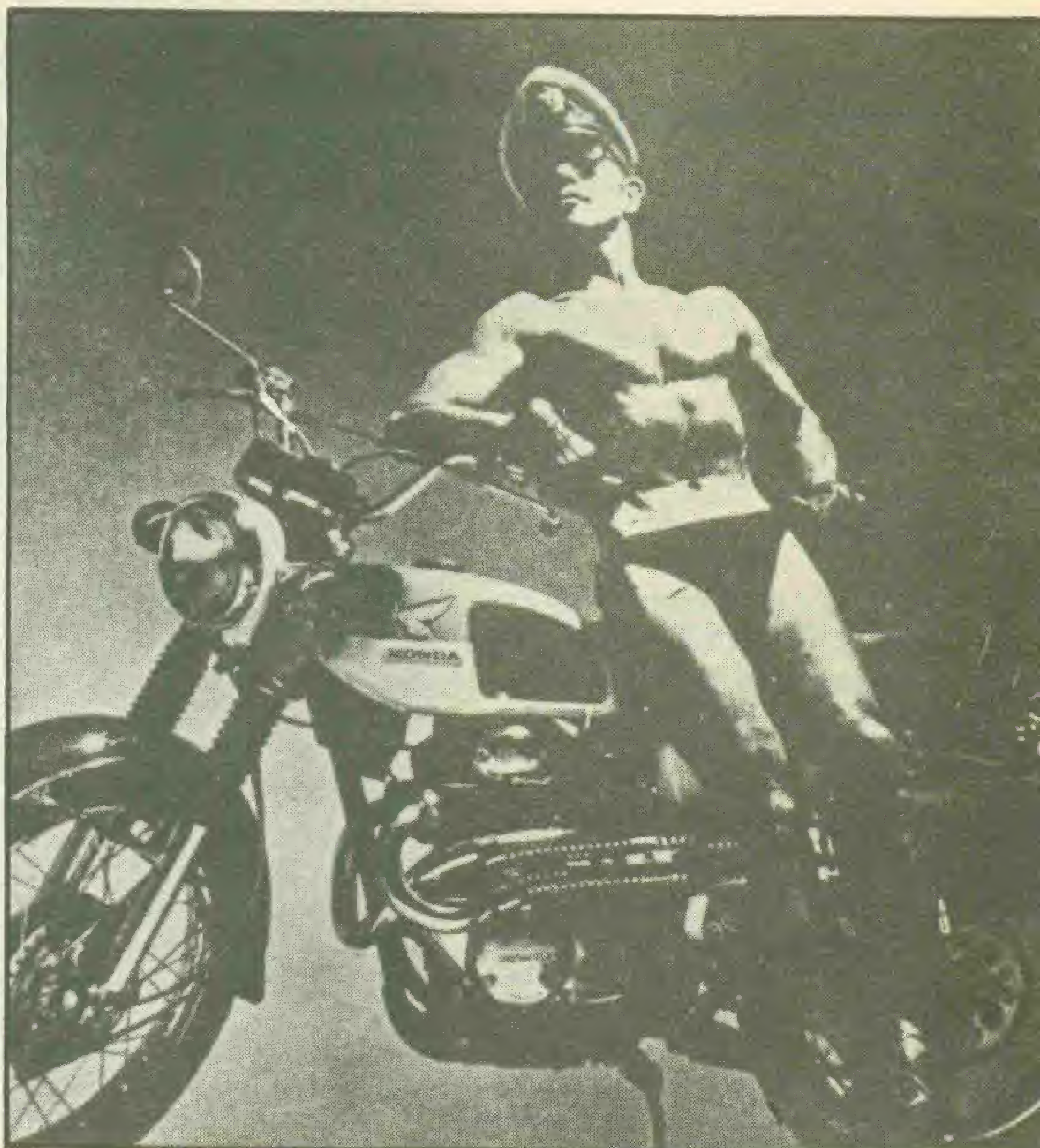
Miguel Bayón



HACE diez años, un escritor japonés que a menudo había sonado como candidato al Nobel, Yukio Mishima, realizó seppuku (harakiri) con el aparente fin de provocar un golpe militar y la redivinización del Emperador. Fue un gesto que puso punto final a una vida torturada por la necesidad de ser el centro heroico de un mundo que se deshacía.

MISHIMA era hombre inverosímilmente polifacético. Autor de novelas, piezas de teatro, películas, quiso siempre hacerse valer como activista: artes marciales, gimnasia, política, todo le valía. Fetichista incontenible, su imagen sirvió de tema pára toda suerte de desvaríos fotográficos: retratos sadomasoquistas, poses culturista - homosexuales, glorificaciones de lo samurai. Su muerte no pudo ser más coherente con todos esos aspectos.

Nació en una familia rica venida a menos, empeñada en contar aún con media docena de criadas. Su madre, hija de un director de colegio, sería hasta el fin su primera lectora. El padre, de familia agraria acomodada, llegó a ser director general de pesquerías. La abuela paterna, Natsu, era de sangre noble, y su influjo disciplinario fue fundamental en Mishima: le hizo ingresar en un colegio tradicional-



«... Al fin logré un cuerpo, un verdadero cuerpo, y al conseguirlo me dominó la pasión por mostrarlo...» (Texto y foto de Mishima).

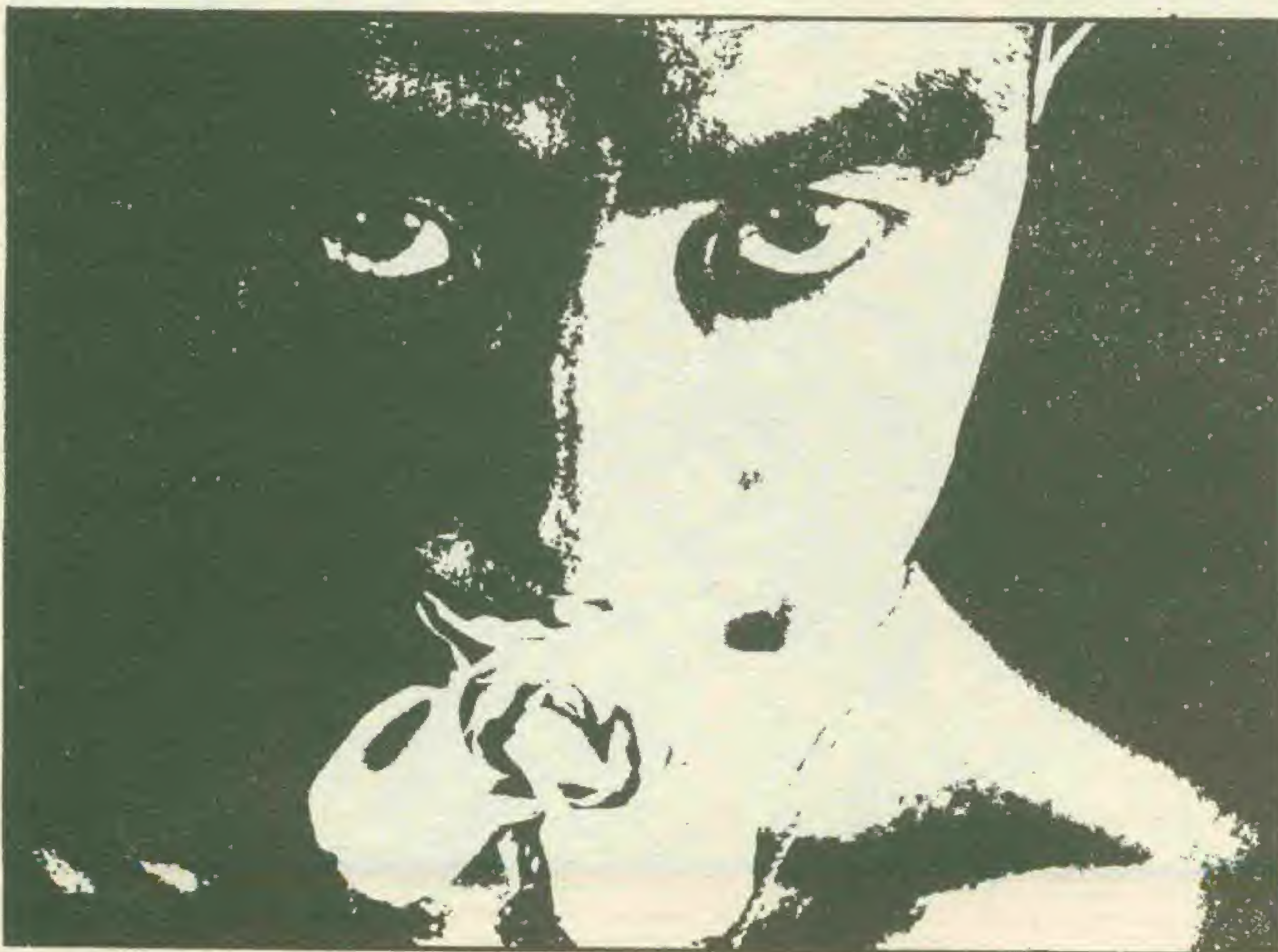


Foto del álbum «Tortura con rosas» (1963).

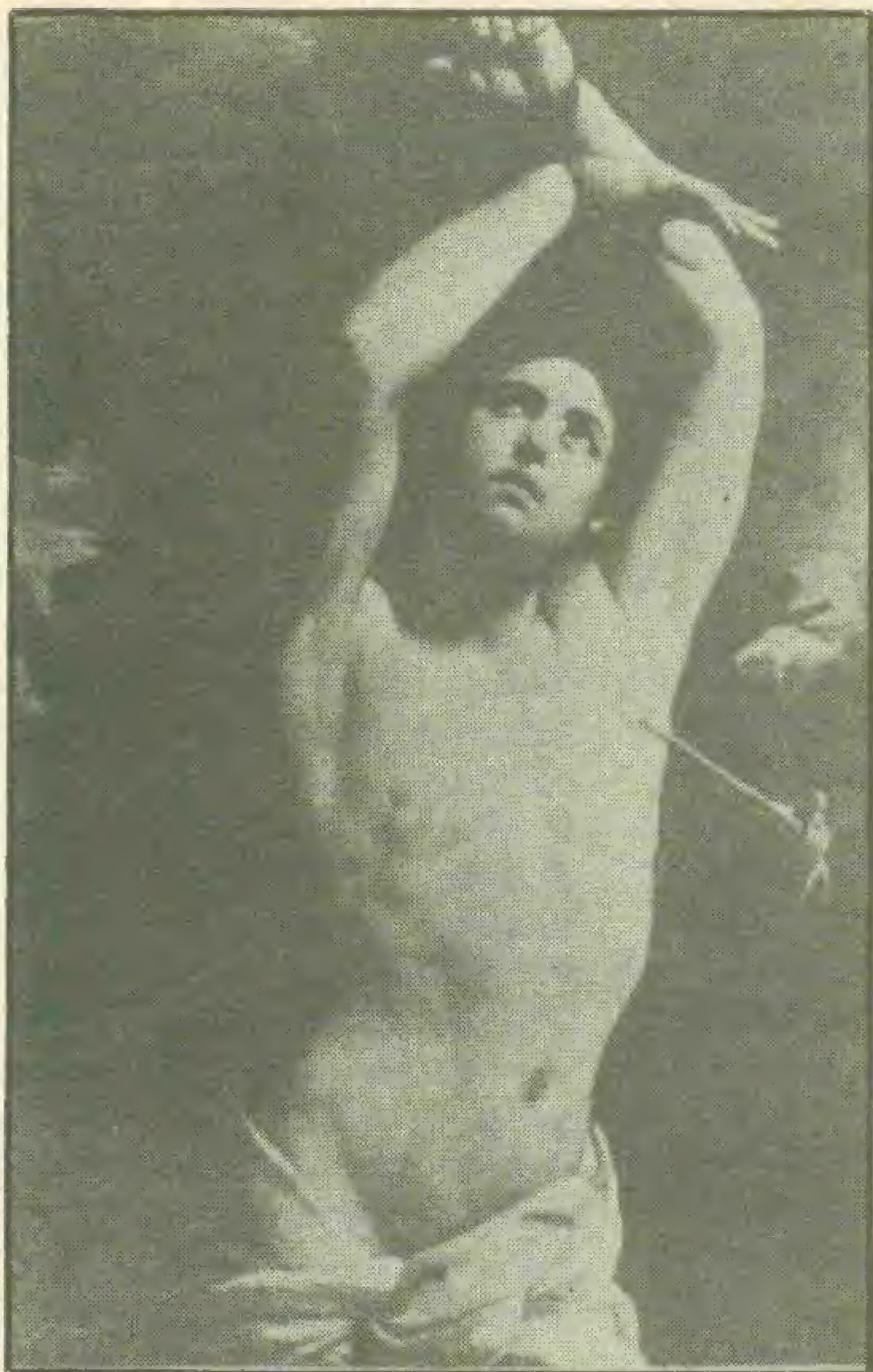
mente reservado para la aristocracia, caracterizado por una rigidez inflexible. Enclenque, el que luego se haría llamar Yukio Mishima destacó muy pronto por genialidad literaria; los alumnos mejor dotados intelectualmente de los cursos superiores le consideraban como uno de los suyos en cualquier proyecto, pero en su propia clase era tenido como muy endeble deportivamente. Para colmo, el padre, políticamente admirador del nazismo, no veía con buenos ojos los pinitos literarios del pequeño, y llegó a romperle el cuaderno en que guardaba sus esbozos. En este ambiente tan «joven Törless», Mishima era zarandeado por violentas relaciones de amor - odio, admiración - desprecio - sumisión. A lo largo de su vida, hará tremendos esfuerzos para infligirse castigos que a la vez impliquen el perdón



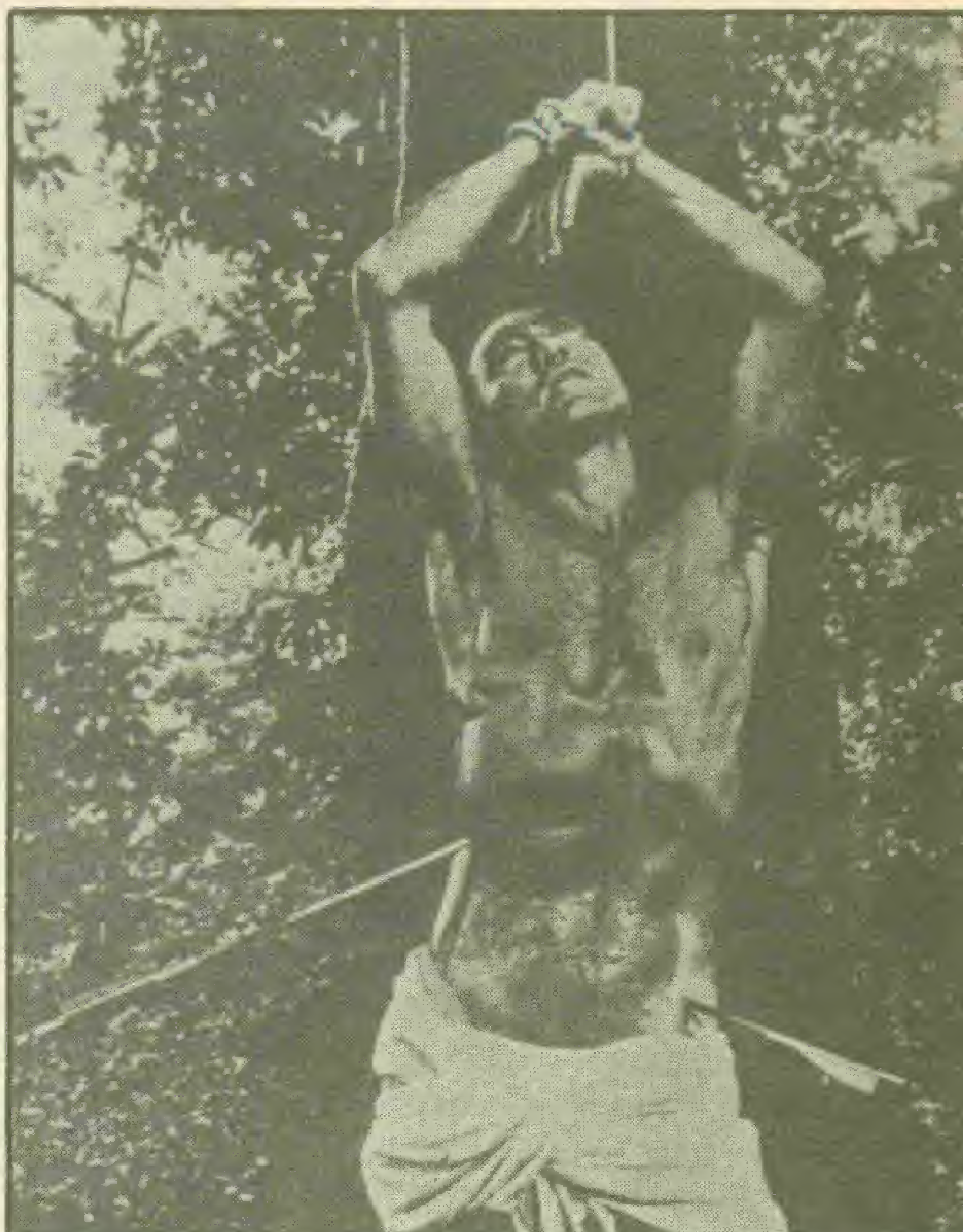
Marsias desollado por Apolo, de Guido Reni.



Mishima con el intérprete de «Mi amigo Hitler» (1969) «... personaje —según palabras de Mishima— que aunque me fascina no me gusta. Hitler era un genio, pero no un héroe...».



«San Sebastián», de Guido Reni (Palazzo Rosso de Génova).



Mishima recreando con su propio cuerpo el «San Sebastián» de Guido Reni.

de los de arriba, como es el caso de llegar a fotografiarse repetidas veces con gatos, a los que aborrecía, pero que eran idolatrados por su padre. Fue el padre quien, a la vista de lo inevitable de la vocación literaria del muchacho, le arrancó la promesa de ser el «mejor novelista». Mishima, quizá para sobrevivir, quedó pronto prendido en la necesidad de fingir, de representar papeles adecuados a cada situación, de en todo momento procurar satisfacer el voraz narcisismo que le redimía de las humillaciones de la vida. La disciplina, hasta en el sadomasoquismo, fue su arma. Años después, hablando de sus colegas escritores, dirá algo revelador: «Los escritores se portan como perturbados y son normales; yo me comporto normalmente, y estoy enfermo del alma».

EROS DEL ACERO Y LA SANGRE

En «Confesiones de una máscara», concebida como una precoz autobiografía, Mishima proporciona, bajo una maraña de baladronadas y desconfiados guiños, datos preciosos sobre sus obsesiones. Se mezclan aquí, inseparables, las eróticas de la sangre, de la homosexualidad, de las órdenes. Cuenta que su primera masturbación le vino sugerida por la contemplación de un cuadro de Guido Reni, «El martirio de San Sebastián», pintura que él mismo llegará a imitar en foto atado a un árbol y con tres flechas clavadas en el cuerpo sangrante: una de ellas, en el sobaco, zona del cuerpo que en «Confesiones» ya nos presenta como la más erótica, hasta el punto de que el libro concluye con la pasión irremediable ante el sobaco de un macarra, en un «crescendo» sólo comparable al de aquella película homosexual de Alfredo Alaria que se estrenó inconcebiblemente bajo el franquismo —«Diferente»— y en una de cuyas escenas Alaria, al esquivar el insinuante perfil de Mara Lasso, quedaba traspuesto y con sudores fríos al toparse en la calle con la musculatura en camiseta de un obrero que empuñaba un trepidante taladrador.

Apunta Vallejo-Nájera que Mishima no conoció otro cuadro de Reni, «Marsias desollado por Apolo», en el que Apolo se aplica concienzudamente al sobaco de un Marsias transido de éxtasis tal vez también doloroso. Como sea, Mishima merecía haber conocido tal pintura. Las ligaduras, como a buen oriental, le fascinan, pero en páginas decisivas de su obra hay referencias al símbolo universal sadomasoquista, el látigo; así, en su pieza «Madame de Sade», la protagonista dice del Marqués: «Nunca me permitió oír el sonido del látigo. Ignoro si es señal de respeto o de menosprecio. Su sed de sangre acaso esté influida por la gloria guerrera de sus mayores».

Gloria. Guerrera. Mayores. Obsesiones eróticas y obsesiones políticas forman en Mishima un nudo indestructible. Más de una vez hablará del «espíritu español del samurai», invocando la «conciencia de la muerte como condición previa de toda auténtica cultura» y admirando los desplantes calderonianos, el arte del «bien morir», los gritos de «viva la muerte». ¿Estética? Sí y no. Mishima es un claro ejemplo de cómo se imbrican en nosotros lo estético, lo erótico, lo político, lo ético, lo metafísico.

CUERPO

El cuerpo le enloquece. En el cuento «La casa de Kyoko», escribe: «La sangre manando del cuerpo es un testimonio sin par de la conjunción entre lo interno y lo externo. Para percatarse de la existencia de su cuerpo, tan bello, no le era suficiente que estuviera circunscrito por su piel. Le faltaba eso precisamente, el fluir de la sangre». Pero no sólo la dimensión metafísica más explícita le atrae, sino que «hacerse un cuerpo» será durante largos años su vocación más devoradora; al menos, le dedica tantas horas como a la literatura, y la misma fiebre. A partir de los treinta años, harto de verse escuchimizado y bajito en las fotos, harto de tener que posar sobre ocultas tarimas para destacar, se pone a hacer gimnasia como un poseso. Como siempre, medio en serio medio en broma, justifica de muy diversos modos su proceder: «Las palabras no sirven. Busqué otro lenguaje»; o el menos enrevesado: «Al fin logré un cuerpo, un verdadero cuerpo, y me dominó la pasión por mostrarlo». Recordará como un «momento increíblemente feliz» el de la publicación de unas fotos suyas, en compañía de amigos cachas y aceitosos (su mujer llegó un día a echarles a todos de casa, donde estaban en una sesión artística poniendo posturitas), en una revista culturista, e incluso llegará a demandar a otra publicación por sacar un reportaje en el que se le ve con menos musculatura.

Merece la pena detenerse en otra justificación de la incansable gimnasia. Elogiará como la muerte más noble y bella la de un cuerpo con «músculos esculturales» y traerá a colación que en la guerra, al verse el «cuerpo fláccido», se las ingenió para negarse a ser kamikaze. Lo cierto es que, como miembro de la promoción colegial del 44, amén de verse obsequiado por el Emperador en persona con un reloj de oro, fue seleccionado como kamikaze; pero aprovechando una gripe, pretextó tuberculosis. La vergüenza, el deshonor, tan claves en una sociedad como la nipona, le perseguirán toda la vida: «En mi vida futura jamás alcanzaré una gloria que pueda justificar haber escapado a la muerte en el ejército». Por todas partes, como vemos, se estrecha el círculo de que habla en sus «Confesiones de una máscara»: «Mi corazón se fue inclinando a la Muerte, a la Noche y a la Sangre». El «novio de la muerte» no había acatado, a fin de cuentas, la tácita orden del «Edicto de soldados y marinos» del emperador Meiji de 1882, que venía a insistir en la total sumisión de los ciudadanos al deber, y que obligaba a meditar diez minutos diarios en ello, e incluso al suicidio del mílite pregonero que fallase al leerlo en voz alta. Deber, rito, acto, cuerpo, muerte, todo se funde en el espíritu de este traidor que es un diletante, que es un neurótico, que es un actor, que es no importa qué.

MASCARAS

Basta con ver una película japonesa —y no necesariamente ambientada en la época samurai, sino por ejemplo cualquier filme de tema contemporáneo de Kurosawa, Oshima u Ozu— para encontrarse con un estilo de interpretación absolutamente sorprendente para un occidental: el actor japonés «muestra sus emociones no mostrándolas», expresión artística de una forma de ser que ningún

concepto familiar para nosotros —pudor, técnica, sugerencia— sirve para describir por entero.

Era lógico que Mishima, volcado en las tradiciones de su país y presionado por sus propias circunstancias hacia la exaltación de las máscaras, se apasionase por el teatro, en especial por el «kabuki» y el «nô». Así, rescata la dramaturgia de algunos «kabukis» centenarios, por ejemplo «La luna, como un arco tendido», de la que previamente graba una cinta interpretando él mismo los cuarenta personajes, y en cuya representación hay una escena clave de seppuku. Pero no sólo le interesa la arqueología teatral: lo verdaderamente fascinante es el mundo de los actores, sobre todo las estrellas del «kabuki», hombres que interpretan en la escena y en la vida, de continuo, siempre el mismo papel de mujer. No en vano escribe Mishima sobre las gheisas: «Admitían las bromas dejando asomar a los ojos la ira, sin dejar de sonreír»; y sobre Utaemon, el más famoso actor de «kabuki»: «La radiación luminosa que aporta a la escena deriva de que las emociones que expresa superan a las que han vivido los espectadores». Ese sentimiento de notarse en medio del torbellino de las miradas, de exhibir al máximo la propia mascarada, será el soporte metafísico que, unido a su posición política ultra, compondrá el definitivo personaje que llamamos Yukio Mishima.

Esconderse, pero muy insinuantemente, tras toda una trama de representaciones, será la obsesión de quien urde su literatura como una telaraña de ambigüedades y delirios de identidad herida: «Cuando yo veía la pasión en los demás, acostumbraba a buscar sin demora el defecto de armonía, la contradicción necesaria, por débil que fuese, entre el hombre mismo y su pasión; y después trataba de conseguir una sonrisa un poco burlona; a fin de protegerme. Sin embargo, no ocurrió como había imaginado. En el momento preciso de la muerte de Kiyoaki, vi su rostro convertirse en el rostro de alguien nacido para morir de amor. Toda discordancia, en ese instante, se había borrado». Armonía condenada de lo imposible, que palpita en el haiku que tanto amaba: «Si tan sólo pudiésemos caer / como en la primavera las flores del cerezo / tan puras, tan luminosas».

Pero la armonía se abraza siempre, dentro de Mishima, con la muerte. Más de una vez pintará, extasiado ante la suprema gracia de la visión, el doble seppuku de dos jóvenes samurais junto al agua, o la elegancia del mu-



Mishima con el actual Utaemon.



Mishima iniciando su «seppuku» en la película «El rito del amor y de la muerte».

ansioso de protagonizar acciones.

De ahí nace su «Sociedad del Escudo», ejército particular que llegará a contar con ochenta miembros cohesionados —los vacilantes, los que valoran más la familia o la seguridad que la disciplina y el deber habrán ido retirándose— y que, detalle fundamental, no le admiran como autor, sino como jefe y gimnasta. La idea de los del Escudo no era nueva en Japón: consistía en crear un grupo dispuesto a, cuando una manifestación popular amenazase al Emperador, ponerse suicidamente entre él y las masas, sucumbir aplastados y así provocar la ira del Ejército, que para Mishima después de la guerra mundial había sido «castrado» y reducido a unas «vergonzantes» Fuerzas de Autodefensa. Los del Escudo lucen uniforme lo más parecido posible a los oficiales rebeldes de 1936, y Mishima los hace entrenarse en la terraza del teatro donde él representa su kabuki. Lo recaudado en un famoso coloquio en la Universidad, frente a radicales estudiantes Zengakuren, lo invertirá en uniformes, y los estudiantes en cascos y porras para enfrentarse a la policía: Mishima contemplará con arrobo ambos destinos de los fondos.

Fue acusado de fascista explícitamente muy a menudo. El siempre lo negó, aduciendo que quien tal decía no comprendía nada de él ni del fascismo. Escribió una pieza titulada «Mi amigo Hitler», palabras que hace pronunciar a Roehm, y que define como «himno maligno, canto al peligroso héroe Hitler por el peligroso pensador Mishima». Es una obra provocativa, con la escena

chacho que sucumbe «como un kimono de seda que, arrojado sobre una mesa pulida, deslízase suavemente hasta la oscuridad del suelo». Toda su literatura está impregnada de ese carácter letal, amenazador; confiesa «pesar cada palabra en una balanza de precisión, como el farmacéutico que prepara una fórmula peligrosa». Y, consecuentemente, la vida, esa otra cara de la literatura, sólo sirve como ofrenda sangrienta, «virtuosa» a la muerte. Las máscaras, a la postre, revelándose como signos, instrumentos en el ceremonial de la muerte: la vida como camino a la liturgia, al único heroísmo comparable al del samurai o al del kamikaze: el seppuku.

LOS DEL ESCUDO

La historia del Japón, para Mishima, había sido desde 1857, fecha en que el comodoro Harris se entrevista con el Shogun, una indignidad. Todos los males y corrupciones arrancaban de ahí: el relegamiento de los samurais, la formación de un ejército plebeyo, la prohibición de llevar la espada a la hasta entonces casta superior. «Sin etiqueta tradicional —dirá Mishima— carecemos de moral». Las sublevaciones de los samurais renuentes durante el siglo pasado, y la más reciente intentona de un grupo de oficiales en 1936 para llamar la atención del Emperador quedarán para siempre grabadas en las vísceras del escritor

tachonada de svásticas. De Hitler opina: «Era un genio político, pero no un héroe. Era siniestro, como el entero siglo XX». Pero quizá no haya que buscar el más profundo fascismo visceral de Mishima en ese tipo de escritos (siempre diferenció entre sus novelas —obras que reverenciaba— y los papeles de circunstancias —opúsculos de agitación, teatro...—). Es, por ejemplo, mucho más «él» cuando repite: «Un solo reflejo del sable japonés se asemeja al pálido azul de la aurora sobre las cumbres». En esas reflexiones teñidas de sangre y éxtasis, y en su incansable quehacer como autor de ópera, ballet, saltador de paracaídas, piloto de F-102, fetichista culturista y fotográfico, es donde hay que buscarle.

EL INCIDENTE

No es fácil saber cuándo empezó a preparar su seppuku. Ya en 1965 había presentado con éxito ante la mejor sociedad parisina su filme (era director, guionista, autor, todo) «El rito del amor y la muerte», que en japonés se titula «Patriotismo», y que muestra con detenimiento el suicidio por seppuku de un oficial en compañía de su mujer; por cierto, el guión publicado se lo dedicará a los Rothschild. A partir de ahí vendrá la Sociedad del Escudo.

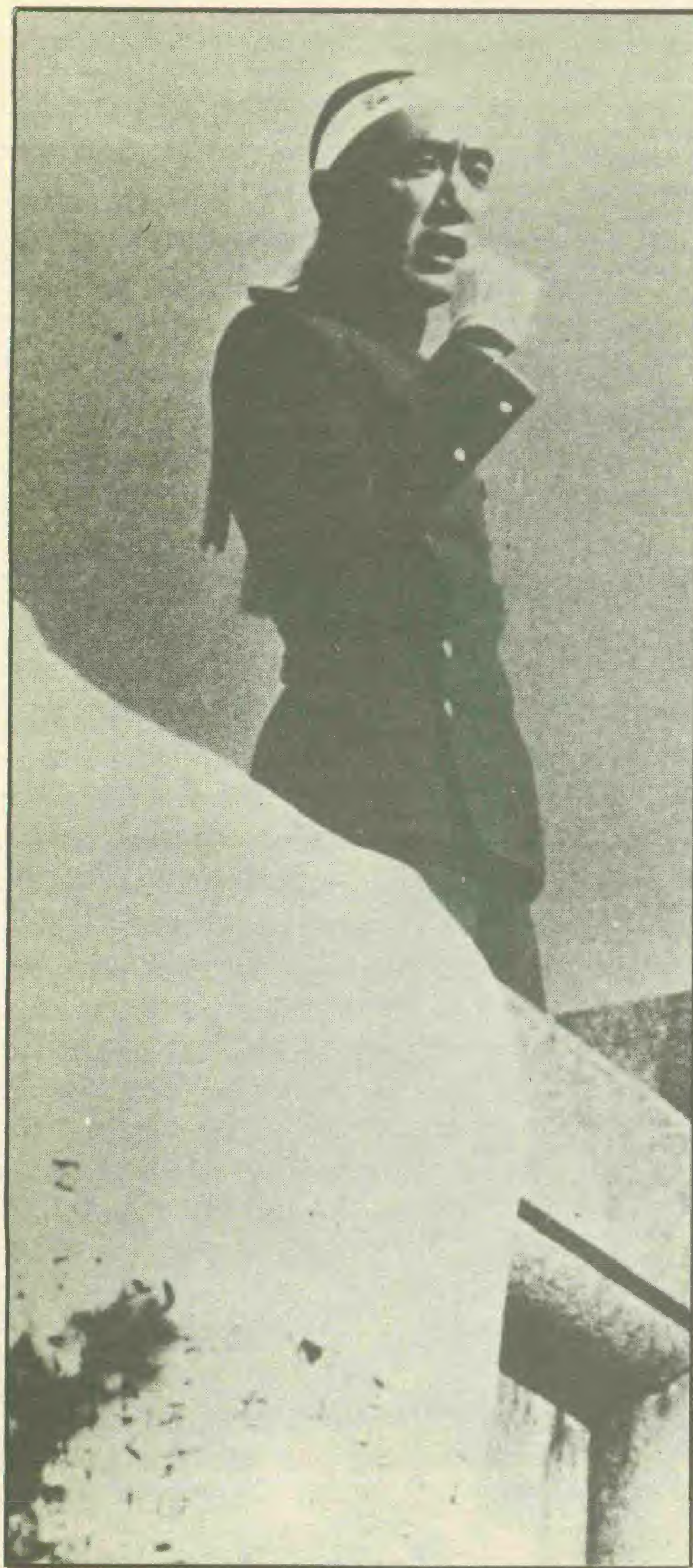
Un año antes del seppuku real, elige a cuatro miembros de los del Escudo; de uno de ellos, Morita, se rumoreará cuando todo haya terminado que era amante de Mishima, pero es extremo no comprobado; los otros son los encargados de decapitar a los oficiantes, para ayudarles a morir; además, son necesarios, porque el seppuku será al tiempo una acción de comando.

El 5 de noviembre de 1970, Mishima organiza en unos grandes almacenes de Tokio una exposición sobre sí mismo y sus «ríos» (de los libros, del teatro, del cuerpo y de la acción), en la que cien mil visitantes contemplan las fotos que el autor considera como más significativas en su vida: es, aunque nadie lo sepa, la despedida de Mishima. Entre los objetos se exhibe la espada samurai del siglo XVI que le servirá en el seppuku. Por esas fechas, el grupo seleccionado entre los del Escudo se fotografía con él en una casa especializada en retratos matrimoniales.

En el fondo, Mishima hubiese querido hallarse cara a cara con el emperador Hiro-Hito para reprocharle haber abdicado públicamente de su divinidad, y luego, como cientos de oficiales hicieran en 1945 tras la rendición de Hiro-Hito, realizar seppuku y provocar así la unión del trono y de un ejército revitalizado. Pero al Emperador es imposible llegar. Decide «morder» al



El poeta ruso Vladimir Wladimirovich Malakoski (1894-1930).



Mishima durante su discurso final.

propio ejército, pues un año antes ha visto cómo la ocupación durante un mes de la Universidad por parte de los Zengakuren acabó sin muertos por la intervención final de ocho mil policías: si la policía basta para restablecer el orden, entonces los mártires del Escudo son inútiles en una confrontación con las masas, y hay que ir a otro género de acciones. El golpe lo ensayan cuidadosamente. Se hacen conceder una audiencia con el general en jefe de las Fuerzas de Autodefensa del Este del Japón, Mashita. Una vez a solas con él en el despacho, le atan a una silla y exigen que los aproximadamente mil soldados del cuartel escuchen la arenga que Mishima se ha aprendido de memoria. Las autoridades no tienen más remedio que aceptar. Mishima, a mandobles, rechaza por dos veces las intentonas de rescate de Mashita, causando varios heridos. «Hemos contemplado —gritará desde la ventana— cómo el Japón se embriagaba de prosperidad y caía en un vacío espiritual. Hemos contemplado cómo los japoneses profanaban su historia y sus tradiciones. El auténtico Japón es el espíritu del samurai. Cuando vosotros despertéis, despertará el Japón que amamos». Pero los soldados le abuchean, le llaman papanatas, se ríen de su «heroísmo». Mishima no acierta a hacerse oír. La prensa, abajo, toma notas. «¡No podemos soportar a los que aceptan el baldón! —clama inútilmente el jefe de la Sociedad del Escudo—. Subid con nosotros y, con todo honor y sinceridad, morid con nosotros. Vamos a devolver al Japón su imagen, y así morir. ¿Vais a soportar un mundo donde el espíritu



«... Salen con el general, más que sujeto sostenido de cada brazo por un secuestrador. El tercero, ante ellos, presenta como la ofrenda de un rito sagrado, la espada ensangrentada de Mishima. Se percibe en la foto el estupor de los espectadores...».

está muerto, donde no hay respeto más que hacia la vida? Dentro de unos instantes, os mostraremos un valor más alto. Un valor que no reside en el liberalismo o la democracia. ¡Un valor que es el Japón!».

Dentro del despacho, realiza el seppuku. Morita falla en su intento de cortarle la cabeza, pero otro de los conjurados lo hará con ambos. Cuando todo acabe, los tribunales quedarán perplejos: desde el fin de la guerra no había ocurrido ningún seppuku. Los supervivientes serán condenados a cuatro años de cárcel.

Dicen que ese mismo día Yukio Mishima había puesto punto final a su imponente tetralogía novelística, tras dejar una nota: «Muero no como hombre de letras, sino como soldado». Lo que denominaba, a lo Mayakovski, «el incidente», había terminado. ■ **M. B.**



Altar funerario de Mishima.

OBRAS DE MISHIMA EN CASTELLANO

«Confesiones de una máscara». Planeta.

«Seis piezas Nô». Barral, 1973.

«El templo del pabellón de oro». Seix Barral, 1974.

«Nieve de primavera» y «Caballos desbocados» (parte de su tetralogía). Caralt, 1974-76.

«El marino que perdió la gracia del mar» (Bruguera, 1980).

OBRAS SOBRE MISHIMA EN INGLES

«Mishima, a biography», de John Nathan. Little, Brown and Co. Boston, 1974.

«The life and death of Yukio Mishima», de Henry Scott Stokes. Peter Owen, Londres, 1975.

OBRAS SOBRE MISHIMA EN CASTELLANO

«Mishima o el placer de morir», de Juan Antonio Vallejo-Nájera (obra discutible, que se empeña de continuo en afirmar que no había fascismo en Mishima, sin lograr, por supuesto, demostrar lo contrario de lo que afirman los hechos; pero útil por su alud de datos), Planeta, 1978.

NOTA DE EDITORIAL: La documentación gráfica que complementa este trabajo nos ha sido cedida por Editorial Planeta.

TIEMPO DE HISTORIA

INDICE

(números 51 al 75)

AUTORES Y PERSONAJES

INDICE DE PERSONAJES

ESTA constituido por la relación de personas que han sido especialmente tratadas en un artículo o comentario, con la mención del título del trabajo, autor, número, mes y año. Por otra parte, no se incluyen otros personajes, si son tratados poco extensamente, que es posible localizar a través del subepígrafe «Autores» (LIBROS) del Indice General.

INDICE DE AUTORES

CONTIENE la relación alfabética de todas las firmas aparecidas en la revista, con mención de todos sus artículos, número, mes y año en que se han publicado.

NOTA DE EDITORIAL

En el número correspondiente al mes de MAYO (número 78) se publicó la sección Indice de Temas, que complementa este Indice General de los números 51 al 75.

INDICE GENERAL

Epígrafes y subepígrafes (excepto países, salvo España)

El presente Indice ha sido realizado por Fernando Tafalla Cartagena.

INDICE DE PERSONAJES

V

W

Z

INDICE DE AUTORES

R

LA VIGENCIA DE LA LEY DE DIVORCIO DE LA II REPUBLICA

LA idea de que la II República fue la última ocasión fustrada que tuvo España de incorporarse al ritmo de Europa no es nueva entre nosotros. Precisamente, hace unos días la expresaba Eduardo Prada, dirigente de A.R.D.E., en el curso de la conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid, dentro de uno de los actos conmemorativos del Centenario de Azaña, y a propósito de las reformas que éste introdujo en el Ejército cuando ocupó el Ministerio de la Guerra.

Aunque tal juicio histórico pueda ser objeto de controversias y todo tipo de matizaciones según el signo político o las simpatías ideológicas de cada opinante, lo cierto es que existen sobrados datos que prueban la magnitud del esfuerzo realizado por los hombres de la República en el intento de «regenerar» a España, de sacarla de su ostracismo secular. Estudios como el de Manuel Ramírez sobre las reformas militares, tributarias o las que afectaron a las relaciones con la Iglesia, dan cuenta con todo el crédito que merece el rigor científico, de algunos de los logros más importantes de las Cortes de julio de 1931: «una asamblea de notables, llenos de la prestancia y capacidad que su cargo requería», como calificó Gerald Brenan a sus miembros.

Recientemente, ha aparecido un nuevo testimonio del carácter progresista y avanzado de la actuación legislativa de la II República; el trabajo de Ricardo Lezcano en torno a la ley de divorcio de 1932, desarrollo completo y sistemático de los elementos que concurrieron en su aprobación, del eco que tuvo entonces en la sociedad española, así como del conjunto de datos estadísticos registrados en el plazo que dicha ley estuvo vigente (1).

Al analizar la ley de 2 de marzo de 1932, Lezcano constata la actualidad que todavía conserva al haber sido concebida como una ley «moderna, meditada y justa, muy por delante de otras legislaciones en algunos aspectos». Y ello, en mérito de sus «creadores» si se piensa en el retraso que España llevaba en este terreno —y aún lleva— en relación con otros países tan próximos como Francia, por ejemplo, donde las corrientes divorcistas, proliferaron a lo largo del siglo XIX y, ya desde 1787, regía un nuevo régimen matrimonial.

La inclusión de la figura de divorcio por mutuo consentimiento en el articulado de la ley, es el punto más notable que aprecia Lezcano en su contenido, quien no duda en señalar también sus principales carencias: «No haber sido precedida de una ley sobre matrimonio civil, no abordar aspectos sexuales de la vida matrimonial como causa de separación, cierta indeterminación en la norma para fijar las pensiones alimenticias» y, sobre todo, la utilización predominante del concepto de culpa.

En cuanto a la relativa facilidad con que fue aprobado el proyecto, se pregunta Lezcano «qué habría pasado si la oposición se hubiera mostrado tan irreductible en el terreno de las ideas como lo fue en el de la economía». Y recuerda: «Si en los debates sobre el divorcio y religión gran parte de los Diputados de la derecha —especialmente los vasconavarros— se limitaron a ausentarse de la Cámara, en los de la Reforma Agraria no ahorraron ni su presencia ni su dedicación a larguísimas y tediosas prácticas obstructivas».

(1) *Lezcano Ricardo. «El divorcio en la II República». Akal Editor. Madrid 1979.*



La dimensión sociológica del divorcio que Lezcano aborda a través de la repercusión que tuvo en la prensa —curiosamente, el tema no fue habitual en sus páginas contra el fenómeno que hoy se experimenta— y las opiniones formuladas por algunas personalidades de la época, constituye uno de los capítulos más amenos y sugerentes para el lector medio a quien el resumen que se expone a continuación de los debates parlamentarios que precedieron la aprobación de la ley de divorcio, puede resultar algo monótono y redundante pese al interés que sin duda ofrecerá a los expertos en la materia.

En los antecedentes históricos del matrimonio y del divorcio en España, que el autor sintetiza en el primer capítulo, se brinda al lector una serie de referencias que descubren una perspectiva del divorcio inédita para la mayoría y permite profundizar en el conocimiento de un tema que, siendo noticia diaria en los periódicos, es sin embargo ignorado en cuanto a sus precedentes y orígenes. Que una especie de divorcio, limitado a algunas de las diversas formas matrimoniales coexistentes, rigiera en España hasta el siglo XVI, pese a los tenaces y poderosos esfuerzos de la Iglesia para institucionalizar la indisolubilidad del matrimonio, no deja de ser un buen motivo de reflexión para quienes se declaran defensores de un antidivorcismo radical.

Pero es en la interpretación de las cifras estadísticas sobre el divorcio en lo que Lezcano pone mayor énfasis con el propósito de invalidar las predicciones apocalípticas y catastróficas acerca del impacto del divorcio en la familia. «Un divorcio como el de la II República —escribe en la introducción de su libro— que afectó a poco más de dos mil parejas cada año, de las que más de un ochenta por cien vivían ya separadas, representa una erosión muy leve en una institución matrimonial de tan fuerte arraigo en nuestro país». ■ **BEL CARRASCO**

Libros recibidos

EL MITO DEL DESARROLLO.— J. Attali, C. Castoriadis, J.-M. Domenach, P. Massé, E. Morin y otros. KAIROS. BARCELONA, mayo 1980, 256 págs.

EL ESTADO Y EL INCONSCIENTE.— René Lourau. KAIROS. BARCELONA, 1980. 242 págs.

PAJARO DE CELDA.— Kurt Vonnegut. ARGOS-VERGARA, «LAS CUATRO ESTACIONES». OTOÑO 1980. BARCELONA, septiembre. 254 págs.

YO, EL REY.— La América de la Conquista. ARGOS-VERGARA, BARCELONA, 1980. julio. 300 págs. Howard Clewes.

CITA EN DALLAS.— Hugh C. McDonald según su relato a Geoffrey Bocca. PLANETA. BARCELONA, 1980. 212 págs. Colección «DOCUMENTO».

ORIENT-EXPRESS.— Pierre-Jean Remy. PLANETA. BARCELONA, 1980. Colección «FABULA». 378 págs.

EL SECRETO DE EUNERVILLE.— ARSENE LUPIN, PLANETA. BARCELONA, 1980. Colección «FABULA». 202 págs.

ADIOS, SHERLOCK HOLMES.— Robert Lee Hall. PLANETA. BARCELONA, 1980 Colección «FABULA». 268 págs.

DEPRESION ECONOMICA EN ESPAÑA 1925-1934.— Juan Hernández Andreu. Instituto de Estudios Fiscales. Ministerio de Hacienda. 1980.

LOS GOBIERNOS ESPAÑOLES, DESDE LA PERDIDA DE LAS COLONIAS HASTA LA CAIDA DE ALFONSO XIII.— Antonio Ros. GRIJALBO, BARCELONA, 1980. 268 págs.

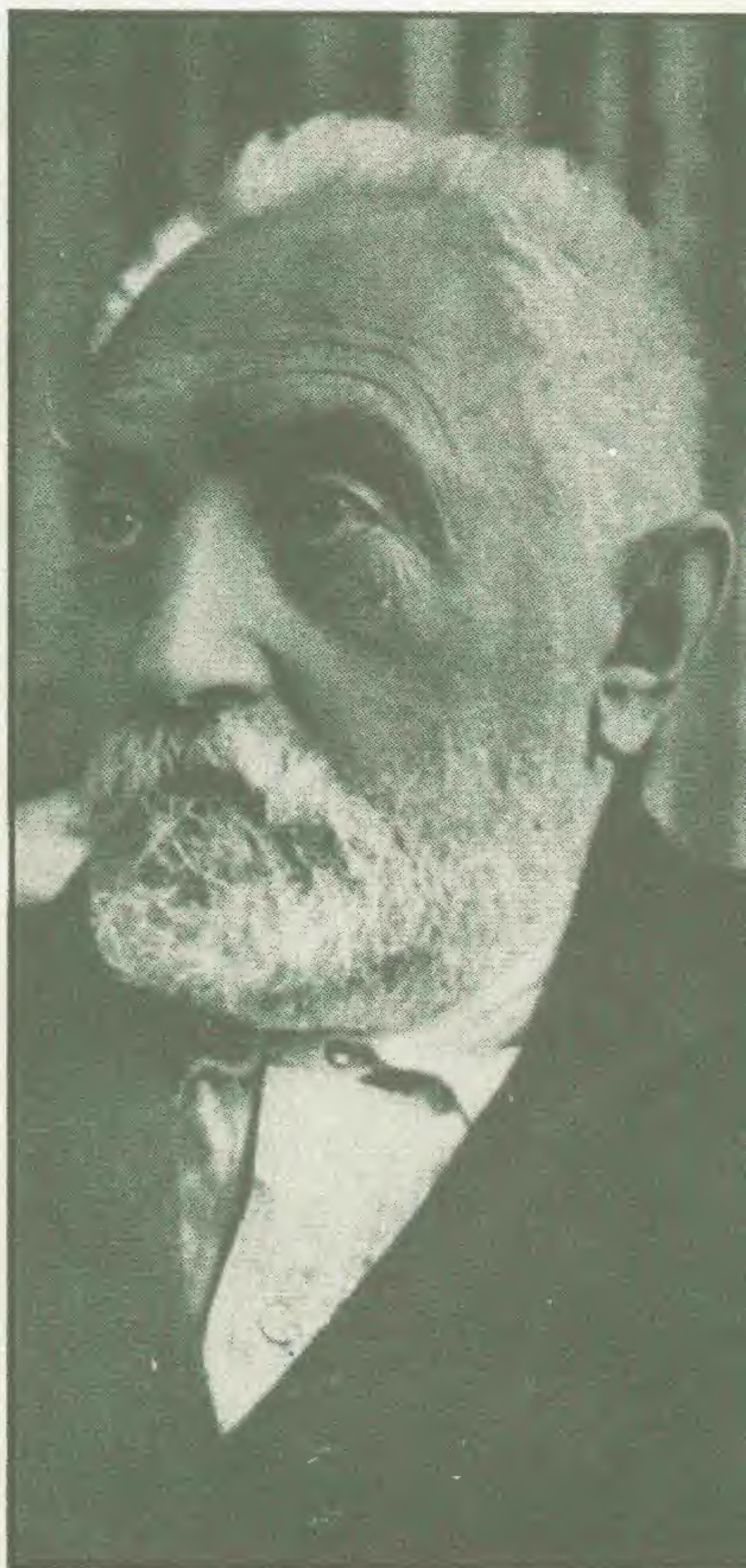
LA ESPAÑA DE LA EDAD MEDIA, DESDE LA FRONTERA HASTA EL IMPERIO (1000-1500). Angus Mackay. CATEDRA. MADRID, 1980. 256 págs. (5 Mapas y un gráfico).

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

José Ignacio Barrón García

Artículos socialistas inéditos:

Unamuno y "La Voz del Pueblo"

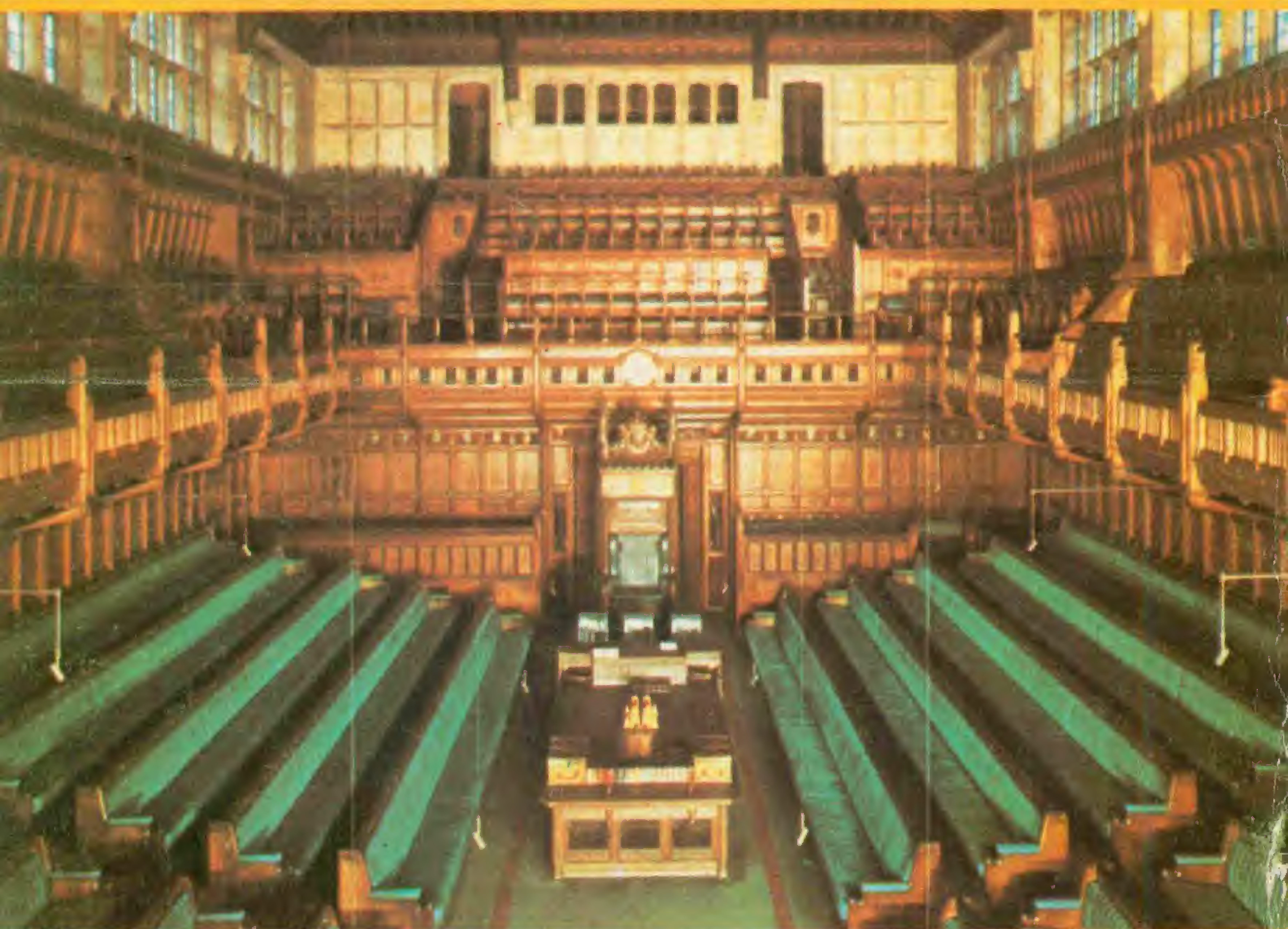


Ultima fotografía que se sacó a D. Miguel de Unamuno, en diciembre de 1936, en Salamanca.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Juan Carlos Pereira

El Primer Gobierno Laborista (1923-1924)



La Cámara de la Casa de los Comunes en Westminster.